

Para comprender
LOS SALMOS
Hilari Raguer
evd

Para comprender
LOS SALMOS

Hilari Raguer





EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1998

2.ª Edición

Portada: *El rey David tocando el carillón*. Miniatura de un breviario de hacia el 1300.
Dibujos: *Felisa Ugalde*.

 Fotocomposición y fotomecánica: FONASA, Pamplona. Impresión: Gráficas Lizarra, S.L., Estella (Navarra). Depósito Legal: NA. 8-1998

I.S.B.N.: 84-8169-105-4

Al P. Evangelista Vilanova, maestro, compañero, amigo,
con el que llevo más de cuarenta años compartiendo la salmodia monástica,
como modesta contribución al homenaje que un grupo de profesores
le rinden con ocasión de su 70º aniversario

Hilari Raguer

Recuadros

Prefacio

En un venerado santuario japonés se conservaba un arpa mágica, de la que, según antiguos oráculos, podría brotar una melodía maravillosa el día que la pulsara un artista capaz de tocarla debidamente. Atraídos por el oráculo, y con la esperanza de hacerse así famosos, eran muchos los que acudían al santuario, aseguraban que eran grandes arpistas y pedían que les dejaran tratar de tocar el arpa mágica. Pero todos fracasaban: del arpa sólo salían ruidos desagradables.

Los bonzos custodios del santuario y todo el pueblo ya casi habían perdido la esperanza de que pudiera aparecer alguien capaz de tocar aquel instrumento misterioso, cuando un día se presentó un hombre, llamado Pei-Woh, que solicitó que le dejaran tocar el arpa. Era un desconocido, y nadie se imaginaba que llegara a lograr aquello en que tantos músicos célebres habían fracasado. Pero al advertir el gesto humilde y respetuoso con que Pei-Woh tendía los brazos para recibir el instrumento, empezaron a sospechar que podía producirse la maravilla tan deseada.

En efecto. Empezó a pulsar el arpa con suma delicadeza, como si acariciara las cuerdas con sus dedos. Daba la sensación de que el arpa y el arpista se fundieran en un solo ser, y como si fueran las cuerdas del arpa las que movieran los dedos de Pei-Woh en sus agilísimos movimientos. Durante un largo rato, que les pareció un instante, los bonzos del santuario y los fieles que tuvieron la suerte de encontrarse allí aquel día se extasiaron escuchando la más hermosa melodía que jamás hubieran podido soñar.

Cuando por fin acabó Pei-Woh de tocar y devolvió con gran reverencia el arpa a los custodios del santuario, éstos, maravillados, le preguntaron cómo había podido tocar aquella música con un instrumento del que los más famosos tañedores no habían sido capaces de sacar ni una nota afinada. Entonces Pei-Woh les respondió, con gran simplicidad:

«Todos los que me han precedido en el intento llegaron con el propósito de utilizar el arpa mágica para cantarse a sí mismos. Yo, en cambio, me he sometido enteramente a ella y le he prestado mis

dedos para que no fuera yo quien le impusiera mi música, sino que ella pudiera cantar todo lo que lleva dentro de sí. Entonces, la madera del arpa, que había sido árbol centenario en un bosque, ha vibrado para cantar el ritmo del sol y de la noche, los resplandores de la aurora y del ocaso, la fuerza del viento, el rumor de la lluvia, el silencio de las nevadas, el calor de los veranos y el frío de los inviernos, la ilusión de tantas primaveras y la tristeza otoñal; en una palabra: su historia de árbol. Es un instrumento maravilloso, que no pueden tañer los que están demasiado llenos de sí mismos. Hay que vaciarse ante el arpa para dejar que sea ella la que cante».

Esta leyenda japonesa se publicó en una revista de vanguardia de arte y literatura a comienzo de los años treinta, en una época en que estaba de moda todo lo oriental, tanto la pintura como la poesía. Un joven que empezaba entonces sus estudios de historia del arte, y que un día se convertiría en notable crítico, Alexandre Cirici Pellicer, la leyó y pensó que Pei-Woh expresaba insuperablemente lo que ha de ser la actitud del crítico y del historiador del arte ante cualquier obra musical, literaria o plástica: receptividad, abrirse al mensaje que el artista quiso poner en su obra. No puede rechazar un retablo barroco alegando que a él lo que le gusta es el gótico o el románico, o menospreciar a Bach llevado de su entusiasmo por Wagner. Puede tener su gusto personal, pero no comprenderá ninguna obra de arte si no la contempla sin prejuicios.

Por mi parte, he pensado que la leyenda de Pei-Woh podría servir también para aproximarse a los salmos sin los prejuicios que a menudo nos bloquean y nos impiden saborearlos y captar su mensaje religioso e incluso humano.

Me entristecen aquellas personas tan suficientes o creídas que osan despreciar los salmos porque les parecen imperfectos, poco espirituales o demasiado alejados del evangelio. Éstos nunca los podrán entender. No se trata de negar las numerosas dificultades que el Salterio, como todo el resto de la Biblia (incluso el Nuevo Testamento) presenta. Pero hay que empezar por inclinarse reverentemente ante el arpa mágica y dejar que ella hable y cante. Algún día entenderás el sentido de aquel salmo, o de aquel versículo, que te chocaba, o simplemente no entendías; de momento fíjate más bien en los que entiendes, que te hablan, y sobre todo que te exigen, y aplica aquella regla de oro de san Gregorio Magno para adelantar en la comprensión de los misterios de las Escrituras: «poner en práctica lo poco que hayas entendido». Si así lo haces, lo comprendido arraiga para siempre, y a la luz de aquella verdad asimilada otros muchos pasajes bíblicos se te abren, y éstos a su vez, puestos en práctica, ilustran otros tantos, como en una cascada de fuegos artificiales.

El Salterio es también un árbol centenario o, por decirlo más exactamente, milenario. No es una obra escrita por un solo autor y

de una tirada. Como el arpa mágica, tiene una larga historia de árbol. «Si se hace caso omiso de la dimensión de la historia, entonces las categorías míticas e ideológicas de la interpretación abren brecha en la interpretación de los salmos», dice H.-J. Kraus. Los salmos brotaron de situaciones muy reales, en situaciones individuales o colectivas de todo tipo, en las que alternan prosperidad y desastre, felicidad y sufrimiento. Tenemos oraciones de los tiempos de la monarquía, del exilio, del postexilio y seguramente también de la época de los macabeos. Es cierto que las oraciones de súplica y de alabanza individuales resultan difícil de asignar a una época determinada, porque la mayoría de problemas que las suscitaron son de todos los tiempos; sin embargo no puede dudarse de que corresponden a una situación particular que se dio en un momento concreto, y no de alguien que se puso a escribir sobre determinado tipo de estados de ánimo.

En los libros históricos, y también en los proféticos, encontramos muchas oraciones que diversos personajes dirigen a Dios, pero hay un libro que contiene sólo oraciones, sin contexto (aunque posteriormente a alguna de ellas se les asignaron títulos que sugieren un contexto histórico): es el libro de los salmos. Cada uno de los salmos de este libro, igual que los cantos y plegarias de los demás libros, salió de una situación concreta. Los salmos son, como dice Von Rad, «la respuesta de Israel», que no permaneció mudo ante las acciones salvíficas de su Dios en los sucesivos momentos de su atormentada historia, sino que se esforzó por actualizarlas mediante esbozos históricos siempre nuevos y, además, «se dirigió personalmente a Yahveh, le alabó, le formuló nuevas preguntas, se lamentó ante él de sus sufrimientos, porque Yahveh no se eligió un pueblo como objeto mudo de su voluntad histórica, sino para dialogar con él», y esta respuesta de Israel la encontramos en gran parte, como bien dice Von Rad, en el Salterio.

De cada una de estas épocas, algunas de las infinitas plegarias dirigidas a Dios se consignaron por escrito y se fueron coleccionando y, más tarde, como explicaremos, se fueron agrupando los cantorales o colecciones, hasta quedar fijado el conjunto del Salterio definitivo. Así, nuestros ciento cincuenta salmos son la selección y destilación de lo mejor de lo mejor de mil años de oración de Israel. Pero este tesoro no lo podrá saborear quien se acerque a ellos cegado por sus prejuicios.

Hay otro tipo de personas, en relación con los salmos, a las que este libro quisiera ayudar. No son los que los desprecian, sino que los valoran, los admiran, se enfervorizan y deleitan con ellos, pero sólo, o principalmente, dejándose llevar del impacto ambiental que la salmodia les produce. Son personas algo románticas, adictas al latín, aunque no lo entiendan, al gregoriano y a la música de órga-

no. En cambio el texto de los salmos no les importa demasiado. Un historiador de la espiritualidad monástica, el P. Jean Leclerq, citaba estas palabras del antiguo Prior de la Abadía de María Laach, Emmanuel von Severus: «Cuando a las cuatro de la mañana entramos en la Iglesia, todavía oscura, y se encuentra ya en ella a un huésped, nos precipitamos hacia él para encender la luz, mas él nos dice: "Dejadla apagada, no tengo necesidad de leer, no tengo necesidad de ver: me basta con escuchar". Cuántas veces me han dicho los huéspedes: "No puede usted imaginarse la influencia luminosa, pacificadora y penetrante que ejerce esta salmodia rítmica sobre un oyente llegado de este mundo abrumado de fatiga"» (*Espiritualidad occidental: Fuentes*, Sígueme, Salamanca 1967, p. 335). No tengo nada, muy al revés, contra quienes van a un monasterio a retirarse por unos días, o simplemente entran en una iglesia de ciudad en busca de un rato de silencio para encontrar a Dios y a la vez encontrarse a sí mismos; con todo, la oración de los salmos de la que se habla en este libro es la que se basa en su texto, con la ayuda quizás de aquellos elementos ambientales, pero sin que jamás la escenografía devore las palabras sagradas.

Por eso, antes de entrar a fondo en la explicación de la oración de los salmos, hay que dejar bien claro lo que *no* es. A continuación se puede ver la curiosa imagen de un *Quiropsalterio*, una mano con unas palabras escritas en su palma y a lo largo de los dedos. Está tomada del *Rosetum exercitiorum spiritualium* de Jan Mombaer (1460-1510), uno de los más ilustres representantes de la escuela de espiritualidad llamada *devotio moderna*. El libro se publicó por primera vez el 1496, si bien la página que reproducimos está tomada de la edición, muy aumentada, de París, el 1510. Como reacción contra una liturgia celebrada en una lengua, el latín, que la gran mayoría del pueblo no comprendía, en la Europa medieval proliferaron las devociones, practicadas al margen del culto, o incluso durante la celebración de los sagrados oficios; pensemos que hasta el concilio Vaticano II era frecuente que durante la santa misa se predicara y se rezaran novenas y rosarios. Ocurrió que incluso entre religiosos y clérigos, que sabían latín y deberían comprender las palabras de los salmos que rezaban, se difundieron prácticas piadosas durante los oficios. Algunos autores empezaron a sugerir temas espirituales para meditarlos mientras se rezaban los salmos, como cuando en el rosario se medita un misterio mientras se repiten avemarías. El invento del *Quiropsalterio* de Mombaer consistía en dividir la palma de la mano y los dedos de la mano izquierda en zonas, en cada una de las cuales estaba escrita una virtud, actitud espiritual o tema teológico; así, en el pulgar puede verse *laudatio, admiratio, contemplatio* (alabanza, admiración, acción de gracias). El truco consistía en aprenderse de memoria el quiropsalterio y entonces el monje o canónigo, mientras estaba en el coro salmodiando, con el pulgar de la mano derecha apretaba sucesivamente

Laudate dominum quoniā bonus est psalmus.
Deo nostro sit iocunda decoraq3 laudatio.
Laudate eum in sono tube in psalterio ꝛ cythara.
David aūt ꝛ ois israel ludebāt corā dño in oibus lignis fabrefactis ꝛ cytharis ꝛ lyris: et tympanis ꝛ sistris ꝛ cimbalis. 2. Reg. vi.

Chiropsalterium.

divine laudis et deo psallens.
Complectēs spūaliter omē genus musicorū.

Ουος προς λυραν
Auriculas asini midas habet
Cātavim⁹ vobis et non saltastis ꝛc.

Cithara bone volitionis. Psalteriū bone operationis. Tympanū mortificationis.

Multiplex tibiā lamentatiōis: vt mat. ix

Litu⁹ Tuba. — hostilis ifecutiōis
Buccina cōtra hostes.

Sterilis chorus cū psaltide. David peccabat in organis armigatis ꝛ saltabat totis virib⁹ añ dñm. 2. Reg. 6.

Vox cantus in desiderio. Simphonia devote voluntatis. Lyra septuplicis peritiōis.

Organū divine laudis.
Vociferatio ex magnitudine admirationis. Chelis gratitudinis.

Commemoratio miserie: corruptio corporis humani
futura cū timore
pñtis cū pudore
presente cū dolore

Commendatio glorie vel laus tui corporis mystici
Bona agere confidenter
fecisti bona tū ptinaciter
fecisti malum operatur

Accusatio peccatorum: cauteria demonum hominum malorum
malitiā ꝛ feritatē ipe
nequitiā ꝛ calliditatē in ore
stultitiā ꝛ inedia seniore

Imploratio divine misericordie
Obsecratio
Oratio
Deprecatio.

Insinuatio cum confirmatione

Laudatio
ammiratio
gratiactio

Captatio benivolentie: cū aliqui dixerīt laude et honore.

Laudatiua

Actus ⟨ Purgatiuus: Illuminatiuus Perfectiuus.

Actus ⟨ Iubilus exultationis
Volatus incitatiuus
Soliloquium
Dragmaticū carmen cum epithalamio in cubili cordis
Actus excitatiuus

Chorde Nablū Sistrū Rebequū genus musicorū Timpanula cū tripode percusso Sambuca

Ecclesia militans.

Vox ⟨ Iustorum animarū purgādarū hominū malorum

Chor⁹ et cōcēt⁹ ecclesiastice vnitatis

angelis a lateribus
Qui habitas in hortis amici auscultant ꝛc.
Preuenerunt principes coniuncti psallentibus in medio tympanistr. iuvencularū:

Chorea iuvencularū ad vocē musicorū

las distintas zonas, y así, por ejemplo, sabía que durante el primer salmo, dijera lo que dijera el texto sagrado, él había de practicar la alabanza, durante el segundo salmo la admiración, durante el tercero la acción de gracias, y así sucesivamente. Cantaba salmos, pero era como música de órgano que serviría de telón de fondo para la meditación de aquellos temas.

Otro ejemplo de lo que *no* debe ser la oración de los salmos sería un devocionario de los que se usaban antes del movimiento litúrgico, con dibujos de los sucesivos momentos de la misa y unas oraciones para cada uno de ellos, que no tenían nada que ver con el sentido de lo que el sacerdote decía o hacía. En uno de estos devocionarios, el autor, en el prólogo, exhortaba al lector a seguir fielmente sus instrucciones con esta promesa: «Yo te aseguro, querido lector, que si dices las oraciones de este devocionario en los momentos que se indican, se te pasará la misa sin darte cuenta».

Estas páginas pretenden todo lo contrario: que cuando cantas o rezas los salmos te des cuenta de lo que dices. Quieren ayudar a adentrarse en la oración de los salmos de un modo vital, partiendo de la realidad de que aunque hay muchos y muy buenos comentarios exegéticos al libro de los salmos, no abundan los que sirvan de modo práctico para aprender a orar con ellos.

La primera parte es una introducción algo técnica al libro de los salmos, en la que lo más importante es la clasificación según los géneros literarios. Era necesario dar algunas informaciones de este tipo antes de ir a lo que sin duda más le interesará al lector.

En la segunda parte se agrupan una serie de consideraciones acerca de la espiritualidad de los salmos, centradas en la cuestión de la oración. En esta parte trataremos de explicar cómo oraban los israelitas con los salmos, pero también y sobre todo cómo podemos nosotros utilizarlos para nuestra oración personal o comunitaria. No rehuimos la famosa cuestión de los llamados salmos imprecatorios, y confiamos que unas simples pistas permitan que, en vez de ser obstáculo a nuestra salmodia, le den realismo y arraigo en la vida.

Viene después, en la tercera parte, el comentario a unos cuantos salmos. No se han escogido porque sean los más importantes o los más famosos (aunque no faltan ni de unos ni de otros), sino porque podían servir de ejemplo, ya que no los podemos comentar todos, para dar un método para su estudio y un estilo tanto para rezarlos como para meditarlos.

Finalmente, dado el carácter práctico de este libro, y pensando en que la gran mayoría de sus lectores querrán comprender los salmos principalmente para poderlos rezar mejor en las celebraciones litúrgicas, hemos dedicado una cuarta parte al uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, guiados sobre todo por la orientación ofi-

cial que es la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* (en adelante: OGLH), que, como las demás introducciones a los libros litúrgicos reformados después del concilio, es un óptimo instrumento pastoral y catequético.

De acuerdo con la presentación habitual en la colección «Para comprender», se han seleccionado una serie de textos con testimonios de todos los tiempos, desde la piedad judía y los Padres de la Iglesia hasta algunos autores contemporáneos, que, convenientemente intercalados, completarán útilmente la exposición sistemática. Confío que estas páginas ayuden efectivamente a «comprender los salmos» a todos aquellos que los rezan, y que al mismo tiempo puedan suministrar un instrumento útil para la catequesis popular de iniciación en la oración cristiana de los salmos.

De este modo nos proponemos estimular al lector a lanzarse decididamente a penetrar en los salmos. El autor de un libro sobre la piedad de los salmos lo titulaba *Miel de la roca*, aplicándoles una enigmática expresión de Dt 32,13, y con razón, porque tienen la cáscara dura. Entrar en el mundo de los salmos es al principio difícil, pero cuando uno ha hecho el esfuerzo de romper la cáscara, puede saborear una pulpa dulce como la miel, y entonces los demás materiales para la oración se encuentran fofos e insípidos. A este esfuerzo inicial quisiéramos animar a todo aquel que lea estas páginas.

Cuentan que, al salir un hombre de la iglesia, le preguntó un amigo: «¿De qué ha hablado el cura en el sermón?» «Del diablo», le contestó aquél. El otro insistió: «¿Y qué ha dicho del diablo?» «No lo he entendido muy bien –dijo el primero–, pero me ha parecido que estaba más bien en contra». Por lo que a los salmos se refiere, desearía que, después de leer este libro, al menos quedara del todo claro que estoy decididamente a favor.

Hilari Raguer



Pintura mural, capilla de san Martín. Catedral Vieja. Salamanca.

I

Introducción al libro de los Salmos

Introducción al libro de los Salmos

1. El libro de los Salmos

1.1. *Nombre. Lugar en las Biblias*

Nuestro *Libro de los Salmos* o *Salterio* recibe en la Biblia hebrea el nombre de *Tehillim* (plural anormal de *tehillah*, «alabanza» o «himno de alabanza»), o bien *Sefer Tehillim*, «libro de las alabanzas», y se encuentra, en primer lugar, entre los libros que forman la tercera parte de la Biblia hebrea, los *Ketubim* (literalmente: «escritos», llamados también «hagiógrafos»), que se hallan a continuación de la *Torá* («Ley» o, más exactamente «enseñanza») y los *Nebiïm* («Profetas»). No todos los salmos son himnos de alabanza, pues lo que en ellos predomina son las súplicas o peticiones. Sin embargo, el hecho de que la compilación fuera llamada *Tehillim* indica la importancia primordial que los recopiladores finales del libro dieron a este género de oración. El nombre que mejor cuadraría al conjunto de oraciones contenidas en este libro sería el de *mizmor* (forma substantivada del verbo *zamar*, que significa cantar acompañado de un instrumento de cuerda), que se halla en el título de 57 de los 150 salmos.

La traducción griega de la Biblia llamada de los LXX los denominó *Psalmoi* («Salmos») o *Biblos Psalmon* («Libro de los Salmos»). De esta última forma se los designa en Lc 24,44 y Hech 1,20. Sólo un códice (el *Alexandrinus*) le da el nombre de *Psalterion*, que propiamente es el nombre del instrumento de cuerda con que se debían acompañar. En la Biblia griega los Salmos también encabezan la tercera sección, la de los libros didácticos o sapienciales. Añade un salmo 151, que no se halla ni en la Biblia hebrea ni en la latina, y que no consideramos canónico. Lo mismo ocurre con la antigua versión siríaca, que cuenta 155 salmos.

Las traducciones latinas, siguiendo la griega, le dan los nombres de *Liber psalmorum, Psalterium* o *Liber Psalterii* y lo colocan también en el tercer grupo de escritos inspirados, pero no en cabeza del grupo sino después de Job. Es el lugar que ocupa en nuestras modernas Biblias, que a pesar de ser traducción directa del original hebreo respetan el orden tradicional.

1.2. *Numeración*

Los 150 salmos auténticos no se dividen igual en las Biblias. Los salmos 9 y 10 hebreos forman uno solo en los LXX griegos y en la Vulgata latina (9,1-21 y 9,22-39). Desde el salmo 11 al 113 el hebreo cuenta una unidad más que los LXX y la Vulgata. También los 114 y 115 hebreo son uno solo en las versiones griega y latina, como salmo 113,1-8 y 113,9-26. Inversamente, el 116 hebreo se divide en los LXX y la Vulgata en los salmos 114 y 115. Pero el 146 y 147 de las versiones se unen en el hebreo para formar el 147,1-11 y 147,12-20, y así los tres últimos salmos, 148, 149 y 150, acaban igual. Por tanto, en la mayor parte del libro, los dos grandes bloques del 11 al 113 y del 117 al 146, la numeración hebrea cuenta una unidad más:

(1)

CORRESPONDENCIA ENTRE LAS DOS NUMERACIONES DE LOS SALMOS

Hebreo	*Griego, Vulgata y libros litúrgicos*
1-8	**1-8**
9	9,1-21
10	9,22-39
11-113	**10-112**
114	113,1-8
115	113,9-26
116,1-9	114
116,10-19	115
117-146	**116-145**
147,1-11	146
147,12-20	147
148-150	148-150

Las Biblias modernas, que traducen directamente del original, ofrecen en primer lugar la división y numeración del texto hebreo, pero suelen añadir entre paréntesis la numeración griega y latina, que es la oficial de la Iglesia católica y la adoptada en el misal, leccionarios de la misa, rituales de sacramentos y libro de la Liturgia de las Horas, así como en los estudios sobre estos libros litúrgicos. De este modo, «Salmo 110 (109)» significa el salmo 110 de la numeración hebrea, que es el 109 de la numeración griega y latina, y, por tanto, la litúrgica.

En casi todo este libro, mientras no se diga expresamente lo contrario, citaremos los salmos según la numeración hebrea. Pero en la cuarta parte, sobre el uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, donde tendremos que citar copiosamente documentos litúrgicos oficiales, la numeración seguida será la litúrgica.

1.3. *Divisiones*

Nuestro Salterio se halla dividido en cinco libros, cada uno de los cuales acaba con una doxología, es decir, una frase de alabanza (41,14; 72,19; 89,52; 106,48; el 150 es todo él la doxología conclusiva del libro entero, como explicaremos en la tercera parte, comentando este salmo. Se ha hecho notar que al final del salmo 135,21 hay también una doxología: «Bendito en Sión el Señor, que habita en Jerusalén», que es posible que fuera la primitiva conclusión del 5º libro, lo cual significaría que los salmos 136-150 se habrían añadido posteriormente. En todo caso, esta división en cinco libros se hizo, cuando el Salterio ya se había formado, para que correspondiera a los cinco libros de la Ley de Moisés, según el ciclo de lecturas para las sinagogas. No son, pues, libros de salmos que existieran antes de nuestro Salterio.

En cambio, hay indicios de colecciones anteriores a la compilación definitiva y a la división final en cinco libros. En 72,20 leemos: «Fin de las plegarias de David, hijo de Isaí», indicación que parece contradecir el hecho de que hay antes de este punto salmos no davídicos, y después otros davídicos. Esto significa que anteriormente los dos primeros libros formaban uno solo, atribuido a David. Si atendemos a los títulos que dicen «salmo de David», hay dos series o colecciones davídicas: salmos 3-41 y salmos 51-72 (aunque el 72 dice «de Salomón», y otros tres [1, 2 y 33] no llevan título de autor). La primera colección davídica (1-41) es bastante homogénea, y la mayoría de sus salmos dan a Dios el nombre sagrado de *Yahveh*. La segunda colección davídica (salmos 42-89) llama a Dios *Elohim*.

Hay series de salmos que llamamos *elohístas* y otros que calificamos de *yahvistas*, porque los primeros llaman a Dios *Elohim* y los segundos *Yahveh*. Parece ser que en algunos salmos primitivamente elohístas el nombre divino, no sabemos por qué, fue cambiado por el de *Yahveh*. En la traducción litúrgica castellana, *Yahveh* se ha traducido siempre por «Señor», y *Elohim* por «Dios».

Otro indicio de la variedad de colecciones primitivas son los dobletes o repeticiones: el salmo 14 y el 53 son iguales, salvo el v. 6, y con la diferencia de que el 14 es yahvista y el 53 elohísta. El salmo 70 reproduce el 40,14-18. El 108 coincide con 57,8-12 y 60,7-14.

Otras colecciones primitivas subyacentes a nuestro Salterio son las siguientes:

– Los salmos 42-49, en el interior del «Salterio elohísta» (salmos 42-83), se atribuyen a los «hijos de Coré» (a quienes se atribuyen también los 84-88). Algunos de este grupo destacan por la elevación religiosa y por la belleza literaria; mencionemos particularmente el 42-43, el salmo de la cierva y la sed de Dios.

– Del 73 al 83, y también el 50, que va solo, se atribuyen a Asaf.

– Salmos del reino de Yahveh (93-99).

– Salmos aleluyáticos (104-106; 111-117; 135; 146-150).

– Cantos «graduales» o de las peregrinaciones (120-134).

– Más salmos davídicos (101; 103; 108-110; y el gran bloque 138-145).

Las características formales y la situación de vida de los salmos del reino de Yahveh y de los graduales se explicarán más abajo, al tratar de los géneros literarios.

1.4. *Formación del Salterio*

Teniendo en cuenta los grupos que acabamos de identificar, podemos tratar de reconstruir del modo siguiente el proceso de formación del Salterio:

a) La parte más primitiva sería la colección elohísta (42-83), que agrupó estas tres colecciones ya preexistentes: salmos de los hijos de Coré (42-49), de David (51-71 ó 72) y de Asaf (73-83).

b) Al final de esta primera parte se añadieron algunos salmos no elohístas.

c) Se antepuso a todo lo anterior la colección davídica (2-41) y, como prólogo a todo el conjunto 2-89, el salmo 1.

d) Posteriormente se incorporaron las demás pequeñas colecciones de la segunda parte del Salterio, en un tiempo y según unos criterios difíciles de precisar.

En realidad, es poco lo que sabemos con certeza sobre la formación del Salterio, pero podemos dar por seguro que no se trata de una simple yuxtaposición de salmos, sino que el orden o situación de cada uno de ellos tiene una gran importancia. Como en las catedrales góticas, una estatua o un vitral, además de lo que por sí mismas representan, significan algo más según el lugar de la fachada o de la nave en que se hallan, y según las demás imágenes que las rodean. Según Ramón Ribera-Mariné, que está investigando de modo muy original esta cuestión, la razón principal que presidió la ordenación definitiva fue la interpretación mesiánica. Pero el misterio sigue: este autor aplica al Salterio lo que un antiguo autor judío dijo del Cántico de los Cánticos: «Hemos perdido la llave de este libro», es decir, del libro como tal, como una obra seguida.

El libro de los Salmos quedó definitivamente fijado tal como ahora lo tenemos a mediados del siglo III a.C. El prólogo de la traducción del libro de Ben Sira (hacia 117 a.C.) ya da este libro como formando parte de las Escrituras: tres veces menciona las tres partes, *Torá* (Ley), *Nebiïm* (Profetas) y *Ketubim* (Escritos). Con toda seguridad, los *Ketubim* empezaban entonces por los Salmos. Este traductor parece afirmar que en tiempos del autor (su abuelo Ben Sira, s. III a.C.) ya se contaba el Salterio entre los libros sagrados. Parecen confirmarlo el propio Ben Sira 47,8-10, 1 Mac 7,17 (que cita un salmo como Palabra de Dios) y, más antiguo aún, 1 Crón 16,36, que cita la doxología del Salmo 106,48.

1.5. *Títulos bíblicos*

Cuando hablamos de «títulos bíblicos» de los Salmos, no nos referimos a los titulares que les anteponen las modernas ediciones de la Biblia, sino a unos epígrafes que se nos han transmitido tanto en el texto hebreo como en todas las versiones antiguas. Muchos salmos van precedidos de unas indicaciones de diversa índole que son del mayor interés, aunque generalmente se considera que no forman parte del texto inspirado. En el Salterio hebreo llevan título 116 salmos, de los que 73 son para atribuir aquel salmo a David. En la versión griega de los LXX son 131 los que tienen título bíblico y 84 los atribuidos a David.

Los títulos bíblicos son de distintos tipos:

a) Sobre el género de aquel salmo. Los más frecuentes son *mizmor* (salmo); 57 veces; *shir* (canto), 30 veces; *maskil* (poema didáctico, o tal vez signifique «compuesto artísticamente», 13 veces; *tefillah* (oración), 5 veces; *tehillah* (himno de alabanza), que sólo se encuentra en el Salmo 145, pero curiosamente es el que ha dado su nombre a todo el Salterio. Es muy discutido el título *miktam* (6 veces), que los LXX y el Targum arameo traducen por «poema para inscripción», y Kraus interpreta como «poema para fijar indeleblemente un acontecimiento».

b) *Lamed*, letra hebrea ele, que como preposición tiene el sentido general de dirección, tendencia o relación. Así, hallamos 73 salmos con el título *ldawid*, que se puede entender como indicación de autor (*lamed auctoris*) y entonces se traduciría por «salmo de David», bien como información temática, que significaría «salmo acerca de David». También encontramos *lamed* «de Asaf» (12 salmos), «de los hijos de Coré» (otros 12), «de Salomón» (Salmos 72 y 127), «de Heman, el ezraíta» (Salmo 88), «de Etan, el ezraíta» (Salmo 89) y de Yedutun (Salmo 39). Tenemos 57 salmos con el título bíblico *lmenasseah*, que al parecer significa «del (o «para el») maestro de coro», y que debe de ser una indicación musical; de estos 57 salmos, 53 llevan al mismo tiempo la atribución a algún otro personaje. La referencia a David puede indicar simplemente la existencia de antiguas colecciones davídicas (cf. Salmo 72,20; 2 Crón 29,30), sin que esto implique que el rey David fuera personalmente su autor.

c) Es muy difícil saber el sentido de *lelamed* («para enseñar») y de *le'annod* («para aprender»), y peor aún *selah*, que aparece no como título sino en el interior de 39 salmos (71 veces), tal vez para indicar una pausa o para separar estrofas.

d) Explicaciones litúrgicas: *shir hamma'alot*, «canto de las subidas» o «gradual», puede referirse a los peregrinos que «subían» a Jerusalén, o a las gradas o escalones del altar o del Templo; «Canto para la dedicación del Templo» (Salmo 30); «canto para el día del sábado» (Salmo 92). Tal vez sean de este género las indicaciones «para conmemorar» y «como memorial» (Salmos 38 y 70). La versión griega de los LXX presenta más títulos litúrgicos, y en esto probablemente refleja una recensión hebrea antigua.

e) Históricas, que explicitan la atribución a David y relacionan un salmo con David cuando huía de Saúl (Salmo 7; 18; 34; 52; 57; 59; 63; 142), tras su gran pecado (Salmo 51), en sus guerras (Salmo 60) o cuando huía de Absalón (Salmo 3). Se añadieron tardíamente, con la intención de situar la plegaria del salmo, a menudo abstracta, en una problemática histórica concreta. La riqueza humana y religiosa de la vida de David se prestaba muy bien a estas aplicaciones. Los LXX añaden todavía más indicaciones históricas.

1.6. *Relecturas*

El libro de los salmos, como dijimos en el prefacio, es el resultado de un largo proceso de acumulación de textos y de sucesivas revisiones. No sólo se añaden salmos nuevos, sino que se interpretan de un modo nuevo salmos antiguos, y este nuevo modo de entender un salmo (su nueva lectura o *re-lectura*) se traduce en retoques al texto anterior o en la añadidura de palabras, versículos, estrofas o hasta salmos enteros.

1.6.1. *El hecho de las relecturas*

La libertad con que los autores del Nuevo Testamento manejan las Escrituras no es una novedad absoluta: en el seno mismo del Antiguo Testamento hallamos ya una extraordinaria vitalidad en el proceso de actualización de la Palabra de Dios. La base de este fenómeno es la convicción de que «una palabra, que fue dirigida en una época determinada a una comunidad determinada, conserva su valor en otra época para otra comunidad que vive otra experiencia» (M. Gourgues). «La palabra antigua sigue siendo válida... tiene siempre algo que decir para ayudar a vivir la situación actual»; por eso hemos de consultarla «a partir de esta situación nueva, a fin de descubrir en ella nuevas dimensiones, con la ayuda de este nuevo punto de vista» (F. Dreyfus).

«No se puede leer el Antiguo Testamento más que como el libro de una expectación que no cesa

de crecer» (G. Von Rad). La promesa de la tierra a los patriarcas, por ejemplo, toma sucesivamente diversos contenidos, ninguno de los cuales agota del todo las expectativas del pueblo de Dios: Israel continua esperando. Momentos de este proceso histórico son las alianzas con los patriarcas, la revelación del Nombre, la alianza del Sinaí, la conquista de la tierra prometida, el establecimiento de la monarquía, las promesas a David, la fundación de Sión, el Templo, etc. Los aparentes incumplimientos de las promesas aguzan esperanzas mayores. Los profetas consideran algunos de estos acontecimientos no sólo como hechos pasados sino también como susceptibles de ser proyectados hacia el futuro, que es donde hallarán su realidad más plena. Israel es un pueblo en movimiento no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, abierto siempre a ulteriores realidades religiosas: «Israel vive en el tiempo como un extranjero» (Von Rad).

Ciertos actos salvíficos de Yahveh son celebrados con himnos en pasado, pero al mismo tiempo suscitan oráculos anunciadores de futuras intervenciones salvíficas de Dios. A menudo en los salmos se hace memoria de favores pasados como argumento para «convencer» a Dios de que realice hoy algo análogo, o para infundir al pueblo la confianza de que lo hará (p. ej., Salmo 85 y 126). Es característica de las predicciones de los profetas «una misteriosa combinación entre la fidelidad a la antigua tradición sobre la salvación y la superación radical de esta tradición» (Von Rad); p. ej., el anuncio de la nueva alianza de Jr 31,31 evoca la alianza del Sinaí, pero la interioriza. Sobre la medida de la fidelidad a la tradición y de la abertura a un futuro nuevo, el carisma profético infunde a aquel a través de quien Dios habla una gran libertad, cuyo grado varía en cada caso. «Tenemos motivos para suponer que cuando los apóstoles y evangelistas tomaban, dejaban o modificaban algo del Antiguo Testamento, lo hacían con una libertad carismática análoga a la de los profetas» (Von Rad).

Lugar privilegiado para esta actualización era el culto. En la época postexílica, la traducción que en la liturgia sinagogal se hacía del texto hebreo al arameo (*targum*, en plural *targumim*) contenía a menudo ampliaciones, adaptaciones o explicaciones edificantes. La versión griega de los LXX fue también ocasión de adaptaciones o reinterpretaciones de cara a sus destinatarios helenistas.

1.6.2. *Relecturas en el Salterio y sobre el Salterio*

El fenómeno de las relecturas se da de un modo especial en el seno del libro de los Salmos. En muchos de ellos pueden apreciarse distintos estratos redaccionales, y sin duda el proceso de agrupación del libro dio lugar a retoques que reflejan reinterpretaciones. El caso más claro de relecturas dentro de un mismo salmo es el del Salmo 89, como veremos al comentarlo en la tercera parte: una catástrofe nacional lleva a añadir a las primeras promesas una lamentación y una súplica, con lo que cambia diametralmente el tono del salmo.

Pero lo más importante del fenómeno de las relecturas, en el caso de los salmos, es la gran relectura que de todo el Salterio hacen los autores del Nuevo Testamento, que lo interpretan todo él como una gran profecía acerca de Cristo y de la Iglesia. De ahí que en el lenguaje de la Iglesia primitiva se dé a David el título de profeta. Cuando se dice sin más «el profeta», es David, o sea el Salterio, que se le atribuía entero, tal como «el apóstol» por antonomasia es san Pablo. San Hilario de Poitiers (ver recuadro de página siguiente) afirma que Cristo es la *clavis David*, la llave o clave de David, es decir, del Salterio atribuido al rey David, que lo abre y lo cierra, porque con sus misterios redentores «cierra» lo que en los salmos se había anunciado de él, y nosotros, por la fe en aquellos misterios de Cristo, «abrimos» el Salterio, es decir, penetramos en él y lo entendemos.

Convenía recordar el fenómeno de las relecturas porque es la justificación de la interpretación cristiana de los salmos. Desde el punto de vista judío, las citas sálmicas contenidas en el Nuevo Testamento y en general el uso cristiano de los salmos son una manipulación, que se aleja del sentido genuino del salmo. Pero ante esta objeción podemos presentar el hecho de que en el seno del mismo Antiguo Testamento, y en particular del Salterio, son muy frecuentes las reinterpretaciones de textos antiguos en función de circunstancias cambiantes.

2 JESUCRISTO, CLAVE DEL SALTERIO DE DAVID

No hay la menor duda de que todo lo que se ha dicho en los salmos hay que entenderlo según la doctrina evangélica, de suerte que, cualquiera que sea la persona por la que el espíritu de profecía hubiera hablado, lo refiramos todo al conocimiento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, a su encarnación, su pasión y su reinado, y a la potencia y la gloria de nuestra resurrección (...).

En el Apocalipsis de san Juan se nos enseña: «Al ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe: Esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene *la llave de David, y si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir»* (cf. Is 22,22). Tiene la llave de David, porque él desata aquellos siete sellos, o sea todo lo que David profetiza en los salmos acerca de su encarnación, pasión, muerte, resurrección, gloria, reinado y juicio, abriendo así lo que nadie puede cerrar, y cerrando lo que nadie puede abrir (...). Porque nadie sino él, de quien estos misterios se profetizaron y por quien fueron cumplidos, nos proporcionará la llave (clave) de su comprensión (...). Por eso sigue diciendo: «Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos? Pero nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los ancianos me dice: No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos» (Ap 5,1ss). (...) Creyendo en aquellos misterios que por medio de él se cumplieron, todo aquello que estaba sellado y cerrado se abre y se revela.

San Hilario de Poitiers, *Tratado sobre los Salmos*, Introducción, n.° 6.

2. Géneros literarios

Aunque desde siempre se ha admirado la gran variedad de los salmos y se ha tratado de clasificarlos (los mismos títulos bíblicos son en buena parte un intento de clasificación, y san Atanasio de Alejandría nos ha dejado una clasificación muy interesante y erudita en su *Epístola a Marcelino sobre los Salmos*), el estudio técnico de los géneros literarios de los salmos parte de la obra de Hermann Gunkel *Einleitung in die Psalmen* (trad. española: *Introducción a los Salmos*, Edicep, Valencia 1983). El punto de partida de Gunkel era la situación de vida o contexto existencial:

> «Las obras literarias de épocas y ambientes primitivos se distinguen de las de los pueblos desarrollados precisamente por el hecho de que no son concebidas puramente como obras escritas, sino que proceden de la vida real de los hombres y tienen su realización en esta vida: un grupo de mujeres entona un canto triunfal ante el ejército que vuelve victorioso; las plañideras entonan, junto al ataúd, la conmovedora canción de los muertos; en el atrio del santuario, un profeta hace oír su voz atronadora ante la asamblea. Estos ejemplos, que se pueden multiplicar fácilmente, bastan para determinar que la clasificación de los géneros de una literatura antigua debe hacerse según las diversas circunstancias vitales en que nacieron estos géneros (...). La distinción de los géneros es un elemento intrínseco que se ha impuesto incluso a aquellos que descuidaban, más o menos, su importancia sin preocuparse de elaborar una interpretación de conjunto apoyados en esta base».

Haciendo el balance de los intentos hasta entonces realizados para clasificar los salmos, decía Gunkel:

> «El único resultado que se ofrece a nuestra consideración es la humilde afirmación de los estudiosos: es absolutamente imposible clasificar los salmos; o, al menos, esta clasificación no ha podido hacerse hasta la fecha».

Y añadía:

> «Así las cosas, se impone proceder con la mayor prudencia posible. La clasificación no puede depender de la propia inventiva, sino que debe estar fundamentada en los mismos materiales. El investigador debe procurar, en consecuencia, devolver a estos poemas su estructura primitiva, la que les es natural. Debe analizar atentamente la entidad originaria de los mismos. De este modo, tales poemas quedarán automáticamente clasificados según los distintos géneros».

A partir de Gunkel, la investigación ha progresado en gran manera en los últimos cincuenta años gracias a un mejor conocimiento de la literatura judía no canónica (Salmos de Salomón, Him-

nos de Qumrán) y de la poesía sagrada de los demás pueblos del Oriente antiguo (Egipto, Sumer, Ugarit).

La clasificación que a continuación ofrecemos es la del P. Guiu Camps. A alguien le podrá parecer demasiado complicada en comparación con las que ofrecen otros autores, pero seguramente es la que mejor responde a la complicación del propio Salterio con su gran variedad de géneros literarios, que alternan incluso dentro de un mismo salmo. Inversamente, algunos salmos pueden catalogarse en más de un grupo, porque según sean de un tipo u otro, presentan, a la vez, alguna característica importante que los asimila a otro grupo.

Junto a los salmos pertenecientes a cada grupo o subgrupo, indicamos algunos cánticos del Antiguo o incluso del Nuevo Testamento que pertenecen al mismo género. Como sea que para el lector la sola indicación del número de los salmos no bastaría para identificarlos (a menos que se tomara la molestia de buscarlos uno por uno en la Biblia), damos en cada caso sus palabras iniciales, según la traducción litúrgica oficial, que es la que más nos suena o, en su defecto, para los cánticos no utilizados en la Liturgia de las Horas, según la Biblia de Jerusalén.

2.1. *Salmos festivos*

2.1.1. *Cantos de alabanza a Dios sin invitatorio*

Los cantos de alabanza tenían su situación de vida en la celebración de las fiestas y en el culto de cada día. Acompañaban la ofrenda de los sacrificios, la confesión de culpas del pueblo y otros ritos. En ocasiones extraordinarias, tales como una gran victoria militar, el traslado del arca o la dedicación del Templo, no faltaban himnos de alabanza junto a los cantos de victoria o de aclamación.

Los cantos de alabanza sin invitatorio alaban a Dios por lo que es (su grandeza, gloria, poder, sabiduría, bondad), por lo que hizo al crear el mundo (los astros, el sometimiento del mar tumultuoso, el germinar de la vida sobre la tierra, la creación del hombre puesto por encima de las demás criaturas), por lo que ha hecho para salvar a su pueblo (sobre todo la liberación de Egipto, las maravillas del desierto, el don de la tierra) y por todo lo que en su sabia providencia hace cada día en el gobierno del universo y en bien de todos los hombres (la lluvia y la fertilidad de la tierra). Los más expresivos son los que hablan de «tú» a Dios, dirigiéndose directamente a él; otros hablan de él en tercera persona, como presentándolo al pueblo.

(3)

NO SE PUEDE SER BUEN JUDÍO SIN REZAR LOS SALMOS

Se cuenta del Baal Sem Tob, el iniciador del movimiento hasídico en la Polonia del s. XVIII, que le pusieron el apodo de *der Telim jid*, que en yiddish significa «el judío de los salmos». Esto se debió a que la espiritualidad hasídica por él iniciada, y su propia formación personal, estaban más centradas en los salmos que en la Torá. En otras palabras, su mensaje era que se puede ser un buen judío sin ser experto en todas las minucias legales de la Torá, pero no se puede ser buen judío si no se rezan los salmos.

Citado por Alberto Mello, en *Un mondo di grazia. Midrash sui salmi* (Qigajon, Bose 1995), p. 36.

8 ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

19,2-7 El cielo proclama la gloria de Dios.

65 Oh Dios, tú mereces un himno en Sión.

89,6-12 El cielo proclama tus maravillas, Señor.

104 Bendice, alma mía, al Señor. ¡Dios mío, qué grande eres!

2.1.2. *Cantos de alabanza introducidos por un invitatorio*

Son más numerosos que los cantos de alabanza sin invitación. La forma más frecuente es el imperativo de segunda persona («alabad al Señor») o, si el salmista no tiene presentes a los fieles, en forma

de deseo («que alaben al Señor»). También puede expresar el salmista su deseo personal («cantaré al Señor», «celebro de todo corazón al Señor», «ensalzaré a mi Dios»).

Después de la invitación viene la motivación, introducida por un «porque» («Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»).

33 Aclamad, justos al Señor.

92 Es bueno dar gracias al Señor.

113 Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor.

117 Alabad al Señor todas las naciones.

135 Alabad el nombre del Señor, alabadlo, siervos del Señor.

136 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

146 Alaba, alma mía, al Señor.

147 Alabad al Señor, que la música es buena.

148 Alabad al Señor en el cielo.

149 Cantad al Señor un cántico nuevo.

150 Alabad al Señor en su templo.

Dn 3,52-90 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres.

- *Variante 1:*
  En tono marcadamente de alabanza.

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre.

- *Variante 2:*
  Se aproximan a formas de acción de gracias sin referirse a un caso determinado de liberación.

103 Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

145 (alfabético) Te ensalzaré, Dios mío, mi rey.

1 Crón 29,10-13 Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel.

Tob 13,1-9 Bendito sea Dios, que vive eternamente.

Lc 1,46-55 Proclama mi alma la grandeza del Señor.

2.1.3. *Cantos de victoria*

Sólo el Salmo 68 se puede considerar propiamente un canto de victoria, pero no sabemos a qué acontecimiento se refiere; quizás con el tiempo adquirió un sentido más genérico y acabó celebrando simplemente la soberanía de Dios. Fuera del Salterio, tenemos los cánticos de Moisés (Éx 15,1-18), Débora (Jc 5), Ana (1 Sm 2,1-10) y Judit (Jdt 16,1-17). Igual que en los salmos en que el salmista se exhorta a sí mismo a alabar a Dios, se suelen encontrar los verbos «cantar» y «enaltecer».

68 Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos.

Éx 15,1-8.21 Cantaré al Señor, sublime es su victoria.

Jc 5 Al soltarse en Israel la cabellera.

1 Sm 2,1-10 Mi corazón se regocija en el Señor.

Jdt 16,1-17 Cantad a mi Dios con panderos.

- *Variante:*
  Cantos que se asemejan a los de victoria.

18 Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

21 Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

144 Bendito el Señor, mi roca.

149 Cantad al Señor un cántico nuevo.

Is 12,1-6 Te doy gracias, Señor, porque estabas airado contra mí.

Is 25,1-5 Señor, tú eres mi Dios, yo te ensalzo.

Is 26,1-19 Tenemos una ciudad fuerte.

2.1.4. *Manifestación gloriosa del Señor*

Más que un género aparte, recogemos en esta sección ciertas formas que volveremos a encontrar en varios géneros o familias de salmos.

La teofanía o manifestación gloriosa del Señor en la tempestad era el tema de cantos muy antiguos, que datan de los primeros tiempos de la época de los Jueces (ss. XII-XI a.C.). La situación de vida originaria de estos cantos era seguramente el momento de emprender una batalla decisiva, y más en concreto el momento de la llegada del arca de la

alianza al campamento de los israelitas, antes de entrar en combate, y que provocaba entusiasmo de propios y terror de extraños, según se nos describe en 1 Sm 4,5-8. Así, el Salmo 68 empieza con las palabras que según Nm 10,35 pronunciaba Moisés cuando, durante la estancia en el desierto, el arca se ponía en marcha, y tras ella todo el pueblo: «Se levanta Dios, y se dispersan todos sus enemigos». La llegada del arca desde su santuario al campamento militar era celebrada como una manifestación de Yahveh. Pero ninguno de estos cantos nos ha llegado enmarcado en su contexto primitivo, sino parcialmente incluidos en cantos de victoria, o bien han servido de introducción al anuncio de un juicio de Dios, o de cualquier otra acción salvífica suya.

Estos cantos suelen constar de tres partes. La primera, breve, anuncia que el Señor llega desde el lugar santo donde reside (el Sinaí, Seír, su monte santo, etc.) y que se acerca, generalmente en forma de tormenta. La segunda parte, más extensa, describe la conmoción que experimentan los cielos y la tierra ante la divina presencia. La tercera, muy breve, es un anuncio de salvación. En los textos más tardíos Dios viene para juzgar (a su pueblo, a los enemigos, o a todas las naciones). Los ejemplos más claros son Hab 3 y el Salmo 18.

18,7-20 En el peligro invoqué a mi Dios.

144,5-8 Señor, inclina tu cielo y desciende.

68,8-9.15-19.33-36 Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo.

Dt 33,2-5.26-29 Ha venido el Señor desde el Sinaí.

Jc 5,4-5.20-21.31 Cuando saliste de Seír, Señor.

Na 1,2-11 ¡Dios celoso y vengador Yahveh!

Hab 3 ¡Señor, he oído tu fama!

- *Variante:*
  En cantos de aclamación o sobre la gesta del Éxodo.

29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.

77,12-21 Recuerdo las proezas del Señor.

97,2-5 Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono.

99,1 El Señor reina, tiemblen las naciones, sentado sobre querubines, vacile la tierra.

114,1-8 Cuando Israel salió de Egipto.

2.1.5. *Aclamación al Señor, rey del mundo*

Se ha supuesto que en Jerusalén se celebraba cada año, en el equinoccio de otoño, la fiesta de Año Nuevo, con una procesión con el arca, para recordar la victoria de Yahveh en la obra de la creación y su señorío sobre todos los pueblos. Tal pudo haber sido la destinación original de este grupo de salmos.

Su estructura es como la de los cantos de alabanza, con invitación en segunda persona del plural («aclamad»), pero aquí la invitación, más que a alabar, es a «cantar» o «aclamar» con gritos de fiesta y al son de cuernos, «aplaudir», «prosternarse», etc. Invita a todos los pueblos del mundo, y también a los seres divinos o ángeles a los que llama «hijos de Dios». Los principales salmos de este grupo contienen el grito que el pueblo repetía en la entronización de un nuevo rey («¡Salomón es rey!»), pero aplicándoselo a Dios («¡Yahveh es rey!»). Algunos de estos salmos, los llamados «del reino de Yahveh», datan seguramente del tiempo del exilio babilónico, cuando la institución monárquica ha fracasado y ya no reina ningún príncipe del linaje de David.

Caracteriza a estos salmos el universalismo. Los motivos de alabanza se refieren a la obra salvadora que se extenderá por todo el mundo, y al juicio sobre todos los pueblos.

24 Del Señor es la tierra y todo cuanto la llena.

29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.

47 Pueblos todos, batid palmas.

93 El Señor reina, vestido de majestad.

96 Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra.

97 El Señor reina, la tierra goza.

98 Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

99 El Señor reina, tiemblen las naciones.

100 Aclamad al Señor, tierra entera.

- *Variante:*
  Rey del mundo y redentor de Israel.

  Is 42,10-17 Cantad al Señor un cántico nuevo, que lo alaben en el confín de la tierra.

  Is 44,23 ¡Gritad, cielos, de júbilo, porque el Señor lo ha hecho!

2.1.6. *Cantos de la ciudad de Dios*

Sin invitación inicial, los salmos de este grupo hacen el elogio de la ciudad santa, a causa de la presencia de Dios en medio de ella, lo que la hace invencible. Además, la colma de sus dones y casi la iguala al paraíso (que es un modo de designar el lugar donde se supone que Dios tiene su residencia; cf. las palabras de Jesús al buen ladrón, Lc 23,43). Como en los cantos de aclamación, Dios derrota a los pueblos rebeldes que atacan la ciudad santa, cuya salvación habrá de extenderse a todos los pueblos. Son un elogio indirecto a Dios, a través de su ciudad.

46 Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza.

48 Grande es el Señor, y muy digno de alabanza.

76 Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel.

87 Él la ha cimentado sobre el monte santo.

- *Variante:*
  Varios salmos relacionados con Sión.

  126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar.

  132,8-9.13-18 Levántate, Señor, ven a tu mansión, ven con el arca de tu poder.

  137 Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión.

  Is 2,2-5 = Mi 4,1-5 Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor.

2.1.7. *Cantos de peregrinación*

Los salmos del grupo que acabamos de ver celebran a Jerusalén como ciudad donde Dios habita y como centro del universo; los que vamos a enumerar a continuación la consideran como la capital y el centro de la vida de los israelitas.

Los códigos israelitas más antiguos (Éx 23,17; 34,23; Dt 16,16) ya ordenaban, en las tres grandes solemnidades del año, peregrinar a Jerusalén, donde se custodiaba el arca, símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo y recuerdo de la salida de Egipto y de la conquista de la tierra prometida. En Jc 21,19-21; 1 Sm 1,3-28; 2,11-20 encontramos referencias a las primitivas peregrinaciones anuales al templo de Siló, donde se guardaba el arca de la alianza. El centro religioso de Israel pasó a ser Jerusalén cuando David instaló allí el arca, y más aún cuando Salomón edificó el templo. Más tarde, el precepto de la peregrinación se practicaba de varias maneras, pero la costumbre de las «subidas» a Jerusalén se mantuvo siempre, como podemos ver por el relato de la infancia de Jesús (Lc 2). Los israelitas piadosos estaban contentos de poder ir a Jerusalén a «ver a Dios», eso es, visitarlo en su templo. En el templo se sentían íntimamente unidos a Dios, estaban seguros de que escuchaba sus oraciones y le pedían que bendijera a su Ungido (el rey, que a la vez era como una personificación del pueblo entero) y que concediera paz y seguridad a la ciudad santa, y por medio de ella a todo el pueblo. En el lenguaje del Nuevo Testamento, «ver a Dios» no querrá decir entrar en un templo, sino contemplarle cara a cara, como hacen los ángeles (Mt 18,10; Ap 22,4), lo cual exige un corazón limpio (Mt 5,8, bienaventuranza de los limpios de corazón; Ap 21,27, en la nueva Jerusalén «no entrará nada impuro»).

Estos salmos de los peregrinos, llamados también «graduales», o «de las subidas» (Salmos 120-134), pertenecen desde el punto de vista de la clasificación en géneros literarios a diversas familias, pero tienen una indudable unidad. Casi todos son breves y muy sentidos. El lenguaje es simple, pero expresivo. Mencionan bastante (al menos en comparación con el resto del Salterio) a Israel, Jerusalén y Sión. Aunque el salmista hable en singular, se trata de un «yo» colectivo. El «niño en brazos de su madre» del Salmo 131 es la actitud de confianza filial que quiere adoptar el pueblo entero ante su Dios.

Cuando se recopilaron en una colección, la situación de vida de estos salmos era el ambiente de los peregrinos en el templo restaurado después de la deportación de Babilonia.

84 ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los Ejércitos!

122 Qué alegría, cuando me dijeron: «¡Vamos a la casa del Señor!»

- *Variante:*
  Los salmos graduales, pertenecientes a diversas familias.

120 En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió.

121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

123 A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.

124 Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte.

125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión.

127 Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles.

128 ¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!

129 Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud.

130 Desde lo hondo a ti grito, Señor.

131 Señor, mi corazón no es ambicioso.

132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.

133 Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.

134 Y ahora bendecid al Señor, los siervos del Señor.

2.2. *Entrada en el templo, congratulación, protección divina, felicidad junto al Señor*

2.2.1. *Diálogo de entrada al templo*

Hasta entre los paganos había la conciencia de que para comparecer ante Dios era preciso guardar una vida pura. Un canto sagrado egipcio decía: «Bendito el que desembarca en Tebas, residencia de la Verdad (...). Los pecadores no entran en el lugar de la Verdad».

Los judíos acentúan aún más esta exigencia. La llegada de las caravanas de peregrinos era ocasión de un ritual de recepción, con un diálogo entre los fieles que llegaban y el sacerdote que guardaba la entrada del templo.

La estructura suele ser: pregunta de los peregrinos, respuesta del sacerdote y promesa o bendición final.

15 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?

24,3-6 ¿Quién puede subir al monte del Señor?

Is 33,24-16 ¿Quién de nosotros habitará en un fuego devorador...?

Mi 6,6-8 ¿Con qué me presentaré yo ante el Señor?

2.2.2. *Congratulación del sacerdote a los fieles (bienaventuranzas)*

Dentro del Antiguo Testamento, las bienaventuranzas son especialmente numerosas en el libro de los Salmos, donde, por lo demás, parecen haber conservado su situación de vida originaria. En pasajes históricos, las bienaventuranzas pueden tener el sentido familiar de congratulación por algún acontecimiento favorable. En los escritos sapienciales, y en los salmos de estilo sapiencial, han pasado a ser una sentencia que quiere alentar a los que viven como Dios manda. Pero en los salmos a menudo las bienaventuranzas proceden de una situación de vida en la que el sacerdote se dirigía a un peregrino o a un grupo que acudía al templo.

1 Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos.

112 Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos.

128 ¡Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos!

- *Variante:*
  Textos parecidos.

Jr 17,7-8 Bendito aquel que fía en el Señor.

Sir 14,20-15,10 Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría.

Sir 31,8-11 Feliz el rico que fue hallado intachable, que tras el oro no se fue.

2.2.3. *Oráculos que prometen la protección divina*

Como en el grupo anterior, la situación subyacente debió ser la felicitación o el dar ánimo de un sacerdote al fiel o a los fieles que confían en el Señor.

La estructura es: primero, palabras (breves) de un fiel sobre su confianza en el Señor; segundo, un sacerdote o profeta del santuario le asegura que el Señor le protege y que lo guardará de todos los peligros.

91 Tú que habitas al amparo del Altísimo.

121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

- *Variante.*

125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

2.2.4. *Felicidad y seguridad junto al Señor*

Algunos autores llaman a estas oraciones «salmos del huésped de Yahveh». Se parecen al grupo anterior por el tono de esperanza, pero en estos salmos el fiel no recibe ninguna respuesta de un sacerdote, sino que es él mismo quien proclama que se siente feliz de encontrarse acogido junto al Señor. El salmista tal vez funda su certeza en una comunicación divina experimentada mientras dormía (cf. Salmo 16,7: «Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente»). En segundo término pueden aparecer los enemigos que le amenazan, y que quizás personifican al más temible de todos los peligros que corre su relación con Dios: la muerte; cf. 1 Cor 15,26: «el último enemigo vencido será la muerte».

(4) DEJARSE LLEVAR POR LOS SALMOS HACIA DIOS

Los salmos son palabra de Dios; palabra, que dice él, en cuanto un hombre, arrebatado por él, dice su palabra humana. Por tanto, son revelación, que lleva a la salvación. Pero esto, en una forma particular, a saber: la de la oración. No proceden de la experiencia de un espíritu humano -por ejemplo, de un profeta- que haya conocido la verdad divina y diga «Así habla el Señor», sino de la emoción de un hombre que se dirige a Dios en oración. Tal es el modo como se han de tomar propiamente los salmos; no leyéndolos, considerándolos, estudiándolos, sino dejándose llevar por ellos hacia Dios en su movimiento.

Romano Guardini, *Los Salmos* (*Obras*, II, Cristiandad, Madrid 1981), pp. 206-207.

Son salmos doctrinalmente muy importantes, porque este clima de amistad íntima con Dios queda abierto a la esperanza de una vida eterna.

Estructura general: Empieza con una declaración de confianza o de felicidad; después alaba la solicitud del Señor para con él, en contraste con la confusión de sus enemigos; finalmente, canta de nuevo la felicidad eterna cerca de Dios. Las cosas materiales que hacen felices a la mayoría de los hombres, tarde o temprano se pierden, mientras que la amistad con Dios, como Dios mismo, no puede ser efímera.

- *Estructura de la variante 1:* un díptico, que contrapone el fracaso de los injustos, excluidos de la amistad de Dios, a la felicidad de los que se refugian bajo sus alas.

- *Estructura de la variante 2:* comienza con una laboriosa reflexión sobre lo bien que se lo pasan los injustos, en contraste con los males que aquejan al justo, pero finalmente Dios le revela que los malos acabarán en un gran desastre, en tanto que los buenos quedarán unidos a Dios por siempre jamás.

4 Escúchame cuando te invoco, Dios defensor mío.

16 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

23 El Señor es mi pastor, nada me falta.

27 El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?

31 A ti, Señor, me acojo: que no quede yo nunca defraudado.

42-43 Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

61 Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica.

62 Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación.

63 Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti.

- *Variante 1:*
  Esperanza del justo ante la suerte del injusto.

36 El malvado escucha en su interior un oráculo del pecado.

52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonas contra el piadoso?

- *Variante 2:*
  Reflexión: el justo no se separará de Dios, mientras que el malo desaparecerá.

49 Oíd esto, todas las naciones, escuchadlo, habitantes del orbe.

73 Qué bueno es Dios para el justo, el Señor para los limpios de corazón.

2.3. *Condición divina del Mesías*

2.3.1. *El Mesías, Hijo de Dios, reinará por siempre y salvará a los desvalidos*

Son los salmos reales. Entendemos por salmos reales no todos los que hablan del rey, sino sólo aquellos que se refieren a la fiesta de entronización, o a alguna otra celebración en la que el rey ocupa el lugar central. Todos estos salmos son del tiempo de la monarquía, anteriores por tanto al año 586 a.C., y algunos (45, 89 y quizás el 110) podrían ser de comienzos de la monarquía (s. X a.C.).

En el Israel más primitivo, el único rey era Yahveh. Cuando el pueblo pidió tener un rey como las demás naciones, Dios se lo permitió, pero con la condición de que el rey cumpliera la Ley de la alianza, y previniéndoles contra los peligros del despotismo real (cf. 1 Sm 8,5; 12,12-15; Dt 17,14-20; 1 R 2,2-4; en la Biblia coexisten una versión monárquica y otra antimonárquica del origen de la monarquía). Así se corregía la ideología monárquica imperante en algunos países vecinos (Egipto, Mesopotamia, Fenicia), que divinizaba a los soberanos y les confería un poder absoluto. Incluso un rey perverso, como Ajab, tiene un concepto de su poder mucho más limitado que el de su mujer, la reina Jezabel, hija del rey fenicio de Sidón, y se resiste a arrebatar a Nabot la viña que éste no le quiere vender; Jezabel tendrá que arreglar la cuestión al estilo de su tierra (1 R 21).

(5) **SENTIDO MESIÁNICO**

Quien recita los salmos en nombre de la Iglesia debe dirigir su atención al sentido pleno de los salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de manifiesto al decir a los apóstoles: «Tiene que cumplirse todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos».

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 109.

En la Biblia, la atribución al rey de una filiación divina sólo se encuentra en 2 Sm 7,5-29 y en estos salmos reales, y aun en estos casos con una doble corrección: un riguroso monoteísmo, y también un sentido de igualdad de todo el pueblo de Dios, en virtud de la alianza, que frena la arbitrariedad. En el comentario al Salmo 110 trataremos de la cuestión de si los oráculos de estos salmos suponen un ritual de adopción, como generalmente suele decirse, o se trata más bien del ritual de reconocimiento de paternidad.

Son formas típicas de estos salmos el oráculo (que proclama la filiación divina del rey y le pro-

mete la victoria) y los augurios de justicia, prosperidad bajo su reinado y, para él, vida y reinado eternos. La fraseología grandilocuente recuerda el llamado «estilo de corte» que encontramos también en textos de otros reinos del Antiguo Oriente, pero en estos salmos responde a una realidad del plan de Dios que, junto con la visión del Hijo del Hombre de Dn 7 y los cantos del Siervo de Yahveh (Is 42; 52,13-53,12; 61,1-2), se cumplirá en la persona del Mesías Jesús.

Podemos asimilar a estos salmos el 132, que ya hemos contado entre los relacionados con Sión (2.1.6.), y que contiene una súplica por el rey que recuerda las promesas a David.

2,6-9 Yo mismo he establecido a mi rey en Sión, mi monte santo.

20 Que te escuche el Señor el día del peligro.

21 Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

45 Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey.

72 Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes.

89,1-5.13-38 Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

101 Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor.

110 Oráculo del Señor a mi señor: «Siéntate a mi derecha...».

Variante.

132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.

2.4. *Cantos de lamentación y de acción de gracias*

Todos los salmos de los grupos hasta ahora examinados tenían un tono festivo. Los de la presente sección proceden de situaciones dolorosas, ya superadas o todavía no, individuales o colectivas. Lo que más abunda en el Salterio son las súplicas. Cuando la súplica haya sido escuchada, será normal la acción de gracias.

2.4.1. *Súplicas personales*

Los salmos de este numeroso grupo presentan algunas formas literarias (invocación, queja, petición) que pueden aparecer también en otros grupos (como los de la felicidad junto al Señor, algunos de los alfabéticos y los de acción de gracias). De los salmos citados, los pertenecientes a la escuela de Jeremías se indican así: **(Jr)**. Todo el mundo admite la relación entre este grupo de salmos y el libro de Jeremías, y más en concreto las llamadas «confesiones»; pero mientras unos autores sostienen que los salmos derivan del libro profético, otros piensan que, al contrario, en las «confesiones de Jeremías» hay una relectura a la luz de estos salmos.

(6) **LA VIDA ES UNA ALABANZA A DIOS**

Toda nuestra vida presente debe discurrir en la alabanza de Dios, porque en ella consistirá la alegría sempiterna de la vida futura; y nadie puede hacerse idóneo de la vida futura si no se ejercita ahora en esta alabanza. Ahora, alabamos a Dios, pero también le rogamos. Nuestra alabanza incluye la alegría, la oración, el gemido. Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos; y, porque es veraz el que lo ha prometido, nos alegramos por la esperanza; mas, porque todavía no lo poseemos, gemimos por el deseo. Es cosa buena perseverar en este deseo, hasta que llegue lo prometido; entonces cesará el gemido y subsistirá únicamente la alabanza.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 148,1.

Los salmos de este grupo presentan completa la siguiente estructura:

a) Invocación, con un vocativo en forma simple («Señor», «Dios mío») o acompañado de un atributo («Dios de justicia»), un imperativo de invocación («escúchame», «sálvame», «líbrame», «no tardes»), una deprecación («que llegue a ti mi clamor», «que suba hasta ti mi súplica») o una expresión indicativa («clamo a ti», «te invoco», «levanto a ti mis ojos / mis manos»), o bien mencionando a Dios en tercera persona («mi grito implora al Señor»).

b) Queja. Suele ser la parte más extensa y expresiva. Puede constar de tres partes, que se presentan en orden variable:

1ª queja por el abandono que sufre de parte de Dios;

2ª lamentación sobre la propia desgracia;

3ª queja por el comportamiento de sus enemigos.

A veces, en estas súplicas individuales y también en las de todo el pueblo (cf. más abajo, 2.4.3.), encontramos un interrogante retórico que es en realidad súplica angustiada ante una situación dolorosa que está durando demasiado tiempo: «¿Hasta cuándo, Señor...»? El tono es a menudo muy atrevido, en contraste con los elogios a la bondad de Dios y las expresiones de confianza que predominan en las súplicas.

c) Petición, a veces incluida en la lamentación o hasta en la invocación. La forma es semejante a la de las invocaciones.

3 Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí.

6 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

13 ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

22 (Jr) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

28 A ti, Señor, te invoco. Roca mía, no seas sordo a mi voz.

38 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

40,14-18 = 70,2-6 (Jr) Señor, dígnate librarme. Señor, date prisa en socorrerme.

41 Dichoso el que cuida del pobre y desvalido.

54 Oh Dios, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder.

55 Dios mío, escucha mi oración, no te cierres a mi súplica.

56 Misericordia, Dios mío, que me hostigan, me atacan y acosan todo el día.

57 Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti.

59 Líbrame de mi enemigo, Dios mío, protégeme de mis agresores.

64 Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento, protege mi vida del terrible enemigo.

69 (Jr) Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello.

71 (Jr) A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre.

86 Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado.

88 (Jr) Señor, Dios mío, de día te pido auxilio, de noche grito en tu presencia.

102 (Jr) Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue a ti.

140 Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento.

143 Señor, escucha mi oración; tú que eres fiel, atiende a mi súplica.

- *Variante:*
  Motivos de súplica en salmos de otros grupos.

25 (alfabético) A ti, Señor, levanto mi alma.

39 Yo me dije: vigilaré mi proceder.

120 En mi aflicción llamé al Señor.

141 A voz en grito clamo al Señor.

Is 38,10-15 Yo pensé: «Mediada la vida, tengo que marchar hacia las puertas del Abismo».

2.4.2. *Súplicas de un acusado inocente*

Se parecen al grupo anterior, pero la situación de vida y cultual es distinta: acusado de culpas que no ha cometido, el fiel pide a Dios que proclame su inocencia mediante una respuesta ritual, pronunciada probablemente a la hora del sacrificio matutino.

Sus características son las siguientes:

a) Invocación, con fórmulas tales como «por la mañana te expongo mi pleito» (5,4); «Pido justicia,

escucha mi clamor, escucha atentamente mi defensa» (17,1) o, más conciso, «Hazme justicia» (26,1).

b) Declaración de inocencia, generalmente breve, pero que en el Salmo 26,1.3-11 se convierte en una larga lista por el estilo de la respuesta que se daba a los peregrinos que pedían las condiciones para habitar en la casa del Señor. Todo el Salmo 131 está escrito según el estilo de una declaración de inocencia.

c) Petición de justicia, que puede adquirir el tono de imprecación contra los acusadores.

5 Señor, escucha mis palabras.

7 Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame.

17 Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores.

26 Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia.

- *Variante:*
Motivos parecidos en salmos de otros grupos.

35 (Jr) (tono de súplica personal) Pelea, Señor, contra los que me atacan, guerrea contra los que me hacen guerra.

131 (gradual) Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros.

139 (pide a Dios que le guíe) Señor, tú me sondeas y me conoces.

2.4.3. *Súplicas del pueblo*

Cuando todo el pueblo sufría una calamidad (derrota militar, invasión enemiga, sequía, plaga de langostas, etc.) se proclamaban ayunos y oraciones públicas para alcanzar de Dios la salvación. Son celebraciones muy antiguas.

Estos salmos tienen una estructura muy constante:

a) Invocación. Suele reducirse a un vocativo: «¡Oh Dios!», «¡Dios mío!», etc.

b) Lamentación por los males padecidos, con una queja por el comportamiento esquivo de Dios y una acusación contra la actitud adoptada por ciertos enemigos (Moab, Edom, Amón, Amalec).

c) Petición de salvación, generalmente en forma imperativa. A veces anticipa ya aquí la acción de gracias.

d) Expresión de la seguridad de que Dios escucha la súplica, o bien anuncio de la acción de gracias.

44 Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron.

60 = 108,7-14 Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas, estabas airado, pero restáuranos.

74 ¿Por qué, oh Dios, nos tienes siempre abandonados?

79 Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad.

80 Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño.

83 Señor, no te estés callado, en silencio e inmóvil, Dios mío.

85 Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob.

89,39-52 Pero tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y desechado.

90 Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

- *Variante:*
Formas menos típicas.

12 Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos.

77 Alzo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga.

94 Dios de la venganza, Señor, Dios de la venganza, resplandece.

123 A ti levanto mis ojos, a ti, que habitas en el cielo.

Is 63,7-64,11 Las misericordias del Señor quiero recordar.

Jr 14,1-9.17-22 Judá está de luto, y sus ciudades lánguidas.

Lm 5,1-22 Acuérdate, Señor, de lo que nos ha sobrevenido.

Sir 36,1-17 Sálvanos, Dios del universo, infunde tu terror a todas las naciones.

2.4.4. *Confesión de las culpas del pueblo*

Después de la deportación de Babilonia, la experiencia de las desgracias sufridas a consecuencia de la infidelidad del pueblo origina otra forma de súplica colectiva: el reconocimiento de las culpas presentes, que son como una continuación de las que cometieron los padres en tiempos pasados, y a continuación apelación a la bondad de Dios, que, aunque ellos no se lo merezcan, les concederá el perdón y los librará de todos los males que les aquejan.

En el Salterio sólo encontramos un salmo de este tipo, el 106, pero podemos ver plegarias de este género para tiempos críticos (aunque sin la forma poética de los salmos) en momentos tales como los de Esdras y Nehemías (hacia 400 a.C.), las guerras macabeas (hacia 175 a.C.) y la destrucción del templo (el 70 d.C.).

La estructura de este género empieza con una alabanza a las obras de Dios. Continúa la confesión de las culpas presentes y pasadas. Suele haber también un recuerdo de las maravillas obradas por Dios en favor de Israel, en contraste con las infidelidades del pueblo. Finalmente viene la petición, en forma imperativa, y concluye con una promesa de acción de gracias.

106 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia... Hemos pecado con nuestros padres.

Esd 9,6-15 Dios mío, harta vergüenza y confusión tengo para levantar mi rostro hacia ti.

Ne 9,5-37 ¡Bendito seas, Señor, Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ...Altivos se volvieron nuestros padres.

Dn 3,26-45 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres... Hemos pecado y cometido toda clase de delitos.

Dn 9,4-19 ¡Ah, Señor, Dios grande y temible...! Nosotros hemos pecado.

Ba 1,15-3,8 Mira, Señor, desde tu santa Casa.

2.4.5. *Oración de arrepentimiento*

En Babilonia, durante la celebración del Año Nuevo, en primavera, el rey hacía penitencia pública confesando sus pecados y los del pueblo y pidiendo perdón. Así lo hace el rey de Nínive según el libro de Jonás (Jn 3,6), en un relato que aunque no sea histórico es muy ilustrativo. Tal vez había en Jerusalén una celebración parecida. Si el Salmo 51 lo dijo un rey de Judá (como opina Lipinski, para quien se trata de un salmo de penitencia real muy antiguo), los vv. 20-21 son forzosamente un añadido posterior a la destrucción de la ciudad y del templo, ya que contienen una súplica por su reconstrucción. El 130, que como todos los graduales es postexílico, debió decirlo, en nombre de todo Israel, un sacerdote o algún otro representante del pueblo.

51 Misericordia, Dios mío, por tu bondad. Por tu inmensa compasión borra mi culpa.

130 Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz.

2.4.6. *Cantos de acción de gracias*

El orante que había implorado la salvación y ha sido escuchado por Dios, va al templo a cumplir sus votos y ofrecer víctimas en acción de gracias. Ante todo el pueblo proclama el favor recibido e invita a todos los presentes a participar del banquete sagrado de la víctima que ha ofrecido. A veces se puede dudar de si se trata de una súplica que anticipa la acción de gracias, o es una acción de gracias que recuerda la súplica pasada.

> (7) **EL ARPA DE DAVID**
>
> Si se quiere descubrir el secreto del alma de David, hay que atender cuidadosamente a cómo funciona el arpa. Cuanto más vigorosamente se pulsan sus cuerdas, más fuerte da su sonido, mejor suena. Del mismo modo, cuanto más Dios pulsaba el corazón de David por el sufrimiento y la aflicción, más fuertes y bellos eran sus cantos. «Despierta, alma mía; despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora» (Salmo 57,9). El alma se despierta y se estimula absolutamente del mismo modo que la cítara y el arpa.
>
> Ya'arot Devach, citado por Avrohom Chaim Feuer, *Tehillim* (trad. francesa, Colbo, París 1990), t. I, p. XXXV.

Encontramos con gran frecuencia, fuera del libro de los Salmos, una fórmula muy simple de acción de gracias: «Bendito sea el Señor (que ha hecho tal cosa)».

Por lo que hace a la estructura, la de estos salmos es la siguiente:

a) Comienzan con una invitación, parecida a la de los cantos de alabanza, pero con un vocabulario algo distinto: «te enaltezco», «te daré gracias», «bendeciré al Señor», etc.

b) Después se exhorta a sí mismo, o exhorta a los presentes, a proclamar los favores recibidos, con verbos como «anunciar», «proclamar», «contar», hacer saber» las obras, gestas, prodigios o favores del Señor. Esta exhortación es típica de estos salmos. Es un dar gracias que, más allá del agradecimiento por el beneficio recibido, quiere expresar la admiración y el gozo porque Dios ha mostrado cuán bueno es y poderoso; como cuando en el Gloria de la misa decimos: «te damos gracias por tu inmensa gloria».

c) Finalmente viene la narración de los favores recibidos, mencionando hechos más concretos que los aludidos en los cantos de alabanza.

30 Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

32 Dichoso el que está absuelto de su culpa.

40,2-11 Yo esperaba con ansia al Señor: él se inclinó y escuchó mi grito.

118 Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia... En el peligro grité al Señor.

Jon 2,3-10 Desde mi angustia clamé al Señor y él me respondió.

Sir 51,1-12 Quiero darte gracias, Señor, Rey, y alabarte, oh Dios mi salvador.

• *Variante 1:*
Motivos de acción de gracias en súplicas personales o en otros contextos.

18,3-20 Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

22,23-31 Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.

31,8-9.22-25 Te has fijado en mi aflicción... Bendito el Señor que ha hecho por mí prodigios de misericordia.

57,8-12 = 108,2-6 Mi corazón está firme, Dios mío.

66,13-20 Entraré en tu casa con víctimas para cumplirte mis votos.

69,31-35 Alabaré el nombre de Dios con cantos.

71,14-24 Yo, en cambio, seguiré esperando, redoblaré tus alabanzas.

103 Bendice, alma mía al Señor, y todo mi ser a tu santo nombre.

107 Dad gracias al Señor porque es bueno... Que lo confiesen los redimidos por el Señor.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

144,1-2.5-11 Bendito el Señor, mi roca.

145 Te ensalzaré, Dios mío, mi rey, bendeciré tu nombre por siempre jamás.

Is 38,16-20 Me has curado, me has hecho revivir.

2.5. *Fidelidad a la alianza, meditación y exhortación*

En los salmos de esta sección no hay propiamente oración, o bien sólo aparece tangencialmente. Se proponen enseñar, meditar, exhortar o reprender. Presentan algunas características de los libros sapienciales y proféticos, y por eso algunos autores también los califican de salmos sapienciales o proféticos.

Los tres primeros subgrupos de esta sección (2.5.1., 2.5.2 y 2.5.3) tienen su situación de origen en la celebración o la renovación de la alianza que, al parecer, tenía lugar cada año. El segundo y el tercer subgrupo tienen más contactos con la literatura sapiencial. Los cuatro subgrupos, pero especialmente el tercero y el cuarto, tienen relación con la predicación profética.

La celebración de la alianza, según el modelo de los tratados o pactos de un gran rey con los reyezuelos vasallos, constaba de los siguientes elementos:

a) Preliminares: convocación del pueblo y de los testigos, invitación a escuchar al Señor.

b) Antecedentes históricos: relaciones hasta entonces mantenidas entre los dos países, o entre uno de los dos reyes y el difunto padre del otro.

c) Cláusulas. En la alianza de Israel, la cláusula fundamental es: «Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo... guárdame fidelidad y respeta al prójimo».

d) Exhortación a guardar la alianza.

e) Enumeración de los testigos: el cielo y la tierra, inscripción del tratado en una piedra o en un documento, indicando el santuario u otro lugar donde se custodiará.

f) Bendiciones y maldiciones, a modo de conjuro para según cumplan la alianza o la infrinjan.

Después de los preliminares, un mensajero habla («Eso dice el Señor...»), recuerda los antecedentes históricos y las cláusulas y proclama las bendiciones y maldiciones.

2.5.1. *Cantos que recuerdan las vicisitudes de la historia de la alianza*

Hacen referencia, directa o indirecta, a la alianza, aunque ninguno de estos salmos guarda relación con la fiesta de la renovación.

78 Escucha, pueblo mío, mi enseñanza.

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos.

2.5.2. *Salmos alfabéticos sobre la suerte del justo y del injusto*

Son poesías acrósticas, en las que cada versículo, o cada estrofa, empieza sucesivamente con cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Pueden tener un tema único o ser simplemente yuxtaposición de sentencias independientes unas de otras, pero siempre encontramos la contraposición de la suerte del justo y la del injusto. Se hacen eco de la doctrina de los dos caminos (Dt 30,15-20).

9-10 Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas.

25 A ti, Señor, levanto mi alma.

34 Bendigo al Señor en todo momento.

37 No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal.

111-112 Doy gracias al Señor de todo corazón.

119 Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor.

2.5.3. *Reclamación por la violación de la alianza*

Es éste un género de poesía muy frecuente en los libros de los profetas, pero raro en el de los salmos.

50 El Dios de los dioses, el Señor, habla.

81 Aclamad a Dios, nuestra fuerza... Tocad la trompeta por la luna nueva.

Dt 32,1-43 Escuchad, cielos, y hablaré; oye, tierra, los dichos de mi boca... Hijos degenerados, se portaron mal con él.

- *Variante:*
  En un salmo de aclamación al Señor, rey del mundo.

95,7-11 Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá».

2.5.4. *Cantos de reprensión o de amenaza profética*

Se parecen a los subgrupos anteriores, pero estos salmos se dirigen a paganos o a judíos paganizantes (rebeldes, amigos de hechicerías, que hacen objeto de violencia o explotación al prójimo) que no tienen relación con la alianza.

2 ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?

14 = 53 Dice el necio para sí: «No hay Dios».

58 ¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas?

75 Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias, invocando tu nombre, contando tus maravillas.

82 Dios se levanta en la asamblea divina, rodeado de ángeles juzga.

94,8-11 Enteraos, los más necios del pueblo. Ignorantes, ¿cuándo discurriréis?

• *Variante:*
Algunos salmos menos definidos.

11 Al Señor me acojo. ¿Por qué me decís: «Escapa como un pájaro al monte»?

52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonas contra el piadoso?

62,4-5 ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre todos juntos, para derribarlo como a una pared que cede o a una tapia ruinosa?

2.6. *Piezas singulares*

2.6.1. *Bendición sacerdotal. Letanías*

Recogemos en este último grupo un par de salmos difíciles de encajar en alguna de las familias anteriormente consideradas, y que por lo demás *sólo tienen en común su carácter claramente litúrgico*. Con razón se ha subrayado, en estudios recientes, la íntima relación que muchos salmos tienen con el culto, tanto el del Templo como el de las sinagogas.

El primero de estos dos salmos, el 67, se parece mucho a la bendición aarónica de Nm 6,23-27. El segundo también refleja un contexto de bendición litúrgica y de respuesta litánica al pueblo.

67 El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros.

115 = 135,15-21 No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria...



Músicos en bajorrelieve, de Karatepe.

II

La oración de los salmos

La oración de los salmos

1. Una oración personal

Entre todas las religiones antiguas, la de Israel se caracteriza por su personalismo: el Dios de Israel es alguien personal, y trata como personas a sus fieles. No es de tipo mágico, como aquellas en las que la religión se reduce a la pronunciación mecánica de ciertas palabras que automáticamente producen su efecto bueno (obtener la lluvia, la salud o cualquier otro beneficio) o malo (la muerte o un perjuicio para una persona odiada, como en la magia negra o el vudú). En el extremo opuesto, la religión de Israel no es tampoco un mero moralismo, es decir, un sistema de normas sobre lo que está bien y lo que está mal, o un conjunto de valores, tal vez más exigente que cualquier ética, pero que podría darse igualmente al margen de Dios, sino que su esencia es la relación de persona a persona que se establece entre Dios y su pueblo y con cada uno de sus miembros a un nivel personalísimo.

La expresión de esta relación interpersonal es, de parte de Dios, su Palabra revelada; de parte del creyente, la oración. Y esta relación interpersonal no se rompe porque parezca que la oración no es escuchada. Nosotros, cuando Dios no nos concede lo que le pedimos, solemos evadirnos en una u otra dirección: o hacia el secularismo, porque llegamos a la conclusión de que la religión no funciona y tendremos que afrontar con nuestros propios recursos terrenales los problemas que nos caen encima; o bien evolucionamos hacia un pietismo que se desconecta de la realidad y busca en la oración o la práctica religiosa unas emociones religiosas, un *relax*, que nos sirvan para olvidar siquiera por un rato lo dura que es la vida. En cambio la piedad judía –y lo mismo debería hacer la cristiana– no cierra los ojos ante lo que ocurre, y si no parece que cuadre con las promesas de Dios, le recuerda a Dios sus palabras y a la vez le presenta atrevidamente lo que está sucediendo.

Una anécdota rabínica explicará esta actitud religiosa. Preguntaron una vez a un famoso rabino:

> «Maestro, dinos cómo hemos de celebrar el *Kippur* (la gran fiesta de la expiación, en la que cada año el pueblo de Israel se purifica de todos sus pecados) para tener la seguridad de que nuestros pecados han quedado perdonados». El rabino les respondió: «Id a ver cómo lo celebra el sastre Rubén». Se sorprendieron un poco, porque Rubén no era ni un rabino famoso por su ciencia ni tenía fama de santo, sino que era un honrado artesano, padre de familia. Sin embargo, ante la insistencia del rabino, cuando llegó el atardecer del *Kippur* se acercaron a la casa de Rubén y se pusieron a atisbar a escondidas por una ventana. Vieron cómo se reunía con la mujer y los hijos, se ponía la *kipa*, el velo y las filacterias para la oración, prendía las velas y empezaba a recitar las oraciones del *Kippur*. Después vino la confesión de los pecados, para lo cual tuvo que sacarse del bolsillo una llave especial, abrir un armario y sacar una libreta en la que había estado anotando todos sus pecados, los de su mujer y los de sus hijos, y los leyó para confesarlos. Hacerlo llevó bastante tiempo, porque era la lista de pecados de todo el año, desde el *Kippur* pasado. Pero a continuación oyeron estupefactos como Rubén levantaba los ojos al cielo y decía: «Éstos, Señor, son nuestros pecados. Ahora veamos los tuyos». Y empezó a leer de otra libreta: «El pequeño Simeón, que has dejado que muriera cuando aún no sabía distinguir su mano derecha de la izquierda... Nuestra vecina

Débora, que lleva casi un año enferma y entre mi mujer y las demás vecinas tienen que hacerle todo lo de la casa... Mi amigo Abrahán, que tras el accidente que sufrió ha quedado imposibilitado, no puede trabajar y entre toda la comunidad hemos de mantener su familia...» Y siguió enumerando todas las cosas de su alrededor que no iban bien, es decir: el mal del mundo. La segunda lista, la de los «pecados de Dios», duró bastante más que la primera. Y al terminarla dijo Rubén: «Como puedes ver, Señor, tus pecados son más numerosos que los nuestros. Pero no seamos rencorosos: por este año, quedemos en paz».

(8)

QUERIDOS SALMOS

¡Salmos, mis queridos salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor de Dios, alcanzad en mis labios vuestra plenitud! Queridos salmos, no envejecéis, sois la oración que no se desgasta. Asumís, en la fe, toda la experiencia humana. Si ocupáis este lugar en mi vida, es porque la expresáis ante Dios... Como la verdad, refrescáis los labios y el corazón de quienes os cantan. Aceptad que se os resuma en dos palabras de las cuales la segunda sólo se puede pronunciar en verdad cuando se ha dicho la primera: Amén. ¡Aleluya!

Y.-J. Congar, *Los salmos en mi vida* (*La vie spirituelle*, noviembre-diciembre 1975).

He transcrito de memoria esta anécdota (la frase final de Rubén la recuerdo literalmente) tal como la tengo presente de haberla leído en un libro del que por desgracia no puedo dar la referencia porque no lo tengo a mano: una preciosa colección de homilías pronunciadas a lo largo del año litúrgico judío en la sinagoga de Barranquilla (Colombia). En este mismo libro, y en la misma homilía pronunciada en la fiesta del *Kippur*, se contaba otra anécdota que también revela el realismo y a la vez el humanismo de la piedad judía.

Era el día del *Kippur*, y una comunidad de judíos piadosos se habían reunido en una casa para celebrarlo. Pero no llegaba el rabino que tenía que presidir la fiesta. Después de esperar un rato, uno de los asistentes, que vivía cerca de la casa del rabino, se ofreció a ir a ver qué pasaba, pero al pasar frente a su propia casa vio que dentro estaba el rabino, y que tenía en sus brazos a su propio hijo pequeño. «Y es que –decía el rabino de Barranquilla que hacía la homilía– aquel rabino, cuando se dirigía al lugar de la reunión, al pasar ante la casa de su vecino oyó que el niño pequeño que habían dejado allí estaba llorando, y consideró más urgente acallar el llanto de un niño que ir a presidir el *Kippur*».

No faltan entre los cristianos casos de personas que han proyectado la oración de los salmos sobre la realidad que les tocaba vivir, por dura que fuera. A continuación transcribimos los emotivos testimonios del P. Congar y de la hija de Stalin.

(9)

LA FUERZA DE LOS SALMOS: TESTIMONIO DE LA HIJA DE STALIN

Yo misma di el paso decisivo en Delhi. Nadie me ayudó, nadie me aconsejó y nadie supo lo que yo hacía. Pero creo que todos nuestros pensamientos y acciones están en manos de Dios. Y sé que sin ese auxilio providencial que me había venido como inspiración y como decisión inmutable, nunca habría tenido yo la fuerza suficiente para dar ese paso.

«El Señor es mi luz y mi salvación» (Salmo 26; numeración griega y latina). «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Salmo 22). «Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor» (Salmo 30).

(...) En ninguna parte he hallado palabras más poderosas que las de los salmos. Su férvida poesía lo purifica a uno, le da a uno fuerzas, infunde esperanza en momentos de oscuridad. Le hace a uno introspeccionarse críticamente, quedar uno mismo convicto y lavarse el corazón con lágrimas propias. Es el inextinguible fuego del amor, la gratitud, la humildad y la verdad (...). «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, Dios mío, a ti grité y tú me sanaste. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta; te cantará mi alma sin callarse, Señor, Dios mío. ¡Te daré gracias por siempre!» (Salmo 29).

Svetlana Alliluyeva, hija de Stalin. Tomado de *Cultura Bíblica*, n.º 237, marzo-abril de 1971.

2. Un pueblo que sabía orar

Yahveh tomó la incitativa de establecer una relación de amor con unos hombres escogidos y, a través de ellos, con toda la humanidad. Israel es consciente de ello, y por eso comparece ante Dios en actitud de alabanza, súplica y acción de gracias. Es un Dios que salva. Ha entrado en la historia de los hombres y la ha convertido en historia de la salvación. Desde la fe, la oración de Israel hace memoria agradecida de las amorosas y maravillosas intervenciones divinas –las *mirabilia Dei*– y en este recuerdo sagrado encuentra motivo de compunción por sus pecados y de confianza en sus tribulaciones. Por la oración el israelita entra, él personalmente, en la historia de la salvación y se hace contemporáneo de las gestas de Dios para con sus padres.

No se trata de ensimismarse subjetivamente con la ayuda de ciertas técnicas de introspección, sino de ponerse ante el Dios vivo y tres veces santo. «La oración judía es el momento paradójico en el que el hombre efímero se dirige a la eternidad (...). Es el coloquio a través del cual el ser efímero se hace sentir del eterno: durante los instantes que la oración dura, ambos se encuentran en un terreno común. Inimaginable prodigio: el ser que cuenta la existencia por milenios y el que la cuenta por días coinciden en el tiempo que dura un oficio, que se desarrolla en unas horas, o en una hora» (Robert Aron). Este tiempo privilegiado de la oración, entendida como *memorial* de las gestas del Señor, supera los límites cronológicos y convierte al que ora en contemporáneo del acontecimiento salvífico pasado y a la vez de la redención futura.

«Jesús nació en un pueblo que sabía orar», ha escrito Joachim Jeremias. Los estoicos –una de las más altas cumbres alcanzadas por la razón humana– consideraban inútil la oración, porque confundían a Dios con el universo. «¿Por qué alzar las manos a Dios? –se preguntaba Séneca– ¡Dios está dentro de ti!» Pero Jesús nació en un pueblo que tenía el sentido de la trascendencia de Dios, que no se confunde ni con el cielo ni con la tierra, sino que es el que todo lo ha creado. Es el *Otro*, y por eso puedo dirigir *yo* a él. Con razón llamaba Paul Claudel a los salmistas «tuteadores de Dios».

Éste es un primer valor religioso de la oración de los salmos: que nos pone en la presencia de Dios y, simplemente tomando en serio las palabras que pronunciamos, nos encontramos hablando con él. Al margen del contenido del salmo (lo que le decimos o lo que pedimos a Dios), el mero hecho de estar en contacto con él ya es un gran logro. En este sentido san Benito dice que aunque siempre hemos de saber que estamos en la presencia de Dios, esto hemos de creerlo más firmemente que nunca cuando salmodiamos.

(10) **DEL MODO DE SALMODIAR**

Creemos que Dios está presente en todas partes, y que «los ojos del Señor observan en todo lugar a buenos y malos» (Prov 15,3), pero sobre todo debemos creerlo sin la menor vacilación cuando asistimos al Oficio divino. Por eso acordémonos siempre de lo que dice el Profeta: «Servid al Señor con temor» (Sal 2,11). Y también: «Cantad sabiamente» (Sal 47,8). Y, «En presencia de los ángeles te alabaré» (Sal 138,1). Consideremos, pues, de qué manera hemos de estar ante la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y mantengámonos en la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz.

(Regla de San Benito de Nursia, cap. 19).

3. Ocho consejos prácticos para orar con los salmos

Los salmos son la gran escuela de oración cristiana, y la Iglesia desea que oren con ellos no sólo sacerdotes y religiosos, sino todos los fieles, y que lo hagan de modo que encuentren en ellos alimento de su piedad y base de una espiritualidad sólida. Pero esto exige una iniciación, una catequesis sobre la salmodia cristiana, como la que hacían los antiguos Padres de la Iglesia. Aquellos obispos que personalmente preparaban a los catecúmenos que en la Vigilia Pascual iniciarían en los misterios cristianos, creían necesario iniciarlos también en el sentido cristiano de los salmos. Si los bautizados tenían que



Conjunto instrumental de Enrique Frauenlob.

participar activamente en las asambleas litúrgicas, y en ellas tendrían que cantar salmos, era preciso que ya en el catecumenado se les diera una iniciación siquiera elemental a los salmos, y a la salmodia cristiana.

Con algunas excepciones (Atanasio, Hilario), no nos han dejado una teoría general de la salmodia cristiana, sino que la enseñaban comentando unos cuantos salmos concretos. La obra cumbre de estos comentarios cristianos a los salmos son las *Enarrationes in Psalmos* de san Agustín, sublimes y a la vez populares.

(11)

DIOS SE ALABÓ A SÍ MISMO PARA QUE PUDIÉRAMOS ALABARLO DIGNAMENTE

A fin de que Dios pudiese recibir de los hombres una alabanza digna de su eterna majestad, él se alabó a sí mismo; y en estas alabanzas que él se dignó dictar, nosotros los hombres encontramos el medio de presentar al Altísimo el homenaje que le corresponde. Pues en Dios no cabe la prohibición hecha al hombre: «No salga de tus labios la alabanza propia». Si el hombre se alaba a sí mismo, es arrogancia; pero si Dios se alaba, es misericordia. Provechoso es para nosotros amar al que alabamos, pues amando el bien nos hacemos mejores. Así pues, conociendo Dios que redunda en provecho nuestro que le alabemos, se alaba para hacerse más amable, procurando nuestro bien, por lo mismo que descubre cuán digno es de ser amado. Enfervoriza nuestros corazones para que se enciendan en alabanza; llena de su espíritu a sus siervos para que le alaben con cánticos inspirados, y como quiera que es su Espíritu quien en sus siervos le alaba, resulta que es Él quien se alaba a sí mismo, a fin de que nosotros podemos alabarle dignamente.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, Salmo 144,1.

Presentamos ocho consejos. Podían haber sido siete, o diez. Es un modo de dar un vistazo general y a la vez concreto a la práctica del rezo de los salmos. Confiamos que puedan servir de esquema para la catequesis de los Salmos.

3.1. *Aprender los salmos*

Los salmos son poesía, y la poesía suele ser difícil de primera lectura. Mucho más si es de una literatura que dista de la nuestra miles de años y de kilómetros. Por eso el primer consejo será familiarizarse con su texto. El ideal sería sabérselos de memoria, cosa que en tiempos antiguos no se juzgaba imposible. San Jerónimo refiere que el padre del desierto que le inició en la vida monástica le hizo aprender a palos el Salterio, y en el registro de las cartas del papa san Gregorio Mango hay una destituyendo a un obispo por no saber los salmos. Posiblemente minimizamos las facultades memorísticas del pueblo, y en particular de los niños y jóvenes: baste recordar la facilidad con que aprenden y repiten las canciones de moda. Pero si no nos atrevemos a aprender el Salterio entero, al menos memoricemos algún salmo corto, o bien las estrofas o los versículos que más nos impacten. Ya insistiremos, en el quinto consejo, en la asimilación de frases sueltas de salmos.

Aparte de los fragmentos que lleguemos a memorizar, es necesario estar familiarizados con el texto de todo el Salterio. Como decíamos, es poesía, y poesía de temática y lenguaje insólitos, por lo que su primera lectura siempre es difícil. Hay pensamientos de los salmos que ya desde que se leen por primera vez nos hacen bien, pero la gran mayoría de su texto necesita que se haya leído y releído hasta acostumbrarse a él.

Se trata de algo muy importante para la oración, porque en la salmodia es necesario, a partir de lo que la letra dice, y apoyándose en ella como en un trampolín, saltar a unos sentimientos, súplicas o afectos personales. Esto es precisamente lo que hace posible una celebración litúrgica comunitaria y a la vez personal: decimos juntos las mismas palabras, pero cada uno de los participantes las carga de matices, aplicaciones y efusiones personalísimos. Y este salto de la letra objetiva a la vivencia personal se hace más difícil cuando el que salmodia ha de estar pendiente del libro que tiene en sus manos, porque el esfuerzo visual e intelectual bloquea o al menos frena las facultades del espíritu. Cuanto menos se dependa de la lectura del libro, más libre-

mente volarán la imaginación y los afectos. La regla de oro de Casiano es «recitar los salmos como si tú fueras el autor» y «anticiparse al texto, más que seguirlo».

•

(12) **REZA LOS SALMOS COMO SI FUERAS SU AUTOR, O SE HUBIERAN ESCRITO EXPRESAMENTE PARA TI**

Vivificado con este alimento, del que no cesa de nutrirse, penetra en el íntimo sentido de los salmos. Y así no es de maravillar que los recite no como compuestos por el profeta sino como si fuera él mismo su autor. Esto es, *como si se tratara de una plegaria personal, sintiéndose* movido de la más honda compunción. O también los considera escritos adrede para él, y comprende que los sentimientos que contienen no se realizaron solamente antaño en la persona del salmista, sino que se cumplen en él todos los días. Y es que en realidad los textos bíblicos (...). Entonces lo que nos revela las verdades que contienen no son las palabras, sino la prueba que hemos hecho nosotros personalmente. Penetrados de los mismos sentimientos en los cuales fue compuesto o cantado el salmo, venimos a ser, por decirlo así, los autores. Nos anticipamos al pensamiento más bien que lo seguimos; captamos el sentido, más que comprender la letra. Las palabras santas evocan en nosotros recuerdos de cosas vividas (...). Instruidos por lo que nosotros mismos sentimos, no los percibimos como cosa meramente oída, sino experimentada y tocada por nuestras manos, no como cosa ajena e inaudita, sino como algo que damos a luz desde lo profundo de nuestro corazón, cual si fueran sentimientos que forman parte de nuestro propio ser. (...) Esta oración no es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frase o voces articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir.

Juan Casiano, *Colaciones,* Conferencia IX sobre la oración (Rialp, Madrid 1958), t. I, pp. 496-498.

En la práctica, para poner un ejemplo, al empezar el rezo de un salmo, si ya lo tienes conocido, desde el primer versículo, o desde el título, recordarás su argumento, y que es el que tiene aquel versículo que te encanta, y de antemano adoptarás la actitud espiritual que pedía Casiano. Esto vale para todos los oficios litúrgicos. Para preparar la eucaristía, o una Hora del oficio divino, además de repasar los cantos, es muy útil dar un vistazo a las lecturas, o a los salmos, para no tener que ir a remolque de lo que se va escuchando o leyendo.

3.2. *Aprender la Biblia*

Los salmos son una pequeña parte de la Biblia, pero en cierto modo son la síntesis de todo el resto. Decía Lutero que el Salterio encierra todo el contenido de la Sagrada Escritura, resumido en un pequeño manual. Ya san Atanasio hacía notar que el Salterio contiene salmos históricos, proféticos y sapienciales, y es como un jardín que junta lo mejor de cada uno de aquellos géneros (véase el texto de Atanasio en la página siguiente. Esta obra tan interesante no ha sido aún publicada en ninguna len-

(13) **EL SALTERIO, SÍNTESIS DE TODA LA BIBLIA**

El Salterio debería sernos precioso y querido aunque sólo fuera por la razón de que anuncia clarísimamente la muerte y resurrección de Cristo y de que prefigura su Reino y el estado y la vida de la cristiandad entera. Merecería por esto el título de pequeña Biblia, ya que encierra, en un bellísimo resumen muy breve, todo el contenido de la Biblia, transformado y convertido en un magnífico enquiridion o manual. Creo que el Espíritu Santo quiso tomarse él mismo el trabajo de componer una Biblia abreviada y un libro de ejemplos referente a toda la cristiandad, a todos los santos, a fin de que, si alguien se encuentra en la imposibilidad de leer la Biblia entera, tenga al menos en el Salterio casi toda la suma de la Escritura, resumida en un pequeño libro.

Martín Lutero, *Prefacio al Salterio* (trad. francesa, *Oeuvres*, Labor et Fides, t. III, Ginebra 1963), pp. 263-264.

14

LOS SALMOS, ESPEJO DEL ALMA

Todas las Escrituras, hijo mío, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, son inspiradas por Dios y provechosas para nuestra enseñanza, según está escrito. Pero el libro de los Salmos tiene algo digno de ser observado. Cada libro de la Biblia presenta su propio argumento y lo desarrolla (...). Pero el libro de los Salmos, como un jardín que tuviera en él sembrados los frutos de los demás, los canta todos e incluso de aquéllos ofrece sus propios frutos, la salmodia (...).

Además de lo que tiene afín o común con los otros libros, éste tiene una gracia singular, algo digno de atención, y es que describe y expresa los sentimientos o pasiones de las almas, su evolución y su enmienda, de suerte que el que lee y se fija puede, si quiere, aplicarse aquel modelo. Pues en los demás libros escuchamos la Ley que manda unas cosas y prohíbe hacer otras, y oímos las profecías, por las que sabemos que el Salvador tenía que venir, o encontramos los relatos históricos, de los que se puede aprender lo que hicieron los reyes y los santos. Pero en el libro de los Salmos, además de poder, cualquiera que los oiga, aprender aquellas mismas cosas, se pueden aprender y discernir los impulsos de la propia alma. Por otra parte, según lo que padece o según lo que la domina, puede escoger de este mismo libro el modelo para las palabras adecuadas. De este modo, quien escucha los salmos sacará gran provecho, pues aprenderá qué ha de decir o hacer para poner remedio a su mal. Hay en los demás libros discursos que prohíben el mal; en éste se enseña cómo evitarlo. Por ejemplo, se manda la conversión, y la conversión es dejar el pecado; pues bien: en este libro se enseña cómo hay que hacer penitencia, y de qué palabras hay que servirse al hacer penitencia. Otro ejemplo. Dice san Pablo que la tribulación engendra la paciencia, la paciencia la virtud probada, la virtud probada la esperanza, y la esperanza no se ve confundida (Rom 5,3.5). Pues bien: en los salmos se halla escrito y se describe cómo hay que soportar la tribulación, qué palabras debe decir quien pasa tribulación, cómo se alcanza la virtud probada, qué palabras convienen a quien tiene puesta su esperanza en el Señor. Se nos manda también dar siempre gracias a Dios, y los salmos nos enseñan qué ha de decir el que da gracias. Leemos asimismo que «los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución» (2 Tm 3,12), y en los salmos aprendemos qué hay que decir al huir, y qué debemos decir a Dios cuando nos hemos salvado de la persecución. Se nos manda bendecir al Señor, alabar al Señor; en los salmos encontramos el modelo para bendecir a Dios y las palabras para alabarlo debidamente. En fin, en cualquier campo cada cual podrá encontrar cánticos divinos acomodados a él, a sus sentimientos y a su moderación (...).

Porque también esto es admirable en los salmos: que lo que en los demás libros los santos autores dicen de otras personas, quienes lo leen entienden que se dice de aquellos de quienes se escribió, y quienes lo escuchan saben que ellos son personas distintas de aquellos de quienes se está hablando, de modo que lo que se narra sólo mueve a admiración e invita a imitación. En cambio, quien toma este libro, si se trata de salmos proféticos referentes al Salvador, sí, los recorre del mismo modo que las demás Escrituras, con sentimientos de admiración y de adoración; pero los demás salmos los lee como si fueran palabras suyas propias, y quien los escucha, lo hace como si él mismo los cantara, y le conmueven y se siente afectado por las palabras de estos cánticos como si fuesen sus propias palabras [...]. Nadie se atrevió nunca a decir como suyas las palabras de los patriarcas, ni llegó a imitar o proferir como propias las palabras de Moisés, ni las de Abraham acerca de la esclava, o de Ismael, o del gran Isaac, aunque se hallara en una situación parecida [...]. En cambio quien lee los salmos –¡cosa admirable!–, exceptuando las profecías acerca del Salvador y de las naciones, dice las demás palabras como si fueran suyas, y las salmodia como si de él mismo se hubieran escrito, y no las recibe y las recorre como si las dijera otro o se dijeran de otro, sino que le afectan como si las dijera él mismo de sí mismo; y todo lo que se refiere lo dice a Dios como si él mismo lo hubiera hecho y hablando de sí mismo (...).

Me parece, pues, que, para el que salmodia, los salmos son como un espejo en el que puede contemplarse a sí mismo y ver los impulsos de su alma, y recibirlos con tales sentimientos. Pues quien escucha a otro que lee un cántico, lo recibe como si se dijera de él, y, o bien argüido por su propia conciencia y compungido se convierte, o bien al oír hablar de la esperanza en Dios o de la ayuda que reciben los que en él creen, como si la recibiera él mismo, exulta de gozo y se pone a dar gracias a Dios (...).

Y si alguien necesita más argumentos para convencerse, diré que ciertamente toda la Sagrada Escritura es maestra de virtud y de la fe verdadera, pero el libro de los Salmos ofrece además el modelo [*icona*] para la dirección de las almas.

San Atanasio de Alejandría, *Epístola a Marcelino sobre la interpretación de los salmos*. PG 27, núms. 2, 10, 11, 12 y 14.

gua moderna. Por eso hemos traducido extensamente sus pasajes más importantes). Pero en los salmos cambia el tono: lo que los demás libros *cuentan*, los salmos lo *cantan*, es decir, lo hacen tema de oración. Tenemos en el Salterio salmos históricos, proféticos y sapienciales, pero los históricos no se limitan a repetir o resumir lo referido en los libros históricos, sino que evocan aquellos acontecimientos para hacer de ellos tema de oración, tal como hemos explicado al hablar de los «salmos difíciles», para alabar a Dios por sus gestas, confesar los pecados del pueblo, etc.; los salmos proféticos, más que formular nuevos oráculos (aunque en algún caso lo hacen), suplican a Dios que cumpla los antiguos; y los salmos sapienciales se ocupan de aquel estilo de vida que es el tema de los libros sapienciales y hacen de él objeto de meditación. Por ejemplo, en el comentario que en la tercera parte haremos del Salmo 51 explicaremos que es algo así como *Ezequiel rezado*; no Ezequiel resumido, sino la temática de aquel profeta hecha objeto de meditación, súplica, esperanza y acción de gracias.

Los salmos, pues, tratan de aquello de que habla el resto de la Biblia, pero en registro de oración. Difícilmente advertiremos a qué se refiere la oración de los salmos si no conocemos los restantes libros sagrados. Sin la referencia a la historia de la salvación, el lenguaje poético de los salmos resulta abstracto y vago, porque no suelen referir hechos, sino expresar sentimientos o actitudes espirituales. También en los nuevos leccionarios litúrgicos se intercalan los libros proféticos en los momentos correspondientes de los históricos, porque historia y profecía se enriquecen recíprocamente. Sin conocimiento de la historia, los libros proféticos quedan bastante nebulosos. Sin los profetas, los libros históricos carecen de la punta de flecha que nos indique adónde van a parar. Con la historia, la profecía aterriza; con la profecía, la historia adquiere sentido.

Es un consejo que vale para la lectura de toda la Biblia, y no sólo para la de los salmos: hay que situar los textos en su contexto histórico. Lo que nosotros queremos, cuando leemos o meditamos la Sagrada Escritura, es el mensaje que quiere transmitirnos a nosotros, en el momento concreto en que nos toca vivir. Para captar este mensaje hay que atender, ante todo, al texto, con criterios filológicos y teológicos. Pero si sólo nos fijamos en el texto de un determinado pasaje, podríamos hacer decir al texto lo que el autor sagrado no quiso decir. Hay que situar aquel pasaje en su contexto histórico, para ver así qué quiso decir a sus primeros destinatarios. Así, los textos proféticos se nos iluminan en la medida que enriquecemos su conocimiento con el estudio de los libros de los Reyes correspondientes a aquel período, o del exilio y el postexilio en que fueron objeto de relecturas. Después hace falta aún otra mediación histórica: la de nuestro contexto actual. Conociendo lo que el autor sagrado quiso decir de parte de Dios a sus oyentes originarios, que se encontraban en determinadas circunstancias históricas, tendremos que reflexionar cómo se aplican aquellas palabras sagradas a quienes vivimos en un mundo que en parte tiene problemas análogos, pero en parte ha cambiado radicalmente. Querer deducir sólo gramaticalmente el mensaje del texto podría producir un cortocircuito fatal. No queremos con esto ir a parar a un relativismo total. Los diez mandamientos son palabra eterna de Dios, pero el «no matar» y «no robar» presentan en nuestros tiempos formas que los pueblos antiguos no pudieron ni soñar. De este modo vamos a parar a una especie de relación o proporción: el texto es a su contexto histórico como el mensaje es al contexto actual.

$$\frac{\text{texto}}{\text{contexto histórico}} = \frac{\text{mensaje}}{\text{contexto actual}}$$

3.3. *Estudiar los salmos*

Es la segunda parte de la *meditatio* clásica, segunda parte de los tres grados de la oración: *lectio, meditatio, contemplatio*: profundización del texto, a la luz de buenos comentarios o maestros. Es decir, dedicar tiempo a su estudio sistemático, cada cual según sus facultades y posibilidades y disponibilidad de tiempo. Un aspecto importante de este estudio será el filológico. Santa Teresita del Niño Jesús decía que hubiera querido saber hebreo

para poder rezar los salmos en su lengua original. No todo el mundo está en condiciones de aprender hebreo, pero los comentarios nos enseñan matices filológicos que ninguna traducción es capaz de transmitir. Otro aspecto es el histórico, al que nos hemos referido en el consejo anterior. Los conocimientos sobre el mundo de la Biblia son una buena base para la comprensión de los salmos.

El estudio no es oración, pero le da solidez y objetividad. Vale la pena. Un día un salmo, otro día otro; lo que con uno se aprende sirve para entender mejor los demás. Funciona una especie de ley de vasos comunicantes que hace que lo que se haya aprendido a propósito de un salmo sirva también para entender otros salmos del mismo o parecido género y, en definitiva, para adentrarse en el mundo de los salmos.

No seamos iluministas: a quien no tenga posibilidades para más, Dios le hablará por el solo texto de los salmos; pero tentaría a Dios y correría el peligro de quedarse con una fe infantil quien, pudiendo, no aplicara a los salmos y en general a la Palabra de Dios el esfuerzo que dedica al resto de su cultura humana.

3.4. *Reconstruir la «situación de vida»*

Un aspecto particular del estudio al que acabamos de referirnos será la reconstrucción de la «situación de vida» de cada salmo. Los salmos no son textos redactados artificialmente, sino gritos que brotaron de situaciones muy reales. No nos imaginemos al salmista como un escritor moderno que, en su mesa de trabajo, una pierna sobre la otra, entre chupadas al cigarrillo y bocanadas de humo, garabatea sobre unas cuartillas una poesía más o menos bella literariamente e incluso no carente de fervor religioso. Los salmos no suelen referir hechos, sino expresar sentimientos o actitudes religiosas, y por eso se nos ha perdido su punto de partida fáctico. Claro está que estos sentimientos o actitudes corresponden a unas situaciones o problemas de hecho, pero esta problemática de base no se suele explicitar. Los títulos bíblicos trataron de suplir esta carencia, generalmente refiriendo los salmos a diversos momentos de la vida de David, y en este sentido son para nosotros un ejemplo, pero ya sabemos que no son históricamente fiables.

Con las parábolas evangélicas ha ocurrido algo parecido, según los exégetas modernos. Jesús no se puso a redactar sistemáticamente una colección de parábolas que sirvieran para transmitir de forma pedagógicamente hábil su mensaje, sino que las acuñó una por una en situaciones y ante problemas que se le iban planteando. Y una de las dificultades para la comprensión del sentido de las parábolas es que se transmitieron desgajadas del contexto de vida en que fueron pronunciadas. Después del doble pecado de adulterio y homicidio del rey David, Dios envía al profeta Natán para que lo reprenda, y Natán cuenta al rey la parábola de la ovejita del pobre, sacrificada por un hombre rico para agasajar a unos huéspedes (2 Sm 11-12). Si sólo tuviéramos la parábola, seguramente la entenderíamos como una denuncia de la opresión de los pobres por los ricos, pero el contexto histórico en que se halla encuadrada nos ilustra sobre su alcance concreto. Ya el evangelista Lucas se dio cuenta de esta dificultad y, partiendo del texto de las parábolas que se le había transmitido por la predicación apostólica y los primeros esquemas para uso de misioneros y catequistas, antepuso a muchas de las parábolas unos «delantales» (en el sentido periodístico de la palabra) sobre cuándo, a quién y con qué intención las dijo Jesús.

La cosa es más grave con los salmos. Con las parábolas evangélicas ciertamente la investigación que los comentaristas modernos emprenden sobre la problemática subyacente ayuda mucho a profundizar en su genuino mensaje, pero el carácter poético de los salmos hace que, despegados de la situación de vida que les dio origen, fácilmente se quedan en una nebulosa de gran belleza literaria y riqueza de sentimientos, pero con poca repercusión para una oración vital.

A veces la clave situacional del salmo se encuentra en un detalle expresado en un rincón del salmo. Pongamos un ejemplo. El Salmo 85 (que en la tercera parte comentaremos) es de amplias perspectivas mesiánicas y expresa la gran verdad religiosa de que Dios está muy cerca de sus fieles, pero enten-

deremos mucho mejor este mismo mensaje religioso si descubrimos el problema material concreto que dio pie a aquellos pensamientos, súplicas y oráculos. En este caso, la pista segura está como escondida en el penúltimo versículo, donde dice: «El Señor nos dará la lluvia». Con toda seguridad, el problema era la sequía, con el peligro de perder la cosecha, y la situación de vida es el de unas rogativas para pedir la lluvia. Claro que lo que a nosotros más nos interesa no es esta cuestión; sin embargo el conocimiento preciso del punto de partida del salmista nos hará comprender mejor el alcance mesiánico de este salmo, y también el mensaje que tiene para nosotros y en qué casos resultará vehículo adecuado de nuestra oración personal.

En la medida que reconstruimos la situación de vida de un salmo, entendemos mejor su sentido y, al encontrarnos en una situación análoga, el salmo nos saldrá como cosa propia, según la regla de oro de Casiano que más arriba hemos recordado. Hay que tratar de imaginar qué le pasaba al salmista –individual o colectivamente– cuando oró de aquel modo. Los comentarios pueden decirnos algo a este respecto, pero no basta: hay que enfrentarse directamente con el texto, hurgar en él y dejarse llevar de la imaginación, aunque no sea más que a efectos de nuestra oración personal, y a reserva de corregir la interpretación si algún día alguien nos lo explica mejor.

Cuando uno ha logrado descifrar así un buen lote de los salmos que recita o canta en la liturgia, y a través de las situaciones de vida reconstruidas, los ha enraizado en una serie de aspectos de su vida personal, o de problemas de la Iglesia, o de su comunidad cristiana, entonces realmente los salmos han entrado en su vida, y su vida ha pasado a los salmos. Su salmodia no es una evasión piadosa, un paréntesis intercalado en su existencia real, sino que es el momento fuerte en que pone sus ilusiones, sus angustias, sus fracasos sus esperanzas, su existencia entera ante el Todopoderoso, y de los salmos saca luz que le ayuda a discernir los signos de los tiempos tanto a nivel colectivo como en el orden personal.

Situando los salmos en la vida situamos la vida en los salmos.

3.5. «*Triturar*» *los salmos*

Consiste este consejo en rezarlos deteniéndonos en versículos concretos. Hay dos modos de andar. Uno es funcional, para ir de un sitio a otro al que necesitamos llegar. En tales casos, que son los más frecuentes, se busca el camino más directo y se toma un buen paso, sin detenerse. Otro modo es para pasear y gozar del paisaje. Entonces uno puede aflojar el paso, o hasta sentarse un rato, si el lugar lo merece. En el rezo comunitario de los salmos, la acción litúrgica tiene su ritmo, al que es forzoso ajustarse, del mismo modo que no podemos interrumpir la misa después de la consagración para hacer un rato de adoración eucarística. Pero en la oración personal sí lo podemos hacer, y sería muy pobre la oración de quien no lo hiciera.

(15) **LO QUE ESTABA ESCRITO**

Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: «Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas *y en los Salmos* acerca de mí». Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras.

Lucas 24,44-46.

La mentalidad moderna, técnica, gusta más bien de las estructuras, líneas de fuerza, evolución argumental, etc. Pero la liturgia nos enseña a desmenuzarlos y a demorarnos en la contemplación de una frase aislada. A menudo se ha seleccionado un salmo para cierta fiesta, o para una Hora litúrgica, por una sola frase del mismo. Un solo versículo puede vehicular la contemplación de todo un misterio o fiesta, o ser lema de una vida entera.

Se trata de rumiar los salmos. Hacer de ellos cantera de jaculatorias. Al terminar de rezar o de meditar un salmo, pregúntate qué versículo te ha llamado más la atención, o qué sentido nuevo le has visto. Apréndetelo, repítelo. Cuando toque otra vez aquel salmo, esperarás llegar a aquel versículo, lo saludarás como a un viejo conocido y revivirás los

sentimientos o aplicaciones que un día descubriste. Si llegas por este procedimiento a tener un buen lote de versículos vibrantes, toda tu salmodia adquirirá un calor especial.

Si en un oficio se te va casi toda la atención tras un versículo, pero has ahondado en él y después lo has retenido, no has perdido el tiempo. A menudo nos quejamos de las distracciones en la oración, pero quizá tendríamos que aprender a «distraernos» de este modo. Un monje, maestro de espiritualidad litúrgica, me decía una vez, en vísperas de la Epifanía, que se había pasado casi todo el tiempo de Navidad de aquel año meditando un solo versículo, que era la antífona del primer salmo del primer nocturno del oficio de Maitines de la noche de Navidad: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te* («El Señor me ha dicho: tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»). Apenas empezó aquel oficio, ya quedó cogido por la fuerza de la frase de la primera antífona. La entendía ante todo del acontecimiento histórico que se celebraba aquella noche: el nacimiento de Jesús en Belén. Pero a partir de este hecho se elevaba a la meditación de la generación eterna del Verbo, y después lo aplicaba a nuestra participación en la condición filial de Jesús por la gracia de la adopción. Desde luego, había rezado muchos otros salmos, y escuchado lecturas de epístolas y evangelios, pero aquel año todo lo vivió a la luz de aquel solo versículo.

En la catequesis de los salmos, un ejercicio muy práctico será buscar versículos aplicables a distintas finalidades o aplicaciones. ¿Con qué frase de salmo felicitarías la Navidad, un matrimonio, una primera comunión? ¿Con cuál darías el pésame por una pérdida familiar? ¿Qué versículo se podría poner a la puerta de la casa, en un sagrario, en un comedor?

3.6. «*Cristificar*» *los salmos*

Hay que partir del sentido literal, para no perder el mensaje humano y las enseñanzas religiosas del Antiguo Testamento, pero no podemos quedarnos en él. Si la Iglesia ha adoptado el Salterio como su libro oficial de oración es porque, a la luz del Nuevo Testamento y de los Padres, lo interpreta todo él



Beatus de la catedral de Seo de Urgel (hacia a. 1000).

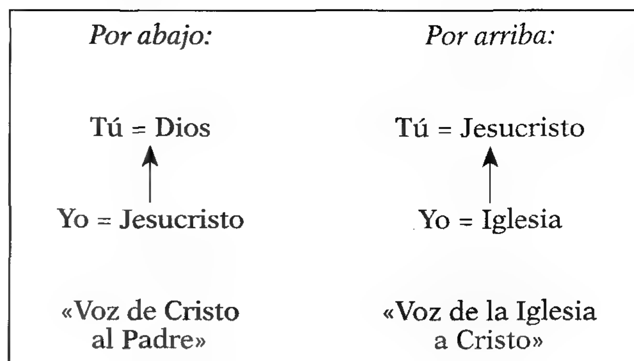
como una inmensa profecía de Cristo y de la Iglesia (véase el texto de Hilario de Poitiers reproducido en el recuadro de la p. 22).

Los salmos estrictamente mesiánicos, citados expresamente como tales en el Nuevo Testamento, son relativamente pocos:

Salmos	*Nuevo Testamento*
2,1-2	Hech 4,25-26: «¿Por qué se amotinan las naciones?»
2,7	Heb 1,5; Hech 13,33: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy».
2,9	Ap 19,15: «Regirá a las naciones».
89,9	Hech 2,30: (Dios le había jurado solemnemente...).
110,1	Mt 22,44 y par; Hech 2,33.35; Heb 1,13; 10,12-13; 1 Pe 3,22, y alusiones en muchos otros pasajes: «Siéntate a mi derecha».
110,4	Heb 5,6: «Tú eres sacerdote por siempre, según el rito de Melquisedec».

Pero aunque las citas estrictamente mesiánicas literales son pocas, también son pocas las meramente alegóricas, y en cambio hay un amplio abanico intermedio de citas sálmicas en las que el autor neotestamentario no prescinde del sentido original, pero lo proyecta en una dirección y con una fuerza insospechadas. Son los casos de cristificación «por abajo» y «por arriba» que vamos a ver a continuación.

La estructura del lenguaje de los salmos es casi siempre un «yo», el del salmista, que se dirige a un «tú», que es Dios. A veces, retóricamente, el salmista se exhorta a sí mismo, diciendo, por ejemplo, «Alma mía, bendice al Señor». En otros casos apela poéticamente a toda la creación, invitándola a alabar a Dios. Pero la estructura básica es la del «yo» que habla a un «tú». Siguiendo a Vandenbroucke, que ha estudiado a fondo el uso que de los salmos se hace en el Nuevo Testamento, y que a su vez se inspira en Baltasar Fischer, diremos que se pueden cristificar «por arriba», poniendo a Cristo en el Tú divino al que el salmo se dirige, y rezárselos a él; o «por abajo», identificando a Cristo con el salmista, y diciéndolos con Cristo al Padre.



3.6.1. *Cristificar «por abajo»*

Se trata de poner a Jesucristo en el «yo» del salmo, o sea identificar al salmista con Jesús, que lo dice al Padre. *Iste cantator psalmorum*, «este cantor de los salmos», decía san Agustín de Jesucristo, en una sentencia en la que, como observa Albert Gelin, el *iste* no es despectivo, sino enfático y admirativo, equivalente a «este admirable cantor de los salmos».

Son incontables los salmos, o los versículos de salmos, que podemos poner en boca de Jesús que se los dice al Padre. Partimos de la certeza de que Jesús oró al Padre por medio de los salmos. Precisamente un modo de adentrarnos en el sentido cristiano de los salmos será tratar de imaginar qué le decía aquel salmo a Jesús cuando lo rezaba, o qué decía Jesús al Padre a través de aquel salmo. Guichou, *Los salmos comentados por la Biblia* (véase la bibliografía final) lo hace sistemáticamente, comentando cada salmo en boca de Israel, en boca de Jesús y en boca de la Iglesia. Pero hay dos grupos de salmos que se prestan particularmente a ser cristificados de este modo.

El primero es el de los *salmos de los pobres de Yahvé*, según una denominación ya clásica (A. Gelin, *Los pobres de Yahvé*, Nova Terra, Barcelona, 2ª ed. 1970, pp. 69-70). Así los define Gelin:

> «Hay un género de salmos que era capaz de expresar la actitud religiosa profunda de Jesús, su vida interior. Eran los salmos que procedían de aquel ambien-

te privilegiado de los pobres llamados *anawim*. Piadosos y místicos, clientes de Dios, cuyo comportamiento espiritual preparaba de antemano el del Señor. El *anaw* está en la presencia de Dios, tiembla ante su palabra, obedece sus órdenes, acoge sus dones, se desconcierta en efecto bajo sus golpes, consciente de ser pecador y frágil, pero se siente también seguro de formar parte de la raza de sus hijos. Este hombre se inclinará poco a poco, por una especie de lógica vital, hacia una quietud interior, hacia una forma de comprensión fraterna: es un humilde-dulce. *Yo soy anaw*, dijo Cristo, es decir, *Yo soy dulce y humilde de corazón* (cf. Mt 11,29), y son estos salmos los que dieron a Cristo sus expresiones, su vocabulario».

El segundo grupo de salmos que encajan puestos en boca de Jesús es el de los que son grito del justo sufriente, del hombre perseguido, calumniado, condenado, torturado, y que sin embargo no se desespera, ni tampoco se venga, sino que pone confiadamente su causa y su vida en manos de Dios. Sólo Jesús ha podido decir con toda propiedad los salmos que piden *justicia*; nosotros, si nos ponemos con sinceridad y realismo en la presencia de Dios, hemos de pedir siempre *misericordia*. En estos salmos, y en algunos pasajes de los profetas (particularmente los cantos del Siervo de Yahvé) leía Jesús el plan del Padre, y a ellos se refería cuando decía con amorosa sumisión que tenía que cumplirse «todo lo que de él estaba escrito».

Podemos aplicar a estos salmos el principio, enunciado por Hilario de Poitiers, de que hay que entender los salmos a la luz de los evangelios (Recuadro de p. 22). Repetidamente hemos hecho notar que los salmos raras veces describen hechos, sino que suelen expresar sentimientos o actitudes religiosas, y hay que sobreentender los hechos que hay debajo. En cambio, los evangelios narran sobre todo hechos o transmiten palabras, y hay que imaginar los sentimientos que encierran. Al confrontar salmos y evangelios, se enriquecen mutuamente (como al confrontar libros históricos con libros proféticos). El cardenal Ildefonso Schuster, gran maestro de espiritualidad litúrgica, decía que los evangelios nos dan la historia de la Pasión de Jesús, pero los salmos nos dan su sicología. Por eso en el tiempo de Pasión la Iglesia se sirve de los salmos del justo perseguido, ya sea como salmos responsoriales o tomando versículos suyos para los cantos de entrada o de comunión, a fin de introducirnos en los sentimientos de nuestro Redentor.

Todos estos salmos podemos rezarlos uniéndonos a Jesucristo, que los dice al Padre. «Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús...» (Flp 2,5). O bien dejar que Jesús siga diciéndolos al Padre por boca nuestra, desde lo más hondo de nosotros.

En los antiguos libros de coro, especialmente en la tradición cisterciense, para orientar la salmodia cristiana se anteponían a cada uno de los salmos unas frases a modo de títulos (recogidos en parte en el nuevo libro de la Liturgia de las Horas). En estos salmos se lee: *Vox Christi ad Patrem*, «voz de Cristo al Padre».

(16)

SIEMPRE ACTUALES

Plegarias extrañas, nacidas hace más de dos milenios en labios de un pueblo pequeño y que, desde entonces, no han dejado de ser murmuradas o gritadas en el silencio de los claustros o en el clamor de los órganos litúrgicos, en el secreto de la vida cotidiana o en las asambleas de los pueblos creyentes.

Étienne Charpentier. Prólogo a la obra de Marina Mannati *Orar con los salmos* (Verbo Divino, Estella [9]1994), p. 4.

Vandenbroucke enumera los siguientes casos de salmos cristificados «por abajo»:

Salmos	*Nuevo Testamento*
6,4	Jn 12,27: «Mi alma se siente turbada».
6,9	Mt 7,23; Lc 13,27: «Apartaos de mí, obradores de iniquidad».
16,8-11	Hech 2,25-28.31; cf. Hech 15,35.37.
22,2	Mt 27,46 = Mc 15,29: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»
22,8	Mt 27,39 = Mc 15,29: «moviendo la cabeza...»

22,19	Jn 19,24; cf. Mt 27,35; Mc 15,24: «se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica».
22,23	Heb 2,12: «Contaré tu fama a mis hermanos».
31,6	Lc 23,46: «A tus manos encomiendo mi espíritu».
35,19; 69,5	Jn 15,25: «Me aborrecieron sin motivo».
38,12	Lc 23,49: (los conocidos estaban a distancia).
40,7-9	Heb 10,5-10: «No quisiste sacrificios ni oblaciones».
42,6.12; 43,5	Mt 26,38 = Mc14,34; cf Jn 12,27: «Triste está mi alma».
69,10	Jn 2,17: «El celo de tu casa me consume».
69,10	Rm 15,3: «Sobre mí cayeron los ultrajes».
69,22	Mt 27,34.38 = Mc 15,36; Jn 19,28: (sed, hiel, vinagre).
78,2	Mt 15,35: «Abriré en parábolas mi boca».

3.6.2. *Cristificar «por arriba»*

El segundo camino para cristificar los salmos es poner a Cristo en el «tú» del salmo. En los antiguos libros de coro, este enfoque se sugería con el título: *Vox Ecclesiae ad Christum* («voz de la Iglesia a Cristo»), o bien, de modo ingenuamente pintoresco, *Vox apostolorum ad Christum* («voz de los apóstoles a Cristo»). Este procedimiento, muy empleado en el Nuevo Testamento, entraña un enorme atrevimiento, porque supone dirigir a Jesús de Nazaret aquellas oraciones sagradas que habían sido inspiradas para dirigirlas a Yahveh. De esta suerte, la comunidad cristiana primitiva, incluidos los autores de los libros del Nuevo Testamento, profesaba de modo implícito pero inequívoco su fe en la divinidad de Jesús.

Facilitó esta transposición el hecho de que la versión griega de los LXX traduce casi siempre *Yahveh* por *Kyrios*. Como por otra parte el núcleo esencial del mensaje del Nuevo Testamento es que el Padre ha constituido a Jesús como *Christós* y *Kyrios*, éste último será uno de los principales títulos atribuidos a Jesús. A veces «señor» es simple título de cortesía o respeto (como en nuestro lenguaje común), pero en no pocos casos tiene un sentido cristológico inequívocamente fuerte. Alguna vez el evangelista da claramente sentido fuerte a un «señor» que en su contexto originario era sólo respetuoso, como cuando alguien pide a Jesús una gracia, en términos parecidos a como se la pediría a un profeta. El caso teológicamente más denso es la confesión de Tomás, donde *Kyrios* es sinónimo de *Theós*: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28).

Los salmos que más se prestan a esta cristificación «por arriba» son los que aclaman a Yahveh como creador o dueño de la creación (Pantocrátor) y como señor de la historia, y alaban su majestad y su poder. Son los salmos del reino de Yahvé, caracterizados por la expresión «Yahveh reina...».

He aquí la lista de salmos cristificados «por arriba» en el Nuevo Testamento:

Salmos	*Nuevo Testamento*
2,8-9	Ap 2,26-27; 19,15: «Los gobernarás con cetro de hierro».
7,10	Ap,23: (escudriña entrañas y corazones).
8,3	Mt 21,26: «De la boca de los niños...»
18,3	Lc 1,69 (alusión al «cuerno» o fuerza de salvación).
33,6	Jn 1,3 (alusión: todas las cosas fueron hechas por su Palabra).
68,19	Ef 4,8: «Subiendo a las alturas, llevó cautiva la cautividad».
89,38	Heb 3,7-4,11: «Si hoy escucháis su voz...»
102,26-28	Heb 1,10-12: «Tú, Señor, al principio fundaste la tierra».
104,4	Heb 1,7: «Él hace a sus ángeles espíritus».

17

TÍTULOS CRISTOLÓGICOS PARA EL REZO CRISTIANO DE LOS SALMOS

Estos títulos cristológicos para cada uno de los 150 salmos, redactados según el espíritu de los Padres de la Iglesia y la práctica litúrgica, fueron elaborados como trabajo de seminario por el profesor Baltasar Fischer y sus discípulos del Instituto de Liturgia de Tréveris. Se publicaron en *La Maison-Dieu* n.º 27 (1951). La división y numeración de los salmos es la litúrgica.

1. La cruz de Cristo, árbol de vida y fuente del bautismo.

2. Cristo, Señor elevado en la cruz, vencedor de sus enemigos y rey del mundo.

3. Acción de gracias de Cristo por su resurrección.

4. En la paz de Cristo.

5. Invocación matutina a Cristo.

6. Cristo, ten piedad de nosotros.

7. Cristo, juez justo.

8. Cristo glorificado, rey de la creación.

9. Venida de Cristo para la redención y el juicio.

10. Confianza en la justicia de Cristo.

11. Cristo es fiel, el mundo es falaz.

12. Petición de luz en una noche oscura.

13. Oración al juez eterno, para ser librado de los impíos.

14. El camino hacia la tienda de Cristo.

15. Cristo y sus miembros esperan la resurrección.

16. Grito de confianza a Cristo de un inocente.

17 Cristo es mi fuerza.

18. Cristo, nuestro sol y nuestra ley.

19. Oración de la Iglesia por la gloria de Cristo.

20. Cristo vencedor.

21. Cristo con sus miembros lanza un grito de sufrimiento y afirma su certeza de la resurrección.

22. Cristo, Buen Pastor.

23. Cristo, Rey de la gloria, entra en su santuario.

24. Señor, muéstranos tu camino.

25. Voz de la Iglesia, purificada por Cristo.

26. Cristo, luz y salud de los bautizados.

27. El rebaño en apuros llama a su Pastor.

28. Hazañas de Cristo en favor de su pueblo.

29. Acción de gracias por la redención.

30. Oración del hombre perseguido.

31. Felicidad por el perdón de los pecados.

32. Poder de Cristo creador; su amor redentor.

33. «Gustad y ved cuán bueno es el Señor».

34. La Iglesia, perseguida, pide socorro a Cristo.

35. Cristo, fuente de vida.

36. Cristo, nuestra única salvación.

37. Cristo, herido por nuestros pecados.

38. Cristo, esperanza de los que han de morir.

39. «He aquí que vengo ...a hacer tu voluntad» (Heb 10,7).

40. Cristo y su Cuerpo, traicionados, injuriados, pero finalmente glorificados.

41. Deseo de Cristo, agua viva.

42. Deseo del altar de Cristo.

43. Grito de socorro del pueblo de Dios a su rey y salvador.

44. Canto de bodas de Cristo y su esposa.

45. Cristo, Señor de los Ejércitos, guarda maravillosamente a su Iglesia.

46. El Señor glorificado, rey de las naciones.

47. La Sión de la tierra y del cielo, hermosa y fuerte por la misericordia de Cristo.

48. Consuelo del pobre: Cristo lo consolará.

49. El Hijo del Hombre juzga según el sacrificio verdadero.

50. Cristo, ten piedad de mí y lávame con tu sangre.

51. El Señor aniquila a Satán y a los suyos, y hace habitar en su casa a los justos.

52. Oración al Juez eterno, para ser librado de los impíos.

53. Cristo y el cristiano, arrancados del peligro.

54. Cristo y su Cuerpo, perseguidos por el enemigo, traicionados por el amigo.

55. Peligro mortal y resurrección de Cristo y del cristiano.

56. ¡Aparece en tu esplendor sobre los cielos, Señor Jesús!

57. Cristo juzga a los jueces injustos.

58. Cristo, fuente de nuestra fuerza en el combate contra la maldad humana.

59. Cristo, nuestra seguridad hasta en la derrota.

60. Bajo las alas de Cristo.

61. Descanso en Cristo, que nos salva y recompensa.

62. Deseo de ampararse bajo las alas de Cristo.

63. Invocación a Cristo contra las asechanzas del enemigo.

64. Cristo da la fecundidad.

65. El universo alaba a Cristo por la vida nueva.

66. Oración por la luz de Cristo.

67. Cristo, que ha subido al cielo, distribuye sus gracias.

68. Lamentación de Cristo y de su Iglesia durante la Pasión.

69. «Señor, date prisa en socorrerme».

70. De la infancia a la vejez, nuestro refugio es Cristo.

71. Cristo, rey y salvador del mundo.

72. Cristo, «roca de mi corazón y mi lote siempre».

80. Al que escucha a Cristo, Cristo lo alimentará.

81. «Levántate, Señor, y juzga la tierra».

82. «Señor, no te quedes en silencio»: tu Iglesia está rodeada de enemigos.

83. El altar de Cristo es nuestra patria.

84. Consuelo y esperanza de los prisioneros repatriados.

85. «Eres bueno y dulce, Señor».

86. Todas las fuentes de la humanidad están en la Iglesia de Cristo.

87. Oración en una gran necesidad.

88. Cristo, verdadero David.

89. La misericordia de Cristo sobre nuestra vida pasada.

90. Refugiado junto al Señor.

91. Cristo hace que los suyos den fruto.

92. Gloria real del Resucitado.

93. «Ven, Señor, a juzgar y a recompensar».

94. Canto de júbilo a Cristo, pastor de su pueblo.

95. El Señor exaltado en la cruz, rey y Señor del universo.

96. Poder y gloria de Cristo en su venida gloriosa.

97. Alabanza a Cristo, rey del universo.

98. El Señor es un rey santo.

99. Cristo, pastor de su pueblo.

100. Buenos propósitos matutinos.

101. Cristo, nuestro consuelo en la enfermedad y la miseria.

102. «La misericordia del Señor dura de eternidad en eternidad».

103. Sabiduría del Señor en la primera creación y en la segunda.

104. Fidelidad del Señor al pueblo de la Alianza.

105. Fidelidad del Señor a su pueblo infiel.

106. Rescatados, dad gracias al Señor por su misericordia.

107. Confianza victoriosa en el rey del universo.

108. Cristo y sus miembros se quejan de enemigos malvados.

109. Cristo, rey, sacerdote y vencedor.

110. Alabanza a Cristo, que siempre rescata y perdona.

111. Cristo, nuestra luz en las tinieblas.

112. El Salvador y Esposo de la Iglesia.

113. Canto de acción de gracias por el bautismo.

114. Canto de acción de gracias por la liberación de la muerte eterna.

115. Queremos ofrecer a Dios un sacrificio de acción de gracias.

116. Alabanza a la misericordia de Cristo.

117. Canto pascual de Cristo.

118. El amor de Cristo es nuestra ley.

119. Deseo de la paz de Dios.

120. Amparados bajo la protección de Cristo.

121. Paz de la ciudad gloriosa de Dios.

122. Los ojos levantados a Cristo, nuestro amo bondadoso.

123. Acción de gracias de los rescatados.

124. Cristo, nuestra, esperanza.

125. Cristo nos saca de la cautividad y nos devuelve a la patria.

126. «Sin mí, no podéis hacer nada».

127. La Iglesia, familia de Dios, llena de sus bendiciones.

128. Invocación a Cristo, justo juez.

129. En la miseria del pecado, invocación suplicante a Cristo redentor.

130. Abandono a Cristo, con humildad y espíritu de infancia.

131. Promesa del reino glorioso de Cristo.

132. ¡Ved cómo la caridad de Cristo nos reúne!

133. Alabanza a Cristo hasta de noche.

134. Alabanza a Cristo, Salvador de su pueblo.

135. Alabanza de la misericordia de Cristo.

136. Nostalgia de la Jerusalén eterna.

137. Del Señor viene a los humildes el socorro y la salvación.

138. «Yo conozco a mis ovejas».

139. Cristo, nuestro refugio en el combate.

140. Cristo alza sus manos para el sacrificio de la tarde.

141. «Te llamo con fuerte voz».

142. «Señor, ayúdanos, que somos débiles».

143. Cristo, nuestra roca y nuestra fortaleza.

144. Cristo está cerca de todos los que le invocan.

145. «Venid a mí, los que estáis fatigados».

146. Solicitud de Cristo por los hombres y el mundo.

147. ¡Jerusalén, alaba al que te alimenta y te da paz!

148. ¡Canten cielo y tierra a Cristo redentor!

149. ¡Cantad al rey que da la victoria a sus fieles!

150. ¡Todo ser que tenga voz, alabe al Señor!

111,4	Sant 5,11: «El Señor es compasivo y misericordioso».
130,8	Mt 1,21 (alusión: salvará a su pueblo de sus pecados; cf. Tit 2,4).

Vandenbroucke añade una tercera lista de casos en que el Nuevo Testamento aplica a Jesús lo que los salmos dicen de un tercer personaje, que no es ni el propio salmista (como en la cristificación «desde abajo») ni Dios (como en la cristificación «desde arriba»), sino el justo en general, un rey, un hombre perseguido, etc.:

Salmos	*Nuevo Testamento*
8,5-7	Heb 2,6-7: «Lo hiciste poco inferior a los ángeles».
19,5	Rom 1,18 (la predicación evangélica se ha difundido por toda la tierra).
47,9	Ap 3,21 («Dios se sienta en su trono» es aplicado «al vencedor»).
69,23-24	Rom 11,9-10 (aplica a los judíos obcecados la imprecación).
69,26	Hech 1,20 (aplica a Judas la imprecación «que su casa quede desierta»).
106,20	Rom 1,23: «Trocaron la gloria del Dios incorruptible...»
109,9	Hech 1,10 (aplica a Judas «que otro ocupe su cargo»).

Éstos son los casos en que los autores del Nuevo Testamento han relacionado con Cristo pasajes de salmos. Pero la liturgia y los Padres de la Iglesia, sintiéndose autorizados por el ejemplo de aquellos autores inspirados, entendieron muchos más acerca de Cristo y de la Iglesia, y nosotros, en nuestra oración, podemos hacer otro tanto.

Notemos, finalmente, que la aplicación a Cristo no es una especie de problema matemático, que sólo admite una solución precisa, o una descodifi-

cación de un texto escrito en clave, sino que es más bien cuestión de intuición y sensibilidad, un modo de proceder muy flexible. Un mismo salmo, o inclusive un mismo versículo, puede cristificarse unas veces por abajo y otras por arriba. Por ejemplo, el Salmo 119, en el que cada versículo es una expresión de amor y fidelidad a la Ley, refleja un clima de hostilidad ambiental, desprecio y hasta persecución abierta. Lo podemos poner en boca de Jesucristo, rodeado de enemigos que le tienden trampas y finalmente lo llevan al patíbulo, y así es como lo utiliza la liturgia de la Pasión. Pero después de su Resurrección el Señor ya está «arriba», y en cambio su Iglesia sigue aquí «abajo», hostilizada y perseguida como lo fue su Maestro, y entonces es ella la que dice el salmo a Cristo glorificado, que ha prometido no dejarla huérfana.

3.7. *«Sentire cum Ecclesia»*

Hemos de procurar salmodiar con los sentimientos con que lo hace la Iglesia. Dejarse aleccionar por la liturgia y fijarse en el uso que ella hace de cada salmo. Preguntarse por qué algunos han sido escogidos para oración de la mañana, o de la noche, o aplicados a ciertos tiempos litúrgicos o fiestas del Señor o de la Virgen.

Muchas de estas aplicaciones tradicionales de salmos a Cristo, principalmente las que encontramos en la tradición litúrgica, resultan forzadas a la luz de la crítica moderna, o se apoyan en una determinada traducción antigua (la griega de los LXX, o la latina de la Vulgata) pero se pierden completamente si traducimos la cita del original. Aun en estos casos, aquellas aplicaciones merecen todo respeto por el solo hecho del uso que durante siglos han tenido en la Iglesia. El reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia (15 abril 1993), aunque concede la primacía al método histórico-crítico, admite, con ciertos límites, otros métodos o aproximaciones, y entre estas últimas la llamada «historia de los efectos del texto» (*Wirkungsgeschichte*), que estudia la evolución experimentada en la interpretación vivencial de un pasaje bíblico en función de las preocupaciones de sus lectores (documento citado, Métodos y aproximaciones, C, 3).

En la cuarta parte de este libro, dedicada a la Liturgia de las Horas, nos ocuparemos más detalladamente de este aspecto.

3.8. *Imitar a la Virgen María*

Podría parecer que este último consejo es como la rutina de ciertos sermones o discursos eclesiásticos, que se sienten obligados a terminar invocando a la Virgen. No está mal hacerlo, pero aquí se trata de algo más. María es modelo de nuestra oración, «nuestra tamborilera» (Agustín), que nos da el ritmo y el tono. Gloriosa en su Asunción, es la punta de flecha de la Iglesia, que ha llegado ya al término hacia el que todos nosotros nos encaminamos (desarrollaremos más este aspecto al comentar el Salmo 122).

(18) **RELECTURAS**

Lo que contribuye a dar a la Biblia su unidad interna, única en su género, es que los escritos bíblicos posteriores se apoyan con frecuencia sobre los escritos anteriores. Aluden a ellos, proponen «relecturas» que desarrollan nuevos aspectos del sentido, a veces muy diferentes del sentido primitivo, o inclusive se refieren a ellos explícitamente, sea para profundizar el significado, sea para afirmar su realización.

Documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* de 15 de abril de 1993, III, A, 1.

(19) **SOMBRA Y PLENITUD**

Los salmos no son más que una sombra de aquella plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la cual recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia.

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 100.



Agrupación musical. Tumba de la Necrópolis tebana.

Basta su ejemplo para deshacer la objeción, tan frecuente, contra la oración de los salmos, de que la experiencia de la novedad cristiana no puede caber en los odres viejos de los de la oración veterotestamentaria. En su Magníficat, que literariamente es muy poco original, nos dio la gran lección de que podía vaciar su experiencia sin igual del misterio cristiano en el molde antiguo de salmos y cánticos de Israel, de los que su acción de gracias es un tejido de citas y alusiones, pero actualizándolos (proclamando realizado aquellos que veladamente anunciaban) y personalizándolos (confesando humildemente que todo aquello se realiza en ella, y que a través suyo ha de llegar a todas las generaciones). Precisemos que el ejemplo de María no queda desvirtuado por la cuestión de la autoría del Magníficat: lo que queda fuera de duda es que el evangelio de Lucas, que es normativo para nuestra fe, pone este cántico en boca de María para expresar su actitud espiritual cuando se realizan en ella las esperanzas mesiánicas.

Felices nosotros si, como María, sabemos actualizar y personalizar por medio de los salmos el misterio de la salvación. Feliz la que llevó en su seno al Salvador, pero más felices aún los que, como ella, escuchan la Palabra de Dios, se la aplican y así la cumplen.

4. Los salmos difíciles

Hemos hablado de las objeciones a los salmos en general. Antes de pasar adelante, nos ocuparemos de un modo eminentemente práctico del rechazo bastante extendido a ciertos salmos y daremos algunas pautas para hacer, también con ellos, oración. Son los salmos históricos, los de la Ley y, sobre todo, los llamados imprecatorios, a los que dedicaremos un apartado especial.

En el banquete de los salmos hay el peligro de querer comer a la carta, es decir, seleccionando los que más nos apetezcan. Es una tentación que no se da solamente a propósito de los salmos, sino en relación con toda la Biblia, cuando se prescinde de los leccionarios litúrgicos con sus ciclos de lecturas y se organizan «misas temáticas», con lecturas escogidas libremente (o arbitrariamente) en función del tema. Semejante elección podrá hacerse en algunas ocasiones excepcionales, pero si se repite con demasiada frecuencia se pierde aquella panorámica de conjunto de la historia de la salvación que los leccionarios, tan cuidadosamente elaborados, han querido darnos, y vamos a parar a media docena de perícopas evangélicas, con otras tantas lecturas paulinas o del Antiguo Testamento. Lo mismo ocurre si queremos seleccionar salmos, o, lo que en definitiva viene a ser lo mismo, nos dedicamos a desechar los que no nos gustan: se produce un gran empobrecimiento de nuestra oración. No sólo se empobrece cuantitativamente porque nos limitamos a unos pocos salmos, con lo que se pierde aquella variedad de sentimientos y actitudes espirituales que es la gran riqueza del Salterio, sino también cualitativamente, porque tendemos a quedarnos con los más fáciles, los piadosos, y dejamos de lado aquellos que, aunque sean duros de lenguaje, son los más realistas, que nos pueden coger en nuestros peores momentos, que es cuando necesitamos ayuda. Cuando el P. Congar, dice que se pudo mantener en pie gracias a los salmos, seguramente no se refiere a los salmos dulzones, sino a los duros, que serían los que mejor cuadraban al drama que vivía.

En una ocasión, dando un curso de salmos a una comunidad religiosa, una Hermana dijo que ella no rezaba nunca el salmo que toca para las Completas del viernes, porque no le gustaba; que lo cambiaba por el del lunes, que es precioso. El salmo aludido es el 88 (87 de la numeración litúrgica), que ciertamente es tenebroso, todo él a oscuras, no como otros que empiezan con lamentaciones y acaban con acción de gracias, o empiezan dando gracias y después evocan la desgracia ya superada. Éste es monocolor, y negro. Yo lo he titulado en alguna ocasión «salmo para cuando se funden los plomos». Le dije, más o menos, a aquella buena religiosa: «¿Usted no se ha encontrado nunca a oscuras, como el salmista del 88? Y si tan afortunada es, ¿no sabe de nadie que esté a oscuras, y en quien pueda pensar mientras lo reza? Y si no sabe de nadie más, piense en Jesucristo, que por nosotros soportó las angustias de la pasión y de la muerte. Por esto precisamente se ha reservado este salmo para las Completas de todos los viernes, que es el día tradicionalmente dedicado a hacer memoria de la pasión».

(20)

LA FUERZA DE LOS SALMOS: TESTIMONIO DEL P. CONGAR

El que escribe las páginas que siguen tiene una conciencia muy clara de dirigirse a hombres, hermanos suyos, que se hallan en medio de sufrimientos y dificultades a veces extremas, mientras que él se encuentra seguro, embarcado en un trabajo interesante, alabado por otros hombres, respetado como si hubiera conseguido ya el triunfo. Sin embargo, el que escribe les entrega la sinceridad absoluta de su alma. También él ha conocido horas difíciles, la oposición, la desconfianza, la soledad e incluso el destierro. Ha experimentado la tentación de creer que la noche no acabaría nunca. Sólo se ha «mantenido en pie» sostenido por la esperanza invencible que la oración de los salmos ponía cada día en su corazón y sobre sus labios. En último término, sólo pudo salir de la noche por la misericordia de Dios, después de haber aceptado ser reducido a la nada, no sobresalir en nada.

Para conseguir esto, ha sido ayudado no sólo por la gracia de Dios y por la oración de los salmos, sino por el ejemplo de vidas cristianas vividas humildemente en la pobreza y en un total olvido de sí; sobre todo, por el ejemplo de su madre que le repetía lo que a su vez ella había recibido de sus educadores: «El secreto de la felicidad radica en hacer el deber propio y en procurar encontrar en eso la alegría». E insistía: no se trata de encontrar la alegría efectiva, pues no siempre se consigue, sino de esforzarse sencillamente por conseguirla. Un día, en el más profundo vacío, en medio de la noche más oscura, le mandó un amigo lejano una cita de Rilke: es necesario resistir, tener paciencia «hasta que lo difícil se haga intolerable; entonces, todo cambia, y si en realidad era tan difícil, es que era verdadero»...

J.-Y. Congar, «A mis hermanos sacerdotes, testigos del evangelio en la soledad», en *A mis hermanos* (Sígueme, Salamanca 1969), pp. 217-218.

Aceptar el Salterio entero dilata nuestro corazón a la medida de ese hombre universal y real que es el protagonista de los salmos. Para ayudar a aceptarlo y rezarlo íntegramente dedicamos unas páginas a los tres grupos de salmos que más dificultad suelen plantear.

4.1. *Salmos históricos*

Decían algunos que estos salmos no son sino malos resúmenes de los relatos que se pueden encontrar mucho mejor explicados en los libros históricos, y que en todo caso es un género que puede servir para la catequesis pero no para la oración. Otro reproche, no siempre abiertamente confesado, era que estos salmos suelen ser bastante largos. Por eso en un primer momento de los trabajos preparatorios de la reforma del Oficio divino se dijo que se reservarían para los días o tiempos penitenciales. La solución definitiva ha sido ambigua, porque, por una parte, los tres salmos más característicos de este género se asignan a tiempos fuertes, pero, por otra se excluyen de la distribución ordinaria en cuatro semanas: «Se reservan para los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua tres salmos, a saber, 77, 104 y 105 (78, 105 y 106 de la numeración hebrea), que manifiestan con especial claridad la historia de la salvación del Antiguo Testamento como anticipo de lo que se realiza en el Nuevo» (OGLH 130).

Lo que hay que procurar es cumplir aquella recomendación del concilio de que quienes participan en la Liturgia de las Horas «adquieran una formación litúrgica y bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos», para que así «la mente concuerde con la voz» y la celebración del Oficio resulte verdaderamente «fuente de piedad y alimento de la oración personal (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 90).

4.1.1. *Una fe histórica*

Los salmos históricos no pretenden informarnos, ni siquiera sucintamente, de los hechos pasados, sino que, dando por supuesto un mínimo de conocimientos sobre lo que los libros históricos refieren, mencionan unos cuantos acontecimientos, y por medio de ellos evocan la panorámica grandiosa de la historia de la salvación, con determinadas intenciones cultuales y piadosas que es preciso tener muy presentes para entender el sentido de estos salmos.

La primera de estas intenciones es profesar la fe en un Dios que salva interviniendo en la historia de los hombres. La Iglesia ha afirmado invariablemente la historicidad de la Biblia. No pretende con esto

(21)

LOS SALMOS EN LA LITURGIA DE LAS HORAS (A)

En la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos insignes que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, compusieron los autores sagrados en el Antiguo Testamento. Pues por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos santos y piadosos, los ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan consuelo y firmeza de espíritu en la adversidad.

Sin embargo, los salmos no son más que una sombra de aquella plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la que recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia; por lo cual puede ocurrir que, a pesar de la suma estima de los salmos, en la que se encuentran concordes todos los cristianos, surja a veces alguna dificultad cuando alguien, al orar, intenta hacer suyos tan venerables poemas.

Sin embargo, el Espíritu Santo, bajo cuya inspiración cantaron los salmistas, asiste siempre con su gracia a los que, creyendo con buena voluntad, cantan estas composiciones poéticas. Pero es necesario, ante todo, que «adquieran una instrucción bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos» (concilio Vaticano II, constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia, núm. 90), cada cual conforme a su capacidad, y de ahí deduzcan de qué modo y con qué método pueden orar rectamente cuando los recitan.

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núms. 100-102.

sostener la exactitud rigurosa, de todos y cada uno de los episodios, con todos sus detalles y en la forma misma en se que se describen. La fe judeocristiana es histórica en el sentido de que no tiene por objeto principal unas ideas sino unos hechos, y de que ha de traducirse también en hechos, sin quedarnos sólo en ideas o sentimientos. Nuestra piedad no puede ser una evasión intimista: ha de ser también histórica, es decir, ha de traducirse en la realidad de la existencia y de los comportamientos en relación tanto con Dios como con los hombres. Si Jesucristo no se limitó a hablar de ideas o sentimientos, sino que se encarnó, murió y resucito por nosotros, nuestra respuesta ha de ser también efectiva: «No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18).

La fórmula para la presentación de las primicias en el Templo que leemos en Dt 26 (considerada por Von Rad como el credo más antiguo de Israel) no es una aceptación intelectual de una lista de misterios o atributos divinos, sino una interpretación a nivel de fe de la situación existencial del israelita creyente a la luz de las maravillas obradas por Dios en otro tiempo. El campesino, llegada la hora de la cosecha, toma en sus manos los primeros frutos y proclama ante Dios y ante el pueblo que si ha podido recoger aquella cosecha es porque Dios prometió aquella tierra a su padre, el «arameo errante» Jacob-Israel, y porque más tarde sacó a los descendientes de Jacob de la servidumbre de Egipto y les dio la tierra en que ahora se encuentra él. Como si todo aquello le hubiera sucedido personalmente a él, dice:

> «Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante, siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y poderosa. Los egipcios *nos* maltrataron, *nos* oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahveh, Dios de nuestros padres, y Yahveh escuchó *nuestra* voz (...). *Nos* trajo aquí y *nos* dio esta tierra, tierra que mana leche y miel. Y ahora *yo* traigo las primicias de los productos del suelo que tú, Yahveh, *me* has dado» (Dt 26,5-10).

Así, la profesión de fe de Dt 26, unida al gesto de la ofrenda de las primicias, vincula la situación existencial del campesino israelita con el acto liberador de Egipto y el don de la tierra, con una respuesta religiosa a la cuestión: «¿Por qué yo, en este momento, tengo una rica cosecha»? Traza el esquema de los seis primeros libros de la Biblia, del Génesis a Josué, desde las tradiciones sobre los patriarcas hasta la instalación en la tierra prometida, pero con eso no pretende resumir seis libros en seis versículos, sino que, suponiendo conocidos aquellos libros, quiere que hagamos de aquellos acontecimientos tema de oración, y que así entremos personalmente en aquella historia mediante una fe y una devoción personales. Esto se hace de varias maneras. Veámoslas.

4.1.2. *Cantar las maravillas del Señor*

El héroe de la historia de Israel no es tal o cual rey o caudillo, sino el Señor. Así lo expresan los cánticos que se intercalan en las narraciones, casi como si fueran salmos responsoriales. Por ejemplo, el cántico de Moisés (Éx 15) no atribuye a este caudillo la victoria, sino que enaltece a Yahveh, «que se ha cubierto de gloria». Del mismo modo la Virgen proclama la grandeza del Señor, que ha hecho en ella maravillas (Lc 1,49).

> **(22) EL HOMBRE SE SOSTIENE POR LA ORACIÓN**
>
> El hombre no se sostiene ni por su riqueza ni por su sabiduría ni por su fuerza. ¿Qué es, pues, lo que le hace mantenerse en pie? Su oración.
>
> *Midrash Tehillim* 142,1. Citado por Alberto Mello, *Un mondo di grazia. Midrash sui salmi* (Qiqajon, Bose 1995), p. 5.

Así también los salmos históricos toman ciertos hechos como tema de la alabanza divina. El 104 empieza diciendo: «Bendice, alma mía, al Señor, ¡Dios mío, qué grande eres!»; y termina repitiendo: «Bendice, alma mía, al Señor». El 105 empieza: «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos (...), hablad de sus maravillas (...), recordad las maravillas que hizo». Parecido es el comienzo del 106: «Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia». Es con este objetivo y con tales sentimientos que en los salmos históricos se hace memoria de ciertos acontecimientos.

4.1.3. *Confesión de los pecados*

Cuando durante la conquista de la tierra prometida se descubre que Acán, con cierto pecado que ha cometido, ha sido el causante de una derrota de Israel, Josué le dice: «Hijo mío, da gloria a Yahveh, Dios de Israel, tribútale alabanza y confiesa lo que has hecho» (Jos 7,19).

La confesión de los pecados por parte de un individuo o de todo el pueblo da gloria a Dios, porque lo reconoce como juez ante quien hay que dar cuenta y que podría castigar, y a la vez como Dios de misericordia pronto al perdón. Asimismo, ante alguna derrota o catástrofe natural, se confiesa que no se deben a que Dios haya sido incapaz de proteger a aquellos con quienes había contraído una alianza, sino que la culpa es del pueblo, que ha sido infiel a sus deberes. Tal es el sentido de algunas patéticas *confesiones*, como la de Daniel: «¡Ah, Señor, Dios grande y temible, que guardas la alianza y el amor a los que te aman y observan tus mandamientos! Somos nosotros los que hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos (...). A ti, Señor, la justicia; a nosotros la vergüenza en el rostro, como sucede en este día» (Dn 9). También la confesión de Esdras y los levitas en la liturgia penitencial de la comunidad de los repatriados de Babilonia empieza bendiciendo a Yahveh, luego recorre toda la historia de la salvación, desde la creación, que es como su prólogo, pasando por Abrahán, el éxodo, las maravillas del desierto, el don de la tierra prometida, los jueces que los salvaban de los filisteos que, por los pecados de los israelitas, Dios había permitido que les oprimieran y, tras evocar la deportación babilónica de la que acaban de regresar, culmina en la confesión que da gloria a Dios: «Has sido justo en todo lo que nos ha sobrevenido, pues tú fuiste fiel y nosotros malvados» (Es 9).

Los historiadores de Israel no tenían nada de triunfalistas: los éxitos los atribuían fundamentalmente a Dios. En cambio las tradiciones históricas tienen mucho de reprensión profética por las infidelidades de la alianza. Ésta es la intención teológica de la gran obra histórica deuteronomista: demostrar que Dios es fiel, y que si ellos le corresponden debidamente todo les irá bien, mientras todos los males les vienen de las infidelidades.

El principal salmo histórico, el 78, se abre así: «Escucha, pueblo mío, mi enseñanza...» No hace historia por erudición ni curiosidad, sino para que el pueblo aprenda la lección: «...no olviden las acciones de Dios, sino que guarden sus mandamientos; para que no imiten a sus padres, generación rebelde y pertinaz, generación de corazón inconstante, de espíritu infiel a Dios (...). No guar-

daron la alianza, se negaron a seguir su ley, echando en olvido sus acciones, las maravillas que les había mostrado, cuando hizo portentos a la vista de sus padres (...). Pero ellos volvieron a pecar contra él y se rebelaron en el desierto contra el Altísimo, tentaron a Dios (...). Y con todo, volvieron a pecar y no dieron fe a sus milagros (...). Su corazón no era sincero con él ni eran fieles a su alianza. Él en cambio sentía lástima, perdonaba la culpa (...). ¡Qué rebeldes fueron en el desierto!», etc. Podemos comparar esta confesión con el balance que hace el evangelista Juan al final del ministerio público de Jesús: «A pesar de haber realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él», Jn 12,37). En este Salmo 78 la historia se recuerda como argumento para exhortar a la conversión, reconocerse en el pecado de los padres y así, como Acán, «dar gloria a Dios».

Del mismo tipo es el Salmo 106: «Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia (...). Hemos pecado con nuestros padres, hemos cometido maldades e iniquidades. Nuestros padres en Egipto no comprendieron tus maravillas (...), pero Dios los salvó por amor de su nombre», etc. Aquí, la situación que se quiere iluminar mediante la confesión de los pecados es la deportación o dispersión. Por eso termina rogando: «Sálvanos, Señor Dios nuestro, reúnenos de entre los gentiles: daremos gracias a tu santo nombre y alabarte será nuestra gloria».

4.1.4. *La creación y la Ley*

Ya que el objeto de estos salmos históricos no es transmitir una información objetiva y aséptica sobre el pasado, sino que se persigue una finalidad eminentemente religiosa, se comprende que a menudo aparezcan en ellos entreverados dos temas que de suyo no son propios de este género.

• El primero de estos temas es el de la creación, que en el Génesis se antepuso como un prólogo a la historia de la elección de los patriarcas. No pocos salmos ponen como en paralelo este doble orden de maravillas obradas por Dios: las que contemplamos en la naturaleza creada y las de sus intervenciones en la historia. El 136 evoca primero la creación de los cielos, del sol y de la luna, y luego recuerda las plagas de Egipto, el éxodo, las victorias sobre los reyes paganos y la tierra dada en heredad a Israel, todo ello alternando con la proclamación confiada y agradecida de que «es eterna su misericordia». En estos salmos «se considera la creación como una obra histórica de Yahveh, como la acción primera, fundamental, mediante la cual se creó el espacio para la actuación divina, para la elección y la alianza» (H.-J. Kraus). Esta teología se resume y proclama en un versículo muy amado por la tradición litúrgica, que inicia con él muchos ritos de sacramentos y sacramentales: «Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Salmo 124,8).

• El otro tema es el de la Ley. Los judíos llaman *Torá* (que propiamente, más que ley, significa «enseñanza») a los cinco primeros libros de la Biblia, que nosotros llamamos Pentateuco. Al leerlos, nosotros solemos fijarnos en su trama histórica, y nos aburrimos con los extensos bloques legislativos que contienen. Pero el nombre hebreo de *Torá* indica que para los judíos la Ley es lo principal. La historia culmina en la alianza del Sinaí, en la que Yahveh se comprometió con su pueblo, y éste con él, y le dio la Ley. De ahí que en los salmos que nosotros etiquetamos como históricos haya también numerosas referencias a la Ley. El 78 propone una «enseñanza» que habrá que transmitir de generación en generación, «porque él estableció una norma para Jacob, dio una Ley a Israel: él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos, para que lo supiera la generación siguiente y los hijos que nacieran después»; luego, como ya hemos visto, recuerda las rebeliones contra la Ley. El 105 termina su «historia», como de costumbre, con la instalación en Canaán, pero añade la finalidad última del don de la tierra prometida: «Les asignó las tierras de los gentiles (...) para que allí guarden sus decretos y cumplan su Ley». El Salmo 106 tiene al principio (v. 3) una bienaventuranza legal: «Dichosos los que respetan el derecho y practican siempre la justicia».

4.1.5. *Jesucristo, Señor de la historia*

El credo cristiano, como el israelítico de Dt 26, más que una serie de dogmas o normas es un esque-

ma histórico, que empieza con Dios Padre todopoderoso y creador de todas las cosas, se desarrolla sobre todo en la serie de los misterios redentores de Jesucristo, desemboca en el presente con la Iglesia y sus sacramentos y termina con el futuro, la resurrección y la vida eterna.

La historia de la salvación, iniciada en el Antiguo Testamento, alcanza su cumbre en el misterio de Cristo, realizado al llegar la plenitud de los tiempos, y en el que nosotros entramos por la fe y los sacramentos. La historia de Israel en el desierto, con el dramático contraste entre la tierna solicitud de Dios y las infidelidades de Israel, se realiza según san Pablo en nosotros, los cristianos, y en nuestra vida sacramental, más realmente que en los judíos:

> «No quiero que ignoréis hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar, y todos comieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo (...). Estas cosas sucedieron en figura (...). Todo esto les sucedía en figura, y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos» (1 Cor 10,1-11).

Por eso dispone el texto más arriba citado (OGLH 130) que los Salmos 77, 104 y 105 (78, 105 y 106 de la numeración hebrea) se reserven para los tiempos fuertes del año litúrgico, porque proclaman «la historia de la salvación del Antiguo Testamento como anticipación de lo que se realiza en el Nuevo». En síntesis, pues, con los salmos históricos cantamos las maravillas obradas por Dios en la antigua alianza, y en la nueva, las celebramos eficazmente presentes en los sacramentos, nos exhortamos a la conversión confesando nuestras infidelidades y nos comprometemos a ser fieles a la Ley de Jesús, que es el evangelio.

4.2. *Salmos de la Ley*

Hay tres salmos que tienen la Ley por tema principal: 1,19 B (segunda parte del salmo) y 119, pero la palabra *Torá*, o alguno de sus sinónimos sale en muchísimos más. Es evidente que la Ley es para el judío creyente no sólo algo que hay que cumplir, sino objeto de devoción y fervor. Esto choca con nuestra mentalidad antilegalista. Para un israelita, la Ley aparece como culminación de una historia de amor: Yahveh saca a su pueblo de la esclavitud de Egipto, lo conduce amorosamente entre prodigios y maravillas por el mar y por el desierto y lo lleva a la montaña santa, donde concluye con él una alianza y le da una Ley. Los preceptos divinos son inseparables de la historia de la salvación.

(23) «CANTADLE CON MAESTRÍA»

«Cantadle un cántico nuevo, cantadle con maestría» (cf. Salmos 149,1; 47,8). Cada uno se pregunta cómo cantará a Dios. Cántale, pero hazlo bien. Él no admite un canto que ofenda sus oídos. Cantad bien, hermanos. Si se te pide que cantes para agradar a alguien entendido en música, no te atreverás a cantarle sin la debida preparación musical, por temor a desagradarle, ya que él, como perito en la materia, descubrirá unos defectos que pasarían desapercibidos a otro cualquiera. ¿Quién, pues, se prestará a cantar con maestría para Dios, que sabe juzgar del cantor, que sabe escuchar con oídos críticos? ¿Cuándo podrás prestarte a cantar con tanto arte y maestría que en nada desagrades a unos oídos tan perfectos? Mas he aquí que él mismo te sugiere la manera cómo has de cantarle: no te preocupes por las palabras, como si éstas fuesen capaces de expresar lo que deleita a Dios. Canta con júbilo. Éste es el canto que agrada a Dios, el que se hace con júbilo. ¿Qué quiere decir cantar con júbilo? Darse cuenta de que no podemos expresar con palabras lo que siente el corazón. En efecto, los que cantan, ya sea en la siega, ya en la vendimia o en algún otro trabajo intensivo, empiezan a cantar con palabras que manifiestan su alegría, pero luego es tan grande la alegría que los invade que, al no poder expresarla con palabras, prescinden de ellas y acaban en un simple sonido de júbilo. El júbilo es un sonido que indica la incapacidad de expresar lo que siente el corazón. Y este modo de cantar es el más adecuado cuando se trata del Dios inefable. Y, si no puedes traducirlo en palabras y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo. De este modo, el corazón se alegra sin palabras y la inmensidad del gozo no se ve limitada por unos vocablos. Cantadle con maestría y con júbilo.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 38 I,7-8.

Es significativo que como prólogo a todo el libro de oraciones de Israel se antepusiera el Salmo 1, que proclama la bienaventuranza del que rechaza el camino de los pecadores (los que viven sin Ley) y «cuyo gozo es la Ley del Señor y medita su Ley día y noche». El israelita piadoso tiene hambre y sed de conocer y cumplir esta Ley, como una forma de su conocer y amar a Dios: «Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador, y todo el día te estoy esperando» (24,4-5). El tratamiento que a la Ley se da en estos salmos tan personales preludia la nueva alianza, cuya característica, según los profetas, habrá de ser la interiorización de la Ley, que ya no será sólo cumplida o soportada (cuando no quebrantada), sino entendida y ardientemente deseada, fuente de gozo en su mismo cumplimiento: «Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas» (Ez 36,27); «Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo «Conoced a Yahveh», pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande» (Jr 31,33-34). Un salmista entiende que esta interiorización de la Ley vale más que todos los sacrificios expiatorios y holocaustos: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio. Entonces yo digo: "Aquí estoy –como está escrito en mi libro– para hacer tu voluntad". Dios mío, lo quiero, y llevo tu *Torá* en mis entrañas» (40,7-9).

Muchos judíos vivieron, y viven, su fidelidad a la Ley no como un escrúpulo legalista o casuístico, sino como un camino de identificación personal con la voluntad de Dios. Prestar atención a los detalles no implica necesariamente lo que nosotros etiquetamos de fariseísmo o de escrúpulo. Hay un detallismo propio de los que aman. Donde hay verdadero amor, hay siempre una delicadeza que se traduce en detallismo, en estar atento para anticiparse a los deseos o evitar el descontento del amado, sin esperar a que éste tenga que expresarlo abiertamente.

Éste es el sentido que hay que dar a los grandes salmos de la Ley. El Salmo 19 B habla de la Ley en unos términos imposibles de aplicar a un código tomado materialmente. Cuando dice que es «descanso del alma» nos recuerda la promesa de Jesús de dar reposo a los cansados y fatigados, asegurando que su yugo es ligero. Dice también el Salmo 19 B que los preceptos de la Ley «alegran el corazón», «dan luz a los ojos» y son «más dulces que la miel en un panal que destila» El salmista no hubiera proferido estas expresiones si la Ley no tuviera la experiencia de la unión con Dios por el camino de una vida moldeada toda ella por las enseñanzas divinas.

Todo lo que el Salmo 19 B tiene de entusiasmo por la Ley, expresado con hermoso lirismo, lo tiene el Salmo 119 de monotonía y de laborioso artificio, que impide el vuelo propiamente poético pero no logra ahogar del todo el hondo amor a Dios a través de su Ley. Cada estrofa tiene todos los versículos empezando con una misma letra del alfabeto; así, las veintidós estrofas cantan la plenitud de la perfección de la *Torá* con todas sus letras, desde la *alef* a la *tau*. En cada una de las estrofas, los ocho versículos mencionan la Ley, designada como *Torá* o con uno de los siete sinónimos: «preceptos», «decretos», «mandatos», «mandamientos», «palabras», «consignas», «leyes» y «voluntad». Sin hilo argumental, cada versículo es una sentencia que se aguanta por sí misma y dirige a la *Torá* una jaculatoria, o casi diríamos un piropo, que expresa el amor a Dios y el deseo de vivir según su Palabra. Sin hacer violencia a la letra de estos salmos, yendo en su misma dirección pero más allá, el cristiano puede rezarlos refiriéndolos a Jesucristo, a la nueva Ley que es el evangelio y a la nueva alianza en el Espíritu.

Cuentan de un rabino, buen conocedor y amante entusiasta de la Ley, que se la sabía al dedillo, de modo que siempre podía encontrar un versículo adecuado para felicitar a algún miembro de la comunidad por un acontecimiento feliz, o consolarle en cualquier adversidad, o aconsejarlo en la duda. Decía siempre: «La Torá sirve para todo. No hay situación en la vida que no pueda ser iluminada por un versículo de la Torá». Lo detuvieron y lo llevaron, como a tantos otros judíos, a un campo de concentración nazi, y allí seguía diciendo: «La Torá sirve para todo, hasta para vivir en un campo de concentración». Y confortaba a sus compañeros con citas de la Ley. Finalmente, lo condujeron, con un buen grupo de correligionarios suyos, a la cámara de gas, y cuando iban a entrar les decía: «La Torá sirve para todo, hasta para morir», y también en aquel trance encontró palabras sagradas con que fortalecer a los que iban a morir.



Bajorrelieves del coro de la Catedral de Florencia.

Si la Ley de Moisés puede infundir tanto amor a Dios y fortaleza humana, ¡qué no debería ser para nosotros la Ley de Cristo! He aquí la regla de oro para rezar los Salmos de la Ley: donde aparece la palabra «Ley» o alguno de sus sinónimos (precepto, alianza, mandamiento, etc.), piensa en la Ley de Cristo, el Espíritu Santo, el evangelio, el sermón de la montaña, la gracia, o el mandamiento nuevo del amor. Entonces encontrarás muy natural decir a Cristo que su Ley es más dulce que un panal de miel y más preciosa que el oro fino.

(24)

«¡QUÉ VOCES TE DABA EN AQUELLOS SALMOS!»

¡Qué voces te di, Dios mío, cuando, todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansando en la quinta los salmos de David –cánticos de fe, sonidos de piedad, que excluyen todo espíritu hinchado– en compañía de Alipio, también catecúmeno, y de mi madre, que se nos había juntado con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana! ¡Qué voces, sí, te daba en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero, contra la soberbia del género humano!

San Agustín, *Confesiones*, IX, 4, 8 (B.A.C., Editorial Católica, Madrid 1946), p. 667.

5. Cinco pistas para rezar los salmos imprecatorios

Los anteriores consejos parecerán tal vez difíciles de aplicar en el caso de los llamados salmos imprecatorios, que constituyen sin duda la mayor dificultad práctica del Salterio. Salen siempre a relucir cuando alguien habla de los inconvenientes de la oración de los salmos.

Suele darse el nombre de salmos imprecatorios a aquellos que contienen imprecaciones, es decir, maldiciones, o sea deseos de que a alguien le sucedan grandes males. Tomadas estas expresiones en su sentido más material y formal, presentan algún parecido con los conjuros o hechizos de ciertos ritos mágicos. Se comprende que ofrezcan dificultad a la hora de rezarlos en cristiano. La OGLH habla a propósito de ellos, eufemísticamente, de «cierta dificultad psicológica», aunque mejor diría «dificultad psicológica cierta», y recuerda que en el mismo Nuevo Testamento hay pasajes que en el lenguaje no difieren de aquellos salmos (cita, a modo de ejemplo, Ap 6,10) pero que ciertamente no pretenden inducirnos a maldecir al prójimo. La solución que en la práctica se ha adoptado, compadeciéndose de aquella «dificultad psicológica», ha sido omitir tres salmos enteros, los más difíciles (58, 83 y 109), y también una larga serie de versículos o estrofas enteras de bastantes más (OGLH 131). La constitución del Vaticano II sobre la liturgia admitía para el uso litúrgico el Salterio íntegro sin más, y al preparar el nuevo libro de la Liturgia de las Horas los liturgistas encargados de hacerlo eran del mismo parecer. Una encuesta de la revista francesa *La vie spirituelle* (marzo de 1970) había recogido encontradas opiniones, pero curiosamente las religiosas contemplativas interrogadas aseguraban que no tenían problema, y desde luego no maldecían a nadie. La supresión de los salmos imprecatorios se debió a una intervención personal de Pablo VI, consciente del problema que para muchos planteaban. Pero con tal recorte no se ha resuelto el problema, porque quedan aún en el Salterio bastantes pasajes del mismo género, sin contar los que se hallan en otros libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

No se trata, ciertamente, de que la Iglesia censure la Biblia, pues no tiene autoridad para ello: «El Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido», dijo el Vaticano II (*Dei Verbum*, 10). La Iglesia no suprime aquellos salmos o fragmentos de salmos, sino que en la organización de los oficios litúrgicos se comporta como una buena ama de casa que saca de su bien provista alacena lo más apetitoso y adecuado para cada comida, siempre pensando en la familia o en los invitados; o, para poner un ejemplo más evangélico, hace

como aquel escriba experto en el reino de Dios, semejante a un padre de familia que saca de su arcón cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Si la Iglesia ha juzgado prudente, por el momento, no emplear para el culto cristiano estos pasajes sálmicos, no es por culpa de los salmos, sino por culpa nuestra, porque carecemos de la debida formación bíblica y sobre todo litúrgica. Pero es de desear que aprendamos a rezarlos. Con este fin sugiero cinco pistas.

5.1. *Espejo del alma*

Tomo esta expresión de la famosa carta de san Atanasio de Alejandría a Marcelino sobre la oración de los salmos: «Me parece que los salmos son, para el que salmodia, como un espejo en el que puede contemplarse a sí mismo y ver los impulsos de su alma y rezarlos con tales sentimientos» (véase el texto más en extenso en la p. 45). Los sentimientos de venganza, odio o rencor que reflejan aquellas frases, entendidas según su tenor literal, ¿no serán precisamente los que abriga mi corazón? En vez de resistirme a rezar aquel salmo, o aquel versículo, porque lo considero poco cristiano, y por tanto indigno de mi alta perfección, ¿no lo debería acaso decir muy hondamente, haciéndolo mío, como confesión de mi poco amor, y de este modo pedir a Dios que me perdone y que me dé más caridad?

En cambio, todo el mundo se atreve a decir, sin el menor empacho, «Sólo en Dios descansa mi alma» (63,2), o «mi alma tiene sed de ti» (63,2), o bien «Señor, mi corazón no es ambicioso» (131,1). Son estos versículos sublimes los que nos deberían dar escrúpulo decir, y no los más rastreros, que son los que en realidad cuadran mejor con nuestra pobre realidad. Difícilmente habremos llegado al extremo de estrellar niños contra las peñas, pero la famosa estrofa final del Salmo 137 nos puede servir, si somos humildes, para discernir lo imperfecto de nuestra caridad. Nos falta la humildad y la sinceridad de aquel Padre del desierto a quien los salmos que más le costaba rezar no eran los imprecatorios sino los fervorosos.

(25) **LOS SALMOS FÁCILES SON LOS DIFÍCILES**

Un padre del desierto plantea a otro su gran problema espiritual:

«Tres años ha que me pongo todos los días ante Dios en la oración. Algunas veces me maldigo a mí mismo, porque digo a Dios: "No tengas piedad de cuantos obran inicuamente"; o bien: "malditos todos los que se alejan de tus mandamientos", mientras que yo mismo me alejo de ellos y obro inicuamente. A veces digo a Dios: "Perderás a los que dicen mentiras", y yo miento todos los días. Mientras en mi corazón tengo sentimientos perversos, digo a Dios: "La meditación de mi corazón está siempre delante de ti". Yo, que no ayuno, digo: "Se han debilitado mis rodillas por el ayuno", y mientras guardo rencor a mi hermano, digo: "Perdónanos como nosotros perdonamos". Mientras no pienso en otra cosa que en comer mi pan, digo: "Me he olvidado de comer mi pan". Yo, que duermo hasta la mañana, digo en el salmo: "Me levanté a media noche para alabar tu nombre". Sin tener compunción alguna, digo: "Dolorido estoy y gemidos y lágrimas han sido mi pan día y noche". Lleno de orgullo y de comodidad carnal, hago el ridículo cuando canto: "Mira mi humildad y mi dolor y perdona todos mis pecados". Soy tardo, y digo: "Mi corazón está dispuesto, oh Dios". En una palabra: toda mi liturgia y mi oración se vuelve contra mí en improperio y vergüenza».

El hermano (a quien el primero había acudido para pedir consejo) le dijo: «Creo, padre, que David ha dicho esto refiriéndose a sí mismo». Más el anciano le contestó diciendo: «¿Qué decís, hermano? Ciertamente, si no observamos aquello que cantamos, caminamos hacia la perdición».

Citado por Cipriano Vagaggini, *El sentido teológico de la liturgia*, B.A.C., Madrid 1959, p. 663.

5.2. *Crítica de nuestra sociedad*

Sería más o menos lo que acabamos de decir sobre el espejo del alma, pero pasando del plano individual al de la Iglesia a la que pertenecemos y a la humanidad entera de la que formamos parte. Hay quien dice

con arrogancia que los salmos proceden de una cultura primitiva, una sociedad cruel, el oriente de hace veintitantos siglos. Pero, ¿de veras puede la sociedad de fines del siglo XX alardear de humanismo y dulces sentimientos? No es frecuente que los niños sean hoy estrellados contra las peñas, pero casi todos los países más cultos del mundo han ido legalizando, uno tras otro, la muerte de los niños en el vientre de su madre. En el Tercer Mundo los niños agonizan y mueren de hambre ante la indiferencia de los opulentos estados occidentales. Recordemos las famosas fotos de los cadáveres de niños de Biafra llenos de moscas, o de los niños vietnamitas que corren desnudos, quemados con bombas de napalm. El terrorismo y la violencia proliferan de modo imparable en los países técnicamente más adelantados.

Y atención: no se trata de culpar de todo esto a ciertos estados o a determinados gobernantes. Todos somos corresponsables y solidarios del mal del mundo, y los cristianos lo somos de un modo especial. Somos particularmente responsables de que incluso en la Iglesia, y en las comunidades que la constituyen, no impere una caridad perfecta. Con estos versículos nos confesaremos responsables de la parte de culpa que tenemos en el mal del mundo y en los males de la Iglesia.

5.3. *Clamor contra la injusticia*

Concretando más, podemos decir que uno de los principales aspectos del mal del mundo es la injusticia. No pocos de los salmos que algunos rechazan por imprecatorios expresan algo muy importante del mensaje del Antiguo Testamento, algo que ciertamente no ha quedado anulado por el Nuevo: la pasión del creyente por la justicia, su indignación ante la injusticia, la convicción de que Dios no lo quiere.

Dios escucha con entrañable solicitud el clamor del pobre, del huérfano, de la viuda, del oprimido, del inmigrante marginado. Pero a veces las víctimas de la injusticia están tan abrumadas por el ambiente en que se hallan sumergidas que ni siquiera tienen ánimo para levantar la vista a Dios. No pueden hacer más que tratar de sobrevivir. Una de las razones de la doctrina social de la Iglesia es que, como ya decía santo Tomás, la práctica de la virtud se hace muy difícil en la miseria, y el hombre embrutecido por la carencia de los recursos más elementales no está normalmente en condiciones de elevar su mente a Dios. El creyente ha de ser entonces voz de los que no tienen voz ante los hombres, oración ante Dios de los que no tienen oración.

Decía el P. Luis Alonso Schökel en una conferencia sobre *Los salmos, oración cristiana del hombre de hoy* (véase al final de este libro la bibliografía), refiriéndose a la actualidad de estos salmos:

> «Imaginémonos que cogemos este Salterio que hemos recibido devotamente de la Iglesia y empezamos a suprimir estos salmos imprecatorios. ¿Que hay hombres que sufren? Pues a mí no me interesa; yo voy a la Iglesia a alabar a Dios. ¿Hay injusticia en nuestro mundo? No me interesa; yo en la Iglesia encuentro al divino Maestro, al dulcísimo Jesús que me habla al corazón; de todo lo demás tanto se me da; no sólo no me interesa sino que me estorba. Pongámonos a recortar el Salterio, que está mal construido: el Espíritu Santo se distrajo y le metieron de contrabando unos cuantos salmos: los salmos que se preocupan del prójimo, del oprimido, del explotado, están fuera de lugar...; nos quedaremos con los salmos bonitos, los salmos dulces, en los que brilla el sol y resuenan la flauta y el pandero».
>
> Tomó por ejemplo uno de los salmos más característicos de este grupo, el 58, «¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas?» El salmo se dirige contra los jueces y magistrados que han recibido de Dios la autoridad para dar sentencias justas y tomar decisiones en orden al bien común, y que en cambio no paran de dictar sentencias injustas y de tomar decisiones arbitrarias, en provecho propio y de sus amiguetes ¡Éste podría ser el salmo anticorrupción! Son gente que utiliza el poder para hacer el mal: «Estructuralmente cultivan eso, se unen para el crimen, para la explotación, para la injusticia». El salmista los compara con serpientes, porque están cargados de veneno, y «ese veneno es contagioso, no sólo porque mata a un pobre hombre, sino porque ganan para su causa a cien infelices, que es lo más terrible».

El comentario del P. Alonso Schökel me lleva a pensar en aquella tremenda mafia del Imperio romano que eran los publicanos o recaudadores de impuestos. En el evangelio se respira el odio popular contra los publicanos, que no era sólo cosa de los puritanos del judaísmo, sino repulsa generalizada contra los abusos que se cometían. Cuando unos publicanos

preguntan a Juan el Bautista qué han de hacer para poder participar en el bautismo de conversión para el perdón de los pecados, les contesta: «No exijáis más de lo que está establecido»; prueba irrefutable de que solían hacerlo. Pero la mayoría de estos publicanos eran pobres diablos. Algunos, como Zaqueo, eran «jefes de publicanos», quedaban más a distancia y obtenían mayores beneficios. Pero los grandes responsables de este sistema de explotación eran los patricios romanos, que por su condición no podían ejercer actividades mercantiles y se valían de esclavos o libertos como hombres de paja para ciertos negocios, entre los que el más lucrativo era el arrendamiento de los impuestos. Para cubrir los riesgos y salvar el anonimato, actuaban en forma corporativa, como sociedades anónimas. Se comprendería que se quedaran con un porcentaje en concepto de gastos de gestión y de casos de impagos, pero cargaban la mano de manera desenfrenada, sin que los ciudadanos tuvieran defensa. Y si esto pasaba en Italia, ¡qué sería en provincias lejanas del Imperio! Más de una vez el Senado romano, manipulado por aquellos patricios, había declarado la guerra a un rey o una ciudad que eran fieles aliados suyos, alegando vanos pretextos, sólo para que la mafia de los publicanos adelantara el dinero necesario para fletar naves, alistar soldados y reunir armamentos y provisiones para la expedición militar, a cambio de tener después de la conquista la concesión de los impuestos. Los grandes culpables, en Roma o en la administración provincial, aparentaban tener las manos limpias, y en cambio eran los del último escalón los que sufrían el estigma de explotadores. Algo parecido podríamos decir de los grandes *capos* del narcotráfico y los pobres camellos que les sirven.

El salmista llama a aquellos magistrados corruptos «víboras sordas que cierran el oído, para no oír la voz del encantador, del experto en echar conjuros». El lector piensa inmediatamente en la escena típica de un zoco oriental, donde un hombre, al son de la flauta, hace que una serpiente se levante verticalmente, como un bastón. Pero aquella gente son peores que las víboras o las cobras, porque han cerrado los oídos a las exhortaciones de los profetas, que les recordaban cuál era la función que Dios les había encomendado. ¿Qué hará entonces el salmista, o el que reza los salmos? ¿Va a taparse también los oídos y se despreocupará de los pobres y oprimidos para darse a sus meditaciones piadosas? De ningún modo. El salmista pide vehementemente a Dios, comparándolos a fieras con imágenes elocuentes, que no permita que sigan actuando así, que no lo puedan hacer más: «Rómpeles los dientes en la boca... quiebra los colmillos a los leones... que se derritan... que se marchiten... que los consuma el fuego como a los cardos».

(26)

LOS SALMOS NO SON METEOROS CAÍDOS DEL CIELO

Los salmos no son meteoros caídos del cielo. Tuvieron su origen en un ambiente cultural en contacto con las civilizaciones circundantes. Por tanto, no hemos de extrañarnos de la semejanza en los procedimientos, en el parentesco de las imágenes, etcétera. Los salmistas no tuvieron miedo de utilizar ciertos textos paganos.

Marina Mannati *Orar con los salmos*, (Verbo Divino, Estella [9]1994), p. 9.

Lo más duro de este salmo es el final: «Y goce el justo viendo la venganza, bañe sus pies en la sangre de los malvados. Y comenten los hombres: ...hay un Dios que hace justicia en la tierra». Si has estado largo tiempo pidiendo a Dios con insistencia que ponga remedio a aquel mal, cuando por fin Dios interviene, por fuerza ha de alegrarse, no de que haya muerto tal o cual persona, sino de que una estructura de pecado ha sido derribada:

> «Y cuando Dios realiza esta justicia, que es defensa del oprimido, del explotado, entonces el hombre se alegra, su sed de justicia ha quedado calmada por un momento; ha quedado calmada porque Dios ha intervenido por fin en la Historia; ha caído ese poder opresor y el inocente, el explotado, puede respirar de nuevo... Ante este hecho, yo medito en la Historia de la humanidad pretérita y en ella veo que hay un Dios que hace justicia en la tierra, no sólo en un futuro escatológico, sino ya ahora en el movimiento histórico de la tierra».

Y después de recordar que en el Nuevo Testamento hay también expresiones muy duras, como algunos cánticos del Apocalipsis y los apóstrofes de Jesús a los fariseos en Mt 23, terminaba así su conferencia el P. Alonso:

«¿Podemos expurgar el libro de los Salmos? Tendríamos que expurgar también el Evangelio. Puede ser que la falta histórica, de nosotros, los cristianos, ante las injusticias humanas, uno de los pecados históricos de la Iglesia que quizá no haya pasado del todo hoy día, se deba a que no sabemos rezar estos salmos, a que no nos dejamos apasionar por el deseo de la justicia, a que no meditamos suficientemente el Evangelio. Recordemos la carta que escribía el Padre Arrupe (la conferencia data de 1969) a los jesuitas de América del Sur reflexionando sobre el fallo histórico, sobre la falta de presencia en el mundo de la injusticia, recordemos el afán de Norteamérica, la renovación enorme que hay, sobre todo en los religiosos, los sacerdotes, parte del pueblo cristiano: cómo se recuerda la despreocupación de la Iglesia ante el problema de los negros, el problema racial. Si hubiéramos rezado apasionadamente estos salmos, ¿no nos habrían ayudado un poco a mantener en vilo, en acción, ese sentido de la justicia? Me atrevo a decir que hoy día para nosotros es urgente incorporar a nuestra vida espiritual estos salmos: casi, casi estaba por decir que por una temporada van a ser los salmos más importantes, hasta que nos convirtamos de verdad a la libertad».

La magistral conferencia del P. Luis Alonso Schökel que hemos citado se publicó en 1969. En 1970 se promulgaba el nuevo Libro de la Liturgia de las Horas, con la poda de salmos imprecatorios.

(27)

EN EL CORAZÓN DE CRISTO RESUENA LA ALABANZA A DIOS

Cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios, el Verbo que procede del Padre como esplendor de su gloria, «el Sumo Sacerdote de la nueva y eterna alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales» (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 83). Desde entonces, resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión: todo ello lo presenta al Padre, en nombre de los hombres y para bien de todos ellos, el que es príncipe de la nueva humanidad y mediador entre Dios y los hombres.

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 3.

5.4. *«Venga a nosotros tu Reino»*

A pesar de ser una petición del padrenuestro, tantas veces repetido, quizá no nos hemos fijado bien en lo que significa pedir a Dios que venga su Reino. ¿En qué pensamos cada vez que formulamos la segunda petición del padrenuestro?

En los salmos, y en general en el Antiguo Testamento, un tema muy importante es el deseo, la súplica y hasta la pasión por la venida del Reino de Dios. Jesús recogió este anhelo secular del pueblo escogido en la oración que nos enseñó. Pero el Reino que Jesús predica e instaura no es tal como la mayoría de los judíos de su tiempo se lo imaginaban. No es un cataclismo político-militar, sino algo muy distinto: es Reino de paz, de amor, de verdad y de justicia. Pero desear y pedir que venga este Reino implica a la vez desear que desaparezca todo aquello que le es contrario: la guerra, el odio, la mentira y la injusticia. Para decirlo con la simbología de la Biblia: no se puede desear de veras el triunfo y la gloria de Jerusalén sin, al mismo tiempo, sufrir por la existencia y la prepotencia de Babilonia, con todo lo que esta anti-Jerusalén significa. Los que aman a Jerusalén han de aborrecer Babilonia y desear que desaparezca del todo.

Estamos hablando de símbolos, desde luego. No se trata de desear el exterminio de tal persona física o de tal colectividad concreta, por malas que sean, sino de desear que no haya personas malas, y sobre todo desear que sea vencido el imperio del mal. No hay que pedir que Dios fulmine a determinado gobernante que persigue a la Iglesia, pero sí que desaparezcan y que no seduzcan a los hombres aquellos sistemas, movimientos o ideologías que son nocivos para los hombres, que son incompatibles con la visión cristiana del hombre y de las relaciones humanas, o que impiden a la Iglesia el cumplimiento de su misión en la tierra.

5.5. *Alegoría moral*

En las cuatro pistas anteriores nos manteníamos básicamente en el ámbito del sentido literal. Pasando ahora a una interpretación alegórica, podemos entender que los enemigos a quienes el salmista

increpa no son personas que se hallen frente a él, sino que los lleva dentro: son sus propios vicios, defectos o pecados. Al adoptar esta interpretación, ya no habrá peligro de faltar a la caridad evangélica. Según la célebre máxima de san Agustín, hay que «odiar el pecado y amar al pecador». El principio vale aunque el pecado sea el tuyo y el pecador seas tú.

Según esta alegoría de tipo moral e individual, Jerusalén no es ya la capital de la Judea, ni tampoco el Reino o el pueblo de Dios, sino el alma del que ora. Sus torres o almenas son el edificio de la vida espiritual, que consta de virtudes y buenas obras y de instrumentos o medios de santificación y de defensa contra las tentaciones. Éstas quedan figuradas por los ejércitos enemigos que asaltan las murallas de la ciudad. Babilonia, a su vez, es la vida del pecado, los vicios, las tentaciones. La guerra irreconciliable entre Jerusalén y Babilonia es el combate espiritual.

Así, para seguir con el ejemplo tantas veces invocado de la última estrofa del Salmo 137, lo de «¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las peñas!» se puede aplicar al propósito de extirpar de raíz los vicios. Así lo entendía san Hilario de Poitiers: «...pero, como dice el Apóstol, la piedra es Cristo, y dichoso el que contra Él estrella los niños de Babilonia, esto es, que aplasta y destruye los vicios corporales».

Si los ciudadanos de Babilonia son los pecados, los niños de Babilonia serán los comienzos del pecado, las tentaciones, deseos o pensamientos, que hay que cortar de raíz sin dejar que crezcan y pasen a actos. Es la interpretación de san Jerónimo: «En este salmo se proclama feliz a quien, apenas empieza a tener estas tentaciones, las estrella contra la piedra, y la piedra era Cristo». Tanto Hilario como Jerónimo dependen en esto del gran maestro de la alegoría, Orígenes, a quien sigue también san Agustín cuando comenta:

> «¿Quiénes son los niños pequeños de Babilonia? Los malos deseos nacientes. Aplástalos cuando son aún pequeños, esto es, aplástalos cuando aún no han llegado a ser obras, cuando no han llegado aún a ser vicio o mala costumbre, sino sólo pensamiento o tentación. No dejes que arraigue, ponle remedio enseguida».

Conocedor de esta tradición patrística, san Benito, en su Regla, emplea dos veces esta interpretación alegórica del Salmo 137. La primera es para mencionar como uno de los que él llama «instrumentos de las buenas obras» (gran lista de prácticas ascéticas o piadosas que son como las herramientas que el monje ha de manejar para santificarse) la de «estrellar contra Cristo los malos pensamientos que le vengan al corazón», y la segunda la de «manifestar al padre espiritual las tentaciones» para así aplastarlas del todo.

La interpretación alegórica de la Biblia no es válida para la argumentación teológica, y aun en el ámbito de la espiritualidad se ha reaccionado saludablemente contra el abuso que de ella se hacía. Una interpretación alegórica subjetiva no puede ir nunca contra el sentido objetivo y literal, pero lo puede completar y enriquecer. No podemos echar por la borda la gran riqueza espiritual de doctrina que los Padres de la Iglesia y también autores modernos y hasta recientes nos han legado con sus vivencias personales a la luz de aplicaciones alegóricas. La mayoría de autores espirituales, cuando aplican citas bíblicas, tienden a hacerlo interpretándolas alegóricamente. Es sobre todo a nivel de la interpretación personal, y de la experiencia inmediata de lo que Dios me dice a través de su Palabra que se legitima y a veces hasta se hace necesaria la interpretación alegórica, porque ayuda mucho a mantener el fervor y a reaccionar desde la fe ante los acontecimientos.

Si con una u otra de estas cinco pistas logramos hacer oración con estos salmos tan difíciles, los otros, más fáciles, nos resultarán gozoso descanso.

6. El día y la noche en los salmos

Para el hombre de la Biblia, que respira por todos sus poros la naturaleza circundante, el día y la noche están ahí como realidades concretas y palpables salidas de las manos del Creador, como la tierra, el agua, las plantas, los animales y el propio hombre. El día primero, tras crear la luz, Dios la separó de las tinieblas primordiales y llamó a aquélla día, y a éstas noche (Gn 1,3). Como las demás

criaturas, la noche y el día son destellos de la gloria de su Hacedor: «Tuyo es el día, tuya es la noche; tú colocaste la luna y el sol» (74,16).

Lógicamente, esta actitud religiosa de Israel ante el día y la noche aparece sobre todo en los salmos, porque su forma poética facilita la transposición simbólica, y también porque en ellos el orante se siente como un enamorado a quien todo habla de la persona amada, y que de ella habla a todos y a todo.

En plural, «los días» designa la sucesión del tiempo, como cuando en los libros históricos se dice: «en los días del rey tal...». «Todos los días» es una expresión que equivale a «por siempre jamás»: «Que tu bondad y tu misericordia me acompañen todos los días de mi vida» (Salmo 27,4); «Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida» (Salmo 128,5).

En singular, es de notar la expresión «todo el día» para referirse a alguna actividad o situación indeficiente, como puede ser la lamentación (p. ej. Salmo 38,7: «Voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío»), o la alabanza (p. ej. Salmo 35,28: «Mi lengua proclamará tu justicia, todo el día te alabará»).

Esta misma significación de continuidad se intensifica con la locución «día y noche», como en la bienaventuranza que encabeza el Salterio: «Dichoso el hombre (..) cuyo gozo es la Ley del Señor, y medita su Ley día y noche» (Salmo 1,1-2); o en el que sufre el juicio o castigo de Dios más allá de lo humanamente soportable: «Día y noche tu mano pesaba sobre mí» (Salmo 32,4). En cambio, en alguna ocasión, en vez de designar la longitud del tiempo, los días pueden dar a entender lo efímero de la vida del hombre: «Enséñanos a calcular nuestros días, para que así alcancemos la sabiduría del corazón» (Salmo 90,12, traducido literalmente; la versión litúrgica oficial en vez de «días» dice «años»).

De acuerdo con la ley del paralelismo, que es lo más característico de la poesía hebrea, a menudo la noche y el día son mencionados por separado, en los dos hemistiquios (mitades) de un mismo versículo, como sugiriendo que por encima de la alternancia de ambos hay algo que permanece constante. Por ejemplo, la súplica angustiada de alguien que sufre: «De día te grito y no respondes; de noche, y no me haces caso» (Salmo 22,3); «De día te pido



Pintura mural. Iglesia de san Miguel, Daroca (Zaragoza).

auxilio, de noche grito en tu presencia» (Salmo 87,2). Al decir «El día al día le pasa su mensaje, la noche a la noche se lo susurra» (Salmo 19,3), más que afirmar que los días tienen un mensaje y las noches otro, lo que sobre todo se proclama es que en todo tiempo la creación tiene algo que decir al hombre de parte y acerca de Dios.

En este último pasaje y en los dos anteriores, además, aparece un recurso típico de la poesía hebrea, que es el de expresar la totalidad por medio de dos términos opuestos: «Me conoces cuando me siento o me levanto» (Salmo 139,2) no se refiere sólo a dos posiciones del cuerpo humano, sino que equivale a «haga yo lo que haga». Análogamente, para expresar la confianza en la protección divina dondequiera que sea, en cualquier momento y pase lo que pase, dice otro salmista: «De día el sol no te hará daño, ni la luna de noche» (Salmo 121,6). Y un gran salmo que recapitula los principales momentos de la historia de la salvación, haciéndola arrancar ya desde la creación, y entreverándola con el estribillo que proclama el indefectible amor de Dios por todo lo que ha creado, dice: «Él hizo lumbreras gigantes, porque es eterna su misericordia. El sol que gobierna el día, porque es eterna su misericordia. La luna que gobierna la noche, porque es eterna su misericordia» (Salmo 136,7-9).

Pero si por una parte la mención del día y la noche nos lleva, por contraste, a considerar la eternidad y la unidad de Dios, por otra descubre en la variedad de la creación un motivo más de la gloria divina. Dios distinguió el día de la noche y el verano del invierno para alegrarnos –y quién sabe si para alegrarse– con su alternancia rítmica. Como canta un antiquísimo himno del breviario para el amanecer del domingo, *...et temporum das tempora ut alleves fastidium* («...y alternas unos tiempos con otros para quitar el tedio»). El salmo por antonomasia de la creación describe bellamente el horario inverso que Dios ha asignado al hombre y a las bestias salvajes: «Pones las tinieblas y viene la noche y rondan las fieras de la selva; los cachorros rugen por la presa reclamando a Dios su comida. Cuando brilla el sol, se retiran y se tumban en sus guaridas; el hombre sale a sus faenas, a su labranza, hasta el atardecer» (Salmo 104,20-23). Cuando el hombre trabaja, las fieras duermen, y viceversa. Sólo el Creador no para. Por eso el Jesús joánico, para justificar su interpretación misericordiosa del sábado, dice: «Mi Padre hasta el presente sigue trabajando, y yo también trabajo» (Jn 5,17). La creación no es sólo algo histórico, algo que Dios hizo en un cierto momento pasado. Es la relación de dependencia que todo cuanto existe –también el tiempo– tiene con respecto a Aquel de quien procede y que hace que todas las cosas subsistan. Por eso dan gloria a Dios: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor. Sol y luna, bendecid al Señor (...). Noche y día, bendecid al Señor. Luz y tinieblas, bendecid al Señor» (Dn 3,57.62.71; cántico de los tres jóvenes, utilizado tradicionalmente para Laudes del domingo y de las fiestas).

En cuanto al significado específico del día y de la noche, tomados por separado, es ambivalente. Por una parte, toda la historia de la salvación es una lucha entre el bien y el mal, simbolizados respectivamente por la luz y las tinieblas o, lo que es lo mismo, por el día y la noche. La historia comienza con la oscuridad inicial, el combate llega a su paroxismo con la Pasión («Ésta es vuestra hora: la del poder de las tinieblas», dice Jesús a los que vienen a prenderle; Lc 22,53), culmina en la victoria del amanecer de Pascua y termina con la visión de la Jerusalén celestial, que no conoce noche, ni necesita sol ni luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero (cf. Ap 21,23).

Pero si por una parte la noche simboliza el mal, por otra es la hora de Dios. Es la hora de su silencio, cuando parece que no responde a quienes claman a él con insistencia esperando confiadamente sus favores: «Mi alma aguarda al Señor más que el centinela la aurora» (Salmo 130,6). La noche es silencio, y el silencio es voz de Dios. Es también la hora de las grandes revelaciones; la de los sueños en los que Dios dice a los personajes bíblicos lo que de ellos espera en orden a la salvación de los hombres, y también la del encuentro lúcido y despierto entre el orante y el Señor: «Aunque sondees mi corazón visitándolo de noche...» (Salmo 17,3); «Hasta de noche me instruyes internamente» (Salmo 16,7); visita de la que el hombre a veces ha tratado vanamente de escapar: «Ni la tiniebla es oscura para ti: la noche es tan clara como el día» (Salmo 139,11).

(28) **EL SALMODIANTE CAMINO**

Éste es el calendario litúrgico para el año de gracia de 1957. ¿Un libro árido y sin interés? Al contrario, es un libro precioso y lleno de significado, aunque no está hecho para la lectura seguida (...). Porque, ¿qué puede haber de más hermoso, en la previsión de nuestro tiempo, que el saber cuándo y cómo lo ocuparemos en hablar con Dios? el tiempo corre sobre una trama eterna; nuestro fugaz instante se une al inmóvil siempre de Dios. Aquí tenemos el plan de esta actividad primaria, la oración, a la que está consagrada la vida de los sacerdotes y de los religiosos; tal vez algún buen laico les acompañe en el salmodiante camino. Ése es un plan que registra cada hora; día y noche tienen en él su función bien determinada, y cada momento tiene su peculiar tonalidad espiritual: fiestas y ferias alternan; Cristo, sol de las almas, sella los momentos diurnos y nocturnos y describe en nuestro ciclo espiritual la órbita, siempre nueva y siempre maravillosa, de su Vida, fuente de misterios, de gracia y de ejemplos; luego María y los santos le hacen corona. Sí: ¡ésta es la *corona anni benignitatis Dei*, la corona anual de la benignidad de Dios!

Juan B. Montini, prefacio al calendario litúrgico de la archidiócesis de Milán para 1957.

Hora de Dios, la noche es también hora del hombre. Hora de encontrarse a sí mismo en la reflexión sosegada: «De noche lo pienso en mis adentros» (Salmo 77,7); «Reflexionad en el silencio de vuestro lecho» (Salmo 4,5). Hora de la súplica porfiada y angustiada: «De noche extiendo las manos sin descanso, y mi alma rehúsa el consuelo» (Salmo 77,3). O de desahogar el deseo ardiente de la unión con Dios: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma está sedienta de ti» (Salmo 63,2; cf. Is 26,9: «Mi alma te desea en la noche»). Hora por excelencia de la alabanza divina: «A media noche me levanto para darte gracias por tus justos mandamientos» (Salmo 119,62). Y, aunque no diga expresamente la hora, era evidentemente la noche lo que hizo sentir a un salmista su propia pequeñez en contraste con la grandeza del Creador: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?» (Salmo 8,4-5).

Hilario de Poitiers, en el prólogo a sus homilías sobre algunos salmos, decía que éstos han de entenderse siempre a la luz del evangelio. También es cierta la afirmación inversa: que el evangelio se entiende mejor a la luz de los salmos. La religión de los salmos plasmó desde su infancia la piedad de Jesús. Cuando leemos que «se levantó muy de madrugada y salió, se marchó al desierto y estuvo orando allí» (Mc 1,35), podemos poner en boca suya el «por ti madrugo». En el episodio en que «se fue a la montaña a orar y se pasó la noche orando a Dios» (Lc 6,12; cf. Mt 14,23: «Subió al monte para orar a solas. Al anochecer seguía allí solo»), podemos pensar en la oración nocturna atestiguada por los salmos antes citados: «A media noche me levanto...» (Salmo 119,62). En la noche de Getsemaní, Jesús pudo haber dicho: «De noche extiendo las manos sin descanso, y mi alma rehúsa el consuelo» (Salmo 77,3). En la agonía de la cruz, además del comienzo del Salmo 22, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», pudo haber añadido el versículo siguiente: «De día grito y no respondes; de noche, y no me haces caso».

La exhortación, tan repetida en los salmos, a orar día y noche, la recoge Jesús cuando nos dice que debemos «orar con insistencia» (Mt 7,7-11 y par), o que «hay que orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18,1), lo que san Pablo traduce por un «Orad constantemente» (1 Tes 5,17). También en esto el apóstol de las gentes fue imitador de Jesús: en la cárcel de Filipos, «hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios» (Hech 20,7).

La Iglesia, fiel al evangelio y a la tradición, en la reforma de la Liturgia de las Horas ha dispuesto, a propósito del oficio de las Vigilias:

> «Los Padres y autores espirituales, con muchísima frecuencia, exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración de la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver: "A media noche se oyó una voz que decía: Mirad, el Esposo viene, salid a su encuentro" (Mt 25,6). "Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el amo de la casa; si por la tarde, si a media noche, o al canto del gallo, o a la madrugada: no sea

que, viniendo de repente, os encuentre dormidos" (Mc 13,35-36)» (OGLH 72).

El cristiano que responda generosamente a estas exhortaciones podrá hacer plenamente suyas las palabras del salmista hebreo: «Dios mío, mi corazón está pronto, para ti cantaré y tocaré, gloria mía. Despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora» (Salmo 108,2).

7. Las bienaventuranzas del Salterio

Casi siempre que hablamos de las bienaventuranzas nos referimos a las de Jesús al comienzo del sermón de la montaña, y generalmente en la versión de Mateo. Menos frecuente es fijarse en el discurso paralelo de Lucas, que también empieza con las bienaventuranzas, aunque con significativas variantes. Pero en otros pasajes evangélicos las hay también muy hermosas, y asimismo en el resto del Nuevo Testamento; por ejemplo, el Apocalipsis está cargado de septenarios, la mayoría de los cuales se advierten fácilmente porque están numerados (siete iglesias, siete espíritus, siete candelabros, siete sellos, siete trompetas, etc.), y a lo largo del libro podemos encontrar esparcidas unas bienaventuranzas que si se cuentan resulta que son siete. Todo esto dentro del Nuevo Testamento. Éstas son continuación de las del Antiguo Testamento, que son más copiosas aún, sobre todo en los libros sapienciales y, dentro de éstos, en el libro de los salmos. De las 45 bienaventuranzas del Antiguo Testamento, 26 están en los Salmos, 8 en Proverbios, una en Job y otra en el libro de Ben Sira o Eclesiástico, o sea que en los libros sapienciales hay 36 de las 45 bienaventuranzas del Antiguo Testamento.

7.1. *Forma literaria de las bienaventuranzas*

Las bienaventuranzas son una forma literaria que se caracteriza por empezar con una felicitación, que en hebreo es la palabra *ashré*, traducida en la Biblia griega por *makarios* y en la Vulgata latina por *beatus*, y que en nuestras traducciones se convierte en «bienaventurado», «dichoso», «afortunado» o «feliz». Después de esta palabra inicial, que es la que da su nombre a las bienaventuranzas, sigue la condición: «...el que hace tal cosa» o, en forma de apóstrofe personal: «tú que haces tal cosa». En tercer lugar viene el premio, una promesa que especifica aquella felicidad: «...porque recibirá tal cosa». Así, en la primera bienaventuranza del sermón de la montaña según Mt 5,3 tenemos:

1. felicitación:	«Bienaventurados
2. condición:	los pobres en el espíritu
3. promesa:	porque suyo es el Reino de los cielos».

Las bienaventuranzas, como todas las frases hechas o expresiones convencionales, no pueden interpretarse por el simple significado de cada una de sus palabras, entendidas éstas tal como se definen en los diccionarios. Cuando le decimos a alguien «buenos días», no estamos informándole de que el día es meteorológicamente bueno, ni tampoco augurándole que la jornada discurra favorablemente para él, sino sólo saludándole educadamente. De modo parecido, aunque originariamente las bienaventuranzas fueran «felicitaciones» a alguien con motivo de algún acontecimiento gozoso, ya en el Antiguo Testamento llegaron a ser fórmula convencional para alabar a los que viven «como Dios manda» y para exhortar a los demás a imitarlos. Esta obediencia a Dios es, desde luego, fuente de felicidad, y en este sentido se justifica que se proclame felices a quienes la practican, pero una vez se ha acuñado la fórmula convencional lo principal es la proclamación de aquel modelo de vida; lo de la felicidad efectiva es secundario, y hasta puede no darse. Cuando Elisabet dice a María: «Feliz tú que has creído, porque se cumplirá lo que se te ha dicho», lo que hace, más que verla muy contenta o augurarle una vida sin problemas, es proclamar proféticamente que por su «sí» al mensaje de la anunciación ha entrado en el plan de Dios, convirtiéndose así en instrumento de salvación. Cuando Jesús dice a Pedro, después de que éste, en Cesarea, le haya reconocido como el Cristo, el Hijo del Dios vivo: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos», no le augura una vida fácil y agradable (en la aparición después de la

Resurrección le anunciará que un día lo atarán y lo llevarán a donde no quisiera: al martirio), sino que proclama que aquel reconocimiento no ha salido de su lógica humana («la carne o la sangre»), sino que es el Padre del cielo quien se lo ha revelado, y es sobre esta fe en Jesucristo que Dios ha dado a Pedro que Jesús edificará su Iglesia (Mt 16,16-17). Y a continuación, cuando Jesús anuncia su Pasión y Pedro, con toda buena fe y llevado de los mejores sentimientos, le replica: «¡Dios te libre, Señor! A ti esto no te va a pasar!», le responde: «¡Vete de aquí, Satanás, que me eres ocasión de escándalo!» (Mt 16,21-23). De modo que en cuestión de momentos Jesús trata a Pedro de «bienaventurado» y de «Satanás», porque en el primer caso ha sido instrumento de Dios, y en el segundo se dejó llevar de sentimientos humanos.

Así se explica que la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, cuando exhorta a vivir según la sabiduría humana ilustrada por la Ley de Dios, se valga con frecuencia de esta forma literaria. Jesús hizo lo mismo para proclamar el mensaje del Reino. La diferencia que puede apreciarse entre las bienaventuranzas del Antiguo Testamento y las del Nuevo es que en las primeras el acento del premio o tipo de felicidad recae sobre el bienestar en esta vida, en tanto que las bienaventuranzas del Nuevo Testamento son sobre todo promesas escatológicas, o sea orientadas hacia aquella felicidad última y eterna que aún no había sido revelada a Israel (excepto en algún pasaje de poco antes de Cristo, como Dn, 2 Mac o Sb).

Por lo que se refiere a los salmos, se comprende que las bienaventuranzas se hallen en los de género sapiencial (Salmos 1; 32; 34; 106; 112; 127; 128) o en frases sapienciales enclavadas en salmos de otros géneros (Salmos 2; 94; 119).

7.2. *¿Quiénes son bienaventurados, según los salmos?*

Recapitulando los destinatarios de las bienaventuranzas de los salmos, o sea la lista de las personas o situaciones que son objeto de las bienaventuranzas sálmicas, podemos hacer el siguiente inventario. Ante todo, es bienaventurado el que vive según la Ley (Salmo 1, que es todo él una bienaventuranza ampliamente desarrollada para que haga de prólogo de todo el Salterio, y Salmo 119,1.2), el que respeta el derecho y practica siempre la justicia (106,3), que ama de corazón los mandatos del Señor (112,1), a quien el Señor instruye en su Ley (94,12).

(29) **EL DON DEL BREVIARIO**

El breviario es el don precioso que el día inolvidable del subdiaconado o de la profesión religiosa nos dio la Iglesia, a cambio del don definitivo que nosotros le habíamos hecho de nuestra juventud y de nuestra vida entera, entregándonos a su servicio.

Cardenal Giacomo Lercaro, *La simplificación de las rúbricas y la reforma del breviario.*

Otra serie de bienaventuranzas se dirigen a los que en sus necesidades o tribulaciones ponen en Dios su confianza (40,5), esperan en el Señor (146,5) o confían en él (84,13). Es lo que se expresa con la fórmula técnica de «refugiarse en el Señor» (2,12), «acogerse a él» (34,9) o, más ampliamente, «tener por Dios a Yahveh» (34,9).

Además de estas bienaventuranzas dirigidas a los individuos, otras se refieren a la relación de todo el pueblo con Dios: «el pueblo que sabe aclamarte» (89,16), «el pueblo que esto tiene» (esto es, grandes cosechas y rebaños), en paralelismo con «el pueblo cuyo Dios es el Señor» (144,15). Este último versículo, con sus dos bienaventuranzas, es entendido por unos como paralelismo sinónimo, como significando que la felicidad temporal se alcanza teniendo a Yahveh por Dios; otros, por el contrario, entienden que contrapone los paganos, que sólo buscan la prosperidad material, a Israel, que pone por cumbre de su felicidad tener a Yahveh por Dios.

Entre las situaciones o hechos en los que se aprecia una intervención divina, y que por ello son tema de bienaventuranzas, hallamos la experiencia

de Dios vivida en el perdón de los pecados (32,1.2), la misericordia con los pobres y enfermos (41,2), el don de una descendencia numerosa (127,5), la alegría de servir a Dios en el Templo (65,5; 85,5), o el ánimo y fuerza que el Señor infunde para emprender el largo camino hasta Jerusalén (84,6). El Mesías será llamado bienaventurado por todas las naciones (72,17), como María lo será por todas las generaciones (Lc 1,48).

7.3. *Vino nuevo en odres viejos*

Una cosa es estudiar las bienaventuranzas del Salterio con la óptica de una exégesis del Antiguo Testamento, y otra verlas como un elemento más del libro que la liturgia de la Iglesia adopta como instrumento básico de su oración.

> (30) **RECITAR LOS SALMOS**
>
> Quien recita los salmos, abre su corazón a los sentimientos que éstos inspiran, según el género literario de cada uno, ya sea de lamentación, confianza, acción de gracias u otros que acertadamente señalan los exégetas.
>
> *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, núm. 106.

En la celebración de la Liturgia de las Horas estas bienaventuranzas, como todo el Salterio, han de entenderse y rezarse con el espíritu del Nuevo Testamento, y por tanto con el de las bienaventuranzas de los evangelios, y muy especialmente del sermón de la montaña. Así pues, poniendo en ellas vino nuevo en odres viejos, les infundiremos el aliento escatológico que todas las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús tenían, como proclamación e inauguración del Reino de Dios, que empieza en la tierra con la venida de Jesús pero ha de consumarse en los cielos nuevos y la tierra nueva. De este modo, todas las bienaventuranzas que se refieren a la Ley las rezaremos pensando en la Ley de Cristo, en el evangelio o en el sermón de la montaña. Y la del pueblo que sabe aclamar a Dios (89,16) la entenderemos, con la tradición cristiana, *beatus populus qui scit jubilationem*, la santa alegría del pueblo fiel que celebra las festividades del año cristiano.

7.4. *Bienaventuranzas del Salterio*

1,1ss	Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos...
2,12	Dichosos los que se refugian en él.
32,1-2	Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta su delito.
33,12	Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad.
34,9	Gustad y ved qué bueno es el Señor. Dichoso el que se acoge a él.
40,5	Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor, y no acude a los idólatras que se extravían con engaños.
41,2	Dichoso el que cuida del pobre y desvalido; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor.
65,5	Dichoso el que tú eliges y acercas para que viva en tus atrios. Que nos saciemos de los bienes de tu casa, de los dones sagrados de tu Templo.
72,17	Que él (el rey) sea bendición de todos los pueblos, y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra.
84,5.6	Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre. Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación.
84,13	¡Señor de los Ejércitos, dichoso el hombre que confía en ti!
89,16	Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro.
94,12	Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley, dándole descanso tras

los años duros, mientras al malvado ya le cavan la fosa.

106,3 Dichosos los que respetan el derecho y practican siempre la justicia.

112,1 Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos.

119,1 Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor.

119,2 Dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón.

127,5 Son saetas en manos de un guerrero los hijos de la juventud. Dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba, no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza.

128,1 Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien.

137,8 Capital de Babilonia, ¡criminal! ¡Quién pudiera pagarte los males que nos has hecho! ¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las peñas.

(Traducción de la Biblia de Jerusalén, más literal que la oficial litúrgica: ¡Hija de Babel, devastadora, feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien agarre y estrelle contra la roca a tus pequeños!).

144,15 Dichoso el pueblo que esto tiene (cosechas y ganados), dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor.

146,5 Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor su Dios.

7.5. *Bienaventuranzas del Nuevo Testamento*

Mt 5,3-11 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien..., etc.

Mt 11,6 Dichoso el que no se escandalice de mí.

Mt 13,16 Dichosos vuestros ojos que ven y vuestros oídos que oyen.

Mt 24,26 Dichoso el siervo cuyo amo, cuando regrese, encuentre obrando así; en verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Lc 1,46 Feliz tú que has creído, porque se cumplirá todo lo que el Señor te ha dicho.

Lc 6,20-22 Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien..., etc.

Lc 7,23 Dichoso el que no se escandalice de mí.

Lc 10,23 Dichosos los ojos que ven lo que veis.

Lc 11,27 Dichosas las entrañas que te llevaron y los pechos que te alimentaron.

Lc 12,28 Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.

Lc 12,38	Y si llega a la segunda o tercera vigilia de la noche y los encuentra así, dichosos ellos.
Lc 12,43	Dichoso el siervo cuyo amo, cuando regrese, lo encuentre haciendo así; en verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.
Lc 23,29	Vienen días en que dirán: Felices las estériles y las entrañas que no alumbraron y los pechos que no criaron.
Jn 13,17	Dichosos vosotros si, sabiendo estas cosas, las cumplís.
Jn 20,29	Dichosos los que creerán sin haber visto.
Hech 20,35	Hace más feliz dar que recibir.
Rm 4,7	Dichoso el que está absuelto de su culpa (= Salmo 31,1).
Rm 4,8	Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito (= Salmo 31,2).
Rm 14,22	Dichoso aquel que no se juzga culpable a sí mismo al decidirse.
St 1,12	Dichoso el hombre que aguanta la tentación.
1 Pe 3,4	Si sufrís por causa de la justicia, dichosos vosotros.
1 Pe 4,14	Si sois ultrajados por el nombre de Cristo, dichosos vosotros.
Ap 1,3	Dichoso el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía y guardan las cosas que en ella están escritas, porque el tiempo está cerca.
Ap 14,13	Dichosos los muertos que mueren en el Señor desde ahora.
Ap 16,15	Dichoso el que vela sin quitarse los vestidos.
Ap 19,19	Dichosos los invitados al banquete de las bodas del Cordero.
Ap 20,6	Dichoso y santo aquel que participa en la primera resurrección.
Ap 22,7	Dichoso el que guarda las palabras proféticas de este libro.
Ap 22,14	Dichosos los que lavan sus vestidos, así podrán disponer del árbol de la vida y entrar por las puertas de la Ciudad.

8. Los salmos y el padrenuestro

8.1. *Jesús y los salmos*

Podríamos decir, parafraseando Mt 5,17, que Jesús no vino a abolir la oración de Israel sino a llevarla a su plena perfección. La oración de Israel, tal como la encontramos plasmada en la Biblia y especialmente en el libro de los Salmos, es de una gran libertad y audacia ante Yahveh, pero al mismo tiempo de un inmenso respeto y de una confianza total en el amor que él tiene a su pueblo. A Yahveh no se le maneja con palabras mágicas, ni con amuletos (el arca de la alianza, caída en manos de los filisteos, o los templos de Siló o Jerusalén, tomados o destruidos). Dios es libre. El bien que nos hace, lo hace porque es bueno, porque nos ama, y también porque quiere ser rogado por nosotros.

Estos sentimientos y actitudes, de que el Salterio está lleno, empaparon el alma de Jesús y moldearon los sentimientos humanos de su piedad, formada a la escuela de los salmos, aprendidos y rezados desde su más tierna infancia en el hogar de Nazaret, en la sinagoga y en el templo.

Jesús oró con los salmos, y al hacerlo los cargó de un sentido nuevo. Un buen ejercicio para adelantar en la salmodia cristiana es tratar de imaginar, a propósito de un salmo concreto, qué le decía aquel salmo a Jesús cuando lo rezaba, e inversamente, qué ponía de nuevo Jesús en aquel salmo. Si aun entre nosotros, en una misma asamblea litúrgica, las disposiciones y problemática particulares de cada cual hacen que las mismas palabras rezadas o cantadas conjuntamente susciten variados sentimientos y actitudes, cuánto más en el caso de Jesús la oración secular de Israel cobraba vida nueva.

(31)

JESUCRISTO ORA EN NOSOTROS Y POR NOSOTROS, Y NOSOTROS LE ORAMOS A ÉL

Cuando en la plegaria hablamos a Dios, no separemos de él al Hijo; cuando el Cuerpo del Hijo ora, no separe de sí al Hijo. Sea el mismo y único Salvador de su Cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, el que oren por nosotros, y el que oren en nosotros, y a quien oremos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como Cabeza nuestra; le oramos nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos pues en él nuestra voz, y su voz en la nuestra. Y cuando hallemos alguna afirmación referente al Señor Jesucristo, sobre todo en las profecías, que nos parezca contener algo humillante e indigno de Dios, no tengamos reparo alguno en atribuírsela, pues él no tuvo reparo en hacerse uno de nosotros.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 85,1.

En la oración salmodiante de Jesús se cumple de modo especial lo que con carácter más general dice de la oración de Cristo la Ordenación General de la Liturgia de las Horas:

> «Cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios, el Verbo que procede del Padre como esplendor de su gloria, el Sumo Sacerdote de la nueva y eterna alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. Desde entonces, resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión» (OGLH, núm. 3).

Estas «palabras humanas» eran sobre todo las de los salmos, que si son palabras divinas porque siendo inspiradas tienen a Dios por autor, son a la vez humanas porque expresan toda la inmensa gama de sentimientos y afectos capaces de hacer latir el corazón del hombre: esperanza y desespero, amor e indignación, gozo del amigo íntimo de Dios y compunción del pecador arrepentido, agradecimiento por los favores y queja por las desgracias. Con razón ha podido decir un autor judío moderno, André Chouraqui, que «todos nacemos con este libro en las entrañas» (véase el texto completo en el recuadro siguiente). Pero a esta riqueza humana y religiosa de la oración de los salmos añadió Jesús algo personalísimo suyo: su experiencia de Hijo de Dios. Su oración era, ante todo, súplica filial al Padre.

(32)

NACEMOS CON ESTE LIBRO EN LAS ENTRAÑAS

Nacemos con este libro en las entrañas. ¿Un pequeño libro? ciento cincuenta poemas, ciento cincuenta escalones erguidos entre la vida y la muerte; ciento cincuenta espejos de nuestras rebeliones e infidelidades, de nuestras agonías y resurrecciones. Más que un libro: un ser viviente que habla –que te habla–, que sufre, que gime y que muere, que resucita y canta, en el dintel, y que te coge, te arrastra, a ti y a los siglos de los siglos, desde el comienzo hasta el fin... Encierra un misterio, por el que las sucesivas edades no cesan de volver una y otra vez a este canto, de purificarse en esta fuente, de interrogar cada versículo, cada palabra de la antigua oración, *como si sus ritmos hicieran latir el pulso de los* mundos.

André Chouraqui, *Le Cantique des Cantiques suivi des Psaumes* (Presses Universitaires de France, París 1970), p. 83.

8.2. *El padrenuestro*

El «tú a tú» con Dios que caracteriza la oración de los salmos, en el padrenuestro es expresión de piedad filial. Al enseñarnos Jesús esta oración, quiso hacernos entrar en su experiencia personal e introducirnos en la relación que él tiene con Dios Padre. Estamos aquí ante el núcleo esencial del mensaje de Jesús. Si en los evangelios Jesús habla a menudo de su relación con el Padre, no es para satisfacer su vanidad o nuestra curiosidad, sino para hacer posible que hagamos nuestra su filiación divina. Tal es la buena noticia o evangelio que Jesús predica. Por eso Tertuliano llamó al padrenuestro *breviarium totius evangelii* (compendio de todo el evangelio).

Se ha planteado repetidas veces la cuestión de la originalidad del padrenuestro. Algunos autores insisten en su dependencia literaria con respecto a las preces judías de su tiempo. De hecho, Jesús aceptó el sistema y el lenguaje de la oración oficial judía, pero vertió en aquel molde un espíritu nuevo: el de la invocación *Abbá*, «Padre». Esta palabra ha conservado en algunos pasajes del Nuevo Testamento su forma original aramea (Mc 14,36; Rm 8,15; Gá 4,6), lo cual no se explicaría si no procediera del Jesús histórico. Si en los salmos se recoge la aspiración religiosa de la humanidad hacia el Dios invisible, los salmos convergen en el padrenuestro, y el padrenuestro culmina en el *Abbá* de Jesús. Joachim Jeremias demostró, y ha sido universalmente admitido, que *Abbá* es algo más que «Padre»: es una de las primeras palabras que aprende el niño, para dirigirse, en forma casi onomatopéyica (muchas lenguas tienen palabras parecidas a «papá» y «mamá», como un balbuceo infantil), y por tanto tiene una connotación afectiva y de ternura filial. Sería algo así como «papá querido», pero dicho como balbuceo de un niño que pronuncia sus primeras palabras. Jesús reveló a sus discípulos que se dirigía al Dios tres veces Santo, el terrible Yahveh, con este apelativo lleno de confianza filial. Como telón de fondo de las peticiones del padrenuestro (y de toda nuestra salmodia), la exclamación *Abbá* confiere un sentido nuevo a las viejas palabras.

Después del «Padre nuestro» (o simplemente «Padre», según Lc) inicial, siguen siete peticiones (cinco, según Lc). Que Jesús, al dar a sus discípulos una fórmula de oración, les propusiera una serie de peticiones, nos ayudará a entender la necesidad de la oración de petición. También los Salmos contienen, sobre todo, peticiones.

Con razón se ha subrayado, en los modernos movimientos o grupos de oración, que ésta no ha de ser meramente interesada, sino abierta a la acción de gracias y a la alabanza, pero el hombre, cuando se pone en presencia de Dios, no puede prescindir de la súplica. Lo contrario sería desconocer nuestra condición de criaturas indigentes y dependientes; sería en cierto modo hacerse igual a Dios. Ante la divina presencia, la actitud propia del hombre es la adoración y la súplica. Dice una sentencia popular que «pedir no hace pobre», pero en la oración pedir nos hace pobres, y necesitamos serlo. Podríamos repasar todo el Salterio y veríamos que está formado casi todo por súplicas, unas más puras y espirituales, otras más interesadas o humanas. No nos den miedo tantas peticiones. Lo imperfecto no es pedir, que Jesús también pidió y suplicó angustiadamente.

(33)

ELOGIO DE LOS SALMOS

¿Qué cosa hay más agradable que los salmos? Como dice bellamente el mismo salmista: «Alabad al Señor, que los salmos son buenos, nuestro Dios merece una alabanza armoniosa». Y con razón: los salmos, en efecto, son la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, elogio de los fieles, el aplauso de todos, el lenguaje universal, la voz de la Iglesia, la profesión armoniosa de nuestra fe, la expresión de nuestra entrega total, el gozo de nuestra libertad, el clamor de nuestra alegría desbordante. Ellos calman nuestra ira, rechazan nuestras preocupaciones, nos consuelan en nuestras tristezas. De noche son un arma, de día una enseñanza; en el peligro son nuestra defensa, en las festividades nuestra alegría; ellos expresan la tranquilidad de nuestro espíritu, son prenda de paz y de concordia, son como la cítara que aúna en un solo canto las voces más diversas y dispares. Con los salmos celebramos el nacimiento del día, y con los salmos cantamos a su ocaso.

En los salmos rivalizan la belleza y la doctrina: son a la vez un canto que deleita y un texto que instruye. Leo en ellos: «Cántico para el amado», y me inflamo en santos deseos de amor; en ellos voy meditando el don de la revelación, el anuncio profético de la resurrección, los bienes prometidos; en ellos aprendo a evitar el pecado y a sentir arrepentimiento y vergüenza de los delitos cometidos.

¿Qué otra cosa es el Salterio sino el instrumento espiritual con que el hombre inspirado hace resonar en la tierra la dulzura de las melodías celestiales, como quien pulsa la lira del Espíritu Santo?

San Ambrosio, *Comentario al Salmo 1*.

La perfección de la oración no estriba en pedir o no pedir, sino en qué se pide, y por qué orden y con qué espíritu. A este respecto el padrenuestro nos enseña a buscar ante todo el reino de Dios (cuyo advenimiento es el objeto, con formulaciones casi equivalentes, de las tres primeras peticiones), y el encabezamiento, «Padre nuestro», inspira la confianza y amor filiales con que se pide. Las otras cuatro peticiones se nos darán por añadidura.

8.3. *De los salmos al padrenuestro*

Tomando como punto de referencia la versión que del padrenuestro nos da Mt 6,9-10, podríamos dar un vistazo a todo el Salterio y tomar nota de los versículos o las frases asimilables a una u otra de las siete peticiones del padrenuestro, la que más se le parezca, o a la invocación inicial. Haríamos así que el Salterio apuntara hacia el padrenuestro. Es un trabajo algo entretenido, y muy ilustrativo.

Fijémonos, ante todo, en la invocación inicial. Ciertamente, la expresión «Padre», en sentido propio y personal, no se halla en el Antiguo Testamento referida a Dios. Se dice de él que es *como* un padre, en sentido analógico, para indicar que su amor o su compasión son parecidos a los que un padre siente por su hijo; además, este hijo es generalmente todo el pueblo de Israel. En cambio la realidad propia de Jesús, y de la que él hace partícipe a cada cristiano, es la esencia propia de la paternidad: engendrar una nueva persona a la que se transmite la propia vida. San Juan se maravillaba de este misterio cristiano, que no es mera comparación o vana retórica, sino inaudita realidad: «Fijaos qué prueba de amor nos ha dado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y realmente lo somos!» (1 Jn 3,1). A la luz de esta revelación de Jesús podremos iluminar y cargar de sentido filial cristiano algunas expresiones cuyo sentido histórico literal no alcanza este nivel; p. ej.: «Como un padre se apiada de sus hijos, el Señor se apiada de sus fieles» (Sal 103,13).

No será tiempo perdido tomarse el trabajo de anotar materialmente versículos asimilables a las distintas peticiones. Obtendremos entonces una larga lista de frases sálmicas que, para cada petición del padrenuestro, nos dirán lo mismo, pero expresado con otras palabras, siempre dentro del lenguaje bíblico. Tendremos así *el padrenuestro comentado por los salmos*. Nos daremos entonces cuenta –valga la petulancia– de lo bien hecho que está el padrenuestro, con su concisión genial, que destila y sintetiza las mejores esencias de lo que de modo mucho más profuso se pide en los salmos. Por otra parte, la yuxtaposición de locuciones sinónimas nos permitirá entender mejor algunos pasajes del padrenuestro que repetimos con gran frecuencia, pero que tal vez no hemos acabado de entender, tales como las nociones de «nombre», «santificar», «voluntad de Dios», «reino», etc. Rezaremos, en suma, mejor el padrenuestro, más cerca del sentido que le dio Jesús.

8.4. *Del padrenuestro a los salmos*

Inversamente, nuestra salmodia, a la luz del padrenuestro, se cristianizará. Decía un Padre de la Iglesia que el cristiano no puede pedir lo que no quepa en el padrenuestro. Para rezar cristianamente cualquier versículo de salmo hay que interpretarlo de modo que quepa en alguna de las siete peticiones del padrenuestro, y sobre todo que no desentone de la filial invocación inicial. Profundizaremos en aquellos pasajes que más cerca estén del evangelio, y relativizaremos los que parezcan estar más alejados. Nos detendremos en los versículos o súplicas que Jesús pudo decir más ardorosamente, y ante los que en su sentido estrictamente literal choquen con el espíritu de Jesús admiraremos más el progreso de la revelación, que culmina en el evangelio y en la persona de Jesús (sin que esto signifique eludir el problema de los llamados *salmos imprecatorios*, de los que ya hemos hablado más arriba).

La tradición de la Iglesia ha entendido siempre que había que rezar los salmos con el espíritu del padrenuestro, y por eso lo consideró como la culminación de la salmodia cristiana, al menos en las Horas principales. El antiquísimo escrito llamado *Didajé* dice, después de transcribir el padrenuestro: «Así oraréis tres veces al día». Supone, pues, que hay que unirlo a la salmodia de los tres momentos diarios de oración. El concilio de Gerona del 517 dispuso: «Nos pareció a todos bien que todos los días, después de Laudes y de Vísperas, diga el sacerdote la oración del Señor» (J. Vives, *Concilios visigóticos*, Madrid-Barcelona 1963, p. 41).

El *Gloria* con que la salmodia cristiana tradicionalmente concluye cada salmo nos ayuda a infundirles el espíritu del evangelio. La doxología trinitaria, en efecto, nos inmerge en el misterio de las relaciones divinas para que las hagamos nuestras. Muchas frases de los salmos pueden ser vehículo y estímulo de una vivencia actualizada y personalizada de la vida trinitaria en la que por el bautismo hemos sido introducidos: incorporados a Cristo, y con su mismo Espíritu, alabamos y suplicamos al Padre.

Algo parecido cabe decir del *amén*. En el lenguaje vulgar, decir «amén» es sinónimo de pasividad o aborregamiento. Sólo una buena formación bíblica nos abrirá el sentido fuerte de esta palabra, que resuena tanto en la liturgia de la tierra como en la que el vidente del Apocalipsis contempló en la Jerusalén celestial. Todas las promesas y profecías –¡también las de los salmos!– hallan en Jesucristo su «sí», su *amén*, y «por eso es también por medio de él como nosotros decimos a Dios nuestro *amén* cuando le glorificamos» (2 Cor 1,20). En Cristo, el Padre ha dicho *amén* a nuestra salmodia, es decir, a nuestra actividad orante, con la que elevamos hasta su presencia nuestros anhelos, nuestras aspiraciones, nuestras inquietudes y nuestro clamor en las necesidades.

En la liturgia cristiana, padrenuestro y salmos se cierran con la misma palabra: *amén*.

9. Una catequesis sobre los salmos y el padrenuestro

Para la comparación que sugerimos entre el padrenuestro y los salmos, a modo de ejercicio catequético, se podrían hacer fichas con frases de salmo asimilables a la invocación inicial o alguna de las siete peticiones del padrenuestro según Mateo. Si no hay tiempo bastante, o los participantes no están suficientemente familiarizados con la Biblia, se les pueden dar las fichas ya hechas. Aquí sugerimos cinco versículos para cada petición. Las fichas se escribirán, a poder ser, en cartulinas de ocho colores distintos, correspondientes a «Padre» y a las siete peticiones, o al menos se marcarán visiblemente con colores distintos.

Cada participante toma una ficha, al azar, y se agrupan según los colores (o sea, según las peticiones). Entonces el catequista va recitando sucesivamente las peticiones del padrenuestro, y, después de cada una, los del grupo correspondiente leen sus fichas. Así resultará un comentario al padrenuestro con frases de salmos.

Después cada grupo puede enhebrar sus fichas ordenándolas del mejor modo posible, con algún retoque de redacción para que quede en forma de oración seguida.

A continuación se dejan todas las fichas agrupadas en ocho pilas, una para cada petición, y unos cuantos participantes van tomando, al azar, una de cada montón y luego las leen seguidas, por su orden, con lo que, a pesar de lo aleatorio de la selección, resultarán sorprendentes «padrenuestros».

Finalmente, cada grupo, o cada participante, escogerá «su» padrenuestro, seleccionando ocho frases tomadas de las fichas, o del resto del Salterio, y se compararán los «padrenuestros» resultantes.

Además de enriquecer la comprensión del padrenuestro y cristianizar la salmodia, un fruto seguro de este ejercicio será familiarizar a los participantes con el texto de los salmos.

9.1. *Padre nuestro que estás en los cielos*

Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá (27,10).

Él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado» (2,7).

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles (103,13).

Él me invocará: «Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca Salvadora», y yo le nombraré mi primogénito (89,27).

Venid, hijos, escuchadme (34,12).

9.2. *Santificado sea tu Nombre*

Alzaré la copa de la salvación invocando tu nombre (116,13).

¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (8,1.10).

De noche pronuncio tu nombre (119,55).

No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria (115,1).

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre (103,1).

9.3. *Venga a nosotros tu Reino*

Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey (45,2).

El Señor reina eternamente; tu Dios, Sión, de edad en edad (146,10).

¡Rey mío y Dios mío! (5,3).

El Señor reina, vestido de majestad, el Señor, vestido y ceñido de poder (93,1).

Decid a los pueblos: «El Señor es Rey» (96,10).

9.4. *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*

Ábreme los ojos y contemplaré las maravillas de tu voluntad (119,18).

Aquí estoy para hacer tu voluntad (40,8-9).

Tu voluntad es mi delicia (119,16).

¡Cuánto amo tu voluntad! Todo el día la estoy meditando (119,97).

Enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios (143,10).

9.5. *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy*

Él da alimento a todo viviente (136,25).

El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto (85,13).

Comerás del fruto de tu trabajo (128,2).

El Señor es mi pastor, nada me falta (23,1).

Los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada (34,11).

9.6. *Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*

Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado (32,1).



Pinturas murales. Iglesia de san Miguel, Daroca (Zaragoza).

Me pagaban mal por bien... Yo, en cambio, cuando estaba enfermo, me vestía de saco, me mortificaba con ayunos y desde dentro repetía mi oración (35,12-13).

En pago de mi amor me acusan, mientras yo rezo; me devuelven mal por bien, odio por amor (109,4-5).

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en misericordia (103,8).

Yo confío en tu misericordia (13,6).

9.7. *No nos dejes caer en la tentación*

El Señor protege el camino de los justos (1,6).

No permitirá que resbale tu pie (121,3).

Te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra (91,12).

Cuando me parece que voy a tropezar, tu misericordia, Señor, me sostiene (94,18).

El Señor endereza a los que ya se doblan (146,8).

9.8. *Líbranos del mal*

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias (34,7).

Te ensalzaré, mi Dios, porque me has librado (30,2).

Me libró porque me amaba (18,20).

Líbrame, Señor, del malvado (140,2).

Recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío (56,9).

III

Comentario de salmos escogidos

Comentario de salmos escogidos

S*ermones morales universales sunt minus utiles* («los discursos morales generales son poco útiles»), escribió santo Tomás de Aquino al empezar la parte de su Suma Teológica dedicada a las virtudes y los vicios en particular. Análogamente podríamos decir que las consideraciones o informaciones sobre los salmos en general no serían demasiado provechosas si no las completáramos con el estudio de algunos salmos en particular.

El esquema que seguiremos será en casi todos los casos el mismo.

• Un primer punto, que generalmente será el más extenso, se dedica al *sentido histórico*. Hay que ver ante todo el sentido que aquel salmo tenía para sus primeros destinatarios, de acuerdo con la situación histórica y el género literario. No tenemos que quedarnos atados al sentido histórico, pero tampoco podemos prescindir de él. «El método histórico-crítico es el método indispensable para el estudio científico del sentido de los textos antiguos. Ya que la Sagrada Escritura, en tanto que Palabra de Dios en lenguaje de hombre, fue compuesta por autores humanos en todas sus partes y todas sus fuentes, su justa comprensión no sólo admite como legítimo este método, sino que requiere su utilización» (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* I, A).

• El segundo punto trata del *contenido doctrinal,* porque aunque los salmos no son esencialmente obras de teología, sino de oración, nos hablan de Dios, del hombre, y de la relación entre ambos, y a veces el género poético permite planteamientos que en vano se buscarían en los demás libros de la Biblia. Es mucho lo que podemos aprender de los salmos, tanto en el orden dogmático como en el de la moral, para enriquecer nuestra fe y guiar nuestros comportamientos.

• Viene después un tercer apartado en el que se trata de deducir de los anteriores algunas *aplicaciones prácticas y perspectivas*, más que nada para que el estudio de aquel salmo no se quede en piedad evasiva, sino que aterrice en la vida real del creyente. Las posibilidades, en esta dirección, son infinitas, y sobre todo es a nivel personal como han de formularse; sin embargo, las sugerencias que aquí apuntamos pueden hacer ver la fecundidad de la piedad de los salmos si nos los tomamos en serio.

• En cuarto lugar sugerimos algunos *puntos de revisión*. La revisión de vida suele hacerse a la luz del evangelio, pero también los salmos nos pueden servir. Recordemos la sentencia de san Atanasio: «Para el que salmodia, los salmos son como un espejo en el que puede contemplarse a sí mismo y ver los impulsos de su alma» (véase el texto más extenso en la p. 45).

• Termina el estudio de cada salmo con una *oración* o colecta, que trata de resumir la interpretación que del salmo se ha propuesto en los epígrafes anteriores. Hablaremos de las colectas, como poderosa ayuda para la comprensión de los salmos, en la cuarta parte, tratando de la Liturgia de las Horas.

En algunos salmos seguimos un esquema algo distinto. A veces, aunque se empiece siempre con la explicación del sentido histórico, el comentario se

orienta hacia una aplicción determinada: por ejemplo, el Salmo 122 en el sentido que se le da en las fiestas de la Virgen.

En la oración última, y al fin y al cabo en todo el comentario de cualquier salmo, lo que en estas páginas se dice no ha de tomarse como si se tratara de un problema aritmético, que sólo admite una solución válida. Un salmo puede dar pie a muchas y muy variadas interpretaciones. Sobre el sentido histórico el margen de posibilidades se estrecha mucho, y en el contenido doctrinal bastante, pero los otros puntos, sobre todo el de la oración, pueden proyectarse en infinitas direcciones. Las que aquí se sugieren no han de tomarse como dogma, sino como estímulo para que el aprendiz de salmista se lance él también a hacer sus pinitos personales. Por eso, a veces, se sugieren aplicaciones o interpretaciones con una buena dosis de subjetivismo: que el lector aporte también su subjetividad, hasta personalizar plenamente los salmos; siempre, repitámoslo, procurando partir del sentido histórico y objetivo.

Salmo 2
El Mesías, Hijo de Dios

1 ¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos meditan un fracaso,

2 se levantan los reyes del mundo
y los príncipes conspiran juntos
contra el Señor y contra su Ungido?

3 «¡Rompamos sus coyundas,
sacudámonos su yugo!»

4 Sentado en el cielo sonríe,
el Señor se burla de ellos;

5 después les habla con ira
y con su cólera los espanta:

6 «Yo mismo he ungido a mi rey
en Sión, mi monte santo».

7 – Voy a recitar el decreto del Señor:
Me ha dicho: «Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy».

8 Pídemelo y te daré las naciones en herencia,
en propiedad los confines del mundo.

9 Los triturarás con cetro de hierro,
los desmenuzarás como cacharros de loza.

10 Pues ahora, reyes, sed sensatos,
escarmentad los que regís el mundo;

11 servid al Señor con temor,
temblando rendidle homenaje[1],

12 no sea que perdáis el camino,
si llega a inflamarse su ira.

Dichosos los que se refugian en él.

[1] besadle los pies.

1. *Sentido histórico*

Salmo mesiánico, es decir, referente al Mesías, el rey de Jerusalén ungido del Señor. El salmo se sitúa en el curso del rito de entronización. La referencia a los reyes vasallos hace pensar en los primeros tiempos de la monarquía, cuando aún subsistía aquel pequeño imperio que David había forjado sometiendo a los reyes vecinos. Más tarde (s. VII) los asirios arrebataron a Judá aquellos pequeños reinos, o, como Edom, se independizaron.

El interregno entre la muerte de un rey y la toma de posesión de su sucesor podía originar un cierto vacío de poder, que los reyezuelos que soportaban de mala gana la dominación judía podían tratar de aprovechar: se amotinan y se alían contra el Ungido del Señor, diciéndose: «Sacudamos sus coyundas, rompamos su yugo» (v. 2). Pero el Señor sale en defensa de su Ungido (v. 3) y «les habla con ira» (v. 5) para decirles que es él mismo quien ha establecido al nuevo rey en Sión (v. 6).

En el comentario al Salmo 110 veremos más en detalle cómo se desarrollaba el rito. Digamos brevemente, a efectos de la interpretación de este salmo, que en la sala del trono del palacio, el rey, que acaba de ser ungido en el Templo, pronuncia el «discurso de la corona», en el que traza su programa de gobierno. A continuación un profeta de la corte proclamaba y comentaba el «protocolo real» que acaba de entregar al rey, con unos nombres sagrados que querían ser feliz augurio para su reinado. Era como una actualización del oráculo de Natán a David (2 Sm 7), prometiéndole de parte de Dios la filiación divina, entendida como adopción, o más probablemente como un reconocimiento de paternidad (v. 7). El *hoy* del salmo es el día de la entronización. El rey tiene un especial poder de intercesión ante el Señor que lo ha ungido: «Pídeme...». El protocolo que se le ha entregado contiene un oráculo que le promete la victoria contra los enemigos, con expresiones hiperbólicas propias del lenguaje de corte (v. 8). El vaso de loza hecho pedazos (v. 9) puede ser alusión a la práctica egipcia según la cual el Faraón, antes de salir en campaña, estrellaba contra el suelo, ante la estatua de su dios, a modo de conjuro, vasos de cerámica en los que habían inscrito los nombres de los reyes o los pueblos contra los que iba a combatir. La última estrofa (vv. 10-12) tiene sabor sapiencial. Es una exhortación (¿del rey?, ¿del salmista?, ¿de un profeta?) a los reyezuelos que planeaban sublevarse: ¡que presten acatamiento al nuevo rey antes de que sea tarde y acaben en el desastre! La bienaventuranza final, tomada del Salmo 34,9, hace inclusión con la de Salmo 1,1. Tal vez cuando se compuso definitivamente el Salterio ambos salmos formaban uno solo, ya que Hech 13,33 cita el Salmo 2 como «salmo primero».

2. *Contenido doctrinal*

El oráculo del v. 7, «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy», lo mismo que el Salmo 110,3: «Eres príncipe desde el día de tu nacimiento (...), yo mismo te engendré» (texto dudoso), suelen interpretarse como un rito de adopción. Se cita el ritual de coronación de los Faraones, según el cual en el acto de la coronación el nuevo soberano era adoptado como hijo por la divinidad. Pero, al menos en el caso del rey de Jerusalén, probablemente no se trata de un acto de adopción sino de reconocimiento de paternidad. La adopción es una ficción jurídica, en virtud de la cual alguien que en realidad no es hijo pasará a ser considerado como tal, con los consiguientes derechos y obligaciones. En cambio la declaración de paternidad no es una ficción, sino el reconocimiento de una realidad.

La maternidad es un acontecimiento físico tan perceptible que difícilmente habrá dudas sobre quién es la madre de la criatura; no son frecuentes casos como el de las dos prostitutas que pleiteaban ante Salomón por un hijo. En cambio, la paternidad es algo tan íntimo y misterioso que hace necesario un acto solemne del padre que la reconozca. En todas las culturas y en todos los tiempos existe un rito de este tipo. Actualmente, esto se realiza acudiendo al Registro civil para inscribir al recién nacido y darle el apellido. En las culturas antiguas, los actos jurídicos constitutivos de estados, situaciones y relaciones con efectos legales solían ser más gestuales que documentales. Entre tratantes de ganado, el apretón de manos sella la venta como si fuera una escritura notarial, y en la venta de casas o pisos se habla aún de la entrega de las llaves como

acto constitutivo de la transmisión de la propiedad o la posesión. En cuanto a la declaración de paternidad, muchos pueblos antiguos, de varios continentes, tienen un rito típico: después de que la madre haya dado a luz, el padre se acuesta y simula el parto, para lo cual le entregan el recién nacido y él se lo coloca entre las piernas, lo saca y hace que lo devuelvan a su madre. Este rito se ha mantenido en algunas comarcas españolas hasta tiempos relativamente recientes, aunque se hiciera de modo más bien jocoso, como dar el marido grandes voces, o servirle en la cama un caldo muy cargado.

Esto no quita que, en los casos de adopción, se practicaba un ritual que imitaba el de la declaración de paternidad. En Gn 30,3 hay una adopción femenina con simulación de parto. Raquel, viendo que no tiene hijos, se vale de una práctica atestiguada por el código de Hammurabi, que consistía en dar una criada suya al marido, y el hijo que tengan se contará como de la señora; así, Raquel dice a Jacob: «Ahí tienes a mi criada Bilhá; únete a ella y que dé a luz sobre mis rodillas». Cuando el anciano Jacob quiere adoptar como hijos a Efraín y Manasés, los dos nietos hijos de José, éste «los sacó de entre las rodillas de su padre» (Gn 48,12), es decir, hará el gesto de simulación de parto y el niño se considerará hijo suyo. Del mismo modo, «los hijos de Makir, hijo de Manasés, nacieron sobre las rodillas de José» (Gn 50,23). En estos tres casos se trata de adopciones. En cambio, hay que interpretar seguramente como alusiones al reconocimiento de paternidad el v. 7 de este salmo, y otros dos casos del mismo Salterio: el del Salmo 22,10-11 («Tú eres quien me sacó del vientre...»), que ya comentaremos, y también el Salmo 71,6, cuya versión española oficial dice: «En el vientre materno ya me apoyaba en ti; en el seno, tú me sostenías», pero que más literalmente podríamos traducir: «En ti me apoyé al salir del útero, desde el vientre de mi madre tú me sostuviste». A estos tres pasajes sálmicos habría que añadir el Salmo 110,3, texto muy dudoso, que traducimos por «Yo mismo te engendré antes de la aurora», y que ya comentaremos en su lugar. Era un gran atrevimiento, para estos salmistas, decirle a Yahvé que había practicado con ellos el rito del reconocimiento de paternidad, sin pretensión de realismo, claro está, pero como expresión de confianza filial. Pero en la transposición cristiana, como tantos otros pasajes de los salmos, la metáfora se cumplirá con toda verdad.

Este salmo es expresión de la esperanza mesiánica de Israel, y a la vez la alimenta. De ser plegaria por un rey histórico pasó a ser oráculo que anunciaba y hacía implorar la venida del Mesías que dominaría todas las naciones. El lenguaje hiperbólico de la corte resultará más cierto de lo que los primeros destinatarios del salmo se figuraban.

La oración de este salmo por fuerza había de tomar nuevos sentidos en el curso de los siglos. En la época real era una oración por el nuevo rey, un rey histórico; era una renovación de la alianza y de la fe en las promesas hechas a David y a su descendencia, a la vez que acto de fidelidad y sumisión al nuevo rey, que equivalía a fidelidad y sumisión a Dios. A partir del exilio, ante el fracaso de la monarquía histórica, se continúa creyendo en «las promesas fieles hechas a David» (Is 55,3), si bien se cumplirán de modo muy distinto: es Dios mismo quien reinará, pero lo hará no sólo sobre Israel sino sobre toda la tierra, y el beneficiario ya no será únicamente el rey, sino todo el pueblo; es lo que Von Rad ha llamado «democratización» de las promesas a David. Finalmente, el nombre de Mesías acaba designando no un rey histórico, sino el monarca definitivo que ha de venir al fin de los tiempos para instaurar aquel reino de Yahveh. Jesús, con el gran pregón de las bienaventuranzas, proclama que con su persona, sus obras y su mensaje ha llegado ya el Reino. La predicación apostólica anuncia a Jesús como el Mesías que Israel esperaba y aplica el Salmo 2 al bautismo en el Jordán (Mc 1,11 y sobre todo Lc 3,22). Los apóstoles perseguidos lo aplican a la pasión y a la resurrección de Cristo (Hech 4,25-28). El discurso de san Pablo en Antioquía de Pisidia lo entiende de Cristo glorificado (Hech 13,33; cf. Heb 1,5; 5,5), mientras Hech 2,26-27; 12,5; 19,15 lo refiere al triunfo escatológico de Jesús.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La liturgia emplea este salmo en la celebración de la Navidad. El «hoy te he engendrado» designa

en primer término el nacimiento histórico de Jesús en Belén, pero este acontecimiento sugiere la generación eterna del Verbo y, en último término, también nuestra «re-generación», por la filiación adoptiva, gracias a la fe y el bautismo. También se reza en la fiesta de Cristo Rey, con la que Pío XI quiso significa la edificación de un orden temporal de inspiración cristiana, contra el que en vano se resisten ciertas ideologías o poderes de este mundo. Esta visión será perfeccionada por la constitución *Gaudium et spes*, del Vaticano II, sobre la presencia de la Iglesia en el mundo.

4. *Puntos de revisión*

• *Personalmente:* ¿estoy sometido de todo corazón al Mesías, o intento de algún modo emanciparme de él?

• *Eclesialmente:* ¿qué hago, qué podría hacer para ayudar a establecer el reinado de Cristo en la tierra? ¿En qué pienso cuando rezo las tres primeras peticiones del padrenuestro?

• *Humanamente:* ¿a través de qué valores y qué combates el reinado de Cristo se va abriendo paso entre todos los hombres, aun los no cristianos? (el Reino de Dios no se identifica con ciertos objetivos temporales, pero algunos de éstos tienen una relación con aquél).

5. *Oración*

Oh Dios, que en Jesucristo glorificado, a quien diste todo poder, has establecido tu Reino, y que en Él nos has llamado a ser «hijos en el Hijo»: haznos comprender, acoger y agradecer el don de la filiación divina que de ti hemos recibido por el bautismo, y concédenos que, sometiéndonos de todo corazón a Él, en medio de las vicisitudes del «hoy» de cada día, la conciencia de nuestra incorporación a Cristo y a su Cuerpo Místico nos haga desear ardientemente, pedir incesantemente y preparar diligentemente la plena manifestación en la tierra de su Reinado de amor y de paz entre todos los pueblos, a fin de que con todos los hombres gocemos en el cielo de la felicidad de los que en Él se refugian.

Salmo 15
La condición para habitar en la tienda del Señor

1 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda,
quién habitará en tu monte santo?

2 – El de conducta intachable
y que practica la justicia;

3 el que dice la verdad sinceramente
y no calumnia con su lengua;
el que no hace mal al prójimo
y no difama a su vecino;

4 el que desprecia al que Dios reprueba
y honra a los fieles del Señor;
el que no retracta lo que juró aun en daño propio,

5 el que no presta dinero a usura
y no acepta soborno contra el inocente.

6 El que obra así nunca fallará.

1. *Sentido histórico*

Este salmo seguramente se cantaba durante las peregrinaciones a Jerusalén. Se presenta en forma de diálogo entre el grupo de peregrinos y un sacerdote del Templo que sale a su encuentro. Los peregrinos preguntan sobre las condiciones exigidas para poder habitar en la tienda de Yahveh, que es el Templo pero designado de forma que evoca la tienda en que el Señor se hacía presente en medio de su pueblo acampado en el desierto, en los cuarenta años de su peregrinar hacia la tierra prometida. Los peregrinos están fuera y piden qué han de hacer para poder entrar. O quizás no se trata simplemente de entrar y, tras satisfacer su devoción, regresar a su pueblo; tal vez envidian a los sacerdotes y levitas que pasan toda su vida en la casa del Señor. Pero a la pregunta ritual o litúrgica el sacerdote responde con un decálogo moral que sólo enumera deberes para con el prójimo.

El final del v. 6, «el que obra así nunca fallará», se puede entender como una conclusión del sacerdote, o bien como una aclamación de los peregrinos, que se adhieren a la respuesta que el sacerdotes acaba de darles. El comienzo y el final del salmo (vv. 1 y 6) forman inclusión dejando en medio (vv. 2-5) el decálogo de las relaciones con el prójimo. La pregunta era sobre la dimensión vertical de la religión (relación con Dios); la respuesta es sobre la dimensión horizontal (relación con los hermanos).

Otros dos pasajes bíblicos presentan el mismo esquema. En Is 33,14-16 la pregunta es: «¿Quién de nosotros podrá vivir en medio de este fuego devorador? ¿Quién de nosotros podrá permanecer entre las llamas eternas?» La respuesta recibida es: «El que obra como se debe y dice la verdad, el que rechaza enriquecerse con violencias, el que no se deja comprar con obsequios, que no hace caso de propuestas criminales y cierra los ojos para no ver la maldad». Y concluye: «Este hombre residirá en las alturas, vivirá seguro en fortalezas en lo alto de las rocas. Tendrá el pan de balde y no le faltará el agua». En Mi 6,6-8 la pregunta por la dirección ver-



Detalle. Salterio s. XII.

tical es más extensa: «Con qué ofrenda, se dicen, me presentaré ante el Señor? ¿Cómo adoraré al Dios excelso? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, le sacrificaré terneros de un año? ¿Se complace el Señor en mil cabezas de ganado o en diez mil torrentes de aceite? ¿Tendré que ofrecerle mi primogénito para expiar mi infidelidad? ¿Deberé ofrecerle por mi pecado el fruto de mis entrañas?» En cambio la respuesta es concisa pero contundente: «El Señor responde: Ya te han enseñado, oh hombre, lo que es bueno, lo que espera de ti el Señor: practica la justicia, ama la bondad, pórtate humildemente con tu Dios».

2. *Contenido doctrinal*

Los comentaristas suelen entretenerse en hacer exégesis particular de cada una de las exigencias de los vv. 2-5, pero probablemente, en este contexto, no son más que una explicitación del primer mandamiento de este decálogo: portarse honradamente y practicar la justicia (v. 2). No es aún la sublimidad del precepto evangélico de amarnos tal como Jesucristo nos ha amado, pero lo prepara y a la vez lo precisa. El amor no es auténtico si no empieza por respetar las exigencias más concretas y acuciantes de la justicia.

No se trata de un código completo de la moral de las relaciones humanas. Las indicaciones que se hacen son muestras o ejemplos. Las exigencias de la honradez y de la justicia podrán ser las de este decálogo, o bien preceptos aún más graves aquí no explicitados, como el «no matarás», pero lo que importa es no quedarse en un amor nebuloso, sino efectivo.

Lo más importante doctrinalmente de este salmo es que la exigencia moral se presenta encuadrada en un comienzo y un final (procedimiento retórico de la inclusión) referentes a la relación con Dios: para habitar en la casa del Señor, para no fallar o caer ante su presencia (relación vertical), hay que relacionarse correctamente con el prójimo (relación horizontal). Ésta es una característica de la relación judía: los diez mandamientos, que son el núcleo moral principal de la alianza del Sinaí, unen los deberes para con Dios a los referentes al prójimo, y la «primera tabla» (los tres primeros mandamientos) es inseparable de la segunda (los siete últimos). También Jesús, en la línea profética de la inutilidad del culto ritual que olvida la justicia, manda dejar ante el altar la ofrenda que uno iba a presentar e ir primero a reconciliarse con el hermano (Mt 5,23-24).

Así, la religión judeocristiana se distingue del paganismo (el antiguo y el neopaganismo moderno), que disocia el culto (magia o ritos sin exigencias morales), y también de la mera ética (unas normas de comportamiento sin motivación religiosa, o con un Dios que no es más que el gendarme que vela por el cumplimiento de la moral). Tiene unas exigencias morales, pero su moral no es un fin absoluto, sino un camino para la unión con Dios.

Un tema bíblico importante que aparece en este salmo es el de *ohel*, la tienda. Incluso después de haberse instalado en la tierra de Canaán, los israelitas conservan alma de nómada y, como cuando vivían en el desierto, dan el nombre de tienda a su casa. «¡Israel, a tus tiendas!» es el grito de desbandada del ejército vencido. Les recuerda sobre todo el tiempo en que nacieron como pueblo, cuando el Señor les sacó de Egipto y les acompañó por el desierto, habitando en medio de ellos mediante la presencia casi sacramental del arca de la alianza que se guardaba en la «tienda del encuentro», donde se comunicaba con Moisés. Había un clan, el de los recabitas o descendientes de Recab, que como signo de su fidelidad a la alianza conservaban el estilo de vida de nómadas y no comían ni bebían frutos de la tierra (Jr 35; cf. 2 R 10,15). La fiesta de los Tabernáculos (tiendas o cabañas), cincuenta días después de Pascua, les recordaba cada año los cuarenta años de peregrinación por el desierto, camino de la tierra prometida.

La descripción de la tienda del desierto se hace, en la tradición sacerdotal, en la época del exilio, con elementos tomados del recuerdo del templo de Jerusalén. Pero, a su vez, el templo de Salomón, que reemplazó la tienda en que provisionalmente había instalado David el arca de la alianza, es concebido un poco como la tienda del desierto.

En la nueva alianza, la tienda y el templo son reemplazados por la humanidad glorificada de

Cristo, que es, para decirlo con el título de un libro clásico de Schillebeeckx, «el sacramento del encuentro con Dios». El cuarto evangelio es el que más insiste en el cumplimiento del «misterio del Templo» (título de otro estudio clásico, éste de Y.-M. Congar) en Cristo resucitado. Aludiendo a la visión de Jacob en Betel, de la escalera por la que suben y bajan ángeles, es decir, del santuario donde cielo y tierra entran en contacto, decía Jesús a Felipe: «Veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Jn 1,51). En el capítulo siguiente, tras la purificación del Templo, dice Jesús: «Destruid este santuario y en tres días lo levantaré» (*egueró*: uno de los verbos que el Nuevo Testamento utiliza para designar la acción de resucitar). Los judíos no lo entienden, y el evangelista comenta: «Pero él hablaba del santuario de su cuerpo» (Jn 2,19-21). En el famoso pasaje del prólogo: «Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14), el «habitó» es *eskénosen*, que literalmente significa «plantó su tienda».

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

Las expresiones «habitar» o «vivir» (recordemos la noción del reposo o descanso al término de la travesía del desierto, según Heb 3,7-4,11, que glosa Salmo 95; véase más adelante el comentario a este salmo) sugieren una relación habitual o unión permanente con Dios. Yahveh quiso habitar en medio de su pueblo, ponerse a su alcance para que cada fiel y el pueblo entero pudieran comunicarse con él, es decir, hablarle y escucharle. No nos quedemos meramente con la condición, la justa relación con el prójimo, sino busquemos con todo ardor aquella realidad inefable que se abre a quienes cumplen la condición: la unión con Dios. Hay que entrar en el tabernáculo y acogerse a la intimidad divina.

La doctrina del Antiguo Testamento sobre la inseparabilidad de los deberes «verticales» y los «horizontales» queda potenciada más aún si cabe en el Nuevo. Jesucristo la enseñó de muchas maneras, pero con gran radicalidad. Discutían los escribas y maestros de la Ley cuál era el mandamiento más importante de la misma. Para unos era el respeto del descanso del sábado, para otros la pureza de los alimentos, etc., etc. Cuando le plantearon a Jesús la cuestión respondió, con las palabras del Deuteronomio 6,5 que los judíos piadosos rezaban a diario en la plegaria del *Shemá*, que es «amar a Dios con todo el corazón, con todo el alma y con todas las fuerzas». Le habían preguntado por «el» mandamiento principal, pero él añadió un segundo que dijo que era semejante al primero, es decir, del mismo rango, tomado de Lv 19,18: el de amar al prójimo como a sí mismo (Mt 22,34-40 y par). Y en el sermón de la Cena pone aún el listón más alto, al promulgar el «mandamiento nuevo» de amarnos unos a otros «tal como él nos ha amado» (Jn 15,12.17), lo que es mucho más que la medida, ya bastante exigente, del amor de sí mismo. Recordemos la norma de reconciliarse con el hermano antes de presentar la ofrenda (Mt 5,23), lo cual es un modo muy plástico y conciso de formular la condición que el Salmo 15 presenta como un decálogo. En la oración del padrenuestro condiciona el perdón de nuestros pecados por parte de Dios al perdón que nosotros concedamos a quienes nos han ofendido (Mt 6,14-15), de modo que, como decía un antiguo Padre de la Iglesia, si no perdonamos de todo corazón a nuestros hermanos, cada vez que rezamos el padrenuestro le estamos pidiendo a Dios que no nos perdone. Y en la extensa parábola del funcionario que debía una fortuna inmensa y el rey se la perdonó, y en cambio él no perdonaba a un compañero que le debía una cantidad mucho más modesta (Mt 18,23-35), se nos inculca otra vez la gran condición.

A veces uno quisiera hacer compatibles la vida de oración, la lectura espiritual y en general las cosas de Dios con los deberes de la caridad y las obligaciones del propio estado. Ya sabemos que hay que hacer las dos cosas, pero en la práctica no alcanzamos a hacerlo todo, y nos encontramos divididos. ¿Cómo hacer la unidad en nuestras vidas? Un estudio del cardenal Pellegrino, gran conocedor de las obras de san Agustín, recopilaba los testimonios del santo, sobre todo tomados de sus cartas, sobre su dolor o desgarro interior porque su ministerio episcopal le absorbía todo el tiempo y no podía darse a lo que más anhelaba, que era la contemplación. El cardenal Pellegrino recogió también

los pasajes de la obra agustiniana en que explica los distintos caminos por medio de los cuales trataba de superar aquel desgarro del alma. El fundamental era la identificación con Jesucristo, en quien el amor al Padre y el amor a los hermanos eran una sola cosa, que no admitía división.

4. *Puntos de revisión*

• ¿He entrado en la intimidad de Dios, en el reposo de su casa? ¿He renunciado tal vez a lograrla y me he instalado en la mediocridad o en el simple cumplimiento de los deberes más graves?

• Es un principio moral que el que quiere el fin ha de querer también los medios. ¿Me esfuerzo por cumplir la condición y así poder alcanzar aquella intimidad? ¿Disocio la vida de piedad de las relaciones fraternas?

• ¿Pretendo llevar una vida de piedad a la vez que me olvido de mis deberes con el prójimo (la personas «próximas»)?

• ¿Qué decálogo tendría que hacerme yo mismo, de las diez cosas que más debería reformar en mi vida, si quiero ser digno de habitar en la tienda del Señor?

5. *Oración*

Señor nuestro Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que con tu vida y tus palabras nos has enseñado que la relación con el Padre es inseparable de la auténtica relación con los hermanos: envíanos tu Espíritu, que realice la unidad en nuestras vidas y nos mueva a amar, como tú, con un solo y mismo amor al Padre y a los hermanos. Así podrás habitar tú en nosotros, y nosotros descansar en ti.

Salmo 19
La Palabra de Dios en la creación, la revelación y la Encarnación

2 Los cielos proclaman la gloria de Dios,
pregona el firmamento la actividad de sus manos.

3 Un día le pasa el mensaje a otro día,
una noche le informa a otra noche.

4 Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que se oiga su voz,

5 a toda la tierra alcanza su discurso,
a los confines del orbe su lenguaje.

Allí le ha plantado una tienda al sol:

6 él como un esposo sale de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.

7 Asoma por un extremo del cielo
y su órbita llega al otro extremo.
Nada se esconde de su calor.

8 La ley del Señor es perfecta:
devuelve el respiro;
el precepto del Señor es fiable:
instruye al ignorante;

9 los mandatos del Señor son rectos:
alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida:
da luz a los ojos;

10 el respeto del Señor es puro:
dura para siempre;
los mandamientos del Señor son genuinos:
justos sin excepción;

11 son más valiosos que el oro,
que el metal más fino;
son más dulces que la miel
que destila un panal.

12 Aunque tu siervo se alumbra con ellos
y guardarlos trae gran recompensa,

13 las inadvertencias ¿quién las percibe?
Absuélveme de culpas ocultas;

14 de la arrogancia preserva a tu siervo,
para que no me domine.
Entonces quedaré íntegro
e inocente de grave pecado.

15 Que te agraden las palabras de mi boca,
acepta mi meditación,
¡Señor, Roca mía, Redentor mío!

1. *Sentido histórico*

Consta este salmo de dos partes, que originariamente debieron ser dos salmos distintos, o al menos la segunda parte fue añadida ulteriormente a la primera. Se diferencian *por el tema:* el del primero es el cielo, el del segundo es la Ley; *por el género literario:* el primero es un himno de alabanza, el segundo una reflexión sapiencial; *por el lenguaje:* el del primero es simbólico y grandioso, el del segundo es detallista y minucioso; y *por el ritmo poético:* el segundo consta de hemistiquios de 4 y 3 acentos, mientras el segundo adopta el ritmo de la *qiná*, de 3+2 acentos, lo que hace que incluso en las traducciones pueda generalmente apreciarse que en el segundo salmo hay como versos cojos o sincopados, con el segundo hemistiquio sensiblemente más corto que el primero. Esto no quiere decir que la yuxtaposición de los dos salmos carezca de sentido. Aunque originariamente fueran independientes, el que los unió quería, por el mero hecho de juntarlos, decirnos algo nuevo. Tendremos que interpretarlos primero por separado y después como unidad.

Primera parte (vv. 2-7). Canta la gloria de Dios en lo alto del cielo. Los pueblos vecinos adoraban el sol, la luna y las estrellas. Israel no adora los astros, sino a Aquel que con su Palabra los creó: dijo y fueron (Gn 1). Los cielos, el firmamento (imaginado como una inmensa campana semiesférica, en la que se incrustan los astros), no son Dios, sino obra suya, y nos hablan de su creador. Uno es el lenguaje de la noche, y otro el del día, pero ambos alternan para proclamar cada uno su propio mensaje: «el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra».

vv. 2-5a. El mensaje de la noche. Si el salmista contemplaba las estrellas, es que era de noche. La bóveda del cielo y las estrellas que en ella vemos de

noche proclaman la gloria de su hacedor, una noche tras otra. Es un lenguaje sin palabras pero elocuente, que se hace oír de todos: «la música callada, la soledad sonora» (san Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*). Nuestra sociedad está harta de tanta palabra oral o escrita, y en cambio le producen fuerte impacto ciertos gestos silenciosos. Nuestro salmista se siente sobrecogido por el contraste entre la grandeza de Dios y la insignificancia del hombre, como el del Salmo 8, «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos (me digo), ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?»

vv. 5b-7. El mensaje del día. El sol domina el día, y al atardecer desaparece por el lado de poniente. De noche parece que se haya extinguido. Pero no: sólo duerme, como un esposo en el recogimiento discreto pero fecundo de la alcoba nupcial, de donde cada mañana se levanta para emprender la carrera diaria, desde levante hasta poniente, desde el desierto oriental (en la perspectiva de un palestinense), hasta hundirse en el Mediterráneo. El trayecto que ha de recorrer cada día es inmenso, casi infinito. El salmista compara al sol con «un héroe» (un guerrero, un atleta), porque en el ideal antiguo del guerrero no contaba sólo la fuerza, sino también la agilidad o velocidad, que en el combate podían ser decisivas, ya fuera para el ataque, ya fuera para la huida. En la batalla de Gabaón (2 Sm 2) puede verse cómo de la velocidad en la carrera dependen la muerte y la vida, y Homero, en la Ilíada, aplica al más terrible de los guerreros griegos, Aquiles, el sobrenombre de «el de los pies ligeros». A su paso, el sol inunda la tierra de luz y calor: «nada se libra de su calor».

Segunda parte (vv. 8-15). El tema es aquí *la Ley.* Tiene, como la primera parte, dos secciones claramente diferenciadas: elogio de la Ley, y compunción del salmista porque se reconoce incapaz de cumplirla.

vv. 8-11. Una serie de elogios a la Ley, que recuerdan los del Salmo 119, pero los del 19 son más entusiastas que los del 119, en el que el amor a la Ley va acompañado de una cierta tristeza o pesimismo por la situación en que se encuentra el salmista, rodeado de un ambiente hostil. En el 19 cada uno de los elogios consta de un primer hemistiquio largo (tres acentos) en forma de oración predicativa («la Ley del Señor es perfecta»), al que sigue un segundo hemistiquio corto (dos acentos) que, en el original hebreo, consta sólo de dos palabras: un participio y su objeto («y es descanso del alma»; literalmente: *meshibat néfesh*, «descansadora del alma». Como el 119, juega con los seudónimos de *Torá*: además de Ley, precepto, mandatos, norma, voluntad, mandamientos. Son seis denominaciones, en las que siempre aparece Yahvé en genitivo: «Ley de Yahvé», «precepto de Yahvé», etc. En realidad, la Ley no se absolutiza ni independiza de Dios: los elogios, más que dirigirse a la Ley de Dios, van al Dios de la Ley (lo contrario será el legalismo que Jesús reprochaba a los escribas y maestros de la Ley). El sagrado nombre divino de cuatro letras aparece, pues, seis veces, con lo que le falta una para alcanzar el número sagrado de siete. Esperemos hasta que salga.

vv. 12-15. Después de expresar su admiración y su amor a la Ley, *el salmista* se vuelve a sí mismo y, por contraste, *se reconoce pecador,* impotente para cumplirla, porque por mucho que vigile y se esfuerce por guardarla con cuidado, «¿quién conoce sus faltas?» Por ahí andan unos escribas y maestros de la Ley que presumen de cumplirla, y aun de hacer un poco más de lo que está mandado y un poco menos de lo que está permitido para tener la seguridad de no haberla transgredido con algún pequeño desliz. Estos rabinos, como dirá Jesús, «atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas» (Mt 23,4). En cambio nuestro salmista no presumirá de haber cumplido al dedillo las prescripciones legales, entre otras cosas porque ni siquiera se las sabe, al menos con las complicaciones con que aquellos intérpretes las han sobrecargado. Por eso, con la humildad del publicano del evangelio (Lc 18,9-14), pide perdón por las infracciones que inadvertidamente pueda haber cometido: «absuélveme de lo que se me oculta».

Por encima de todo, lo que con mayor insistencia pide es que Dios no permita que se engría con la vanidad de querer pasar por santo: «preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domi-

ne, así quedaré libre e inocente del gran pecado». Y así como el publicano de la parábola bajó del templo justificado, nuestro salmista acaba expresando su confianza de que las humildes palabras que han salido de su boca y el meditar de su corazón compungido subirán hasta la presencia de *Yahveh*. ¡Y ya tenemos el séptimo nombre sagrado que faltaba, símbolo de perfección! Ahora ya puede aclamar a Dios, agradecido y gozoso, como «su» roca y «su» *goel*, es decir, el que lo ha redimido o rescatado de todos sus pecados, y del mayor de todos ellos: el orgullo de creer que no tiene pecados.

Sentido unitario. Un judío piadoso meditaba, con la ayuda del primer salmo, el del cielo con las estrellas y el sol, la belleza de la creación, que canta la gloria de su hacedor. Meditaba también el segundo salmo, el de la belleza de la Ley y la imperfección de los que no logran cumplirla. De pronto se le ocurrió (mejor dicho: Dios le inspiró) el paralelismo entre la armonía de la creación y la de una vida que discurriera plenamente según el plan de Dios revelado en la Ley. Entonces juntó los dos salmos en uno solo, que de este modo presenta como en un díptico, frente a frente, la obra de la creación y la de la revelación. Algunos salmos (p. ej., el Salmo 147) ofrecen el paralelismo entre la creación y las intervenciones históricas de Yahveh en favor de su pueblo, y al final con la revelación de la Palabra. Otros (p. ej., el 135) alternan la contemplación de Dios gobernando el universo y su dirección de la historia. Pero en ninguno el díptico del retablo es tan marcado en la diferencia y tan concordante en la armonía como en este salmo.

2. *Contenido doctrinal*

Ha habido una triple y creciente venida de la Palabra al mundo: la creación, la revelación y la Encarnación. El primer salmo habla de la primera venida; el segundo, de la segunda; la relectura cristiana lo traspone todo a la tercera.

El primer salmo habla del mensaje del cielo estrellado por la noche y del curso del sol de día. Dice que es un mensaje que alcanza a toda la tierra, pero no explicita cuál es el contenido de ese mensaje. Es, ante todo, la existencia de Dios, su trascendencia, su grandeza, su gloria, o sea el resplandor visible de su santidad invisible: «Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció» (Rm 1,20-21). El «desde la creación» se puede entender históricamente («desde el momento de la creación») o metafísicamente «reflexionando a partir del hecho de la creación»). Es un mensaje de contenido doctrinal poco explicitado, pero que se proclama con la máxima fuerza expresiva.

No bastaba con esta primera venida de la Palabra, porque, como explica santo Tomás al principio de la Suma Teológica y definió el concilio Vaticano I, aunque teóricamente la inteligencia humana «puede» llegar hasta el conocimiento de la existencia de Dios y de sus principales atributos, en la práctica los que lo consiguen son pocos, tarde y mal: pocos, porque muchos aplican la inteligencia que Dios les dio, no a buscarle y conocerle, sino a otras cosas; tarde, porque es un proceso mental largo y lento, y los pocos que lo emprenden no siempre llegan a su término; mal, porque en este camino mental se incurre fácilmente en desviaciones, y de ahí los errores profesados por muchos pensadores y muchas religiones, que tienen una parte de la verdad, pero deformada y contaminada de errores. A esta segunda venida de la Palabra, la Revelación, está dedicado el segundo salmo en su primera parte.

Pero la Ley revelada no lleva en sí misma la fuerza para cumplirla. Nos da a conocer el pecado, pero nos deja impotentes para evitarlo. La segunda parte del segundo salmo acaba con aquella oración de compunción, que no confía en la propia santidad sino en la misericordia de Dios. Todos los seres inanimados dan inconscientemente gloria a Dios cumpliendo necesariamente su voluntad, siendo lo que son y gozando de las cualidades que el Creador les dio: los astros siguiendo fielmente las trayectorias

que les traza la gravedad universal, las plantas desarrollando el germen de vida que Dios ha puesto en ellas y los animales obedeciendo a sus instintos naturales. El hombre es la única parte de la creación que tiene el terrible poder de desobedecer al Creador saliéndose de la trayectoria que éste le trazó. Al rebelarse nuestros primeros padres contra Dios, la naturaleza, que hasta entonces les estaba sometida, se rebeló contra ellos: el cuidado placentero del jardín del Paraíso se convirtió en sudor de la frente, la tierra dio al hombre espinas y abrojos y la mujer dio a luz con dolor (Gn 3). Por el primer pecado, el hombre rompió la armonía de la creación, que desde entonces anhela «ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios», y entre tanto «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,20-22). Pero si el hombre se convierte al plan de Dios, escucha su Palabra y cumple la voluntad divina, dará a Dios una gloria mucho mayor que todo el resto de la creación. Es más: la gloria de la Creación pasa por la conciencia del hombre que la contempla y alaba a Dios por ella. Por la obediencia a la voluntad de Dios, el hombre se reintegra a la armonía de la creación y la corona.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

El mensaje de las estrellas sólo se percibe de noche. Si sólo hubiera día, ni nos imaginaríamos que existen. La luz, y las luces, iluminan y a la vez ciegan, y en cambio las tinieblas son a veces transparentes. Las tinieblas de la tribulación también pueden descubrirnos lo que no veíamos mientras el bienestar nos deslumbraba.

El autor del primer salmo estaba inspirado. El del segundo, también. Pero probablemente el más inspirado de todos fue el que los juntó. La Liturgia de las Horas y los leccionarios de la Misa utilizan con bastante frecuencia el primer salmo, el del cielo y el sol. El segundo se emplea mucho más raramente, y más raramente aún se reza el Salmo 19 entero. Si no pareciera irreverencia, me atrevería a aplicar aquí aquello de que «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».

Los Padres de la Iglesia y la liturgia aplican la primera parte de este salmo, el esposo que sale de su alcoba y se lanza a recorrer su camino, a la Encarnación y demás misterios de Jesucristo.

4. *Puntos de revisión*

• Sobre la primera parte del salmo: ¿Qué me dice la naturaleza acerca de Dios? ¿Me acerca más a Dios la luz de los éxitos o las tinieblas de los fracasos y las contrariedades?

• Sobre la segunda parte del salmo: ¿Cuál es mi actitud ante la Ley de Dios, las leyes de la Iglesia y los dictados de la conciencia? ¿Me saben a panal de miel o me resultan amargas como hiel?

• Sobre la unión de ambos salmos: La belleza de la creación no es sólo un espectáculo de buen ver. El creyente ha de «contemplarla» viendo en ella un símbolo de la belleza de una vida que discurre según el plan de Dios. ¿Me lleva la visión del cielo estrellado o del curso del sol a un compromiso personal?

5. *Oración*

Nos has hablado, oh Dios y Creador nuestro, por el esplendor de la naturaleza, por la voz de nuestra conciencia, por los libros de la Ley y de los Profetas y las oraciones de los salmos y, al llegar la plenitud de los tiempos, pronunciaste la Palabra insuperable y nos hablaste por medio de tu Hijo amado, en quien la Palabra se hizo hombre. Envíanos tu Espíritu Santo, que nos haga conocer nuestras faltas, aun las inconscientes, y nos preserve de la arrogancia. Que nos haga amar los caminos del evangelio, más preciosos que el oro fino y más dulces que la miel de un panal que destila, y que nos ayude a ponerlos en práctica, sin escapar de su calor, para que también nosotros, siguiendo las huellas de nuestro Salvador, podamos correr, como buenos atletas, nuestro camino, hasta el extremo del cielo, donde seremos por siempre alabanza perfecta de tu gloria.

Salmo 22
¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

2 ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
Te queda lejos mi clamor, el rugido de mis palabras.

3 Dios mío, te llamo de día y no respondes,
de noche, y no me doy tregua;

4 aunque tú habitas en el santuario,
alabanza de Israel.

5 En ti confiaban nuestros padres,
confiaban y los ponías a salvo;

6 a ti gritaban y quedaban libres,
en ti confiaban y no los defraudabas.

7 Pero yo soy un gusano, no un hombre:
afrenta de la gente, despreciado del pueblo;

8 al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:

9 «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre si tanto lo quiere».

10 Fuiste tú quien me extrajo del vientre,
me tenías confiado a los pechos de mi madre;

11 desde el seno me arrojaron a ti,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.

12 No te quedes lejos, que el peligro está cerca
y nadie me socorre.

13 Me acorrala un tropel de novillos,
toros de Basán me cercan;

14 abren contra mí las fauces:
un león que descuartiza y ruge.

15 Me derramo como agua,
se me descoyuntan los huesos;
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;

16 seca como una teja mi garganta,
la lengua pegada al paladar.
Me aplastas contra el polvo de la muerte.

17 Me acorralan mastines,
me cerca una banda de malhechores.
Me cavan manos y pies,

18 y puedo contar mis huesos.
Ellos me miran triunfantes.

19 se reparten mis vestidos,
se sortean mi túnica.

20 Pues tú, Señor, no te quedes lejos,
fuerza mía, apresúrate a socorrerme;

21 libra mi vida de la espada,
la única, de la garra del mastín;

22 sálvame de las fauces del león,
de los cuernos de búfalos a este desgraciado.

23 Contaré tu fama a mis hermanos,
en plena asamblea te alabaré:

24 «Fieles del Señor, alabadlo,
Linaje de Jacob, glorificadlo,
reverenciadlo, linaje de Israel.

25 porque no ha despreciado ni le ha repugnado
la desgracia de un desgraciado,
no le ha escondido el rostro;
cuando pidió auxilio, le escuchó».

26 Tú inspiras mi alabanza en la gran asamblea:
cumpliré mis votos delante de sus fieles.

27 Comerán los desvalidos hasta saciarse
y alabarán al Señor los que lo buscan:
¡no perdáis nunca el ánimo!

28 Lo recordarán y se volverán hacia el Señor
todos los confines de la tierra,
se postrarán en su presencia
las familias de los pueblos;

29 porque el Señor es Rey,
él gobierna a los pueblos.

30 Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
en su presencia se encorvarán los que bajan al polvo.
Mi vida se la conservará.

31 Mi descendencia le servirá
y contará quién es;

32 a la generación venidera le anunciará su justicia,
al pueblo que ha de nacer, que él actuó.

1. *Sentido histórico*

Salmo de súplica personal de un justo que sufre, perseguido y torturado injustamente. La segunda parte (vv. 23-32) es acción de gracias por la salvación obtenida. Empieza con un grito que es como el rugido de una fiera acorralada. El salmista compara a sus perseguidores con bestias feroces. Son metáforas, pero hay que dejarse llevar de ellas para imaginar qué clase de gente son los que acosan al protagonista del salmo.

Empieza sin preámbulos. Otros salmos de este género empiezan con uno o dos versículos intro-

ductorios que sintetizan todo lo que seguirá, presentan el argumento o dan gracias a Dios por haber salvado al salmista de los males que a continuación detallará. Pero éste empieza bruscamente con un grito, y en este grito dice que se mantiene día y noche, esto es, sin parar. Traducimos «grito», pero literalmente deberíamos decir «rugido», como el de una fiera acorralada y herida. Más abajo el salmista compara a los enemigos que le rodean con un tropel de toros o novillos, unos leones que descuartizan y rugen, una jauría de mastines y una banda de malhechores. El martilleo de estas imágenes sugiere la intensidad y lo prolongado de la persecución.

Tan dramática situación contrasta con dos realidades que el salmista no ve cómo permiten que le ocurra lo que le está pasando. La primera es que, en la historia de Israel, siempre que «los padres» habían clamado a Dios en sus tribulaciones, los había liberado; cuando confiaron en él, no los defraudó. Desde el santuario donde habita, siempre había sido la esperanza de Israel. En cambio su oración no es escuchada.

La segunda es que el perseguido tiene conciencia de ser como un hijo para Dios. Las palabras «Fuiste tú quien me extrajo del vientre, me tenías confiado a los pechos de mi madre; desde el seno me arrojaron a ti, desde el vientre materno tú eres mi Dios» (vv. 10-11), a la luz de lo que hemos explicado a propósito del Salmo 2, aluden al rito de reconocimiento de paternidad (no de mera adopción) y significan que cuando su madre le dio a luz, Dios lo tomó en sus brazos, hizo el gesto ritual como de simulación de parto y lo devolvió a los pechos de su madre. Evidentemente, es una figura retórica: ni pretende que quien lo engendró fuera físicamente Dios, ni se siente, estrictamente hablando, hijo suyo. Se mantiene en la línea de paternidad divina propia del Antiguo Testamento, en el cual Dios ama a su pueblo Israel «como» un padre ama a su hijo. Pero el salmista no entiende que, si Dios le ama como a un hijo, pueda tenerlo abandonado a las manos de sus enemigos. La fuerza de esta plegaria estriba en el contraste entre la certeza de que Dios le ama como si fuera su hijo y el silencio divino ante su reiterada oración, sus gritos.

Además del sufrimiento físico está el dolor que podríamos llamar teológico de un creyente que no entiende cómo puede Dios permitir que suceda lo que le están haciendo. En este sentido nos hace pensar en aquellos otros salmos que plantean el problema del mal (Salmos 37 y 73). La situación le resulta mucho más incomprensible porque él se considera hijo de Dios, que le reconoció por tal cuando nació. Es el problema de la ausencia de Dios, tratado también en el Salmo 42-43. El sufrimiento se agrava porque los adversarios incrédulos le preguntan: «¿Dónde está tu Dios?»

El justo perseguido persevera en pedir la intervención divina que haga justicia; no sólo para que lo salve a él, sino también para que se demuestre ante el mundo incrédulo que, como dice el Salmo 58,12, «hay un Dios que hace justicia en la tierra». Por esto la segunda parte de este salmo (vv. 22-31) habla de la repercusión general «hasta los confines del orbe» que tendrá la salvación que pide y que confiadamente espera.

2. *El salmo en boca de Jesucristo*

Los teólogos clásicos (y los predicadores de los sermones de las siete palabras) se planteaban, a propósito del Salmo 22,2, la cuestión de la «derelicción de Cristo», esto es, de cómo el Hijo de Dios pudo estar en algún momento abandonado del Padre, si estaba hipostáticamente unido a él. Pero si Jesucristo dijo desde la cruz el versículo inicial de este salmo (o, como aseguran algunos Padres, lo recitó entero, incluida la segunda parte, de acción de gracias), no fue para definir teológicamente su situación, sino para asumir eficazmente la nuestra.

Jesucristo asumió el abandono en que se sintió el antiguo salmista, y con él el de tantos hombres de todos los tiempos, que sufren espantosamente y se preguntan por qué. Jesucristo comparte los sufrimientos de toda la humanidad, y al hacerlo les da un sentido. Si en el camino de Damasco dijo a Saulo: «¿Por qué *me* persigues?» (es decir, ¿por qué *me* persigues en la persona de mi Iglesia?), también en cierto modo dice al Padre, desde la cruz: «¿por qué *los* has abandonado?»

Jesucristo no ejerce su función de Pontífice o mediador desde un lugar intermedio sobre el cielo

y la tierra, sino abajándose hasta asumir plenamente la condición humana. En el Antiguo Testamento, el ideal de la santidad era la *separación*: un pueblo separado de los demás, unos levitas separados del resto de los israelitas, unos objetos separados del uso profano para su consagración a Dios. En el Nuevo Testamento la vida y la doctrina de Jesucristo, desde el hecho mismo de la encarnación hasta la muerte en cruz, nos inculcan que la santidad es *aproximación*. Éste es el sentido de la parábola del buen samaritano. El familiar de un enfermo, cuando no puede hacer otra cosa para remediar su enfermedad o al menos aliviar su dolor, se mantiene junto a su cama y le estrecha la mano. Jesucristo, en vez de darnos explicaciones teóricas sobre el porqué del mal del mundo, se ha puesto enteramente a nuestro lado, hasta la cruz, hasta el sepulcro. Desde entonces cualquier hombre que sufra puede tener la certeza de que el Señor está a su lado, y de que no está dejado de la mano de Dios, a diferencia de la mentalidad judía, que veía en toda enfermedad o sufrimiento el castigo de un pecado.

Si toda la historia de la salvación es *revelación* de Dios (Dios que se *des-vela*, que se quita el velo y nos muestra su rostro), en la cruz de Cristo se ha revelado insuperablemente en su máximo atributo: el amor. No le era posible decirnos más claramente quién es y hasta qué punto nos ama. Desde entonces, hemos de decir del más desgraciado, del más pecador de los hombres, que Dios, en su hijo Jesucristo, lo ha amado hasta la muerte, y muerte de cruz. Cuando san Pablo escribe que Cristo «se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2,20) no pretende arrogarse la exclusiva de este don inefable, sino todo lo contrario: hacernos tomar conciencia de que todo hombre ha de sentirse como si el Redentor se hubiera encarnado y hubiera padecido expresamente por él.

Las palabras de Cristo resucitado a María Magdalena (Jn 20,17) sobre el mensaje pascual a los apóstoles parecen inspiradas en el v. 23 de este salmo: «Contaré tu fama a mis hermanos».

3. *El salmo en boca del cristiano*

Este salmo suele rezarse fijándose en los detalles en él profetizados y que se cumplieron en la Pasión. Esto nos lleva a meditaciones piadosas y enternecedoras. Pero para el cristiano es muy comprometedor rezar este salmo. Implica imitar la solidaridad de Jesús al asumir la pasión de los que sufren. Sólo después de haber hecho por el hermano sufriente todo lo que estaba en tu mano por aliviarle, tienes derecho a decir, como Jesús al Padre: «¿Por qué *me* has abandonado?» (a mí, en el hermano). En otro caso, Jesús podría dirigirte el salmo como un reproche y decirte: «¿Por qué *me* has abandonado?» (tú, a mí, en el hermano).

Por otra parte, el Salmo 22 nos empuja a adentrarnos en el misterio pascual, según el dinamismo que desde su primera parte, que evoca los sufrimientos, lleva hasta la salvación y la acción de gracias que son el tema de la segunda. Los relatos evangélicos y la predicación de la Iglesia apostólica no separan nunca la pasión y muerte del Salvador de su resurrección y glorificación. También los salmos del justo sufriente contienen siempre cara y cruz: o empiezan describiendo los sufrimientos y suplicando la ayuda del Dios justo y terminan dando gracias por la salvación experimentada, o al menos expresando la seguridad de alcanzarla, o, inversamente, empiezan dando gracias a Dios que lo ha salvado, y después explica de qué lo salvó. Sólo hay un salmo, el 88 (reservado en la Liturgia de las Horas para las Completas del viernes, en memoria de la Pasión), que es todo él tinieblas y oscuridad. También en el Salmo 22 las dos partes son inseparables. Nos ayudará a poner toda nuestra esperanza y seguridad (a «gloriarnos», en el sentido paulino) en la cruz de Cristo y en nada más: ni propios méritos, ni sabiduría de la carne, ni poderes de este mundo.

Quizás en alguna ocasión nos habremos atrevido a aplicarnos las palabras de san Pablo: «estoy crucificado con Cristo» (Gá 2,19), pero ¿hemos sabido decir, en los momentos de sufrimiento físico o moral, fracaso, persecución, grave enfermedad: «Cristo está crucificado en mí»? ¿Tenemos bastante fe para ver, en el hermano que sufre, a Cristo crucificado en él? ¿Tenemos en tales casos suficiente solidaridad para hacernos una sola cosa con el que sufre y poder decir: «Cristo está crucificado en mí = en él»?

4. *Puntos de revisión*

• ¿Me he sentido alguna vez abandonado de Dios? ¿Cómo interpreto ahora aquella situación?

• ¿He pensado alguna vez que alguien, a mi lado, estaba, como suele decirse, «dejado de la mano de Dios»? ¿Qué he hecho entonces con aquella persona?

• ¿Podría decir de mí el Señor: «Por qué me has abandonado»?

• ¿He sentido alguna vez desprecio o repugnancia hacia el pobre desgraciado?

5. *Oración*

Señor Jesús, que con tu cruz asumiste los sufrimientos de todos los hombres: haz que en nuestras cruces te sintamos muy cerca de nosotros. Infúndenos los sentimientos que te llevaron a aceptar la cruz y no permitas que permanezcamos insensibles a la cruz de nuestros hermanos, sino que compartamos eficazmente sus dolores y nunca puedan sentirse abandonados de nosotros. Es así como contaremos tu fama a nuestros hermanos y alabarán al Señor los que sinceramente te buscan, hablarán del Señor a la generación futura y contarán al pueblo que ha de nacer todo lo que a través de nuestra solidaridad hizo el Señor.

Salmo 51
Conversión personal y reforma de estructuras

3 Misericordia, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa,

4 lava del todo mi delito
y limpia mi pecado.

5 Pues yo reconozco mi culpa
y tengo siempre presente mi pecado.

6 Contra ti solo pequé,
cometí la maldad que repruebas.
Que tus argumentos te hagan justicia
y resultes inocente en el juicio.

7 Mira, culpable nací,
pecador me concibió mi madre.

8 Tú quieres sinceridad interior
y en lo íntimo me inculcas sensatez.

9 Límpiame con hisopo del pecado,
lávame hasta quedar más blanco que la nieve.

10 Anúnciame gozo y alegría,
que se regocijen los huesos triturados.

11 Tápate el rostro ante mi pecado
y borra toda mi culpa.

12 Crea en mí, Dios, un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

13 no me arrojes lejos de tu rostro
ni me quites tu santo espíritu;

14 devuélveme el gozo de la salvación,
afiánzame con un espíritu generoso.

15 Enseñaré a los malvados tus caminos,
y los pecadores volverán a ti.

16 De homicidio líbrame, oh Dios,
Dios y Salvador mío,
y mi lengua aclamará tu justicia.

17 Señor mío, ábreme los labios
y mi boca proclamará tu alabanza.

18 Un sacrificio no te satisface;
si te ofrezco un holocausto, no lo aceptas.

19 Para Dios sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y triturado,
tú, Dios, no lo desprecias.

20 Dígnate favorecer a Sión
y reconstruye la muralla de Jerusalén;

21 entonces aceptarás sacrificios legítimos,
ofrendas y holocaustos,
entonces sobre tu altar
se inmolarán novillos.

1. *Sentido histórico*

La tradición judía (vv. 1-2, título bíblico) pone este salmo en boca de David, después de su doble pecado de homicidio y adulterio: «De David. Cuando el profeta Natán le visitó, después que aquél se había unido a Betsabé». En el original hebreo del título hay, literalmente, un sugestivo juego de palabras que alude al pecado, y a que Dios no lo dejó impune: «cuando *entró* a él Natán, el profeta, después que él *entró* a Betsabé». La tradición cristiana siguió durante siglos la interpretación davídica, y hasta se tenía por el salmo más característico del rey salmista; pero la oración final pidiendo la reconstrucción de las murallas de Jerusalén (v. 20) y el restablecimiento de la liturgia del Templo (v. 21) denotan que no puede ser de antes del exilio, porque supone la destrucción. Un gran especialista actual, Lipinski, defiende aún que es un salmo de penitencia real (el rey, ante una calamidad pública, hace penitencia en nombre de todo el pueblo) de los primeros tiempos de la monarquía, aunque todo el final sería un añadido postexílico. Pero siguiendo a Cazelles lo interpretaremos unitariamente como expresión muy sentida de compunción personal, aunque (como hacen muchos salmos) desembocando al final en una aplicación colectiva. Estaría entonces en la línea de los profetas del exilio y postexilio (Segundo Isaías y sobre todo Ezequiel). Esto no quita que el texto del salmo recuerda aspectos de la historia de David. Sin que creamos que históricamente el salmo se refiere a David, pueden ayudarnos a rezarlo con realismo.

Atendiendo a su línea temática, puede decirse que este salmo es *Ezequiel rezado*, pues aparecen los temas clave de este profeta. El libro de Ezequiel empieza a orillas del río Kebar, «junto a los canales de Babilonia», que dirá el Salmo 137, pero la gloria divina que allí contempla es la misma, como después explicará, que cuando estaba en Jerusalén había visto que abandonaba el templo, a causa de los pecados del pueblo, y también la misma gloria que al final tomará posesión de la ciudad y del templo purificados y restaurados. El

profeta ha de transmitir al pueblo desterrado la esperanza del perdón, la profecía de los huesos secos que resucitan (símbolo de la restauración de todo Israel), el gran mensaje de la nueva alianza que no será sólo coacción externa, sino principalmente fuerza interior, el corazón nuevo, el don del Espíritu, el agua que purifica e infunde ese Espíritu, la inutilidad del culto ofrecido por el pueblo pecador y, finalmente, la nueva Jerusalén con su templo y, otra vez, su culto, restaurados con todo esplendor y santidad. Estos mismos motivos aparecen en este salmo, convertidos en tema de oración.

Empieza con grito de «¡Misericordia!» No busca excusas, no invoca merecimientos o antecedentes, no discute la culpa: sólo apela a la misericordia divina, es decir, a que Dios es bueno y se compadece de los desgraciados, aunque sean culpables. Imaginemos ahora que el salmo fuera de David. Podríamos preguntarnos: ¿cómo es que David cometió un doble y gravísimo pecado y el Señor no apartó de él su misericordia y le mantuvo sus promesas de la monarquía hereditaria y, en cambio, Saúl, que no había pecado ni mucho menos tan gravemente, fue descartado irremediablemente de la monarquía y acabó desastrosamente? Es que cuando Samuel reprende a Saúl, éste busca excusas; en cambio cuando Natán denuncia el crimen de David, éste responde: «¡He pecado!»

Pero regresemos al sentido histórico. En el lenguaje del salmo, el pecado se describe como una suciedad. De ahí que se pida el perdón con imperativos como «lava», «limpia» (v. 4) «quedaré limpio», «lávame» (v. 9) y «borra toda mi culpa» (v. 11). Este vocabulario induciría a una «cosificación» material del pecado, si no manifestara más adelante un profundo sentido personal. Reconoce que es culpable (v. 5), y entiende que el pecado es, por encima de todo, una traición al amor de Dios: «Contra ti, contra ti solo pequé», porque el pecado es «la maldad que repruebas» (v. 6). En el lenguaje de los profetas, las quejas de Dios contra los pecados del pueblo se presentan como una reclamación judicial. Nuestro hombre reconoce que, en tal caso, Dios resultará tener razón: «en el juicio resultarás inocente». El v. 7, en la versión latina, resulta muy duro: *in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea*. Solía interpretarse como si el acto matrimonial constituyera un pecado. Sería lo de Segismundo, de *La vida es* sueño: «¿Qué delito cometí / contra los cielos naciendo?» Lo que en realidad dice el salmista es que no sólo ha cometido tal o cual pecado, sino que desde su nacimiento es pecador, proclive al pecado. Necesita un remedio radical. Reconocerlo es no sólo propio de «un corazón sincero», sino un primer don de Dios, que prepara el perdón: «en lo íntimo me inculcas sensatez» (v. 8).

Volviendo a la imagen de la suciedad, pide ser lavado «con el hisopo» para quedar limpio (v. 9). Recuerda la aspersión de las puertas con un hisopo empapado en la sangre del cordero pascual, antes de salir de Egipto (Éx 12,22). Y también la promesa de Ez 36,25: «Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados». «Hazme oír el gozo y la alegría» (v. 10) alude probablemente a poder participar de nuevo en las fiestas del santuario. La mención de «los huesos quebrantados», aparte de evocar la profecía de los huesos secos de Ez 37, piensan algunos que se refiere a una fuerte fiebre que, según imaginaban, destrozaba los huesos. El paralelismo del v. 11 presenta como sinónimos que el Señor deje de mirar su pecado y que borre su culpa.

Llegamos a la mitad, al corazón del salmo. Aquí tres versículos seguidos piden el don del Espíritu. Ez 36,26-27 prometía «un corazón nuevo», un espíritu nuevo», «mi espíritu». Cada vez el espíritu es calificado con un adjetivo importante: «firme»: no como el que recibió Saúl, que no duró; «santo», no como el que agita a los hombres, sino venido de Dios; «generoso»: magnánimo, pronto a emprender grandes cosas, sin acobardarse ni caer en la mediocridad. Pero en paralelo con esta triple petición del Espíritu otros tantos hemistiquios lo acaban de explicar que no se trata, como en los primeros versículos, de borrar la mancha del pecado, sino de llenarse de la gracia o amistad de Dios. «Crea en mí un corazón puro» (v. 12) supone reconocer de nuevo que lo tiene impuro.

Luego, sin dejar el tono personalísimo, el salmista abre sus sentimientos a la exteriorización o testimonio: «enseñaré», «cantará mi lengua» (v. 16),

profeta ha de transmitir al pueblo desterrado la esperanza del perdón, la profecía de los huesos secos que resucitan (símbolo de la restauración de todo Israel), el gran mensaje de la nueva alianza que no será sólo coacción externa, sino principalmente fuerza interior, el corazón nuevo, el don del Espíritu, el agua que purifica e infunde ese Espíritu, la inutilidad del culto ofrecido por el pueblo pecador y, finalmente, la nueva Jerusalén con su templo y, otra vez, su culto, restaurados con todo esplendor y santidad. Estos mismos motivos aparecen en este salmo, convertidos en tema de oración.

Empieza con grito de «¡Misericordia!» No busca excusas, no invoca merecimientos o antecedentes, no discute la culpa: sólo apela a la misericordia divina, es decir, a que Dios es bueno y se compadece de los desgraciados, aunque sean culpables. Imaginemos ahora que el salmo fuera de David. Podríamos preguntarnos: ¿cómo es que David cometió un doble y gravísimo pecado y el Señor no apartó de él su misericordia y le mantuvo sus promesas de la monarquía hereditaria y, en cambio, Saúl, que no había pecado ni mucho menos tan gravemente, fue descartado irremediablemente de la monarquía y acabó desastrosamente? Es que cuando Samuel reprende a Saúl, éste busca excusas; en cambio cuando Natán denuncia el crimen de David, éste responde: «¡He pecado!»

Pero regresemos al sentido histórico. En el lenguaje del salmo, el pecado se describe como una suciedad. De ahí que se pida el perdón con imperativos como «lava», «limpia» (v. 4) «quedaré limpio», «lávame» (v. 9) y «borra toda mi culpa» (v. 11). Este vocabulario induciría a una «cosificación» material del pecado, si no manifestara más adelante un profundo sentido personal. Reconoce que es culpable (v. 5), y entiende que el pecado es, por encima de todo, una traición al amor de Dios: «Contra ti, contra ti solo pequé», porque el pecado es «la maldad que repruebas» (v. 6). En el lenguaje de los profetas, las quejas de Dios contra los pecados del pueblo se presentan como una reclamación judicial. Nuestro hombre reconoce que, en tal caso, Dios resultará tener razón: «en el juicio resultarás inocente». El v. 7, en la versión latina, resulta muy duro: *in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea*. Solía interpretarse como si el acto matrimonial constituyera un pecado. Sería lo de Segismundo, de *La vida es* sueño: «¿Qué delito cometí / contra los cielos naciendo?» Lo que en realidad dice el salmista es que no sólo ha cometido tal o cual pecado, sino que desde su nacimiento es pecador, proclive al pecado. Necesita un remedio radical. Reconocerlo es no sólo propio de «un corazón sincero», sino un primer don de Dios, que prepara el perdón: «en lo íntimo me inculcas sensatez» (v. 8).

Volviendo a la imagen de la suciedad, pide ser lavado «con el hisopo» para quedar limpio (v. 9). Recuerda la aspersión de las puertas con un hisopo empapado en la sangre del cordero pascual, antes de salir de Egipto (Éx 12,22). Y también la promesa de Ez 36,25: «Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados». «Hazme oír el gozo y la alegría» (v. 10) alude probablemente a poder participar de nuevo en las fiestas del santuario. La mención de «los huesos quebrantados», aparte de evocar la profecía de los huesos secos de Ez 37, piensan algunos que se refiere a una fuerte fiebre que, según imaginaban, destrozaba los huesos. El paralelismo del v. 11 presenta como sinónimos que el Señor deje de mirar su pecado y que borre su culpa.

Llegamos a la mitad, al corazón del salmo. Aquí tres versículos seguidos piden el don del Espíritu. Ez 36,26-27 prometía «un corazón nuevo», un espíritu nuevo», «mi espíritu». Cada vez el espíritu es calificado con un adjetivo importante: «firme»: no como el que recibió Saúl, que no duró; «santo», no como el que agita a los hombres, sino venido de Dios; «generoso»: magnánimo, pronto a emprender grandes cosas, sin acobardarse ni caer en la mediocridad. Pero en paralelo con esta triple petición del Espíritu otros tantos hemistiquios lo acaban de explicar que no se trata, como en los primeros versículos, de borrar la mancha del pecado, sino de llenarse de la gracia o amistad de Dios. «Crea en mí un corazón puro» (v. 12) supone reconocer de nuevo que lo tiene impuro.

Luego, sin dejar el tono personalísimo, el salmista abre sus sentimientos a la exteriorización o testimonio: «enseñaré», «cantará mi lengua» (v. 16),

«mi boca proclamará» (v. 17). Finalmente, el culto que Dios había rechazado porque no se correspondía con la vida real (v. 18) será restablecido por aquel sacrificio, el único que Dios admite cuando rechaza todos los demás: el corazón contrito (v. 19). Entonces Dios reconstruirá las murallas de Jerusalén (v. 20) y aceptará la liturgia renovada de un pueblo santo (v. 21).

(34)

EN LOS SALMOS SALE A LA LUZ TODO CUANTO VIVE EN LOS HOMBRES

Tal es la imagen de la existencia que tiene el hombre del Antiguo Testamento: está en camino. De ese estar en camino hablan los salmos. Por eso en ellos sale a la luz todo cuanto vive en los hombres: las alegrías, las necesidades, los miedos, las pasiones. Pero todo queda puesto ante Dios. No de modo dionisíaco. No en un asentimiento total a la existencia. No diciendo: ¡Vive; cuanto más enérgica y ardientemente, mejor! No se dice: también el odio, la cólera, la imprecación y la maldición son vida y, por tanto, buenos. Sino que se dice: Así es el hombre; lleno de voluntad terrenal, lleno de hambre vital, lleno de pasión de toda especie, de odio y de sed de venganza; pero permanece en Dios. Se presenta ante él. Se le muestra tal como es. Por eso el Dios santo está por encima de todo lo que se dice en ellos, y todo recibe juicio de él. Tomemos aquellos salmos que producen más duro escándalo: los «salmos de maldición». Comparémoslos con formas de maldición religiosa, tal como aparecen en la magia pagana, y entonces veremos la diferencia. Esas formas manifiestan la voluntad de poner mano en Dios; de obligarle, con incitación y conjuro, a que realice la acción aniquiladora. Nada de eso se encuentra en los salmos. La libertad de Dios permanece intacta. Siempre es el Señor y el Juez. Toda pasión y todo odio son puestos ante él, y así precisamente se establece la diferencia; llega a ser una verdad; tiene lugar una liberación. Pero podría decir alguno: Yo ya no estoy en camino. En efecto, yo soy cristiano. A éste se le responderá: ¿Lo eres realmente? ¿Te atreves a decir que has realizado el ser cristiano?

Romano Guardini, *Los Salmos* (*Obras*, II, Cristiandad, Madrid 1981), p. 209.

2. *Contenido doctrinal*

Ya hemos hecho notar la fina teología del pecado y del perdón. También se puede leer en este salmo lo que la teología escolástica llama «pecado original». Descartando aquella interpretación del *in peccatis concepit me mater mea* como si el casto uso del santo matrimonio fuera pecado, podemos ver en la confesión del salmista el reconocimiento (y esto ha sido una sabiduría infundida por Dios: cf. v. 8) de que lleva dentro de sí una propensión invencible al pecado. El pecado propiamente dicho es el actual y grave; ni el original ni el venial son en sí pecado. Del *original*, o sea aquel que no consiste en una acción nuestra, sino que lo tenemos por nuestro *origen*, por la condición humana, se dice que es pecado porque proviene de un primer pecado y nos impulsa a muchos otros pecados actuales. Todos cometemos *pecados* originales: fallos que si no los corregimos inmediatamente y los extirpamos de raíz nos harán caer en pecados más graves: un pequeño hurto lleva a grandes robos, y éstos a homicidios. En Cristo, Dios ha puesto a nuestro alcance el remedio de esta inclinación al pecado que llamamos pecado original, y a todos nuestros pecados originales.

El verbo *bará* empleado en el v. 12, que traducimos por «crear» (un corazón puro), sólo puede tener a Dios por sujeto, y designa una acción exclusiva de Dios. Por el solo empleo de este verbo está diciendo el salmista que convertir el corazón del pecador en el de un santo sólo lo puede hacer Dios, porque sólo puede hacerse infundiendo el Espíritu Santo (cf. Ez 36,27: «Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos»). El perdón es como una nueva creación, más maravillosa que la primera (v. 12). Del pecado sólo se puede salir por la iniciativa amorosa de la gracia divina (vv. 8-9).

En el centro del salmo, como hemos subrayado, tres versículos seguidos (12, 13 y 14) imploran el don del Espíritu (*epíclesis*). Ese salmo tiene su centro de gravedad en esta petición: es un salmo para pedir el Espíritu Santo.

Cuando Dios permitió que los caldeos tomaran Jerusalén y destruyeran el Templo, fue un modo

muy duro de decirles a los judíos lo que a través de muchos profetas (Amós, Oseas, Isaías, Miqueas, etc.) llevaba siglos repitiéndoles: que no quería de ellos un culto insincero, que no se correspondía ni con una piedad profunda con él, ni con la justicia hacia los hermanos. Pero cuando Dios rechaza todas las ofrendas, hay una que no rehúsa nunca: el arrepentimiento. Es la confesión de Daniel: acepta nuestro corazón contrito en vez de los novillos y corderos que no te podemos presentar. Aquí dice: «Los sacrificios no te satisfacen; si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias» (vv. 18-19). El «corazón quebrantado» es en la Vulgata *cor contritum*; literalmente: «triturado». De ahí viene la noción teológica de «contrición». Ezequiel había anunciado: «Os daré un corazón nuevo... quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36,26). Cuando el corazón del hombre se ha endurecido por el pecado, sólo Dios puede triturarlo y poner en su lugar (*bará*: crear) un corazón de carne, sensible, en el que pueda infundir el Espíritu Santo.

Lo más notable de este salmo es el itinerario espiritual: empieza por la conversión personal y desemboca en las estructuras renovadas. Primero el corazón, y al final las murallas. Nosotros fácilmente tendemos a un camino opuesto: preocuparnos ante todo de los problemas estructurales o institucionales y descuidar la reforma personal.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La liturgia cristiana ha usado tradicionalmente este salmo en Cuaresma, rito de la reconciliación de penitentes públicos, oficio de difuntos y aspersión del agua bendita. Esto le ha creado una aureola no sólo penitencial sino también tétrica, por no decir macabra. El nombre que comúnmente se da en latín a ese salmo, por su primera palabra, *Miserere*, sugiere un contexto de disciplinas, Inquisición y «Nombre de la rosa». Urge corregir esta mentalidad y hacer ver que el *Miserere* no es un *Dies irae*, ni hay que reducirlo a las prácticas aflictivas. Es una sentida oración para pedir el Espíritu Santo, que es lo único que sabemos de cierto que no nos será negado, pero que hay que pedirlo.

La Regla de san Benito, que en la distribución de los salmos seguramente sigue el uso romano, dispone que Laudes empiecen siempre con este salmo y terminen con los *laudate* (Salmos 148-150): hay que empezar por la compunción y la purificación, antes de desembocar en la alabanza.

El nuevo Libro de la Liturgia de las Horas lo adopta como primer salmo de Laudes de todos los viernes, y no cada cuatro semanas, con lo cual muestra por él una merecida preferencia.

4. *Puntos de revisión*

• ¿Tengo conciencia de que siempre necesito conversión? ¿Limito mi conversión a evitar tal o cual pecado, o busco realmente el cambio profundo del corazón, para que de él broten frutos de santidad?

• ¿Pido sin cesar el Espíritu Santo para la Iglesia, para mi comunidad, para mí mismo? ¿Ofrezco mi esfuerzo de conversión personal para la edificación de la comunidad y de la Iglesia o, al contrario, difiero mi conversión con la excusa de que primero han de reformarse las estructuras, las instituciones o el mundo entero?

5. *Oración*

Misericordia, Dios mío. Reconozco mi maldad pero confío en tu bondad. Purifica mi corazón. Créalo de nuevo haciendo de él un corazón puro, del que broten sólo santos deseos. Envíame incesantemente aquel mismo Espíritu que animó la humanidad de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para que sea en mí espíritu de conversión y de fidelidad y redunde en celo apostólico. Lo único que puedo ofrecerte, a falta de méritos o virtudes, es el sacrificio que tú nunca rechazas: un corazón contrito. Convierte a los que formamos una comunidad, una Iglesia, para que seamos piedras vivas de la Jerusalén renovada, que tiene tu Espíritu por muralla.

Salmo 73
La jerarquía de valores

1 ¡Qué bueno es Dios para el honrado,
Dios para los limpios de corazón!

2 Pero yo, por poco tropiezan mis pies,
casi resbalaron mis pisadas,

3 porque envidiaba a los perversos
viendo prosperar a los malvados.

4 Para ellos no hay sinsabores,
su vientre está sano y rollizo;

5 no pasan las fatigas humanas
ni sufren como los demás.

6 Por eso su collar es el orgullo
y se visten un traje de violencia.

7 Sus ojos asoman entre las carnes
y les pasan fantasías por la mente.

8 Insultan y hablan con malicia
y desde lo alto amenazan con la opresión.

9 Su boca se atreve con el cielo
y su lengua se pasea por la tierra.

10 Por eso los siguen sus secuaces
y se abrevan de ellos copiosamente.

11 Ellos dicen: ¿Lo va a saber Dios,
se va a enterar el Altísimo?

12 Así son los malvados:
siempre seguros acumulan riquezas.

13 Entonces, ¿para qué purifico mi conciencia
y me lavo las manos como inocente?

14 ¿Para qué aguanto yo todo el día
y me corrijo cada mañana?

15 Si yo dijera que voy a declarar como ellos,
renegaría de la estirpe de tus hijos.

16 Meditaba yo para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil,

17 hasta que entré en el misterio de Dios
y comprendí el destino de ellos.

18 Es verdad: los pones en el resbaladero,
los precipitas en la ruina;

19 en un momento causan horror
y acaban consumidos de espantos:

20 como un sueño al despertar, Señor,
como imágenes que se desprecian al levantarse.

21 Cuando mi corazón se agriaba
y me punzaban los riñones,

22 yo era un necio y un ignorante,
era un animal ante ti.

23 Pero yo siempre estaré contigo:
agarras mi mano diestra,

24 me guías según tus planes
y me llevas a un destino glorioso.

25 ¿A quién tengo yo en el cielo?
Contigo, ¿qué me importa la tierra?

26 Aunque se consuman mi carne y mi mente,
Dios es la roca de mi mente, mi lote perpetuo.

27 Sí, los que se alejan de ti se pierden,
destruyes a los que te son infieles.

28 Para mí lo bueno es estar junto a Dios,
hacer del Señor mi refugio
y contar todas tus acciones.

1. *Sentido histórico*

Salmo didáctico sobre el problema de la retribución divina a buenos y malos. Es un tema muy característico de la época postexílica, cuando, perdidas las instituciones políticas, afloran con más fuerza las preocupaciones individuales. Antes era Israel en bloque quien era recompensado si se mantenía fiel, o castigado si pecaba. En el Salmo 37, que toca también esta problema, un sabio anciano y sin problemas da consejos a un joven inquieto, con lo cual el diálogo se hace francamente difícil; en el salmo 73 es el propio salmista quien ha sufrido el escándalo y nos cuenta cómo lo superó. Como dice Martín Buber, este salmo «contiene descripción, informe y confesión». Kraus va más allá: en este salmo «se nos habla de una aflicción existencial, que va intensificándose hasta llegar al borde de la locura. En un aislamiento desvalido y en una soledad suprema, un hombre lucha por conseguir la certeza de la comunión con Dios».

Nos podemos imaginar a su autor como un judío piadoso y muy observante, que tal vez trata de superar sus dudas y problemas interiores multiplicando las prácticas externas. Vive en un gueto, circundado de un ambiente pagano (¿Babilonia?, ¿Alejandría?, ¿la misma Jerusalén?). Los paganos, y también algunos judíos renegados, se burlan de él y de su estilo de vida, que no le sirve de nada.

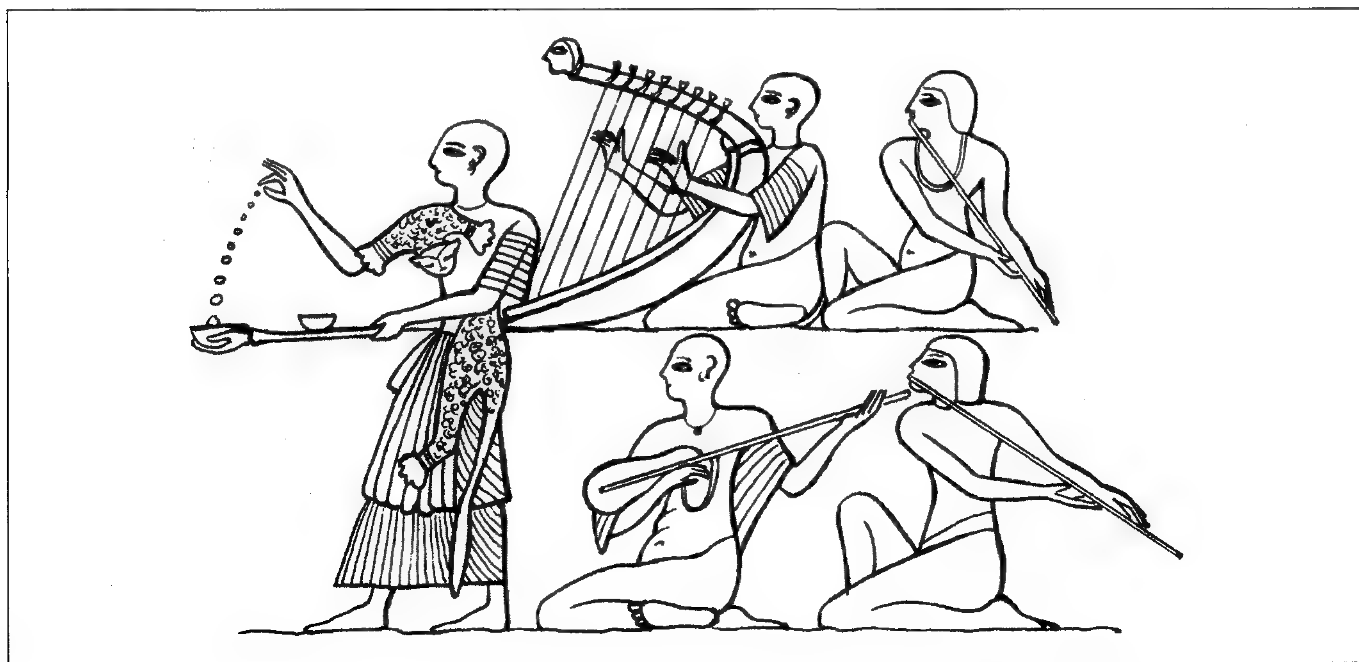
Empieza el salmo con la tesis, que es a la vez la conclusión: Dios es bueno con los justos (v. 1). Pero antes de llegar a esta gozosa proclamación, el salmista ha sufrido un serio escándalo. La crisis del salmista pasa por tres grados, cada vez más duros. El primero es la envidia de los malos (vv. 2-3). La envidia, en teología moral, se define como «tristeza por el bien ajeno», y esto es lo que le pasa a nuestro hombre. Describe en términos casi grotescos el comportamiento de los injustos, que viven felices y sin problemas, a pesar de que desprecian la ley de Dios y oprimen al prójimo. Todo el mundo tiene un problema u otro, pero lo que es ellos «están sanos y orondos; no pasan las fatigas humanas ni sufren como los demás» (vv. 4-8), al menos así se lo parece. No es sólo que lleven una vida agradable, sino que esta posición social encumbra-

da se la han creado a costa de los infelices, a los que explotan y a la vez desprecian, diciéndoles que si lo pasan tan mal es porque son bobos. En la Biblia, el vestido o los ornamentos son indicio de las disposiciones interiores. En el caso de estos injustos, «su collar es el orgullo, y los cubre un vestido de violencia» (v. 6). «Orgullo» y «violencia» dicen relación a los demás, y seguramente al salmista le ha tocado sufrir este modo de proceder: «Insultan y hablan mal... amenazan con la opresión» (v. 8). Desafían hasta al mismo Dios («el cielo»), porque la Ley y los profetas han condenado estos comportamientos, y sin embargo nada les pasa (v. 9).

Segundo grado de la tentación. Más escandaloso aún le resulta ver cómo algunos de sus hermanos en la fe se dejan arrastrar por aquellos malos ejemplos. Las primeras veces que los injustos les soltaban sus discursos, los habían rechazado con indignación, pero con el paso del tiempo y visto que todo les va tan bien y Dios no los castiga, acaban tragándoselo: «mi pueblo se vuelve a ellos y se bebe sus palabras» (v. 10). Las defecciones siempre producen escándalo, porque siembran la mentalidad generalizada de que es inútil seguir aguantando, y si uno ha de acabar haciendo como aquéllos, cuanto antes lo haga, mejor. Cuando el barco se hunde, saltan al agua las ratas.

Tercer grado. En el centro mismo del salmo se llega al punto culminante de la crisis: ¿Por qué sigo siendo fiel y observante? ¿De qué me sirve la religión? Literalmente: «¿Para qué aguanto?» (vv. 13-14). Ha sido educado en el judaísmo insistiendo en el principio de la justa retribución de Dios. Le han enseñado una moral interesada, repitiendo los textos en que Dios promete premiar a los observantes y castigar a los no practicantes, pero todo lo que ve le lleva a concluir que las cosas no funcionan así. Si se deja llevar a este terreno de discusión, está perdido, porque la experiencia contradice aquella teología clásica de la justa retribución *en este mundo* (y la vida en el otro y la retribución futura no han sido aún reveladas).

Pero es precisamente entonces cuando reacciona. En la vida de fe, y también en la vida humana



en general, muchas decisiones, y quizás las más importantes, se toman más por corazonada que por fría lógica: el compromiso de una pareja, la opción sacerdotal o religiosa no son absurdas o ilógicas, pero tampoco son lógica cerebral: «el corazón tiene sus razones que la inteligencia no comprende» (Pascal). Así es como nuestro salmista, cada vez más acorralado por sucesivos grados de la tentación, reacciona con energía diciéndose que la relación con Dios no ha de plantearse en términos de utilidad o interés, sino de fidelidad y amor filial. ¿Es razonable preguntarse si la relación con los padres, o con los hijos, o con un buen amigo, es provechosa, y si resulta que no lo es dejarla correr? Esto desnaturalizaría la relación misma. Pues igual ha de ser con Dios: «Si yo dijera «Voy a hablar como ellos», renegaría de la estirpe de tus hijos» (v. 15).

Cuando se ha hecho un sacrificio por algo o por alguien, el ánimo se fortalece y uno queda más convencido que nunca de la decisión tomada. Si el sacrificio es por Dios, aunque cueste, o precisamente porque ha costado, el Señor suele hacerse presente en forma de entusiasmo y gozo espiritual, y esto es lo que le ocurre al salmista. A partir de aquella opción radical y desinteresada por Dios, con el firme propósito de serle fiel aunque no le sirva de nada, todo empieza a iluminársele. En la segunda parte del salmo, su estado espiritual es totalmente distinto del de la primera parte. Reflexiona en tres direcciones, saltando de una a otra: hacia aquellos injustos a los que antes envidiaba, y ahora le dan pena; hacia su situación anterior, que tanto le angustiaba, y ahora le da risa viendo lo necio que fue; y finalmente hacia Dios, que antes le resultaba lejano y ausente y ahora lo experimenta dentro de su corazón.

Ante todo, cae en la cuenta de que aquella prosperidad de los malos, que tanto le escandalizaba, es fugaz y está destinada a desaparecer: «los precipitas en la ruina: en un momento causan horror y acaban consumidos de espanto» (vv. 18-20). Éste era el argumento del Salmo 37: «Aguarda un momento: desapareció el malvado; fíjate en su sitio: ya no está... los malvados perecerán» (Salmo 37,10.20). Cierto que el bienestar de los buenos tampoco es eterno, pero el descreído, que ha apostado toda su vida a la carta del bienestar material, al final habrá de sentirse totalmente fracasado. En cambio quien ha optado por Dios no se verá defraudado. De aquella opción por Dios ha nacido una amistad, que el salmista intuye que no puede acabar ni con la muerte. Habla ahora de sí mismo, en pasado; y desde la convicción y la alegría actuales le parece imposible que hubiera podido ser tan bruto: «Cuando mi corazón se agriaba y me punzaba mi interior, yo era un necio, yo era un animal ante ti» (vv. 21-22). En cambio ahora está feliz, porque tiene algo que vale mucho más que todo cuanto antes envidiaba: «Pero yo siempre estaré contigo» (v. 23a). La unión con Dios que experimenta no es algo estático, sino que es el movimiento de su alma, que Dios atrae con fuerza hacia él: «Tú agarras mi mano derecha, me guías según tus planes y me llevas a un destino glorioso» (vv. 23b-24). ¿Qué vale la tierra entera, en comparación con la posesión de Dios?: «¿No te tengo a ti en el cielo? Y contigo, ¿qué me importa la tierra?» (v. 25). «Yahveh ha llegado a ser para el orante la razón de su existencia», anota en este punto Kraus. Su corazón y su carne se consumirán, pero Dios ha llegado a ser su «lote perpetuo» (v. 26). «Lote» es la heredad, es el patrimonio. ¿Se trata de un levita, de aquella tribu que carecía de territorio propio porque en la distribución de la tierra prometida Dios les había dicho «Yo seré tu heredad»? Compárese con el Salmo 16,5: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano». Este lote es perpetuo, «para siempre» (*leolam*). De nuevo dirige su mirada hacia los injustos, antes tan envidiados, y repite que los ve abocados al fracaso total: «Sí: los que se alejan de ti se pierden, tú destruyes a los que te son infieles» (v. 27). En contraste con ellos (el texto original tiene una conjunción adversativa), se reafirma en su opción por Dios, escogido como bien supremo y valor incomparablemente superior a cualquier otro: «En cambio para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio» (v. 28a). Refugiarse en el Señor era, originariamente, salvarse de un perseguidor protegiéndose en el templo como lugar de asilo, según establecía la Ley. De ahí pasó a emplearse esta expresión para los que iban al templo a exponer confiadamente al Señor sus penas o necesidades. Y este hombre, que al

principio estaba tan inseguro, acomplejado, acaba decidido a dar público testimonio de su fe: «... y contar todas tus acciones en las puertas de Sión» (v. 28b).

2. *Contenido doctrinal*

La retribución eterna sólo aparece claramente revelada en alguno de los libros más tardíos del Antiguo Testamento (Sa, Dn, 2 Mac). Nuestro salmista no la conoce aún claramente, pero el lenguaje poético es capaz de abrir grandes perspectivas, hacia las cuales se proyecta el anhelo de vida feliz y sin fin que Dios ha sembrado en nuestros corazones. No una vida como la presente pero más larga, sino algo más. ¿Qué alcance hay que dar entonces al *leolam*, «para siempre», del v. 26? No se trata de una revelación explícita de la vida *post mortem*: literalmente tal vez significa tan sólo que ha hecho una opción irrevocable por Dios, de la que nunca se retractará, por lo que siempre más (mientras viva) tendrá al Señor por su bien supremo, y por su parte, Dios no le retirará nunca su amor o amistad. E. Jenni (citado por Kraus) hace esta matizada valoración: «Así, *leolam*, por sí solo, en el Salmo 73,26, no debe considerarse absolutamente como una prueba que aquí se diera la esperanza en la inmortalidad, aunque sigue siendo posible que esa esperanza –nueva en aquel tiempo–, se expresara con ayuda de locuciones de las que se disponía hace ya bastante tiempo». La frase queda abierta a unas perspectivas escatológicas ilimitadas, y la relectura cristiana podrá proclamar toda su fe con las palabras de este salmo.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La vida humana es siempre un optar: escoger algo y renunciar al resto. Los cristianos hemos hecho una opción, que conlleva unas renuncias: son las promesas y renuncias bautismales. La opción inicial ha de irse realizando a través de las mil decisiones de nuestra vida diaria, a lo largo de toda nuestra vida. Pero como no siempre somos consecuentes con la opción fundamental, necesitamos de vez en cuando reconocer las incoherencias y reafirmarla.

«Para mí lo bueno es estar junto a Dios» (v. 28). Literalmente: «estar pegado a Dios». En latín: *mihi autem adhaerere Deo bonum est*, como le gustaba de repetir y glosar a san Agustín. En la Biblia, este «pegarse» o adherirse es símbolo de la amistad (1 Sm 18,1) y del amor a Dios (Salmo 62,2).

4. *Puntos de revisión*

• Éste podría ser el salmo de la jerarquía de valores. ¿Cuál es de hecho mi verdadera jerarquía de valores? ¿En función de qué valores, ilusiones o esperanzas vivo? ¿Qué es lo que pongo en primer lugar, en el segundo, tercero, etc.? La jerarquía de valores real se revela cuando surge un conflicto entre dos de ellos. «No podéis servir a Dios y al dinero» (o el placer, o el poder).

• ¿Cuál debería ser? Por definición, Dios sólo puede ser el valor supremo y absoluto. Si va en segundo lugar, es que ya no lo reconozco como Dios.

• ¿Cómo va mi *adhaerere Deo*? ¿A qué estoy más adherido? ¿Qué me quedaría si se me esfumaran tantas ilusiones humanas?

5. *Oración*

Señor: Tú eres bueno para los limpios de corazón, y también eres misericordioso para con los otros, los que lo tenemos enturbiado por la envidia de los poderosos. No dejes que resbalen mis pisadas cuando decae mi fe. Que no me beba yo las palabras de ideologías incompatibles con tus enseñanzas de verdad y vida, para que no acabe renegando de la estirpe de tus hijos. Todo me resulta difícil y no logro entrar en el misterio de Dios. Toma mi mano derecha y guíame según tus planes. Lo bueno para mí es estar junto a ti.

Salmo 85
La «conversión» de Dios

2 Señor, has sido bueno con tu tierra,
has cambiado la suerte de Jacob;

3 has perdonado la culpa de tu pueblo,
has cubierto todos sus pecados.

4 Has reprimido tu cólera,
te has retraído de tu ira encendida.

5 Restáuranos, Dios salvador nuestro,
calma tu enojo con nosotros.

6 ¿Vas a estar siempre indignado con nosotros
o a prolongar tu ira de edad en edad?

7 ¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo te festeje? [1]

8 Demuéstranos, Señor, tu lealtad
y danos tu salvación.

9 Voy a escuchar lo que dice Dios:
el Señor propone [2] la paz
a su pueblo, a sus leales,
a los que recobran la esperanza.

10 Ya se acerca su salvación a sus fieles,
para que la Gloria habite en nuestra tierra.

11 Lealtad y Fidelidad se encuentran,
Justicia y paz se besan;

12 Fidelidad brota de la tierra,
Justicia se asoma desde el cielo.

13 Pues el Señor dará la prosperidad [3],
y nuestra tierra dará su cosecha.

14 Justicia caminará delante de él
encaminando sus pasos [4].

1. y así tu pueblo te festejará?
2. anuncia
3. los bienes
4. Rectitud seguirá sus pasos

1. *Sentido histórico*

El v. 13 da la clave para descubrir la situación de vida de que parte el salmo: «El Señor nos dará la lluvia». Se trata de unas rogativas ante la sequía que pone en peligro la cosecha. De acuerdo con la teología deuteronomista, la lluvia es una bendición de Dios, y la sequía un castigo, especialmente por el

pecado de infidelidad a Yahveh dando culto a los dioses falsos (Dt 11,10-14; 28,12.23-24; 1Re 8,35-36). Una de las expectativas de los tiempos mesiánicos es que «aquel día» habrá gran abundancia de lluvias, y por tanto de cosechas (Os 2,23s; Am 9,13; Is 4,2; 30,23s; Jr 31,12ss). La sequía puede ser aviso de Dios, que llama a su pueblo a conversión (Os 6; Am 4,7; Ag 1,6-11; 2,15-19; Ml 3,10). Del hecho material de la falta de lluvias y la preocupación por las cosechas se pasa a unas perspectivas teológicas o salvíficas mucho más amplias. Primero se desea la lluvia para tener una buena cosecha este año. Después se abren estupendas perspectivas escatológicas para «los últimos tiempos», «aquel día» no sólo lloverá abundantemente sino que del Templo manará una corriente de agua que formará un gran río que saneará y fecundará toda la tierra y todos los meses habrá frutos nuevos (Ez 47). Finalmente, se anhela un Mesías que ponga fin a todos los problemas y angustias de esta vida y traiga la salvación absoluta.

Pero, además, este salmo no se limita a exhortar al pueblo a convertirse, sino que implora la «conversión» de Dios: que se gire hacia él, vuelva a él su rostro y cambie así su suerte (cf. Salmo 79,4.5.15.20).

Tres partes presenta el salmo, que se caracterizan por los tiempos verbales dominantes: pasado, presente y futuro.

a) vv. 2-4. Seis verbos en pretérito: «has sido bueno», «has restaurado», «has perdonado», «has sepultado», «has reprimido», «has frenado». Evocan una salvación histórica pasada. El Segundo Isaías, durante el exilio, había anunciado una intervención de Dios que no sólo libertaría a los deportados sino *que inauguraría en la Jerusalén restaurada una era* de paz y bienestar. Pero los repatriados pasaron por grandes dificultades: todo el Tercer Isaías está lleno de súplicas ardientes que reflejan aquellas penalidades. Esto significa que las esperanzas suscitadas por el Segundo Isaías no se habían cumplido; al menos en la forma esperada. El Salmo 85 se sitúa en este clima postexílico, en medio de dificultades materiales y honda decepción religiosa. Es una liturgia penitencial para pedir el perdón y la lluvia.

Empieza evocando una liberación pasada. La liberación típica, en el Antiguo Testamento, es la salida de Egipto, pero en este caso, como en el del Salmo 126,1-3, se evoca la salida de Babilonia. El caso del Salmo 126, «cuando el Señor cambió la suerte de Sión», es ilustrativo. Sus tres primeros versículos evocan la salida de Babilonia, la alegría que sentían y hasta el testimonio de los gentiles, que reconocían la gran obra de Dios con ellos. Pero en los tres últimos versículos se contempla la penosa situación presente y pide a Dios que la cambie. Al principio recordaba: «Cuando el Señor *cambió* la suerte de Sión». Al empezar la segunda parte suplica: «Que el Señor *cambie* nuestra suerte». En ambos salmos, y en muchos pasajes proféticos, sobre todo de Jeremías, aparece la expresión *shub shebut* (o *shebit*), que según como se lea puede significar «hacer volver la cautividad», o bien «hacer que cambie la suerte». El cambio de la situación de Israel significará que Dios lo ha perdonado. Dios castiga para corregir, y cuando muestra su favor es que ya ha perdonado.

b) vv. 5-8. Verbos en presente, en imperativo o interrogativo retórico que en realidad es una súplica («restáuranos», «cesa en tu rencor», «¿vas a estar siempre enojado?», «muéstranos tu misericordia»). ¿De qué sirve la salvación pasada que acaba de evocar, si ahora Dios no los saca del presente apuro? Es una súplica relacionada con la situación presente. Su contenido se mueve a un doble nivel: el cambio de situación (restaurar, devolver la vida) y el perdón (cesar el rencor, dejar de estar enojado, no prolongar la ira), pero ambos niveles derivan del mismo fundamento: «muéstranos tu misericordia», «danos tu salvación». Si Dios da la lluvia, es que ha perdonado. Y si ha perdonado mucho, es que ama mucho (cf. Lc 7,36-50).

c) vv. 9-14). Verbos sobre todo en futuro («escucharé», «la gloria habitará», «nos dará la lluvia», «la justicia marchará»). En respuesta a la evocación histórica de la primera parte (vv. 2-4) y a la súplica de la segunda (vv. 5-8), un profeta anuncia la salvación inminente. Es frecuente en los salmos que a la súplica del orante se responda con un oráculo de salvación. Éste es un profeta que tiene experiencia de la palabra de Dios y sabe discernir lo que Dios le comunica (cf. Salmo 81,6c: «Oigo un lenguaje desconocido...»). Los profetas de Israel no estaban en acto permanente de comunicación con Dios, sino que sólo profetizaban cuando Dios les hablaba. Éste tiene de pronto la sensación de que Dios le dirige su

palabra, y grita: «Voy a escuchar lo que dice el Señor» (v. 9a). Desde el primer momento, aun antes de haber captado todo el mensaje divino, tiene este profeta el presentimiento de que lo que Dios le va a decir será buena noticia. Antes de proclamar el oráculo, ya adelanta que serán palabras de esperanza y de *shalom* (la paz bíblica, en su amplísima acepción): «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos» (v. 9b). Tiene conciencia, como el Tercer Isaías, de que Dios no le ha enviado a reprender o amenazar, sino a «anunciar una buena noticia a los pobres» (Is 61,1-3). No le tocará ser profeta de desgracias, sino de consolación o paráclesis.

Lo primero que proclama es que «la salvación (el Señor) está ya cerca» (cf. Flp 4,5), a punto de salvarles. Nótense las palabras «salvador» (v. 5) y «salvación» (vv. 8 y 10). En el lenguaje poético del salmo, esta salvación de Dios, o este Dios salvador, se describe como una luz que se descompone en irisaciones multicolores. En los últimos versículos hay como un estallido de atributos divinos, que en realidad no son otra cosa que Dios mismo, pero que se retratan como encarnados en unos personajes que van llegando desde todos los puntos del horizonte. La gloria del Señor –resplandor visible del Dios invisible– se establece en la tierra; gloria que, como la que se manifestó en el Éxodo, monta su tienda entre las del pueblo en marcha. De un extremo de la tierra sale *Misericordia*, del otro se acerca *Fidelidad*, y también van llegando de los otros dos puntos cardinales la *Justicia* y la *Paz*. Todos estos grandes personajes, que en realidad representan otros tantos atributos divinos, se van aproximando hasta encontrarse en el centro de la tierra de Israel, y allí se abrazan: «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (v. 11). Al mismo tiempo, y con otra óptica, del cielo baja *Justicia*, y del fondo de la tierra sube *Fidelidad* (v. 12). Y, en correspondencia con esta última pareja, volvemos a lo que fue y suscitó el salmo, la sequía que ponía en peligro la conciencia: del cielo desciende la lluvia, y así de la tierra brotará la cosecha (v. 13). Esta lluvia es signo o casi sacramento de todo el resto.

Finalmente, otra imagen de la venida de Dios. El salmista lo describe como un rey, a quien no se puede contemplar directamente, pero se ve al heraldo *Justicia* que le precede y al escudero *Paz* que le sigue (personificaciones de este tipo pueden hallarse en Sal 89,15; Hab 3,5; Is 40,10; 58,8; 62,11). En realidad, se trata de Dios mismo, que viene a salvar a su pueblo.

2. *Contenido doctrinal*

La palabra clave de este salmo es el verbo *shub*, que en distintas formas verbales sale cinco veces. Su significado básico es «volverse» o «girarse». Pero uno que caminaba en una determinada dirección, si se vuelve, regresa al punto de partida. De este sentido espacial de posición o movimiento físico se pasa al sentido moral de girarse hacia Dios, o sea «convertirse» a aquel de quien nos habíamos alejado por el pecado. «Convertirse», etimológicamente, significa eso: girarse. En sus formas causativas, este verbo significará hacer que alguien regrese, o que se convierta. De ahí que en el lenguaje de algunos profetas sea la expresión técnica para designar la conversión. El pueblo de Israel se alejó moralmente de Dios por el pecado, y entonces Dios lo alejó físicamente por medio de la deportación de Babilonia. Pero lo «girará», lo «convertirá»: primero moralmente por el arrepentimiento y el perdón, y después físicamente, por la repatriación (*shub shebut/shebit*: cambiar la suerte del pueblo, hacerlo volver de la cautividad. En la parábola llamada del hijo pródigo (Lc 15), el hijo pecador primero vuelve en sí, regresa a su auténtica personalidad, que con sus vicios había degradado, y luego se propone regresar a la casa de su padre. La iniciativa es de Dios: «Hazme volver y volveré», que se puede traducir también por «Conviérteme y me convertiré» (Jr 31,18 = Lam 5,21). Para convertirnos nosotros a Dios necesitamos que antes se «convierta» él, es decir, que se gire misericordiosamente hacia nosotros.

El verbo *shub* se traduce en la Biblia griega por el verbo *metanoein* o el substantivo *metanoia*, que en el latín de la Vulgata darán *poeniteri* y *poenitentia*, y en nuestras traducciones «arrepentirse» o «hacer penitencia». En algunas versiones modernas, interpretando etimológicamente el griego, se traduce por «cambiar de actitud» o de mentalidad, pero este término, fundamental en el mensaje del Nuevo Testamento, hay que interpretarlo a la luz del *shub* de los profetas.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

Hay detrás de este salmo una comunidad que había hecho experiencia de la salvación de Dios (vv. 2-4), pero que de nuevo se siente como dejada de su mano y pide ayuda para el peligro presente (vv. 5-8), en espera de la salvación definitiva, escatológica (vv. 9-14).

Para el cristiano, este salmo puede expresar el misterio del *ya* y el *aún no*, la salvación histórica operada ya en raíz por el misterio pascual de Cristo y su actualización en el *hoy* de la liturgia, en espera de la consumación futura. De ahí la aplicación de este salmo a la liturgia del Adviento y Navidad. El Mesías ya vino, pero lo esperamos cada año, anhelando su venida gloriosa al fin de los tiempos. Se aplica, más concretamente al misterio de la encarnación, por el que el Verbo, gloria del Padre, habita entre nosotros, y hemos contemplado su gloria. Y también a María, que es la tierra donde la lluvia del Espíritu ha dado su fruto de salvación.

4. *Puntos de revisión*

- Tomar conciencia de la salvación pasada: la realizada históricamente por su encarnación y misterio pascual, y nuestra inserción en ella por el bautismo.
- Reconocer la necesidad que tenemos de la gracia, de la iniciativa divina: que Dios se convierta hacia nosotros: «que brille tu rostro y nos salve» (Sal 80,4.8.20).
- Súplica por la lluvia del Espíritu: *riga quod est aridum*, como dice la secuencia de Pentecostés.
- Si el Rey que ha de venir va precedido por la justicia y seguido de la paz (v. 14), hemos de preparar su venida difundiendo la justicia, y consolidarla sembrando paz.
- Este salmo, como muchas profecías de la época postexílica, se abre a las máximas esperanzas a partir de una situación deplorable: ¿sabemos reaccionar con esperanza teologal ante las dificultades o inquietudes?

5. *Oración para Adviento y Navidad*

Señor, has sido bueno con tu tierra, y así has restaurado la suerte de tu pueblo. Voy a escuchar lo que el ángel del Señor dice a María: Dios anuncia el evangelio de la paz a su pueblo, nos muestra su misericordia, nos da su Salvador. El Señor está ya cerca para salvar a sus fieles. La misericordia de Dios ha encontrado pleno eco en la fidelidad de la Virgen. En Nazaret la justicia y la paz se han besado: la justicia ha mirado desde el cielo y la fidelidad ha brotado de la tierra. El Dios tres veces santo se ha hecho Emmanuel, «Dios-con-nosotros». El Señor ha mirado la pequeñez de su sierva, y en ella se han abrazado la bondad y la paz. Dios nos ha dado la lluvia, los cielos han destilado su rocío y la tierra ha dado su fruto cuando en Nazaret ha germinado la justicia. Dios ha plantado su tienda entre nosotros, y nosotros hemos contemplado su gloria, gloria que tiene del Padre como Hijo único, lleno de misericordia y de fidelidad. Porque la Ley fue dada por Moisés, pero la misericordia y la verdad en Jesucristo a través de la Virgen María.



Salmo 89
Las fieles promesas de Dios a David

2 La lealtad del Señor cantaré eternamente,
anunciaré de edad en edad tu fidelidad.

3 Afirmo: Tu lealtad está construida en los cielos,
en ellos está firme tu fidelidad:

4 – He sellado una alianza con mi elegido,
jurando a David mi siervo[1]:

5 «Te fundaré un linaje perpetuo
y te construiré un trono para todas las edades».

6 Proclamen los cielos tu maravilla, Señor,
tu fidelidad en la asamblea de los Santos[2].

7 Pues ¿quién sobre las nubes se compara al Señor,
o se asemeja al Señor entre los seres divinos?

8 Dios es temido en el Consejo de los Santos,
es grande y terrible para toda su corte.

9 Señor Dios de los Ejércitos, ¿quién como tú?
Tu poder y fidelidad, Señor, te hacen corte.

10 Tú domeñas la soberbia del mar
y amansas la hinchazón del oleaje.

11 Tú traspasaste y destrozaste a Rahab[3],
con brazo potente dispersaste al enemigo.

12 Tuyos son los cielos, tuya es la tierra;
el orbe y cuanto contiene[4] tú lo cimentaste.

13 Tú has creado el Norte y el Sur[5],
el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre.

14 Tú tienes un brazo valeroso;
fuerte es tu izquierda, sublime tu derecha.

15 Justicia y Derecho sostienen tu trono,
Lealtad y Fidelidad se presentan ante ti.

16 Dichoso el pueblo que sabe aclamarte[6]:
caminará, Señor, a la luz de tu rostro.

1. vasallo
2. ángeles
3. al Monstruo
4. lo puebla
5. Septentrión y Mediodía
6. experto en aclamar

17 Tu nombre es su gozo constante,
tu justicia es su orgullo.

18 Tú eres su honor y su fuerza;
con tu favor se alza nuestro cuerno.

19 Porque del Señor[7] es nuestro Escudo,
del Santo[8] de Israel nuestro rey.

20 Un día hablaste en visión
declarando a tus leales:
«He ceñido la diadema a un valiente,
he exaltado a un soldado de la tropa.

21 Encontré en David un siervo[9]
y lo he ungido con óleo sagrado.

22 Mi mano estará firme con él
y mi brazo lo hará esforzado.

23 No lo engañará el enemigo
ni los criminales lo humillarán.

24 Ante él machacaré a sus adversarios
y heriré a los que lo odian.

25 Mi fidelidad y lealtad lo acompañarán,
en mi nombre se alzará su cuerno.

26 Extenderé su izquierda hasta el Mar
y su derecha hasta los Ríos.

27 Él me invocará: "Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca de salvación".

28 Y yo lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra.

29 Le guardaré lealtad eterna
y mi alianza con él será estable.

30 Le daré un linaje perpetuo
y un trono duradero como el cielo.

31 Si sus hijos abandonan mi ley
y no siguen mis mandamientos,

32 si profanan mis preceptos
y no guardan mis mandatos,

33 castigaré con vara sus delitos
y a latigazos sus culpas;

34 pero no les retiraré mi lealtad
ni desmentiré mi fidelidad;

7. el Señor
8. el Santo
9. vasallo

35 no profanaré mi alianza
ni cambiaré[10] mis promesas.

36 Una vez juré por mi santidad
no faltar a mi palabra con David.

37 Su linaje será perpetuo
y su trono como el sol en mi presencia;

38 como la luna que permanece siempre:
testigo fidedigno en las nubes».

39 Pero tú, encolerizado con tu Ungido,
lo has rechazado y desechado;

40 has roto la alianza con tu siervo[11]
y has profanado por los suelos su diadema.

41 Has desportillado sus tapias
y derrocado sus fortalezas.

42 Cualquier viandante la saquea[12]
y es la afrenta de sus vecinos.

43 Has alzado la diestra de sus enemigos,
y llenado de gozo a sus adversarios.

44 Le has doblado la hoja[13] de la espada
y no lo has sostenido en la batalla...

45 Has empañado su resplandor[14]
y has derribado su trono por tierra.

46 Has acortado los días de su juventud
y lo has vestido de ignominia.

47 ¿Hasta cuándo, Señor, te mantienes escondido
y arde como fuego tu cólera?

48 Recuerda lo que dura mi vida:
¿has creado en vano a los humanos?

49 ¿Qué hombre vivirá sin ver la muerte?,
¿quién librará su vida de la garra del Abismo?

50 ¿Dónde está, Dueño mío, tu antigua lealtad,
lo que tu fidelidad juró a David?

51 Fíjate, Dueño mío, en la afrenta de tus siervos[15],
lo que tengo que aguantar de todos los pueblos:

52 cómo afrentan las huellas de tu Ungido.

¡Bendito el Señor por siempre! Amén, amén.

10. anularé
11. vasallo
12. despoja
13. el filo
14. Lo has despojado de su pureza
15. vasallos

1. *Sentido histórico*

El contexto histórico de este salmo lo podemos leer en 2 Sm 7. El rey se sentía avergonzado de que el Señor, cuya presencia simbolizaba el arca de la alianza, estuviera en una carpa o tienda, en tanto que él vivía en un lujoso palacio. Comunicó al profeta, que era su intermediario con Dios, su proyecto de edificar un buen palacio o templo para el Señor instalando en él el arca. De momento Natán se ilusionó con el propósito de David y se lo aprobó. Pero los antiguos profetas no estaban en acto permanente de inspiración, y resultó que había hablado sólo a título personal. Aquella noche tuvo revelación de Dios y al día siguiente tuvo que decirle a David que Dios no quería que le edificara el templo él, que tantas guerra había hecho; que lo edificaría su hijo Salomón, el «rey pacífico». Pero la devoción de David agradó a Dios y se la recompensó con un premio anunciado con un juego de palabras, el doble sentido de «casa»: «Tú me querías edificar una *casa* (palacio) a mí; no, soy yo quien te va a edificar una *casa* (linaje) a ti». Y le promete que siempre habrá un descendiente suyo que le suceda en el trono.

Cuando no estaba aún revelada la inmortalidad del alma o la vida eterna, tener descendencia era no morir del todo. Además, Dios, que había sacado casi de la nada a David para hacerle rey de su pueblo, ahora le promete que será una monarquía hereditaria, algo que aún no se había dado en Israel. De ahí el inmenso agradecimiento del rey David, que estalla en el primer versículo: «La lealtad del Señor cantaré eternamente, anunciaré de edad en edad tu fidelidad».

El fenómeno de las relecturas (un texto sagrado antiguo que, en unas circunstancias nuevas, es



David entonando salmos. Baptisterio de Parma, siglo XII.

interpretado de otro modo) se da de un modo especial en el seno del libro de los Salmos. En muchos de ellos pueden apreciarse distintos estratos redaccionales, y sin duda el proceso de agrupación del libro dio lugar a retoques que reflejan reinterpretaciones. Un interesante ejemplo es el de este salmo. E. Lipinski aprecia en él los siguientes estratos (el v. 1 es el título bíblico, que no forma parte del texto del salmo): 1° vv. 2-5; 20-38. Oráculo a David; 2° vv. 6-19. Himno cósmico; 3° vv. 39-46. Lamentación; 4° vv. 47-52. Oración (el v. 53, ó 52b de algunas ediciones, es la doxología conclusiva del tercer libro del Salterio, y por consiguiente no forma parte del salmo).

La parte más antigua, el *oráculo a David*, sería según Lipinski el núcleo más antiguo de la fe mesiánica, anterior a 2 Sm 7, anterior por tanto a este libro histórico. Un documento de Qumrán contiene sólo esta parte del salmo. Ha quedado cortada por la segunda parte que se intercaló después del v. 15. La mayoría de los autores, con todo, entiende que este salmo fue compuesto conociendo el relato de 2 Sm 7. Este núcleo más antiguo del Salmo 89, siempre según Lipinski, habría sido escrito como *panfleto político* (en el sentido no peyorativo de *alegato*) para legitimar la sucesión del trono a favor de Salomón y consolidar así la monarquía hereditaria. Entre todos los hijos de David, Salomón no era ni con mucho el mejor calificado para sucederle. El gran relato llamado «historia de la Sucesión de David» (de 2 Sm 7 a 1 R 2) atribuye la promoción de Salomón a la elección divina, porque cuando nació «Yahveh lo amó y envió al profeta Natán para que le impusiera el sobrenombre de Yedidías («amado de Yahveh»), por el amor que Yahveh le tenía» (2 R 12,25). Pero faltaba tradición de monarquía hereditaria y tenía muchos enemigos. Sólo después de haber eliminado a los más peligrosos puede decir el historiador sagrado: «... y el reino se consolidó en las manos de Salomón» (1 R 2,46).

El *himno cósmico* del segundo estrato redaccional (vv. 6-19) corresponde quizá al momento de la fracasada invasión de Senaquerib (2 R 18-19), que dio lugar a la ideología de la inviolabilidad de Sión (cf. Salmo 46 y 48, sobre el fracaso de los pueblos que asaltan Jerusalén). Este segundo estrato fue intercalado en medio del primero. Su género literario es muy distinto. Si se le añadió fue tal vez para indicar, a continuación de la gran promesa a David, que Yahveh, que se la concedió, es el mismo Dios creador del universo que al principio dominó las fuerzas del caos. Además, hay un tema que unifica la primera y la segunda parte: el de la *hésed* (misericordia, amor, cariño, favor, gracia) y la *émet* (verdad, firmeza, fidelidad, lealtad); dos palabras que aparecen en los cuatro estratos del salmo: vv. 2, 6, 15, 25, 34 y 50.

La tercera parte, *lamentación*, y la cuarta, *oración*, suponen un gran cambio de situación: la destrucción de Jerusalén del 587 a.C. y el exilio o, más probablemente, según Lipinski, la derrota y muerte del rey Josías en Meguido, el 609 a.C., a la que aludiría el v. 45: «has acortado los días de su juventud» (2 R 23). Estas dos partes se diferencian porque la tercera expone una situación dolorosa y la cuarta pide la ayuda de Dios. Entienden algunos que se redactaron y añadieron a la vez. En todo caso, el gran cambio de contexto histórico se produce entre las dos primeras partes y las dos últimas. La reiterada promesa que en la primera parte ocupaba versículos y más versículos contrasta con estas dos últimas partes, en que también largamente se describe el desastre.

(35) DISTRIBUCIÓN DE LOS VERSOS DEL SALMO 89 SEGÚN LOS SUCESIVOS ESTRATOS REDACCIONALES

(Título bíblico)	1						
1. Oráculo de David		2-5		20-38			
2. Himno cósmico			6-19				
3. Lamentación					39-46		
4. Oración						47-52	
(Doxología)							53

2. *Contenido doctrinal*

Es admirable la fe de Israel, que siguió rezando este salmo incluso cuando parecía que las promesas a David habían fallado estrepitosamente. En un primer tiempo, la parte más antigua del salmo, el oráculo de Natán a David, se rezaba cada vez que en Jerusalén era ungido un nuevo rey (véase la descripción del rito en el comentario a los Salmos 2 y 110). Cuando en 721 a.C. la capital del reino del norte, Samaría, cayó en manos de los asirios, en Judá se confiaba que esto jamás les sucedería a ellos, que contaban con la promesa incondicional dirigida a David, que aseguraba que aunque sus descendientes le fueran infieles, los castigaría para corregirlos, pero no apartaría de ellos su misericordia. Pero el 587 a.C. cayó Jerusalén. Era como para dejar correr el viejo oráculo. Sin embargo, siguieron rezándolo, pero añadiéndole la tercera y la cuarta parte. De este modo le recordaban a Dios lo que él les había prometido, y a la vez le exponían lo que estaba pasando. Y así han continuado haciéndolo hasta el día de hoy, en la espera del Mesías.

La teología o ideología mesiánica arranca de las promesas a David, que se convertirán en un artículo más del *credo* de Israel. Otro artículo que se le añadirá, y que aparece también en este salmo (estrato segundo es la inviolabilidad de Jerusalén). El mesianismo evolucionará, en sentido cada vez más espiritual y universal, hasta llegar al reino de Dios tal como Jesús lo anuncia. El segundo Isaías democratiza las promesas a David: hace beneficiario de ellas no sólo a un descendiente del linaje davídico, sino a todo el pueblo (Is 55,3). La predicación apostólica «universaliza» las promesas hechas a David y extendidas a todo el pueblo judío, y las entiende cumplidas fundamentalmente en la resurrección de Jesús (Hch 13,33; el v. 22 cita Sal 89,21). En la anunciación a María, el ángel le dice que su hijo recibirá el trono de su padre David (Lc 1,32); así se cumplirán plenamente, aunque de forma desconcertante, las promesas dirigidas mil años antes a David.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La «fidelidad» (*émet*) y la misericordia (*hésed*) de Dios atraviesan toda la historia de Israel, hasta en sus momentos más oscuros. Y también atraviesan la vida de cada creyente. Israel no ha dejado de rezar este salmo, con sus palabras de agradecimiento, incluso cuando peor les iban las cosas, aunque luego añadieran las estrofas de lamentación y de oración. Es un ejemplo para nuestra piedad, que ha de creer en el amor de Dios incluso cuando no se ve por ninguna parte.

¿En qué pensamos cuando pedimos a Dios que venga su Reino? ¿Nos lo imaginamos como un poder político y militar, como el de David y sus sucesores, o como una coacción institucional sobre la sociedad (régimen de cristiandad), por el estilo de las potestades de este mundo? ¿Pensamos en el Reino tal como lo anunció Jesús, que no se funda en la fuerza o la imposición del poder sino en el amor y el servicio?

La primera parte del salmo es una auténtica «canción protesta». En ciertas ocasiones, es la única forma humanamente posible de nuestra oración (a menos que nos tapemos los ojos para no ver lo que ocurre).

4. *Puntos de revisión*

- Los salmos históricos (y éste en parte lo es) nos invitan a revisar el hilo de nuestra propia historia, y el paso por ella de la mano amorosa de Dios. Sobre todo si ya contamos con algunos años, hemos de repasar, como decía Juan XXIII en su ancianidad, *l'umile arco della mia vita*, con la presencia eficaz de Dios tanto en la curva ascendente como en la descendente, pasando por todas las oscilaciones, y con la seguridad de encontrarnos cara a cara con él al final del viaje.

- ¿Cuándo me acuerdo más de Dios, y cuándo le olvido más, en la prosperidad o en la adversidad?

5. *Oración*

Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Te doy gracias porque has cumplido en tu Hijo Jesucristo y en la Iglesia la fidelidad y el amor eterno que un día prometiste a tu siervo David. Aquel amor fiel

que en tantos momentos de la historia parecía haber fallado, lo realizaste maravillosamente, no en un Mesías guerrero y dominador, sino en el Siervo de Dios y de los hombres, rey pacífico, adorado por los pastores en un pesebre, entronizado en la cruz primero y después glorificado a tu diestra. Él te dijo en Getsemaní: «Abbá, tú eres mi Padre», y tú lo constituiste Primogénito tuyo en poder desde la resurrección (Rm 1,4). Que quienes creemos en el misterio de su Encarnación lleguemos, por el camino de la pasión y de la cruz, a la gloria de su resurrección.

Salmo 95
Introducción a un retiro

1 Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;

2 entremos a su presencia con acción de gracias,
vitoreándolo al son de instrumentos.

3 Porque el Señor es el Dios supremo[1],
Soberano de todos los dioses[2],

4 En sus manos las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes.

5 Suyo es el mar, porque él lo hizo,
y la tierra firme que modelaron sus manos.

6 Entrad, doblegados rindamos homenaje[3],
bendiciendo al Señor, Creador nuestro,

7 que él es nuestro Dios, y nosotros
pueblo de su aprisco, ovejas a su cuidado.
¡Ojalá le hagáis caso hoy!

8 – No endurezcáis el corazón como en Meribá[4],
como el día de Masá en el desierto:

9 cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mi acción.

10 Cuarenta años me asqueó aquella generación;
dije: Son un pueblo de corazón extraviado
que no reconoce mi camino.

11 Por eso juro indignado
que no entrarán en mi descanso.

1. un Dios grande
2. Rey supremo
3. arrodillémonos ante
4. Fuencareo
de la Prueba

Este salmo clásico de invitatorio, que la liturgia usa para empezar la oración de cada día, puede servirnos también como introducción para un día o unos días de retiro, en la doble dirección espiritual de este salmo: invitación a la alabanza, exhortación a la conversión.

1. *Sentido histórico*

Consta este salmo de dos partes, de género literario muy distinto:

a) vv. 1-7c: un himno (¿o dos himnos?) de invitación a la alabanza. De acuerdo con el género, consta de invitaciones: «Venid...» (v. 1), «entremos a su presencia...» (v. 2), «entrad...» (v. 6); exhortaciones a la alabanza: «aclamemos...», «demos vítores» (v. 1), «demos gracias...», «vitoreemos al son de instrumentos...» (v. 2), «postrémonos por tierra», «bendigamos...»; finalmente, la motivación: «porque...» (v. 3), «porque...» (v. 7). El primer motivo es la majestad del Dios único y todopoderoso, creador del universo; el segundo, la especial relación que tiene con su pueblo Israel, al que conduce como un pastor a su rebaño. Hay una relación de todo el universo con su Creador. El hombre tiene una relación más estrecha, porque Dios, al crearlo a su imagen y semejanza, le dio la capacidad de conocerle y de amarle. Pero con el pueblo de Israel, por una elección gratuita, se ha dignado establecer un lazo más íntimo, que en muchos pasajes bíblicos, y en concreto en este salmo, se expresa con la imagen del pastor y su rebaño. Recuérdese el Salmo 23 y las palabras de Jesús, según Juan 10, sobre su relación, como buen pastor, con sus ovejas, que le conocen, escuchan su voz y le siguen.

b) vv. 7d-11: una exhortación de estilo profético a convertirse *hoy*, evocando las enseñanzas de la *historia* de los Padres en el desierto durante cuarenta años, y terminando con la amenaza de no entrar en el *descanso*.

2. *Principales temas*

a) Oración de alabanza. No sólo petición interesada, ni mera acción de gracias por los beneficios. Hay que dar gloria a Dios *propter magnam gloriam tuam,* «por su inmensa gloria»; *quoniam bonus, quoniam in aeternum misericordia eius,* «porque es bueno, porque es eterna su misericordia».

b) El rebaño de Dios. En el v. 7, «pueblo» y «rebaño» se presentan como sinónimos. «Rebaño» es metáfora, «pueblo» es realidad. La constitución *Lumen gentium* del Vaticano II, sobre el misterio de la Iglesia, en su número 6 trae y comenta las diversas figuras de la Iglesia que nos ofrecen tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento: «redil» que tiene a Cristo por puerta, «agricultura» o arada de Dios, «viña» elegida, «edificación» de Dios, «piedra» rechazada pero que convertida en angular, «familia», «templo» de piedras vivas, «madre» nuestra, «esposa» del Cordero y también «rebaño», que los profetas habían anunciado que apacentaría Dios mismo y «cuyas ovejas, aunque aparezcan conducidas por pastores humanos, son guiadas y nutridas constantemente por el mismo Cristo, Pastor y jefe rabadán de pastores».

c) Creación. Dios es el Señor del universo, lo que en griego se llama *Pantocrátor,* y que en latín dará *Omnipotens,* literalmente: «Todopoderoso». Este atributo divino, más que significar que Dios lo pueda todo en el sentido de que pueda hacer reali-

(36)

EL SENTIDO LITERAL ESTÁ ABIERTO A DESARROLLOS ULTERIORES

Una corriente de la hermenéutica moderna ha subrayado la diferencia de estatuto que afecta a la palabra humana cuando se pone por escrito. Un texto escrito tiene la capacidad de ser situado en nuevas circunstancias, que lo iluminan de varias maneras, añadiendo a su sentido unas interpretaciones nuevas. Esta capacidad del texto escrito es especialmente efectiva en el caso de los textos bíblicos, reconocidos como Palabra de Dios. En efecto, lo que llevó a la comunidad creyente a conservarlos es la convicción de que continuarán siendo portadores de luz y de vida para las generaciones futuras. El sentido literal está, desde el comienzo, abierto a desarrollos ulteriores, que se producen gracias a «relecturas» en contextos nuevos.

Documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* de 15 de abril de 1993, II, B, 1.

dad todo lo que se le ocurra, tiene el sentido concreto de que Dios es «poderoso sobre todo (lo que existe)». Teológicamente, la creación, de parte de Dios, no es nada real; de parte de las criaturas es el hecho de su total dependencia del Creador, al que deben la existencia.

d) Adoración. Es la respuesta propia de la fe en el Dios Creador. El gesto físico de postrarse y besar los pies de alguien, o el suelo ante sus pies (actitud de los musulmanes en la oración) expresa el total sometimiento a su voluntad.

e) Menuhá (reposo). Esta palabra significa primariamente el descanso después del trabajo o de la guerra. A veces designa el lugar donde se descansa o se vive permanentemente, el domicilio. Dios da descanso a su pueblo cuando lo introduce en la tierra prometida. A David lo hace descansar de todos sus enemigos cuando se consolida su trono. Escoge Jerusalén como lugar de su descanso. A su vez el buen israelita se pregunta quién descansará en el monte santo (Sal 14,1) y procura entrar en el reposo interior (Sal 114,7).

3. *Sentido cristiano*

a) La primera parte, de bendición, acción de gracias y adoración, encuentra su pleno sentido en la alabanza de Jesús al Padre, que ha revelado los misterios del Reino a los pequeños, y en su Eucaristía, y en nuestra participación en la acción de gracias de Jesús.

b) La segunda, exhortación a la conversión, nos lleva al *hoy* sacramental de la liturgia cristiana, que actualiza las *mirabilia Dei* («maravillas de Dios»), y que por medio de los sacramentos hace eficazmente presentes entre nosotros los misterios de Cristo. Vivimos envueltos en maravillas mucho mayores que las que Dios dispensó a los israelitas en el desierto, pero, como a ellos, a nosotros no nos salvarán si no nos convertimos: «Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube... pero la mayoría no agradó a Dios y fueron abatidos en el desierto» (1 Cor 10,1-12). Con todo, la más autorizada interpretación cristiana de este salmo, centrada en el tema del «reposo», nos la ofrece Heb 3,7-4,11.

4. *Puntos de revisión al empezar un retiro*

• *Venid.* ¿A qué hemos venido? ¿Por qué estamos aquí reunidos? ¿Por qué es costumbre practicar cada año ejercicios? ¿Por decisión mía? No: es el Señor quien nos ha llamado y congregado en su nombre, en prueba de amistad e intimidad: «Venid vosotros solos a un sitio tranquilo y descansad un poco» (Mc 6,31).

• *Alabanza.* Nos invita a participar en el gozo de su alabanza. Estos días, liberados de las tareas ordinarias, nos podemos dar sin límite al trato con él. Y también a relanzar para después nuestra oración litúrgica, a la vez que potenciar la oración personal basada en los salmos.

• *El rebaño que él guía.* Toma de conciencia de nuestra pertenencia a la Iglesia y a una comunidad cristiana concreta. Mi relación con el Pastor, con los pastores, con las demás ovejas. El Pastor dedica su mayor solicitud a la oveja perdida, pero separarse conscientemente del rebaño es tentar a Dios y exponerse seriamente a perecer.

• *Hoy.* El Señor nos escucha siempre que lo invocamos, pero especialmente en el *hoy* de la liturgia, en el que la Palabra y la acción sacramental de Dios se hacen eficazmente presentes para que por la fe nos pongamos en contacto vivificante con ellas y así nos transfiguren.

• *Si escuchamos su voz...* Escuchar la Palabra es estos días nuestro principal trabajo. En vez del trabajo exterior, el interior, y el gran trabajo de dejar que Dios nos trabaje por dentro.

• *Conversión.* Cuando escuchamos la Palabra de Dios, ya no podemos quedar como antes: o nos convertimos o nos endurecemos.

• *Reposo.* En su gran acción de gracias al Padre, Jesús dice: «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis vuestro reposo, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11,30). Ojalá aprendamos a descansar en él, como un peso es llevado por la fuerza de la gravedad. Que el gozo espiritual de estos días sea recompensa al trabajo por el Reino de Dios, y que la liturgia de las Horas no nos sea nunca un *pensum servitutis*, un trabajo más, sino la recompensa de todos los demás.

5. *Oración*

Te damos gracias, Señor, por el don de estos días que nos invitas a pasar en tu presencia, escuchando tu voz, para adorarte, conocerte, amarte y servirte mejor. Te alabamos por todas tus criaturas: por la luz, por el sol, por los montes y los ríos, por las cosechas que nos alimentan y por las flores que no tienen más utilidad que su belleza. Pero sobre todo te damos gracias por la más excelsa y hermosa de todas tus criaturas: la Virgen María. Ella fue perfecto lugar de tu reposo. Que, por tu gracia y en la medida de nuestras posibilidades, seamos dignos también nosotros de serlo. Y ya que nuestra comunidad es tu pueblo, el rebaño que tú guías, no dejes que nuestro corazón se endurezca. Quítanos el corazón de piedra y danos un corazón de carne, para que en el «hoy» de este retiro conozcamos lo que de nosotros esperas, en qué y cómo hemos de cambiar para entrar en el lugar de tu reposo y no perderlo nunca más.

Salmo 110
Jesucristo es el Señor

1 Oráculo del Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha
hasta que haga de tus enemigos
escabel de tus pies».

2 El Señor extenderá desde Sión
el poder de tu cetro.
Somete en la batalla a tus enemigos.

3 Tu ejército es de voluntarios
el día de la movilización.
Una majestad sagrada
llevas desde el seno materno
de la aurora un rocío de juventud.

4 El Señor lo ha jurado
y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno
según el rito de Melquisedec».

5 El Señor a tu derecha, el día de su ira
quebrantará a reyes;

6 juzgará a los paganos,
amontonará cadáveres,
quebrantará cráneos
sobre la ancha tierra.

7 En el camino beberá del torrente,
y así levantará la cabeza.

1. nacimiento
Variante de v. 3: Tu familia es de nobles.
El día de tu nacimiento, en el atrio sagrado, te di a luz, como a rocío del seno de la aurora

1. *Sentido histórico*

Es un salmo real, compuesto para la entronización de un nuevo rey, descendiente de David, en Jerusalén. A la luz del relato de la coronación de Salomón (1 R 1,32-48) y de la de Joás (2 R 11,5-11), y también de los rituales faraónicos, podemos reconstruir con bastante precisión cómo se desarrollaba el rito. La ceremonia empezaba en el templo, donde un profeta cultual (había profetas del templo y profetas de la corte) le ungía con el óleo sagrado: éste era el acto principal, que lo constituía en *mesiah*, ungido o untado. Esta unción, como la de los sacerdotes, era como un sacramento de la penetración del Espíritu de Yahveh, que le comunicaba sabiduría y fuerza y lo hacía, en definitiva, instrumento de Dios para conducir a su pueblo. El rey de Israel, al fin y al cabo, no pasaba de virrey. Después se le imponía la diadema, que era el equivalente de lo que después sería la corona y venía a ser la «coronación». A continuación, otro profeta le entregaba el protocolo real, que era un documento en el que Dios le formulaba promesas y augurios y podía imponerle varios nombres simbólicos. Vestigio de este rito es el famoso oráculo, adoptado por nuestra liturgia navideña: «Una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro y se le llamará *Maravilla de Consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe de Paz*» (Is 9,5). Terminada la primera parte del rito, desarrollada en el templo, lo montaban en la cabalgadura real (caballo o mula), tal como vemos que ordena David que se haga con Salomón cuando antes de morir quiere dejarlo ya constituido rey, y se encaminaba hacia el palacio real, que estaba al lado del templo, acompañado de la guardia y de todo el pueblo, entre vítores y aclamaciones, pero sobre todo con el «grito real» («¡Absalón rey!», o «¡Salomón rey!»). Cuando ya no hay rey en Israel, este grito se dirige a Yahveh mismo en los llamados «salmos del reino de Yahveh»: «¡Yahveh es rey», o «¡Yahveh reina!» (Sal 93,1; 96,10; 97,1; 98,4-6; 99,1). Ya en el palacio, empezaba la segunda parte. El nuevo rey subía las gradas del trono y se sentaba en él. Era su toma de posesión. En los libros de los Reyes, decir de alguno de ellos que «se sentó en el trono de sus padres», o «de su padre David», equivale a decir que empezó a reinar. Entonces, un profeta de la corte le entregaba el cetro o bastón de mando, acompañando este gesto de algunas palabras rituales, como «los gobernarás (a los pueblos vecinos) con cetro de hierro, los quebrarás como jarro de loza (Salmo 2,9), o «Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro: somete en la batalla a tus enemigos» (Salmo 110,2). Venían luego los altos dignatarios de la corte y los reyezuelos vasallos a postrarse ante él y besarle el pie. Así, un salmista dice a los dignatarios o reyes vasallos que habían querido aprovechar el interregno para independizarse: «Y ahora, reyes, sed sensatos; escarmentad, los que regís la tierra: servid al Señor con temor, rendidle homenaje temblando; no sea que se irrite y vayáis a la ruina, porque se inflama de pronto su ira» (Sal 2,10-12). Profetas de la corte se sucedían dirigiéndole oráculos y elevando oraciones con un doble deseo: victorias sobre los enemigos y *shalom* (paz, justicia, bienestar) para todo el pueblo (véanse, por ejemplo, las contenidas en el Salmo 72). Finalmente el rey pronunciaba una especie de «discurso de la corona», con su programa de gobierno. (Puede verse un espléndido discurso de la corona, centrado en los criterios que va a seguir para el nombramiento de los altos cargos, válido para todos los países y todas las épocas, en el Salmo 101).

En este salmo hay tres oráculos, o sea sentencias que un profeta dice transmitiendo fielmente un mensaje expreso de Dios, y que en nuestras ediciones suelen leerse entre comillas. Los salmos, como toda la Biblia, son Palabra de Dios, pero estos oráculos se subrayan enfáticamente porque son Palabra de Dios que transmite Palabra de Dios.

El comienzo del salmo resulta algo confuso en la traducción litúrgica, «oráculo del Señor a mi Señor» (v. 1). Los dos «Señor» se diferencian en el original hebreo, que dice: «Oráculo de *Yahveh* a *adoní*», es decir, «oráculo de Dios a mi señor (el rey)». El oráculo, «siéntate a mi derecha», puede entenderse dicho por un profeta de la corte que invita al nuevo rey a sentarse en el trono de sus padres. La situación topográfica del palacio, que lindaba por el norte con el templo, ha permitido a algún autor, con un poco de imaginación, aventurar que Dios, que habita en el templo, y por tanto, situado de cara al oriente (que era la «orientación» básica), tiene a su derecha el palacio real, le dice al que acaba de ser ungido en el templo que ocupe la casa que está a la derecha de la suya.



A continuación otro profeta de la corte le entrega el cetro real, augurándole que el Señor hará que el poder simbolizado por aquel bastón de mando sea efectivo, de modo que «someta en la batalla a sus enemigos» (v. 2). Ésta es la primera misión del rey, mandar el ejército del pueblo escogido, y lo primero que en relación con él se espera de Dios es que lo haga siempre victorioso.

El oráculo del v. 3 es doblemente misterioso: por la inseguridad del texto hebreo y por la grandiosidad del misterio que se entrevé a través de las palabras dudosas y tan difíciles de traducir. A pesar de la incertidumbre, lo indudable es que el oráculo sugiere una relación personal muy especial entre Dios y el rey, algo referente a cómo Dios lo ha engendrado, que seguramente va en la línea de aquel acto de reconocimiento de paternidad de que hemos hablado a propósito del Salmo 2.

Este salmo recoge la tradición jerosolimitana de un rey sacerdote, atestiguada ya en el antiquísimo episodio de Melquisedec (Gn 14,18). Por el tercer oráculo, en forma de juramento solemne, Yahveh se dirige directamente al rey para decirle que es sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (v. 4). Lo de «eterno», o «para siempre», no implica nuestra idea de eternidad (aunque la relectura cristiana, sobre todo la del Heb 5, lo entenderá así), sino de un cargo concedido irrevocablemente, de por vida, como el rango de rey, del que jamás será destituido.

En el v. 5 reaparece el título o tratamiento de *Adonai* que vimos en el v. 1, pero si allí era tratamiento de respeto al rey, aquí es nombre divino. En el v. 1 Dios dice al rey que se siente a su derecha; aquí se dice, en tercera persona, que el Señor estará a la derecha del rey en el combate, «el día de su ira», para ayudarle a aplastar a los reyes enemigos. El v. 6 describe con expresiones tópicas los detalles de la matanza.

El versículo final es también misterioso. «Beber del torrente» se ha considerado alusión a un rito sagrado, que formaría parte del ritual de coronación, y que consistiría en beber del manantial de Guijón, que nace al pie de la colina de Sión, y que debía ser tenida como poderosa fuente de la vida. En un texto de Ras Shambra se dice que «el rey ayuna y acude a la fuente del agua». Kraus piensa que esta frase responde a la cuestión de cómo el rey va a obtener el poder para la victoria sobre los enemigos que se le acaba de profetizar: «*por eso* levantará la cabeza» (v. 7).

2. *Contenido doctrinal*

Dice Kraus que ningún salmo ha suscitado tantas hipótesis y provocado tantos debates como éste. Ello se debe a que el texto nos ha llegado tan deteriorado que si se intenta traducir literalmente el hebreo resulta en varios puntos absolutamente ininteligible, y por eso todos los comentaristas se ven obligados a enmendarlo y a hacer conjeturas. Por ejemplo, el v. 3, traducido al pie de la letra, sonaría así: «El pueblo es generosidad el día de tu valentía en la aparición sagrada desde el seno materno de la aurora a ti el rocío de tu infancia» (¿?). Pero, además del problema de crítica textual, la extensa literatura sobre este salmo se debe a que es el más importante, desde el punto de vista cristiano. Es el pasaje del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo, sin contar las numerosas alusiones que a él se hacen, con expresiones que sin ser citas literales dicen, por ejemplo, que «el Padre lo ha sentado (a Cristo) a su diestra». Ya los judíos contemporáneos de Jesús entendían que se refería al Mesías (cf. Mt 22,44 y par). El Ungido de Yahveh (*messiah*) gobernaba a sus súbditos y se imponía a los enemigos exteriores por medio de la fuerza militar. En este sentido, todo rey de Jerusalén era «mesías», porque todos eran «ungidos». Pero poco a poco, sobre todo cuando ya no había reyes en Israel, se empezó a hablar, no ya de los «mesías», sino del «Mesías», el Ungido de Dios por antonomasia, que vendría al fin de los tiempos y daría al pueblo de Dios no ya una victoria más, sino el triunfo escatológico, definitivo, sobre los paganos, y proporcionaría al pueblo escogido una prosperidad sin medida mediante cosechas fabulosas, establecería la justicia perfecta protegiendo eficazmente a los pobres y la felicidad total con la plenitud de vida.

Tales esperanzas sólo se realizarán con el Mesías del Nuevo Testamento, que es descendiente de David pero a la vez es el Hijo del Hombre que ha venido en las nubes del cielo. Ha recibido la plenitud de la unción del espíritu, según la profecía que Jesús se aplicó en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor reposa sobre mí» (Is 61,1; Lc 4,18). Este Mesías nos gobierna por una fuerza que no coacciona desde fuera, como los gobernantes de la tierra, sino por la suave fuerza interior del Espíritu Santo que

infunde a los que creen en él, según la nueva alianza que habían anunciado Jr 31 y Ez 36. Esta fuerza, la gracia, no quita la libertad, sino que la crea, haciéndonos capaces de querer y de hacer el bien. Así es como este Mesías, y sus apóstoles, someterá todas las naciones, no por la violencia de las armas, sino por la verdad del evangelio; no matando sino muriendo. Así es como hemos de entender el triunfo de Cristo proclamado en este salmo.

Por lo que hace al versículo final, sin negar la interpretación histórica del rito de beber de la fuente de la vida y del poder, el texto se prestaba, y en efecto sirvió, para entenderlo en el sentido que en numerosos pasajes, algunos sálmicos, tiene el torrente o las aguas caudalosas: las calamidades que Dios permite que caigan sobre alguien. En esta línea, los Padres lo entendieron de la Pasión, el cáliz que Jesucristo ha de beber, y entonces lo de «levantará la cabeza» significaría la resurrección y glorificación, tal como en el himno de Flp 2 se dice que Cristo, siendo de condición divina, se abajó hasta asumir la condición humana, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y *por esto* Dios lo ha ensalzado en la gloria.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

Este salmo y el 51 son los únicos que gozan del privilegio de usarse todas las cuatro semanas del ciclo de la Liturgia de las Horas. Como primer salmo de las II Vísperas de los domingos, es una proclamación de la fe pascual de la Iglesia. Nos sitúa en el cenáculo donde al atardecer del domingo de Pascua Jesús resucitado se apareció a los apóstoles, que experimentaron la fuerza de su resurrección y recibieron ya entonces el don del Espíritu. Esta fe pascual, los apóstoles y evangelistas la proclamaban con el primer oráculo de este salmo, en el que Dios dice a su Ungido: «Siéntate a mi derecha». Es como decir que le ha dado todo poder, el poder de enviar su Espíritu a quienes crean en él (cf. Jn 7,37-39; 20,22). Es el punto capital de la fe cristiana. Nosotros no sólo admiramos lo que Jesucristo hizo, enseñó y padeció, sino que además creemos en su glorificación y en su poder de comunicarnos la vida divina. Es lo que Vanhoye ha llamado «la situación de Cristo».

Sobre la entronización real y sacerdotal de Jesucristo, véase la extensa glosa a Salmo 110,1 en Heb 8-10. Las cartas paulinas hablan de nuestra participación en la ascensión y entronización de Cristo: Ef 2,6; Col 2,15; 2 Co 2,14-16, y la exégesis que Ef 4,7-10 hace de Salmo 68,19.

4. *Puntos de revisión*

- ¿Quién es Jesucristo para mí? ¿Es sólo un modelo que hay que imitar, o un intercesor a quien acudir, o realmente vivo de él, y él vive en mí?
- ¿Qué es lo esencial de la vida cristiana, lo que no me puede dar ningún hombre en la tierra, ni ningún santo del cielo, ni siquiera la Santísima Virgen, y que sólo Cristo me puede comunicar?
- Si digo que Jesucristo es mi Señor, ¿le está en mí todo sometido? ¿Hay algún sector de mi persona y de mi obrar que se le resiste?
- ¿Creo en el triunfo definitivo de Cristo? ¿Cómo vivo el sacerdocio de Cristo y mi participación en él?

5. *Oración*

Señor Jesús, tú que después de haber vencido a todos tus enemigos fuiste ensalzado como Rey y Sacerdote nuestro, a la diestra del Padre: extiende desde Sión el poder de tu cetro y somete a los enemigos que aún se resisten a tu designio de amor y salvación: la miseria, la injusticia, el odio, la violencia, el egoísmo, el pecado y –último enemigo– la muerte. Tú que fuiste engendrado como rocío antes de la aurora y que eres príncipe desde el día de tu nacimiento, y que ya en el seno de tu Madre fuiste ungido rey, profeta y sacerdote: dígnate asociarnos a tu alabanza sacerdotal al Padre, a tu victoria real sobre el mal del mundo y a tu juicio profético sobre los pueblos, y ya que en tu ascensión se enderezó la Cabeza de nuestra Iglesia, endereza también todo el Cuerpo y atráenos hacia ti, al lugar que nos has ido a preparar, de suerte que, después de haber bebido contigo del torrente de la tierra, te sigamos y participemos eternamente de tu gloria.

Salmo 122
La ciudad de la paz, con especial aplicación a María

1 ¡Qué alegría cuando me dijeron[1]:
«Vamos a la casa del Señor»!

2 Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén.

3 Jerusalén, construida como ciudad
bien unida y compacta,

4 a donde suben las tribus,
las tribus del Señor;
según la costumbre de Israel,
a dar gracias[2] al nombre del Señor.

5 Allí reside el tribunal de justicia,
el tribunal del palacio de David.

6 Saludad con la paz a Jerusalén:
vivan tranquilos tus amigos;

7 Haya paz en tus murallas,
tranquilidad en tus palacios.

8 Por mis hermanos y compañeros
pido la paz para ti.

9 Por la casa del Señor nuestro Dios,
te deseo todo bien.

1. me alegré con los que
2. celebrar

1. *Dicho por los israelitas*

Todo este salmo juega con la etimología popular del nombre de la ciudad de Jerusalén, *Ierushaláim*, interpretado como significando «visión de paz». Glosa esta interpretación el himno del oficio de dedicación de Iglesia *Urbs Ierusalem beata, dicta pacis visio* («dichosa ciudad de Jerusalén, llamada visión de paz»). La etimología científica más probable del nombre de la ciudad santa estima que significa más bien «Fundación del dios Salem». Jerusalén es llamada simplemente Salem en el episodio de Melquisedec (Gn 14,18) y en el Salmo 75,3 (aunque aquí la traducción litúrgica, para evitar desconcierto, dice «Jerusalén»). El salmo va repitiendo la palabra *shalom* («paz») y juega con la sonoridad de sus tres consonantes, que van repiqueteando como si bordaran esta palabra tan importante. Donde más clara aparece esta sonoridad es en la invitación «Desead la paz a Jerusalén» (v. 6), que en hebreo dice: *shaalú shalom Ierushaláim*.

Pero *shalom*, en la Biblia, es mucho más que la ausencia de guerra. Implica también *seguridad*, y por eso las murallas y torreones son «paz» para tiempo de guerra, en el sentido que, con las armas de que en la antigüedad se disponía, en caso de peligro los habitantes de la ciudad y de sus alrededores,

junto con sus bienes más preciados, estaban a salvo detrás de las murallas, porque el asedio podía durar años. Supone también *justicia*, pues sin ella la paz es sólo aparente y momentánea y resulta semilla de ulteriores conflictos agravados por la sed de venganza. En fin: *shalom* significa, de modo más amplio, la *prosperidad* personal (salud), familiar (hijos numerosos) y económica (rebaños y demás riquezas) y, en definitiva, la *felicidad* plena. Por eso *shalom* era y es el modo usual de saludo entre los judíos. Los evangelios nos recuerdan el *shalom* de Cristo resucitado a sus discípulos. Ya en la Cena les había prometido dejarles en herencia la paz, aunque no como la da el mundo, sino la verdadera paz. Jesús no sólo desea la paz, sino que la infunde, y el cristiano participa de este gran poder.

Cuenta Marcos que uno de los días que siguieron a la entrada mesiánica de Jesús en la ciudad santa, en los que por la mañana enseñaba en el Templo y después se retiraba hacia el Monte de los Olivos, «al salir del Templo», después de cruzar el torrente de Cedrón y cuando subían por la ladera opuesta, «le dice uno de sus discípulos: «Maestro, mira qué piedras y qué construcciones». Jesús le dijo: «¿Ves estas grandiosas construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea derruida» (Mc 13,1-2). Y entonces pronunció el gran discurso escatológico sobre la destrucción de la ciudad y el fin del mundo. Pero dejando ahora la respuesta de Jesús, subrayemos la pregunta del discípulo, que refleja la admiración y el amor de aquellos galileos por la ciudad de David. Este salmo respira amor y entusiasmo por Jerusalén. El salmista habla a Jerusalén como si fuera una muchacha hermosa y la estuviera piropeando. Es una ciudad espléndida, que el peregrino no se cansa de contemplar. Sobre todo vista en panorama desde el monte de los Olivos, con el torrente Cedrón en primer término y al otro lado la pendiente coronada en otro tiempo por las murallas, el palacio de David y el templo de Salomón, y actualmente la gran mezquita de Omar con su cúpula de oro y la hermosa mezquita de Al-Aksa con su cúpula de plata. El conjunto es, aún hoy, impresionante. Tantas guerras y destrucciones no impiden que siga siendo una ciudad sagrada: «demasiada historia para tan poca geografía» (J. Mª Gironella).

Otro elemento que se ha de tener en cuenta: éste es uno de los salmos de las peregrinaciones, que cantaban las caravanas de romeros cuando subían a Jerusalén. Esto da al salmo un aire dinámico, de movimiento, o (valga el anacronismo de la expresión) de «Iglesia en marcha».

Empieza el salmo cuando la caravana llega a la entrada de la ciudad. Éste es el momento real del salmo. Tras las molestias o penalidades y tal vez peligros del camino, ahora la alegría de haber llegado les hace evocar la de la salida, «cuando me dijeron: vamos a ir a la casa del Señor». Ahora «ya están pisando nuestros pies tus umbrales» (vv. 1-2). «*Tus* umbrales»: Se lo dice a Jerusalén, pero en definitiva la admiración y el amor, a través de la ciudad de Dios, apuntan al Dios que habita en la ciudad. El espectáculo de murallas, torres, almenas y palacios suscita gran admiración, como la de los discípulos de Jesús, según el pasaje de Mc 13,1-2 antes comentado. El hechizo de la ciudad no consiste sólo en tal o cual palacio, alguna plaza o ciertos monumentos, sino que lo más impresionante es el conjunto, ceñido por la muralla: «Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta» (v. 3).

La ciudad, con su templo y el arca de la alianza, es lo que une a las tribus que forman Israel. Aquellos clanes siempre estuvieron enfrentados por la rivalidad, cuando no en guerra abierta, sobre todo entre los del norte y los del sur. David, que primero fue rey de Judá en Hebrón, cuando fue reconocido por las tribus del norte, tuvo la habilidad política de no establecer su capital ni en Hebrón, al sur, ni en Samaría, al norte, sino en la ciudad de Jerusalén, que era como patrimonio personal suyo, por haberla tomado a los jebuseos, y que se hallaba en la divisoria entre las tribus del norte y las del sur. Además, a la capitalidad política añadió David la religiosa, al instalar en Jerusalén el arca de la alianza, con la tablas de la Ley, el bastón de Moisés y Aarón y una muestra del maná del desierto, y que era, por tanto, el recuerdo de la salida de Egipto, que es cuando Dios creó Israel como pueblo. Por eso, «allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor» (v. 4).

La justicia que allí se administra es elemento especial de la paz pública. Ya hemos explicado que

uno de los aspectos del *shalom* es la justicia. Después de mandar el ejército, la principal función del rey era actuar como juez. Las causas menores podían zanjarlas los ancianos a la puerta de la ciudad. Algo así como el Tribunal de las Aguas que, junto a una puerta de la catedral de Valencia, dirime las cuestiones de riegos, siempre peligrosas. A este tribunal local alude el Salmo 127,5: «No quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza»; significa, literalmente, que el que se casó joven y así empezó pronto a tener «hijos de la juventud», y los ha tenido numerosos, le son «saetas en manos de un guerrero», de modo que si «llena con ellas su aljaba», es decir, si acude al juicio rodeado de una docena de mocetones hijos suyos, tiene bastantes más probabilidades de ganar el pleito. Pero el rey actuaba como Tribunal Supremo, según leemos que sucedía con David y con Salomón. Cuando Absalón preparaba el *pronunciamiento* contra su padre David, se colocaba junto a la puerta principal de Jerusalén e interpelaba a los que acudían para presentar sus pleitos ante el tribunal real. Les preguntaba de qué tribu eran y qué les había traído a la capital, y les decía que si él fuera el juez, ya tendría el pleito ganado; con estos manejos demagógicos «Absalón robaba el corazón de los hombres de Israel» (2 Sm 15,2-6). Siempre cabe la posibilidad de gobernantes arbitrarios y de jueces corruptos (recordemos lo dicho sobre el Salmo 58 al tratar de los salmos imprecatorios, apartado 5.3., «Clamor contra la injusticia»), pero con razón los israelitas estaban orgullosos de tener leyes tan sabias y, en conjunto, confiaban en el imperio de la justicia y en la posibilidad de apelar al tribunal real (y en tiempos más tardíos al Sanedrín). Éste es uno de los valores de Jerusalén: «En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David» (v. 5).

Entonces sale al encuentro de los peregrinos un sacerdote y les invita a orar por Jerusalén, deseándole la paz, *shaalú shalom Ierushaláim* (v. 6), y los peregrinos rezan para que *Ierushaláim* sea realmente lo que su nombre dice: la ciudad de la paz. La oración de los peregrinos, dirigida a Jerusalén personificada, menciona sus muros y palacios para pedir que estén llenos de «paz» y de «seguridad» (v. 7) que ya hemos visto que es un elemento del *shalom*. Pero si Jerusalén ocupa un lugar tan alto en los sentimientos y en la espiritualidad judía no es tanto por las piedras como por las personas: es «por mis hermanos y compañeros» que el salmista dirige a Jerusalén el saludo tradicional: *shalom bakh*, «¡la paz contigo!» (v. 8). Ahora bien: de todos los ciudadanos de Jerusalén, el primero y principal es Yahveh, que en el templo tiene su casa o palacio. Por eso el salmo termina proclamando que es a causa de la casa del Señor que desea a Jerusalén *tob*, el bien supremo y total, «todo bien» dice la traducción litúrgica castellana, o «la felicidad», como interpreta la catalana. Es la definición más amplia del *shalom* bíblico.

2. *Contenido doctrinal*

De los elementos del *shalom* que acabamos de mencionar, interesa subrayar la relación con la justicia. Como ha explicado el Vaticano II, la paz bíblica es mucho más que la ausencia de guerra. Hay una paz aparente, una parodia de orden público que no es más que el imperio del terror, y que es semilla de violencia. Pío XII, elegido en momentos dramáticos de la historia mundial, tomó por lema de su pontificado la divisa isaiana *opus iustitiae pax*, «el fruto de la justicia será la paz» (Is 32,17). Durante la segunda guerra mundial de 1939-1945, en sus radiomensajes de Navidad, la fiesta en que los ángeles anuncian la paz en la tierra, Pío XII no se cansaba de dar una rica doctrina sobre las condiciones de una paz justa. Que no se repitiera el error cometido por los vencedores de la primera guerra mundial de 1914-1918, que se dejaron llevar de su espíritu de venganza y del deseo de aplastar a los vencidos con la imposición de los tratados de Versalles, que dejaban a los países vencidos con unas reparaciones de guerra imposibles de pagar, y en tales condiciones de inferioridad, que les incitaban a una nueva guerra que sería mucho más atroz. De acuerdo con esta doctrina, que el Vaticano II hizo suya, después del concilio se creó la Comisión Pontificia Justicia y Paz, que dio lugar a Comisiones homólogas nacionales y diocesanas, cuya misión era denunciar las injusticias, animar a corregirlas por vías pacíficas y así sentar las bases de una paz auténtica.

Recojamos también el elemento *entusiasmo por Jerusalén* característico de este salmo. El contenido doctrinal de los salmos no consiste sólo en dogmas o exigencias morales, sino también en actitudes espirituales, y en éste el clima de alegría y entusiasmo sobresale por encima de todo. Es algo que hace bastante falta en el clima actual de nuestra Iglesia. Necesitamos que nos infundan esperanza y entusiasmo. Veremos, más adelante, el Salmo 137, que también se refiere a la ciudad santa, pero mientras el 122 expresa el entusiasmo y amor por la Jerusalén «bien compacta» y gloriosa, el 137 canta la fidelidad a Jerusalén a pesar de que está arrasada y humanamente sin futuro.

(37)

CRISTO, EL ANUNCIADO EN LOS LIBROS SAGRADOS

Toda la obra contenida en los sagrados libros anuncia con palabras, revela con hechos y confirma con ejemplos la venida de nuestro Señor Jesucristo, el cual, enviado por el Padre, se hizo hombre, naciendo de la Virgen por obra del Espíritu Santo. Él es, en efecto, el que durante el transcurso del tiempo presente, por medio de prefiguraciones verdaderas y manifiestas, engendra, lava, santifica, escoge, separa o rescata a la Iglesia en los patriarcas: por el sueño de Adán, por el diluvio de Noé, por la bendición de Melquisedec, por la justificación de Abrahán, por el nacimiento de Isaac, por la servidumbre de Jacob. Durante todo este tiempo, todas las profecías, que son ejecución del secreto designio de Dios, nos han sido concedidas para conocer su Encarnación.

San Hilario de Poitiers, *Tractatus mysteriorum* (Sources chrétiennes, París 1947), p. 72.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

La liturgia utiliza tradicionalmente este salmo en dos tipos de fiestas: las de dedicación de iglesias y las de la Virgen María. Las dos temáticas son prácticamente intercambiables. Aquí nos detendremos en esta última aplicación, como ejemplo de relectura litúrgica. Comentaremos el salmo como «dicho por María» y como dicho por la Iglesia «a María». Una doble aplicación que tiene algún parecido, salvando las diferencias y distancias, con la de «cristificar los salmos» «por abajo» y «por arriba», según decíamos en los consejos para orar con los salmos, en la segunda parte, 3.6.

Aplicado el salmo al oficio de dedicación de iglesias, tanto los comentarios patrísticos como los textos de creación litúrgica (antífonas, responsorios, oraciones, prefacios) juegan con el simbolismo del edificio espiritual levantado con piedras vivas. La ciudad «bien compacta» (v. 3) es imagen de la comunidad cristiana reunida y aglutinada por el Espíritu Santo y bien trabada por la caridad fraterna.

4. *Dicho por María*

María participaba plenamente del amor que todo buen israelita tenía a la ciudad santa, en la que el Señor hacía sentir de un modo especial su presencia en medio de su pueblo. Pero a partir de la anunciación cobra para ella un significado especial la ciudad de David, porque se le ha dicho que su hijo recibirá el trono de David, su padre, y su reino no tendrá fin (Lc 1,31-32). Lo tendría muy presente cuando cada año subía a Jerusalén con José y Jesús, según el evangelio de la infancia (Lc 2,41-50).

En Jerusalén, un profeta, Simeón, le anuncia que una espada de dolor traspasará su corazón (Lc 2,35). Años después, cuando Jesús empieza su ministerio público y forma un grupo de discípulos, María sube con ellos cada Pascua a Jerusalén. Allí ha sido muchas veces testigo de la incredulidad y hostilidad de los dirigentes judíos. Tratan de matar a su hijo, que tiene que huir de Judea. En la Transfiguración, los tres discípulos escogidos oyen a Moisés y Elías hablando con su maestro de su salida de este mundo, que tendría que consumar en Jerusalén (Lc 9,31). Hasta que un día María oye a Jesús mismo decir solemnemente que va a emprender la subida definitiva (Lc 9,51) y anuncia reiteradamente su Pasión, muerte y Resurrección.

Tras un largo viaje, en el curso del cual no cesa de recordar que su objetivo es Jerusalén, Jesús se va acercando a la ciudad y llora por ella, porque prevé su ruina: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas, y no habéis querido. Pues bien, se os va a dejar vuestra casa abandonada. Os digo que no me volveréis a ver hasta que digáis: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!"» (Lc 13,34-35). Es la aclamación que le dirigía el pueblo el domingo de Ramos, en su entrada mesiánica a la ciudad de David: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» Pero «al acercarse y ver la ciudad», sabiendo que de aquellas altivas construcciones no quedaría piedra sobre piedra, «lloró por ella, diciendo: «¡Si también tú conocieras en este día lo que te daría la *paz*! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita» (Lc 19,41-44). Cuatro días después, cuando su Hijo era condenado a muerte por el Sanedrín primero y por el gobernador romano después, María pudo recordar las palabras del salmo: «En ella (Jerusalén) están los tribunales de justicia». Pero Dios le hizo justicia resucitándolo. En los cincuenta días entre Pascua y Pentecostés, María estaba con los apóstoles en la ciudad santa orando por la venida del Espíritu Santo prometido por Jesús (Hech 1,4-5.8.13): «Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: "La paz contigo"» (v. 8). Desde Jerusalén, y hasta los confines de la tierra, ha de esparcirse el evangelio.

Todo el amor, y toda la devoción, que antes se dedicaban a la ciudad de David, en adelante tendrán por objeto la nueva Jerusalén, que es la comunidad de los que creen en Jesús. En la comunidad cristiana, donde los judíos leían *Yahveh*, ellos leen *Kyrios*, el Señor, que es Jesús. Así, en el Salmo 122, la «casa del Señor» (vv. 1 y 9) es la comunidad de discípulos de Jesús y la casa donde se reúnen; y «celebrar el nombre del Señor» es dar gloria al Señor Jesús, a quien «Dios ha exaltado y le ha dado el Nombre que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,9-11).

5. *Dicho a María*

Nosotros somos hijos de la Jerusalén de arriba (Gá 4,21-31). Es la nueva Jerusalén, que baja del cielo resplandeciente (Ap 21), como esposa sin mancha ni arruga preparada para su esposo (Ef 5,26-27). De esta ciudad de Dios, María es algo más que figura. Le ofrecemos nuestra veneración por ella misma, por la santidad de su persona, pero también por su simbolismo eclesial. María es figura de la Iglesia, pero no es sólo un símbolo, sino una auténtica realidad: es, después de Jesucristo, la parte más noble de la Iglesia. Cristo es cabeza de la Iglesia, pero María es la parte más selecta de su Cuerpo, aquella parte de todos los redimidos en la que la obra de la redención ha llegado hasta sus últimas consecuencias, la victoria sobre el último enemigo, la muerte (1 Cor 15,26: «el último enemigo en ser destruido será la muerte»). La Iglesia de la tierra padece y la Virgen espera; la Iglesia triunfante goza ya de la felicidad eterna, pero todavía les falta algo a los santos del cielo: que, por la resurrección final, la gloria de que ya gozan en el alma redunde incluso en sus cuerpos, que en su vida mortal fueron instrumento para glorificar a Dios y santificarse ellos. Esta glorificación corporal sólo se ha dado ya en la humanidad de Cristo resucitado y en la Virgen María, asunta al cielo en cuerpo y alma. Por esto ella es como la punta de flecha de toda la caravana de peregrinos que caminamos hacia la Jerusalén de arriba. En ella podemos contemplar lo que toda la Iglesia espera un día llegar a ser.

En las letanías invocamos a María como «reina de la paz», «torre de David» o («ciudad de David») y «arca de la alianza». Son títulos que justifican que le dediquemos este salmo. Ella es, además, el templo en que Cristo fue ungido sacerdote por la

Encarnación en el seno de la Virgen. En su seno el Verbo, sin dejar de ser Dios, empieza a ser también hombre, y así puede ser el sacerdote o *pontífice* (que hace de puente) que necesitábamos: «porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, un hombre, Cristo Jesús» (1 Tm 2,5).

«Vivan seguros tus amigos» (v. 6). Nadie puede, sin pecar de temeridad, tener la seguridad absoluta de su salvación (a menos que haya recibido una revelación particular, precisaba el concilio de Trento), pero los fieles que procuran vivir la práctica cristiana de los sacramentos, la caridad fraterna y la oración no han de vivir angustiados por el terror de la condenación eterna, sino que pueden abrigar humildemente la esperanza de que están en camino de salvación. En esta línea, el amor y devoción a María, según la doctrina común de la Iglesia, son un signo de predestinación. Además del grave problema de la salvación eterna, la devoción mariana nos es prenda de su protección en las contrariedades de la vida. No es que funcione como un seguro a todo riesgo, con la certeza de que no nos va a pasar nada malo, pero sí nos infunde la confianza de que está a nuestro lado, puede salvarnos de males y, en los que nos sobrevengan, nos da ánimo para sobrellevarlos y ver en ellos un sentido.

6. *Puntos de revisión*

• ¿Cómo vivo mi pertenencia a la Iglesia? ¿La amo? ¿La sirvo? ¿Me dejo llevar de críticas y pesimismos?

• ¿Creo en la vida eterna, o entiendo la Iglesia sólo como una realidad de este mundo?

• ¿Cómo vivo mi devoción mariana? ¿Me resulta de hecho una piedad evasiva, o me lleva a imitar el ejemplo de María y a un mayor compromiso con la Iglesia de la tierra?

• ¿Procuro merecer la bienaventuranza de los que ponen paz, contribuyendo a que reine la paz de Cristo en la Iglesia y en el mundo, en el sentido amplio del *shalom* bíblico?

7. *Oración*

¡Qué alegría, cuando descubrí el misterio de la Iglesia y de María! Me dijeron: «Vamos a meditar sobre el Cuerpo Místico de Cristo, y su figura, que es María», y fue como pasar el umbral de una ciudad maravillosa. Aunque nuestros pecados tienden a disgregar la Iglesia, Dios está en medio de ella y la sostiene, «como ciudad bien compacta». Le ha puesto a Cristo como piedra angular, la ha cimentado sobre las doce piedras que son los apóstoles, todas piedras preciosas (Ap 21), pero su piedra más preciosa es María Asunta. Nuestra Jerusalén es, en primer término, la Iglesia de la tierra que peregrina. Son las tribus que siguen las pisadas del Señor y celebran la memoria de su nombre, conmemorando su muerte y resurrección, pero Jerusalén es también el término de nuestra peregrinación. Cristo nos llama desde la diestra del Padre, donde nos ha precedido para prepararnos sitio y desde donde nos atrae y nos va incorporando a la Jerusalén definitiva, junto a su Madre, que desde la cruz quiso que fuera también Madre nuestra. Allí, María, y con ella todos los santos, constituyen la nueva Jerusalén, la que ya no camina porque descansa, ya no padece sino que goza, y ya no cree porque ve. Y no sólo nos espera al final, sino que nos acompaña por el camino, a nuestro lado. Porque a la Jerusalén de arriba no se llega si no es a través de la Jerusalén de la tierra. En realidad, no son dos ciudades, sino dos fases de una misma ciudad; algo así como la crisálida y la mariposa no son dos seres, sino dos etapas de una misma vida. Por eso, mientras estamos de camino, queremos aceptar «los tribunales de justicia» que hay «en el palacio de David», o sea el Magisterio, la guía de los pastores y la protección de las instituciones eclesiales y de sus normas de vida. Pero nuestra Jerusalén no es un organigrama frío ni un aparato mecánico, sino un edificio de piedras vivas, en el que las instituciones y las leyes están al servicio de las personas. Así al menos hemos de desear y procurar que sea: que los hijos de la Iglesia encuentren en ella aquella plenitud de vida a la que la Biblia da el nombre de shalom, paz. De todo ello nos es la Virgen María modelo con su ejemplo pasado, esperanza en el camino presente y prenda o anticipo del futuro que confiamos alcanzar.

mujer adúltera, a Pedro después de negarte, y también como miraste a aquel niño a quien abrazaste en medio de personas importantes. Si acaso algo me sale bien, dame un santo complejo de «siervo inútil», de suerte que comprenda que todo lo que hago bien no es tanto mérito mío como don de tu gracia, ya que tú nos has enseñado que sin ti no podemos hacer nada. Pon tu mano sobre la boca de mis discursos interiores, acalla la verborrea mental que me hincha y modera todos mis deseos mundanos (la triple concupiscencia del poder, la riqueza y el placer egoísta) para que me quede sólo el deseo ardiente de ti y de la vida eterna. Dame la omnipotencia de un niño que, en brazos de su madre, de ella todo lo espera y en ella todo lo tiene.

Salmo 133
La concordia fraterna nos viene de lo alto

1 Ved qué bueno es, qué grato
convivir los hermanos unidos.

2 Como ungüento precioso en la cabeza,
que va bajando hasta la barba,
la barba de Aarón, que va bajando
hasta la franja de su vestidura.

3 Como rocío de Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición:
vida para siempre.

Este «mini-salmo» presenta una estructura muy clara: 1. exclamación inicial; 2. dos comparaciones; 3. bendición final.

1. *Exclamación inicial (v. 1)*

Enuncia el tema: «convivir unidos» los hermanos. *Con-vivir*, vivir no sólo uno junto a otro físicamente, sino moralmente unidos. Esto es lo que el salmista califica de «dulzura» y «delicia».

Todos tenemos positivamente experiencia del gozo de la amistad y de la seguridad que nos viene de que en nuestro grupo haya comunicación, comprensión, solidaridad, recíproca ayuda, afecto fraterno. El hombre no encuentra la plenitud de su existencia en sí mismo, sino hacia otros. «No es bueno que el hombre esté solo», dijo al principio el Creador (Gn 2,18).

Pero también tenemos la experiencia negativa de que no siempre es así. Experimentamos dolorosamente el fracaso de nuestro intento de relacionarnos. En el ámbito internacional, todos dicen que buscan la paz y la solidaridad, pero guerrean y oprimen. En las relaciones internacionales, hoy más que nunca hay incomprensiones que llegan a la ruptura. En la misma Iglesia abundan las tensiones a todos los niveles (no ha habido ningún concilio tranquilo). La vida comunitaria es uno de los temas más preocupantes de la vida religiosa. La enorme literatura que aparece sobre relaciones humanas a nivel de familia y en el campo laboral es buen indicio de lo acuciante de la cuestión. Hombres y mujeres, mayores y adolescentes de nuestros días sienten por una parte la necesidad de relacionarse y salir de la soledad, pero a la vez experimentan con gran frecuencia el fracaso en este intento. Un sociólogo explicaba que este fra-

caso resulta especialmente doloroso por el contraste entre los maravillosos logros de nuestra sociedad en el campo de la técnica y la impotencia en las relaciones humanas, porque el hombre moderno, que ha sido capaz de llegar a la luna, a menudo es incapaz de llegar al corazón de la persona que tiene a su lado, y esta impotencia es tan dolorosa que puede originar graves traumas psicológicos.

Por eso quizá fuera más realista traducir: «¡Ved, qué dulzura, qué delicia, si los hermanos conviviéramos unidos!» Reconocer que no siempre sucede así es esencial para comprender lo que viene a continuación.

2. *Dos comparaciones (vv. 2-3a)*

Este «convivir unidos» se compara a dos cosas:

a) *«Ungüento precioso que va bajando»*. Se trata del óleo perfumado, consagrado para la unción de reyes y sacerdotes. La mención de Aarón lo confirma.

b) *«Rocío que va bajando»*. De las nieves perpetuas del Hermón se forma el Jordán. Sin exagerar demasiado, se puede decir que toda la tierra de Israel es fecundada por el deshielo del Hermón. En un país seco como Palestina, el agua es símbolo de la vida, y particularmente del Espíritu que infunde la vida divina (cf. Za 14,18; Ez 47,1-12; Jn 7,33-39).

Como en las parábolas gemelas de los evangelios, estas dos comparaciones convergen para indicar sin equívocos su mensaje común. Lo esencial será lo que tienen en común, y en este caso es «va bajando». Por lo tanto, esta dulzura del vivir unidos es algo que baja de lo alto. Es un don de Dios, más que fruto de esfuerzos humanos. «Si el Señor no construye la casa...» (Sal 126,1). La pretensión de edificar la sociedad humana al margen de Dios, o contra Dios, acaba como la torre de Babel: no entendiéndose (Gn 11). Pentecostés es todo lo contrario (Hech 2). Tendremos que mantenernos entonces en una pasividad o quietismo por lo que toca a nuestras relaciones fraternas. No. Veamos el final del salmo.

3. *Bendición final (v. 3b)*

Las palabras *«allí manda el Señor la bendición»* pueden gramaticalmente entenderse en dos sentidos:

a) Interpretación *teocéntrica*: en este grupo reina la concordia porque el Señor lo ha bendecido. A Dios hay que atribuir todo lo que de positivo encontremos en las relaciones comunitarias. La tradición de la Iglesia considera que lo normal entre hombres son las desavenencias, y cuando aparece la *unanimitas* lo considera algo carismático.

b) interpretación *antropocéntrica*: el Señor ha bendecido este grupo porque ha visto que en él reina la concordia. Los dones de Dios «resbalan» y se pierden cuando en la comunidad no reina la caridad.

¿Con cuál de las dos interpretaciones nos quedaremos? Si hubiera que escoger sólo una, la preferida debería ser la primera; siempre es más importante lo que nos hace Dios a nosotros que lo que nosotros le hacemos a Dios. Pero no son incompatibles: se han de completar mutuamente. El mejor modo de agradecer los dones de Dios es no malograrlos. Si Dios te ha hecho el don de una amistad, de una familia o de una comunidad buena (y, potencialmente al menos, todas lo son), dale primero gracias, y después procura no estropearla.

Este don que baja de lo alto, sólo tiene un camino para llegar a la comunidad: los corazones de cada uno de sus miembros. No es una atmósfera o fluido ambiental, sino que o está en los corazones o no existe. No se puede rezar por la concordia o paz sin desear que Dios cambie los corazones; sin excluir el mío, naturalmente. Se puede pedir la lluvia con el paraguas abierto, pero para pedir la paz o la concordia hay que estar dispuesto a mojarse. Dios hace pasar a través de cada uno de nosotros su gracia de unidad y concordia. Hay que acogerla y responder a ella con generosidad. Si cada cual se esfuerza porque el don de lo alto dé buenos frutos de concordia y evita sembrar discordias, todos se harán dignos de nuevas y mayores gracias en orden a un mejoramiento de la vida comunitaria.

Acumulando, pues, ambas interpretaciones, podríamos retraducir de estos dos modos la bendición final:

a) Si nos resulta dulce y delicioso nuestro convivir, es porque el Señor nos ha bendecido.

b) Procuremos hacer dulce y delicioso nuestro convivir, y así mereceremos que el Señor bendiga nuestra comunidad con nuevas y mayores gracias.

4. *Puntos de revisión*

Mi actitud ante la comunidad cristiana a la que pertenezco:

- ¿Me resulta una dulzura y una delicia? ¿Me hace sufrir? ¿Simplemente, me resbala?
- ¿Soy sencillo en el trato o más bien enredón y lioso?
- ¿Quizás no tengo problemas de relaciones humanas porque he evitado comprometerme con una comunidad de fe (parroquia, movimientos apostólicos, grupos de amistad y oración)?

5. *Oración*

Oh Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que eres un solo Dios pero no un Dios solo, y que al crear al hombre a tu imagen dijiste que no era bueno que estuviese solo; que creaste la Iglesia como «un pueblo congregado en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Lumen gentium, 4), *y que eres la fuente de todo amor, amistad y concordia en la convivencia humana: derrama sin cesar sobre nosotros el perfume de tu unción sagrada y el rocío de tu Espíritu, de suerte que el gozo de la concordia en este mundo nos sea imagen, prenda y premio que nos estimule a correr generosamente hacia aquella caridad perfecta que es la vida por siempre.*

Salmo 137
Fidelidad a Jerusalén

1 Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos y lloramos
con nostalgia de Sión.

2 En los sauces de su recinto
colgábamos nuestras cítaras.

3 Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar,
nuestros opresores a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión».

4 ¡Cómo cantar un canto del Señor
en tierra extranjera!

5 Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me olvide la diestra;

6 que se me pegue la lengua al paladar
si no te recuerdo,
si no exalto a Jerusalén
como colmo de mi alegría[1].

7 Toma cuentas, Señor, a los idumeos
del día de Jerusalén,
cuando incitaban: ¡Desnudadla,
desnudadla hasta los cimientos!

1. mi mayor alegría

8 ¡Capital de Babilonia, destructora![2]
¡Dichoso el que pueda pagarte
el mal que nos has hecho!

9 ¡Dichoso el que agarre y estrelle
tus hijos contra la peña!

2. asoladora

Como decía el P. Luis Alonso Schökel en una conferencia, el que sepa rezar el salmo de los canales de Babilonia, ya puede rezar más o menos todo el Salterio. Este salmo es el ejemplo que siempre se saca cuando se trata de argumentar que los salmos son difíciles, o incluso que no sirven para la oración cristiana. Y todo por las dos últimas estrofas. La Liturgia de las Horas ha optado por suprimirlas, y entonces ya no hay problema: el salmo se reduce a una poesía de un exquisito lirismo (de lo mejor, literariamente, de todo el libro de los Salmos) que canta sentidamente el amor a la ciudad de Jerusalén. Con todo, la culpa no es del salmo, sino de nosotros, que, como dijo el Vaticano II, necesitamos una mayor formación bíblica y sobre todo litúrgica. Se comprenden las razones pastorales que movieron a Pablo VI a intervenir personalmente para que los pasajes más difíciles de los llamados «salmos imprecatorios» no se utilizaran en la oración pública de la Iglesia, pero ojalá el pueblo de Dios adquiriera la suficiente formación para poderlos recuperar.

Como trataremos de explicar, las dos estrofas finales, por difíciles que a primera vista nos resulten, son esenciales para entender el sentido genuino del salmo. Sin ellas, no hay problema: el salmo se reduce a un sentido canto de nostalgia por Jerusalén, que por su delicado lirismo resulta una de las piezas literariamente más bellas del Salterio, pero hemos echado por la borda lo esencial de su mensaje. Y, por lo demás, estas estrofas se pueden rezar de modo plenamente cristiano sin necesidad ni de suprimirlas ni de hacer violencia a su texto apelando a interpretaciones alegóricas. Como decía un antiguo Padre de la Iglesia, el cristiano no puede dirigir a Dios peticiones que no quepan en el padrenuestro. Hay que rezar los salmos, todos los salmos, de modo que encajen en las siete peticiones del padrenuestro. Pero en este caso lo podemos hacer sin salirnos de su sentido histórico.

1. *Sentido histórico*

Contra lo que suele decirse, este salmo no es un canto de lamentación o añoranza (o venganza) entonado desde Babilonia. Los verbos en pasado («nos sentamos...», «colgábamos nuestras cítaras...», «nos invitaban a cantar...») evocan el destierro como algo que ya ha quedado atrás.

La situación de los judíos confinados en Babilonia no era de esclavitud ni de trabajos forzados, como sus antepasados en Egipto. Era sólo confinamiento o residencia forzosa en aquel país, pero allí podían moverse, actuar y negociar. Muchos pudieron enriquecerse y hasta alcanzar cargos importantes en la administración pública, como el escriba Esdras o el copero real Nehemías. También el libro de Tobit, aunque no sea histórico en cuanto a los sucesos que refiere, lo es en cuanto al ambiente que describe, en el que el protagonista ha logrado acumular un buen patrimonio y colocarlo ventajosamente a préstamo. Este mismo Salmo 137 no describe una situación de persecución, sino buenas relaciones con la gente del país, con una amable invitación a participar en las fiestas locales: «cantadnos algo de vuestra tierra» (cf. v. 3). Este bienestar generalizado explica que cuando el 538, apenas conquistada Babilonia, el rey meda Ciro autorizó el regreso de los desterrados y hasta patrocinó la reconstrucción de Jerusalén y de su templo, muchos judíos prefirieron quedarse. Algo parecido

ha ocurrido al constituirse el moderno estado de Israel. Acudieron los judíos de la Europa central que habían escapado al exterminio nazi, los que en la Unión Soviética o en los países árabes sufrían vejaciones, y los judíos pobres de cualquier parte; pero los grandes banqueros o negociantes de Estados Unidos o Inglaterra limitaron su patriotismo a generosas aportaciones económicas y a ayudar como influyente grupo de presión.

Tratemos de reconstruir la situación de vida personal del salmista. Nos lo podemos imaginar como un desterrado que acaba de regresar de Babilonia, tal vez en la primera caravana de repatriados, pero que a la vista de las ruinas de Jerusalén y de las dificultades de todo tipo con que tropieza la comunidad de los repatriados, que contrastan con las fáciles ilusiones que los hermosos oráculos del Segundo Isaías les habían hecho concebir, experimenta la tentación de arrepentirse de haber regresado, al modo como los israelitas que en el desierto echaban de menos las ollas de carne y los ajos y cebollas de Egipto. En un primer momento se dice: «¡Quién me metió a mí en esta aventura! ¿Cómo me dejé enredar, con lo bien que me había situado? ¡Ojalá no me hubiera movido de Babilonia!» Pero reacciona recordando como soñaba con Jerusalén cuando estaba en Babilonia y entona un canto ferviente de amor y de fidelidad incondicional a la ciudad santa, a la que augura un futuro glorioso, mientras Babilonia ha de acabar destruida.

«Junto a los canales de Babilonia» (v. 1) se entiende a menudo como una escena bucólica, o de partida campestre, a la orilla de un río, con las cítaras colgadas de unos sauces llorones que alargan sus ramas hasta la corriente que fluye (el nombre científico de los sauces llorones es «sauce babilónico»), pero el autor no piensa en una escena romántica, sino litúrgica. Los judíos escogían como lugares de reunión litúrgica las orillas de los ríos u otros lugares con abundancia de agua corriente, porque



Beatus de la catedral de Seo de Urgel (hacia a. 1000).

en esta época toman gran importancia los baños y abluciones rituales. Así cuenta Lucas que Pablo y él, en Filipos, «el sábado salimos fuera de la puerta (de la ciudad), a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar» (Hech 16,13). En aquellas celebraciones rituales no podían entonar cantos de alegría, sino sólo lamentaciones por la ciudad destruida. No podían disolver su tristeza en las alegrías babilónicas.

Tentado de arrepentirse y regresar a Babilonia, reacciona conjurándose a sí mismo a ser fiel a Jerusalén y poner en ella todo su afecto y «la cumbre de mis alegrías» (v. 6). No le es lícito participar del jolgorio de Babilonia (¡y Babilonia puede estar agazapada en la mismísima Jerusalén en forma de sincretismo religioso!). Si su mano derecha, con la que pulsaba la cítara, accede a tocar al son de Babilonia, que se le paralice, y si su lengua, que junto a los canales de Babilonia no quiso dedicar los cantos de Sión a sus deportadores y opresores, se prostituye ahora echando de menos el bienestar material de que gozaba en Babilonia, o contagiándose del estilo de vida pagano que rodea a los repatriados, que se le pegue al paladar (vv. 5-6). Desde luego, no desea que nada de esto le suceda; es un modo de conjurarse a sí mismo, y de jurar a Dios que será siempre fiel a Jerusalén, con todo lo que el nombre de la ciudad santa significa. Es como uno que jura diciendo: «¡Que me muera ahora mismo si no es verdad tal cosa!»

El libro de la Liturgia de las Horas prescinde de las dos últimas estrofas (vv. 7-9), que literalmente son de una dureza proverbial. La penúltima estrofa (v. 7) atestigua el recuerdo, grabado indeleblemente en la memoria histórica de Israel, del comportamiento de los idumeos «el día de Jerusalén» (el día de su conquista y destrucción por los caldeos). Lo mismo les echa en cara un añadido tardío en Amós 1,11: «Por haber perseguido con espada a su hermano, ahogando toda piedad». Edom o Esaú es el hermano gemelo de Israel o Jacob. La rivalidad entre ellos, ya desde el vientre de su madre, simboliza la que históricamente hubo entre los dos pueblos, étnicamente emparentados y geográficamente vecinos, pero siempre en lucha. En algunas épocas, David y sus sucesores lograron someter a Edom, pero Edom nunca pudo con las murallas de Jerusalén. Por eso, cuando vieron el potente ejército de Nabucodonosor, lo jaleaban para que hiciera lo que ellos no pudieron: «¡Arrasadla, arrasadla hasta el cimiento!» Aquí se expresa una verdad muy importante: Israel acata los justos juicios de Dios, se reconoce culpable y acepta el gran castigo, pero sabe que a Dios, cuando castiga, no le gusta que le aplaudan o jaleen, sino que lo que le place es que le pidan piedad. Como cuando Abrahán intercede por Sodoma y Gomorra, o Moisés por el pueblo que en el desierto ha adorado el becerro de oro. Y la larga serie de imprecaciones del Salmo 69 se justifica «porque acosan al que tú has herido, cuentan las llagas del que tú has lacerado» (Salmo 69,27), es decir, añaden sufrimientos a los de alguien que Dios permite que sufra, aunque sea como castigo a sus pecados.

Más difícil aún es la última estrofa, la de los niños contra las rocas. Hay que interpretarla atendiendo a su forma literaria de doble *bienaventuranza*. Porque la traducción litúrgica oficial, de gran fuerza y belleza («¡Quién pudiera...! ¡Quién pudiera!»), expresa un deseo personal de ejecutar aquel castigo, cosa que el salmo no dice. La traducción de la Biblia de Jerusalén es en este punto más fiel («¡Feliz quien...! ¡Feliz quien...!»). Las bienaventuranzas, aunque originariamente fueran felicitaciones, se convirtieron en un artificio literario para proclamar que alguien entra en el plan de Dios, cumpliendo su voluntad (véase en la segunda parte el apartado 7, «Las bienaventuranzas del Salterio»). Aquí no se maldice a nadie, sino que se proclama proféticamente que alguien, seguramente Ciro (cf. Is 41,2.3.25; 44,28; 45,1; el rey pagano Ciro es calificado en estos oráculos de «Ungido del Señor»; literalmente: «Mesías») será (¿o ha sido ya cuando se compone el salmo?) instrumento de Dios para hacer a Babilonia lo que ésta por designio divino hizo a Jerusalén, para así liberar a los deportados y reconstruir la ciudad santa. Lo del exterminio de los niños (vv. 8-9) es un rasgo típico, y tópico, de las descripciones de la conquista y destrucción de una ciudad, cuando se quiere indicar que no tendrá descendencia y será borrada del mapa. También Jesús, a la vista de Jerusalén, llora por ella, «porque –dice el Señor– vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empa-

lizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y *te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos* que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita» (Lc 19,41-44), y nadie se ha atrevido a suprimir estos versículos del evangelio. Asimismo en el Apocalipsis se proclama, no en un pasaje aislado, sino muchas veces, y con variadas palabras y vivas imágenes, la destrucción de Babilonia, entendida como la anti-Jerusalén, la antítesis del Reino de Dios, que en el contexto histórico es Roma en tanto que estructura pagana y perseguidora. En contraste con la destrucción total de Babilonia, el Apocalipsis termina con la visión de la gloria de la nueva Jerusalén que baja del cielo. El Cordero ya ha vencido, y cuantos poderes de este mundo tratan de oponerse a la plena implantación de su reinado hasta sus últimas consecuencias, fracasarán. Lo de los niños no es más que un modo de proclamar proféticamente el fin de Babilonia.

Así, las dos estrofas finales son la culminación del salmo, que sin ellas queda truncado: el salmista acaba su canto de fidelidad a Jerusalén augurándole mejor futuro que a Edom y a Babilonia. Contra todas las apariencias presentes, vale la pena apostar por Jerusalén. No tiene por qué arrepentirse de haber regresado.

2. *Contenido doctrinal*

Juan Casiano, para explicar los sentidos de las Escrituras, ponía el ejemplo de Jerusalén: en sentido histórico o literal es aquella ciudad de Judea; en sentido espiritual es la Iglesia de la tierra; en sentido *anagógico* (escatológico) es la gloriosa ciudad celestial (Ap 21); en sentido moral e individual es el alma, y entonces las torres y almenas son las virtudes, y los ejércitos asaltantes son las tentaciones o pecados. En todos estos sentidos, el salmo canta la nostalgia de Jerusalén, la tristeza por ella, el amor y fidelidad a ella, y a la vez la certeza de que, aunque parezca derruida, tiene un futuro espléndido, en tanto que Babilonia, pese a su momentáneo esplendor, ha de desaparecer del todo.

El cristiano se sabe desterrado «mientras peregrina lejos del Señor» (2 Cor 5,6). Todos los santos, sin perder el gozo espiritual y la paz profunda, han experimentado el anhelo de la santidad no alcanzada y el ardiente deseo del cielo. Tristeza y alegría

(38) LOS CUATRO SENTIDOS DE LAS ESCRITURAS

La *historia* tiene por objeto el conocimiento de los hechos pasados y visibles. El Apóstol da un ejemplo de ello, cuando dice: «Escrito está que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. El de la esclava nació según la carne; el de la libre, por promesa de Dios» (Gál 4,22-23). Lo que sigue se refiere a la *alegoría,* por cuanto se habla de cosas realmente pasadas que prefiguraban otro misterio. Y así dice: «Estas dos mujeres son dos testamentos: el uno, que procede del monte Sinaí, engendra para la servidumbre. Ésta es Agar. El monte Sinaí se halla en Arabia, y corresponde a la de Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava con sus hijos» (Gál 4,24-25). La *anagogía* se eleva de los misterios espirituales a los secretos del cielo, más augustos y sublimes. Se halla expresada en lo que san Pablo agrega inmediatamente: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra madre, pues está escrito: "Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos, tú que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido"» (Gál 4,26-27). En cuanto a la *tropología,* es una explicación moral, en orden a enmendar la vida y corregir los principios de conducta personal. Como si por medio de estos dos testamentos entendiésemos la práctica y la teoría; o si por Jerusalén o el monte Sión queremos entender el alma humana, según aquello: «Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios» (Salmo 147,12).

Las cuatro figuras pueden hallarse reunidas. Así, la misma y única Jerusalén revestirá, si queremos, cuatro acepciones distintas: en el sentido *histórico* será la ciudad o metrópoli de los judíos; en el *alegórico,* la Iglesia de Cristo; en el *anagógico,* la ciudad celeste «que es la madre de todos nosotros», según la creencia paulina; en el sentido *tropológico,* será el alma humana, a quien vemos que alaba o reprende al Señor con este mismo nombre de Jerusalén.

Juan Casiano, *Colaciones,* Conferencia XIV, sobre la ciencia espiritual (Rialp, Madrid 1962), t. II, pp. 95-97.

son en el cristiano, a menudo, inversas de las del mundo. Hay una «tristeza según Dios» (2 Cor 7,10) y una alegría espiritual que Jesús ha prometido que nada ni nadie podrá arrebatar a sus discípulos.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

Los judíos que lloran y rezan junto al Muro de las Lamentaciones son un emocionante ejemplo actual de la fidelidad que respira este salmo.

Los judíos eran de una Jerusalén que en unas épocas era espléndida y en otras estaba destruida. Nosotros somos de una Jerusalén que, según como se mire, es maravillosa, pero, según como nos parece, desastrosa. Tiene la belleza y la santidad que ha puesto en ella Jesucristo al purificarla con su sangre, y la miseria y el barro que le echamos nosotros con nuestros pecados. Pero tenemos la certeza de que al fin prevalecerá la santidad. En la liturgia, y particularmente en la Eucaristía, pregustamos este término escatológico: *...et futurae gloriae nobis pignus datur* (antífona *O sacrum convivium,* del oficio de Corpus).

Jerusalén es la Iglesia universal, pero también es la particular o local: diócesis, parroquia, comunidad religiosa, grupo apostólico.

Hay que cantar el Salmo 122 y el 137. Si sólo cantáramos el 122, seríamos triunfalistas; si sólo cantáramos el 137, seríamos derrotistas.

4. *Puntos de revisión*

• En relación con Babilonia: Estar en Babilonia pero tener muy claro que no somos de Babilonia. ¿Cómo cumpliríamos la orden de Is 48,20: «¡Salid de Babilonia! ¡Huíd de los caldeos!»?

• En relación con Jerusalén: Discernir, en la misma Babilonia, lo que es semilla de Jerusalén. Contemplar la Jerusalén celestial y trabajar por realizarla en la tierra. Fidelidad a nuestra Jerusalén, que es la Iglesia, a prueba de miserias y escándalos.

5. *Oración*

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos para reflexionar sobre los males que aquejan a la Iglesia, o a nuestra comunidad. En los sauces de sus orillas dejamos colgados el optimismo ingenuo y el vano triunfalismo, y la hemos mirado con realismo. Los ciudadanos de Babilonia querían que participáramos de su alegría superficial y que les dedicáramos los cantos que sólo pueden decirse de Jerusalén. Pero no se pueden confundir las dos ciudades y nuestra distinta relación con cada una de ellas: aunque estemos en Babilonia, nosotros somos de Jerusalén. Babilonia nos tienta con sus muros, sus jardines, sus palacios, su riqueza y sus placeres. Contrasta con las ruinas de Jerusalén. Pero hemos de anteponer los dolores de Jerusalén a los gozos de Babilonia. Porque estas dos ciudades, más que dos lugares geográficos, son dos estilos de vida o sistemas de valores: el del mundo y el del evangelio. Si yo me olvido de Jerusalén y del evangelio, que se me pegue la lengua al paladar y se me paralice la diestra, hasta que me dé cuenta de cuán equivocado es mi camino. Las ruinas de Jerusalén me han de ser más preciosas que todo el esplendor de Babilonia.



Salmo 139
Viajes alrededor de mi corazón

Para muchas personas familiarizadas con la oración de los salmos, éste es el salmo preferido, porque les suscita un hondo sentimiento de la presencia de Dios. La interpretación que aquí proponemos tal vez hiera esta actitud espiritual, porque nos parece claro, interpretando el salmo en su sentido más literal, que esta presencia de Dios en la vida del salmista, este sentirse conocido de Dios, no se evoca y describe como una gozosa experiencia espiritual, sino como una intromisión divina tremendamente incómoda. La prueba es que el propio salmista cuenta sus esfuerzos reiterados (e inútiles) por escapar de Dios. Hasta que al fin se rinde.

¿Qué le pasaba al salmista, que, como Adán y Eva después de su desobediencia, no podía soportar la mirada de Dios? Es evidente que, si se esconde de Dios, algo hay en su vida que no anda bien. Pero como el autor no nos lo cuenta, cada uno de nosotros puede aplicar el salmo a sus propios problemas de conciencia, cualesquiera que sean. A todos se aplica la urgente necesidad de ser sincero con Dios y consigo mismo.

Unas observaciones previas, antes de leer el salmo:

1ª En el libro de la Liturgia de las Horas se han suprimido los vv. 19-22, por su carácter imprecatorio, pero nosotros comentaremos el salmo entero. Ya diremos qué sentido hay que dar a estos versículos, y cómo se pueden rezar cristianamente, sin hacer violencia al texto, ni siquiera en su sentido literal. Al contrario: sin estos versículos, no se entiende correctamente el hilo argumental del salmo.

2ª Hay en este salmo una «inclusión». Al principio dice el salmista: «tú me sondeas y me conoces», y al final: «sondéame y conóceme». La figura retórica de la inclusión quiere expresar la unidad, la fuerte trabazón de todo el texto que queda encerrado, «incluido», entre las dos veces que se repite una palabra o una frase clave.

3ª Pero al principio estos dos verbos están en indicativo, y al final en imperativo. Todo el argumento del salmo estriba en este cambio de modo verbal, y lo que explica la razón del cambio son precisamente aquellos versículos calificados de imprecatorios, que preceden inmediatamente la conclusión en imperativo.

1 Señor, tú me sondeas y me conoces.

2 Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos percibes mis pensamientos.

3 Disciernes mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

4 No ha llegado la palabra a la boca,
y ya, Señor, te la sabes toda.

5 Me estrechas detrás y delante,
apoyas sobre mí tu palma.

6 Tanto saber me sobrepasa,
es sublime y no lo abarco[1].

1. alcanzo

7 ¿Adónde me alejaré de tu aliento?,
¿adónde huiré de tu presencia?

8 Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, ahí estás.

9 Si me traslado al ruedo de la aurora,
o me instalo en el confín del mar,

10 allí se apoya en mí tu izquierda[2]
y me agarra tu derecha[3].

11 Si digo: que me sorba la tiniebla,
que la luz se haga noche en torno a mí,

12 tampoco la oscuridad es oscura para ti,
la noche es clara como el día:
da lo mismo tiniebla o luz.

13 Tú has creado mis entrañas[4],
me has tejido en el seno materno.

14 Te doy gracias porque me has distinguido con portentos
y son maravillosas tus obras.

15 Conoces perfectamente mi aliento,
no se te oculta mi osamenta.
Cuando me iba formando en lo oculto
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,

16 tus ojos veían mi embrión.
Se escribían en tu libro,
se definían todos mis días,
antes de llegar el primero.

17 ¡Qué admirables, Dios, tus pensamientos,
qué densos sus capítulos!

18 Los cuento: son más que granos de arena;
los desmenuzo: aún me quedas tú.

19 ¡Si mataras, oh Dios, tus pensamientos,
que se aparten de mí los sanguinarios

20 que hablan de ti intrigando[5]
y juran por ti en falso.

21 A los que te odian, Señor, yo los odio,
me repugnan los rebeldes contra ti.

22 Los odio con odio implacable,
los tengo por enemigos.

2. mano
3. mano
4. riñones
5. que planean rebelarse contra ti

23 Sondéame, Dios, y conoce mi corazón,
ponme a prueba para conocer mis sentimientos:

24 mira si mi conducta es ofensiva
y guíame por el camino eterno.

1. *Sentido histórico*

Salmo didáctico sobre la omnisciencia de Dios. En otros salmos, el autor descubre y adora a Dios contemplándolo en la creación exterior: el cielo estrellado, una tempestad, la vida que hormiguea sobre la faz de la tierra, etc. Este salmista contempla a Dios no mirando hacia afuera, sino dentro de sí mismo, en el *sacrarium* o lugar recóndito que todo hombre esconde en su conciencia, donde Dios le habla (*Gaudium et spes*, 16). El salmista entra dentro de sí mismo y se encuentra con Dios, se siente *conocido* por él, y esto le da confianza y fuerza para hacer frente a la hostilidad y el desprecio de que le hacen objeto unos descreídos.

Empieza reconociendo el hecho de que toda su vida está presente a Dios. De acuerdo con las leyes de la poesía hebrea, la totalidad se expresa por medio de los contrarios: orar «día y noche» es como decir «orar sin cesar». Aquí, «cuando me siento o me levanto» (v. 2a) equivale a «haga lo que haga»; lo mismo, «mi camino y mi descanso» (v. 3a). En el lenguaje bíblico, la vida es un itinerario, que hay que recorrer según la voluntad de Dios; por eso a «distingues mi camino y mi descanso» añade: «todas mis sendas te son familiares» (v. 3b). Pero hay más: Dios no sólo conoce mis obras cuando las hago, sino que las «ve» cuando las planeo: «de lejos penetras mis pensamientos» (v. 2b). Lo mismo ocurre con las palabras. Sabemos lo que piensan los demás cuando nos lo dicen. Para la mentalidad primitiva, hasta Dios, si no se le dice lo que queremos, y en voz alta, no se entera. Cuando Ana, la futura madre de Samuel, pedía a Dios en el santuario de Silo angustiadamente que le concediera un hijo, era tan humilde y discreta que «se movían sus labios, pero no se oía su voz» (1 Sam 1,13); por eso el sacerdote Elí la tomó por ebria. Como los niños, que si no leen en voz alta no se entienden ellos mismos. También san Agustín cuenta, en sus *Confesiones*, que cuando iba a la casa de san Ambrosio, que le catequizaba, lo encontraba a veces estudiando; y era Ambrosio tan sabio e intelectual que, como Ana, no necesitaba pronunciar las palabras, sólo movía los labios. Pues bien: cuando al salmista no le ha salido aún la palabra de la lengua, el Señor ya se la sabe (v. 4).

El salmista se siente «estrechado detrás y delante» por Dios, que le cubre con la palma de su mano (v. 5). Pero no es que se imagine que Dios le impone la mano cariñosamente, como cuando Jesús acariciaba a los niños, sino que siente muy pesada e incómoda la mano divina, como cuando Ezequiel sentía que la mano de Dios pesaba sobre él, o cuando otro salmista se lamenta amargamente diciendo: «Día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi savia se me había vuelto un fruto seco» (Salmo 32,4). La imagen es como la de alguien que tiene atrapada con la mano una mosca o una lagartija, que se revuelven tratando inútilmente de escapar. Tener conciencia de que nada de lo que haga, diga o piense se escapa a la mirada de Dios, no tiene para él nada de agradable. Pero por muy incómodo que le resulte, la verdad es que es como para maravillarse de la ciencia de Dios: «Tanto saber me sobrepasa; es sublime y no lo abarco» (v. 6). Atención, que por ese camino de la admiración es por donde el salmista dará el vuelco.

A continuación describe los esfuerzos que ha hecho para huir de la mirada de Dios (vv. 7-12). En el lenguaje poético del salmo se describe como desplazamientos en el espacio lo que en realidad son sólo movimientos del corazón. Si Xavier De Maistre escribió un libro titulado *Viaje alrededor de mi habitación*, nuestro salmista pudo haber puesto por título a su salmo *Viajes alrededor de mi corazón*. Se pregunta adónde podría ir que quedara lejos del aliento (o espíritu) de Dios, de su mirada (v. 7). Lo ha intentado en todas las direcciones posibles, pero por muy arriba que haya subido, hasta lo alto del

cielo, o muy abajo que haya descendido, hasta el abismo, «allí estás tú... allí te encuentro» (v. 8). Ha ido «hasta el margen de la aurora», o sea más al este de donde sale el sol, y ha emigrado «hasta el confín del mar», es decir, en la dirección opuesta, hacia el oeste (v. 9), como Jonás cuando, huyendo de Dios y de su orden de ir a Nínive, se embarcó en una nave de Tarsis (ciudad situada, según parece, en la región de Cádiz, en el extremo occidental del mundo entonces conocido). Pero por lejos que vaya en una dirección o en la opuesta, «allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha» (v. 10). Antes, Dios lo tenía atrapado con una mano; ¡ahora es con las dos! ¿Qué más puede intentar? Los niños, para que nos les vean, se tapan la cara, o apagan la luz. Pero ni así: «ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es tan clara como el día» (en el *Exsultet* de la vigilia pascual se canta: «Ésta es la noche de la que dice el salmista: la noche es tan clara como el día»).

Tras contar sus inútiles intentos de evitar la mirada de Dios, ahonda de nuevo en el tema del conocimiento que Dios tiene de su vida. No sólo Dios sabe todo cuanto hace, dice o simplemente piensa, sino que ya lo sabía antes de que naciera; como si Dios le hubiera dicho, al igual que a Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses, te tenía consagrado» (Jr 1,5). Para llegar a esta afirmación describe el proceso de su gestación (vv. 13-16), y lo que iba a decir como de paso le deja tan extasiado que casi pierde el hilo de su discurso. Éste podría ser el salmo «anti aborto». ¿Qué sabían los israelitas de aquellos lejanos siglos del proceso del origen de la vida y del desarrollo del embrión humano? Lo suficiente para inclinarse ante este misterio maravilloso y adorar al Creador, a quien de modo inmediato se atribuye todo lo que va sucediendo en el vientre de la madre que ha concebido: «Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno» (v. 13); luego hablará de que lo ha ido «entretejiendo» (o «bordando») (v. 15), bella metáfora para describir el delicado primor con que van apareciendo, a partir de un primer coágulo (los antiguos entendían la concepción como una mezcla de sangre paterna y materna, y todavía nosotros hablamos de «ser de la misma sangre»), órganos y miembros minúsculos, hasta desplegarse en la compleja maravilla del cuerpo humano. Pero el diestro artesano a quien ve como autor directo de semejante obra es Dios. Con una metáfora común a todas las culturas, el seno materno se compara a una tierra fecunda, tal como inversamente se suele hablar de la «madre-tierra». Pero apenas iniciada esta poética descripción, el salmista estalla en un segundo y más ferviente grito de admiración, por el modo admirable como lo ha creado: «Te doy gracias porque me has escogido portentosamente, porque son admirables tus obras» (v. 14), y porque ya entonces Dios sabía todo lo que un día él sería y haría: «conocías hasta el fondo de mi alma» (v. 14), «tus ojos veían mis acciones, se escribían todas en tu libro, calculados estaban mis días, antes que llegase el primero» (v. 16). Atención a esta segunda exclamación de admiración: a la tercera irá la vencida.

Es en este punto, a partir de la *contemplación* del misterio de la vida y de la sabiduría providente de Dios, que el salmista profiere el tercero, supremo y definitivo de sus cantos de admiración (vv. 17-18). No es que Dios simplemente esté enterado de antemano de lo que va a ser la vida de cada hombre, de cada uno de los millones de hombres que han existido o existirán, sino que lo dispone todo admirablemente: «¡Qué incomparables encuentro tus designios, Dios mío, qué incomparable es su conjunto!» (v. 17). Estos infinitos *designios* son los planes que Dios tiene para cada uno de los hombres que crea. ¿Quién será capaz, no ya de conocerlos, sino siquiera de contarlos? Como los descendientes prometidos a Abrahán, «son más que arena» (18a). Pero si, por un imposible, alguien fuera capaz de conocer tantos designios divinos, le quedaría todavía el mayor de los misterios, el misterio de Dios en sí mismo: «si los doy por terminados, aún me quedas tú» (v. 18b).

Ahora es cuando vienen los vv. 19-22, suprimidos del libro de la Liturgia de las Horas por su tono imprecatorio, pero que son precisamente los que dan la clave para entender la *situación de vida* del salmista, y por tanto el sentido principal del salmo. Si los suprimimos, no se ve por qué el salmista, que al comienzo protestaba de la intromisión de Dios en su vida, acaba pidiendo: «sondéame y conóceme». El salmo ha quedado piadoso y dulzón, pero, como en el caso del 137 y los niños contra las peñas, ha

perdido su fuerza original y su auténtico mensaje. Estos versículos, ciertamente duros, no han de entenderse como *imprecación* o maldición, sino como *conversión*. Paralelamente a la expresión de incomodidad ante la mirada de Dios y a las vanas tentativas de escapar a ella, han brotado tres expresiones de admiración. La tercera desemboca ya en una adoración del misterio de Dios y se insinúa el acatamiento de sus designios o planes; en definitiva: de su Ley, camino de vida. Decide no huir más de Dios y sometérsele. Algo tendrá que cambiar en su vida. Esto es lo que expresan estos versículos, sólo que, en el estilo concreto de la mentalidad hebrea, en el que las ideas abstractas se ejemplifican y se personifican, su propósito de cambio de vida y de apartamiento del mal se expresa como rechazo «al malvado» (el malvado que hay en mí), «a los que hablan de ti pérfidamente», «los que te aborrecen», «los que se te rebelan» (que es precisamente lo que él estaba haciendo hasta aquel momento); a éstos, que Dios los mate, que se aparten de él, pues los aborrece y los odia con odio implacable. Esto mismo, pero expresado de modo positivo, se dice en la conclusión (vv. 23-24): que yo no viva más según aquel modelo contrario a la voluntad de Dios, antes bien «sondéame y conoce mi corazón... mira si mi camino se desvía, guíame por el camino recto».

2. *Contenido doctrinal*

La palabra clave del salmo es el verbo *yadah*, que traducimos genéricamente por «conocer», pero que en la Biblia es mucho más que saber, tener noticia o estar informado; es una actitud que compromete a toda la persona. Si tiene por objeto a Dios, equivale a lo que nosotros llamaríamos «hacer experiencia de Dios» (p. ej., se dice que el pequeño Samuel «no conocía a Yahveh», cuando se había criado en el santuario de Siló; quiere decir que no tenía aún experiencia de la revelación profética: 1 Sam 3,7). Y ante el culto superficial de los israelitas clama Oseas que Dios quiere «amor, no sacrificios; conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,6); aquí *amor* y *conocimiento* aparecen en paralelismo sinónimo; luego se trata de un *conocimiento amoroso*. Y cuando el sujeto es Dios, entraña la elección divina, como cuando conoce a Abrahán (Gn 18,19), dice que «entre todas las familias de la tierra, sólo os he conocido a vosotros» (Am 3,2), conoce a Jeremías antes de nacer (Jr 1,5) o predestina a los que han de hacerse conformes a la imagen de su Hijo (Rm 8,29). El conocimiento que Dios tiene de las cosas no es causado por éstas, sino que es la causa de que existan. Las criaturas «son» porque Dios las ha conocido de antemano con voluntad de que fueran.

El verbo *conocer* aparece en este salmo marcando una inclusión: al principio en indicativo, «tú me sondeas y me *conoces*» (v. 1); al final, en imperativo de súplica, «sondéame y *conoce* mi corazón» (v. 23). Al principio el salmista constataba como grave incomodidad la intromisión de Dios en su vida (tal como Adán y Eva después del pecado no soportaban la mirada de Dios) y trató por todos los medios imaginables de escapar de ella, pero al final, pronto a rectificar lo que haya que cambiar, acaba pidiendo a Dios que entre de lleno en su vida y la dirija. Los vv. 19-22 han de entenderse no como deseo de odio o venganza contra los malvados, sino como rechazo al estilo de vida que llevan al margen de Dios y de su Ley, como propósito de conversión. Estos versículos, que rechazamos porque nos parecen imprecatorios, dicen en realidad lo mismo que los versículos finales, aunque con otro lenguaje. Primero (vv. 19-22) dice que ya no quiere vivir más según el modelo de los que rechazan a Dios y a su Ley; luego pide a Dios que le ayude a cumplir este propósito: sondéame, mira si me desvío y rectifica mi camino.

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

Meditamos la Palabra de Dios para *conocerle* más a él y para *conocernos* más nosotros mismos, sacando luego las consecuencias pertinentes.

La liturgia aplica tradicionalmente este salmo al día de Pascua (el antiguo introito combina los vv. 18 y 5-6: *Resurrexi et adhuc tecum sum... posuisti super me manum tuam... mirabilis facta est scientia tua*) y a las fiestas de apóstoles (por los vv. 1-2 y 17 según la antigua versión latina: *Mihi autem nimis honorificati sunt amici tui, Deus*). Los apóstoles son los amigos del Señor, y nosotros los honramos en gran manera.

El pensamiento de que Dios nos conoce nos proporcionará, en medio de tantas dudas y altibajos circunstanciales o temperamentales, la única seguridad firme. Dios nos conoce mejor que lo que nosotros mismos nos conocemos. Sólo él sacia el afán que tenemos de ser comprendidos y sana el dolor de las incomprensiones. Mi «yo» más auténtico es el conocimiento que él tiene de mí y de mi futuro, pues además de un plan universal de salvación tiene un plan particular para cada uno de nosotros: es nuestra *vocación*. Descubrir este plan y aceptarlo generosamente: he aquí el secreto de nuestra verdadera *realización*.

4. *Puntos de revisión*

• ¿Hay algún sector de mi vida que trato de esconder a Dios, o que trato de esconderme a mí mismo? ¿Doy más importancia a mis propios planes que a los de Dios? ¿Respeto el plan de Dios sobre mis hermanos en cuanto puedo conocerlo, y soy prudente en cuanto no lo conozco?

• ¿Podría decir, como Newmann: «No moriré, porque no he pecado contra la luz»?

5. *Oración*

«*La Palabra de Dios escruta los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella criatura invisible: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta*» (Heb 4,12-13). *El Señor no sólo conoce lo que hago, sino también por qué lo hago. Ve claramente incluso aquellas motivaciones oscuras de las que yo mismo no tengo clara conciencia. Me sondea y me conoce tan a fondo que, si tengo la humildad de preguntárselo, me podrá decir quién soy yo. Me explicitará lo que yo no me atrevo a confesarle ni a confesarme. Conoce perfectamente mis obras cuando no son más que proyectos; mis palabras cuando no pasan de pensamientos; mis deseos cuando son aún tendencias vagas y ambiguas, capaces de concretarse en tal o cual sentido. Muchas veces he pensado que volviéndome de espaldas a él ya no me vería. He tratado inútilmente de huir de su mirada. Pero por lejos que vaya con mis divagaciones, o con mi activismo, los chispazos de la conciencia, voz de Dios, me persiguen. Me volveré, pues, a mi Señor y Creador y le diré: ¡Qué incomparables encuentro tus designios! Te doy gracias porque me has creado, y porque cuando me he apartado de ti, tú no me has abandonado. Quiero que sigas persiguiéndome con tu solicitud de Buen Pastor y que penetres en aquella intimidad secreta que en vano he tratado de ocultarte. Haz que me conozca tal como tú me conoces, y que el conocimiento eficaz que de mí tienes, que es tu plan de salvación y mi vocación, manifestado en las múltiples formas por las que tu Palabra me llega, sea en adelante la brújula de mi existencia. Si mi camino se desvía, rectifícalo. Guíame hacia la vida eterna.*



Salmo 150
El «Gloria Patri» del Salterio

1 Aleluya. Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte[1] firmamento.

2 Alabadlo por sus proezas,
alabadlo como pide[2] su grandeza.

3 Alabadlo tocando la trompa,
alabadlo con arpas y cítaras.

4 Alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con la cuerda y las flautas.

5 Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

6 Todo ser que alienta alabe al Señor.
Aleluya.

1. sólido
2. por su inmensa

1. *Sentido histórico*

Cuando, al formarse la recopilación definitiva del Salterio, la obra resultante se dividió en cinco partes o libros (probablemente para que correspondieran a los cinco libros de la Ley de Moisés), se añadió al final de cada uno de los cuatro primeros libros una doxología, es decir una frase de alabanza o bendición que empieza siempre igual: «Bendito sea el Señor...»:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre. Amén, amén» (41,14).

«Bendito sea el Señor. Dios de Israel, el único que hace maravillas; bendito por siempre su nombre glorioso, que su gloria llene la tierra. ¡Amén, amén!» (72,18-19).

«Bendito sea el Señor por siempre: amén, amén» (89,53).

«Bendito sea el Señor Dios de Israel, desde siempre y por siempre. (Y todo el pueblo diga). ¡Amén, aleluya!» (106,48).

El quinto libro no tiene una doxología de este tipo. En vez de ella, termina con el Salmo 150, que es todo él una doxología, con la que concluyen el libro quinto y todo el Salterio. Este salmo, pura alabanza, nos da el clima espiritual con que hemos de cantar o rezar los 149 salmos que lo preceden.

La forma literaria de este salmo es la de los cantos de alabanza introducidos por un invitatorio (véase lo dicho sobre este género literario, en la primera parte, 2.1.2.), pero el redactor último lo añadió al final de todo el libro para que hiciera de conclusión. Es un final «a toda orquesta» (Alonso Schökel).



En el Salterio hay un grupo de salmos llamados aleluyáticos, porque tienen a modo de título bíblico la invitación *Hal·lelu-Yah* («alabad a Yahveh»), pero el 150 es el aleluya de los aleluyas. Diez veces dice: *hal·lel*, «alabad...». Al principio dice: «Alabad a Yahveh», y nueve veces más repite: «Alabadlo».

Los Salmos 113-118 formaban el «pequeño *Hal·lel*», y el 136 era llamado el «gran *Hal·lel*»; ambos se rezaban durante la cena pascual. Los Salmos 145-150 constituyen el «*Hal·lel* final».

El Salmo 150 consta de diez invitaciones a alabar a Dios, emparejadas de dos en dos. Aunque todas ellas exhortan a alabar a Yahveh, Gunkel ha observado que el v. 1 responde a la pregunta «dónde» hay que alabarlo: «en su fuerte firmamento», la bóveda del cielo en la que habita, de la que el templo es sombra o reflejo; el v. 2 explica «por qué» hay que alabarlo: «por sus obras magníficas», «por su inmensa grandeza»; y los vv. 3-5 dicen «con qué instrumentos» hay que hacerlo, para lo cual da una buena lista de los que se usaban en el culto.

La traducción de los nombres de estos instrumentos es aproximada, pues evidentemente no corresponden del todo a los nuestros. Vemos que los hay de viento, de cuerda y de percusión. Las trompetas o cuernos sagrados son instrumentos propios de los sacerdotes, que al tocarlas hicieron caer las murallas de Jericó (Js 6,4; ver también En 12,35.41; 1 Crón 15,24; 16,6; 2 Crón 29,6). Las arpas y liras caracterizan a los levitas (cf. En 12,27; 1 Crón 15,16ss; 16,5; 25,1.6; 2 Crón 29,25). El resto de los instrumentos los puede tocar cualquiera. Esta estructura tripartita del coro sagrado (sacerdotes, levitas, fieles) se puede ver también en los Salmos 115,9-11; 117,2-4 y 135,19-20. Podemos imaginar que cuando la letra del salmo mencionaba uno de los instrumentos, los aludidos lo tocaban, o lo tocaban más fuerte.

2. *Contenido doctrinal*

Dice Gunkel que este salmo no tiene demasiado valor artístico, ni teológico, pero que tampoco lo pretende. Si decíamos más arriba, en los consejos prácticos para rezar con los Salmos, que hay que conocer toda la Biblia entera, porque los Salmos presuponen una familiaridad con el conjunto de la historia sagrada, para rezar el 150 hay que conocer, además, los 149 anteriores, porque es la conclusión de todos ellos. El contenido doctrinal de este salmo es un «amén», o un «gloria», al contenido de todo el Salterio. Del conocimiento de los demás salmos y de toda la Biblia, quien lo cante habrá de sacar las ganas de cantar a Dios, y de las circunstancias personales o comunitarias la motivación concreta de la alabanza y la acción de gracias. Este salmo, más que ningún otro, no se dirige tanto al cerebro como al corazón.

(39)

LOS SALMOS SON COMPOSICIONES POÉTICAS DE ALABANZA

«Los salmos no son lecturas ni preces compuestas en prosa, sino composiciones poéticas de alabanza. Por lo tanto, aunque posiblemente hayan sido proclamados alguna vez en forma de lectura, sin embargo, atendiendo a su género literario, con acierto se les llama en hebreo *Tehil·lim*, es decir, «cánticos de alabanza», y en griego *Psalmoi*, es decir, «cánticos que han de ser entonados al son del salterio». En verdad, todos los salmos están dotados de cierto carácter musical que determina el modo adecuado de recitarlos. Por lo tanto, aunque los salmos se reciten sin canto, e incluso de modo individual y silencioso, convendrá que se atienda a su índole musical: ciertamente ofrecen un texto a la consideración de la mente, pero tienden sobre todo a mover los corazones de quienes los recitan y los escuchan, e incluso de quienes los tocan con arpas y cítaras».

Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 103.

Aquí tocaría hablar de la función de la música y el canto (y la danza) en el culto de Israel, y en el nuestro. La letra comunica conceptos, la música fomenta y expresa sentimientos. Los salmos, de suyo, son cánticos, como los demás del Antiguo y del Nuevo Testamento; sólo que llamamos «cánti-

cos» a los salmos que están fuera del Salterio, y «salmos» a los cánticos que están incluidos en el Salterio. No podemos olvidar que el nombre que damos a este libro, Salterio, designa el instrumento musical que se supone que acompaña su canto. Por consiguiente los salmos, aunque se reciten o recen, para compenetrarse con ellos hay que sentirlos como si se cantaran. Como dice la Ordenación de la Liturgia de las Horas, los salmos son poesías compuestas para ser cantadas, y por lo tanto incluso cuando simplemente se recitan hay que tener en cuenta su naturaleza musical (OGLH, núm. 103; véase el texto íntegro en el recuadro de la página anterior).

3. *Aplicaciones prácticas y perspectivas*

«Alabad al Señor, que la música es buena» (Sal 147,1).

Los comentaristas antiguos, sobre todo medievales, se entretenían en explicar el simbolismo moral de cada uno de los instrumentos mencionados en este salmo. San Agustín decía y repetía que el «Salterio de diez cuerdas» son los diez mandamientos: tocarlo es cumplirlos, y así se da alabanza perfecta a Dios. San Atanasio, por su parte, comentaba el simbolismo de la armonía entre los distintos instrumentos, que él veía como figura de la que ha de reinar entre las diversas facultades del hombre, todas ellas sometidas al impulso del Espíritu Santo. Nosotros, con una interpretación menos individualista y más moral que psicológica, pensaríamos más bien en la armonía entre los miembros de la asamblea que salmodia.

4. *Puntos de revisión*

- Éste es un «salmo transparente», en el sentido antes dicho de que carece de contenido doctrinal propio, y cambia notablemente de color según el estado espiritual de quien lo canta o reza. Por esto mismo nos puede servir de termómetro de nuestro fervor o devoción.

- El Salterio contiene salmos alegres y otros tristes, que tienen su situación de vida en problemáticas muy variadas, pero todo lo conduce a este salmo final de alabanza químicamente pura. ¿Sabemos nosotros dar gracias a Dios por todo lo que nos sucede, tanto en los momentos favorables como en las contrariedades?

5. *Oración*

Por tu grandeza, bondad y poder infinitos, Tú solo eres digno de toda alabanza. Sólo tu Palabra eterna, que se encarnó para redimirnos, te ha podido alabar dignamente. Nosotros, miembros vivos del Cristo total que es tu Iglesia, queremos alabarte, aunque somos conscientes de la pobreza de nuestra alabanza. Que tu Espíritu perfeccione y unifique el culto de tu Iglesia, a fin de que resuene armónicamente ante tu majestad y te sea agradable, como la de tu Hijo Jesucristo.

IV

Los salmos en la Liturgia de las Horas

Los salmos en la Liturgia de las Horas

1. La Iglesia primitiva y los salmos

¿Recibió la Iglesia naciente el Salterio de la sinagoga y lo empleó sin solución de continuidad, o hubo un primer tiempo en el que los cristianos no oraban con los salmos? Por la discontinuidad se inclinan Salmon, Saint-Arnaud y otros, todos los cuales se basan en un trabajo de Baltasar Fischer. Según este último autor, primeramente no se usaba el Salterio en la liturgia cristiana, sino sólo himnos de nueva creación, como los que leemos en el Nuevo Testamento, pero más tarde, por el peligro del gnosticismo que no pocos himnos nuevos vehiculaban, hubo una reacción que llevó a no cantar más que textos estrictamente bíblicos, y ante todo los salmos; este cambio habría ocurrido, según Fischer, en tiempo de la Iglesia de los mártires.

Muy importante para decidir esta cuestión es el sentido que haya que dar a los «salmos, himnos y cánticos» mencionados en Ef 5,19 y Col 3,16. Los «salmos» mencionados en primer lugar, ¿son los de nuestro Salterio, y los himnos y cánticos serían creaciones cristianas, o reelaboraciones cristianas de cánticos judíos? Algunos piensan que aquí se llama «salmos» a creaciones o reelaboraciones cristianas; pero, al contrario, A. Arens, en su artículo *Psalmen* en el *Lexikon für Theologie und Kirche* (t. 8, 1963, pp. 854-858), nota que en los LXX *hymnoi* designa a los salmos; p. ej. en el Salmo 71,20 leemos: «acaban los *himnos* de David» (lo mismo en 2 Crón 7,6; Ne 12,36, y en algunos textos no canónicos de Filón, Flavio Josefo y 3 Mac).

Una posición intermedia es la de los que sostienen que en la Iglesia primitiva, y quizá ya en la sinagoga, los salmos eran objeto de lectura (como la Ley y los Profetas), pero no servían para el canto y la oración.

A pesar de numerosos estudios recientes, hay que reconocer que nos falta información sobre la práctica litúrgica tanto de la sinagoga como de la Iglesia primitiva. Con todo, el uso de los salmos en la comunidad cristiana más primitiva puede darse por atestiguado por las copiosas citas registradas en el Nuevo Testamento. Nadie discute que en el Nuevo Testamento hay numerosos himnos que se tomaron del culto y se incorporaron a las cartas paulinas o petrinas. Con mayor razón, las numerosas citas sálmicas del Nuevo Testamento no se explican si no es por uso habitual de los salmos.

En vano buscaríamos un canon o decreto conciliar de la Iglesia primitiva decidiendo la adopción del Salterio, como tampoco lo hay adoptando el Pentateuco o los libros proféticos: la Iglesia de Jesús reza los salmos desde antes de nacer, desde el vientre de su madre, la sinagoga. Los primeros cristianos no se plantearon nunca la cuestión de tomar o dejar los salmos, como tampoco lo hicieron acerca de las demás Escrituras, por la misma razón que no se plantearon jamás la cuestión de salir de Israel, del templo o de la sinagoga para fundar una nueva religión. No «se fueron», sino que «los echaron», pero ellos siempre se consideraron el verdadero Israel (cf. el estudio de W. Trilling sobre la teología redaccional de Mateo, titulado precisamente *Das wahre Is-*

rael, «El verdadero Israel», Leipzig 1958), y por consiguiente se tenían por los destinatarios auténticos de las Escrituras. Jesús primero y los apóstoles después frecuentaban el templo (hasta su destrucción el 70 d.C.) y las sinagogas, y allí escuchaban las lecturas de la Ley y los profetas y cantaban los salmos. Pablo hace lo mismo en cuanto llega a una ciudad: espera el primer sábado y acude a la sinagoga para proclamar que aquellas profecías y aquellos salmos se refieren a Jesús de Nazaret. Especialmente la versión griega de los LXX era tenida en gran aprecio en la Iglesia apostólica, que leía en ella la acreditación de Jesús como enviado de Dios; por eso en el judaísmo oficial hubo un rechazo hacia los LXX y se emprendieron otras versiones griegas más literales.

Fueron las autoridades judías las que decretaron la excomunión de los judíos que creyeran en Jesús. Ésta fue una de las decisiones del sínodo de Yamnia o Yabné, que Jn 9,22.34s, en el episodio del ciego de nacimiento, retrotrae a los tiempos de Jesús. En la Iglesia primitiva hubo diversas tendencias, derivadas especialmente de los grupos de procedencia (judíos palestinenses, helenistas, paganos), que divergían en cuestiones tales como la circuncisión, la observancia de la Ley, la pureza de los alimentos o la importancia del Templo, pero la aceptación de las Escrituras, entendidas como una gran profecía sobre el misterio de Cristo y de la Iglesia, queda fuera de toda discusión de grupo. No es verosímil que se hiciera excepción precisamente con los salmos, que eran tan queridos de la piedad judía y que hallamos tan citados en la catequesis apostólica (discursos de Hechos, fórmulas de la fe de las cartas paulina o petrinas). Como dice Arens, los que lo niegan son quienes deberían aportar pruebas positivas de su negación.

2. Los salmos en la Liturgia de las Horas

El Oficio divino es una liturgia de la palabra, y como tal consiste esencialmente en un diálogo entre Dios y su pueblo: él nos habla por las lecturas y nosotros le hablamos con himnos y salmos. En la Eucaristía y demás sacramentos, la acción estrictamente sacramental viene precedida de una liturgia de la palabra, en la que lo principal son las lecturas, y lo secundario los salmos o cantos con que respondemos a ellas. En cambio, en la Liturgia de las Horas, por ser sobre todo oración de alabanza y súplica, tienen la primacía los salmos, a los que Dios nos responde por las lecturas. Por eso las lecturas de la Liturgia de las Horas –excepto en el oficio significativamente llamado *de lectura*– son mucho más breves que la salmodia.

(40)

LOS SALMOS
EN LA LITURGIA DE LAS HORAS (B)

La viga maestra, la columna vertebral de la Liturgia de las Horas son los salmos. Vivificando los salmos, estamos vivificando la Liturgia de las Horas. Todo lo que se haga, cualquier iniciativa que se tome en este sentido, es un impulso enriquecedor para la vida de la Iglesia.

Ignacio Larrañaga, *Salmos para la vida* (Instituto Teológico de Vida religiosa, Madrid [4]1979), p. 8.

Por consiguiente, del conjunto de elementos que integran la Liturgia de las Horas –salmos, lecturas, antífonas, responsorios, himnos, preces, colectas, etc.– el más importante sin duda es la salmodia. El Oficio divino es, fundamentalmente, una salmodia aderezada con algunos otros elementos.

Al tratarse de la reforma del Oficio, ya antes del Vaticano II, no habían faltado voces sugiriendo que la Iglesia debería tener el valor de prescindir de los salmos, por ser literatura de un pueblo muy distante de nosotros culturalmente e incluso religiosamente; los salmos serían poco aptos para expresar la oración específicamente cristiana. Tales voces fueron terminantemente rechazadas. La Iglesia del concilio y del posconcilio no se ha separado de la tradición bimilenaria que tiene el Salterio como su gran libro y escuela de oración. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia ni siquiera se plantea la cuestión, sino que la da por resuelta positivamente. En la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, núm. 100, se dice que «en la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos insignes que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, compusieron los autores

sagrados en el Antiguo Testamento. Pues por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos santos y piadosos, los ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan consuelo y firmeza de espíritu en la adversidad».

3. Criterios de reforma del Vaticano II

3.1. *Pautas del concilio*

El concilio, en la constitución *Sacrosanctum Concilium*, se limitó a establecer unos criterios generales e, igual que en el resto de la liturgia, encomendó a la Santa Sede la preparación de los nuevos libros litúrgicos. Sobre el Oficio en general, se quería hacer por manera que el breviario no fuera para los sacerdotes y demás obligados a su rezo una carga pesada, sino «fuente de piedad y alimento de oración personal», y que se adaptara el tesoro venerable del Oficio romano «de manera que puedan disfrutar de él con mayor amplitud y facilidad todos aquellos a quienes se les confía» (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 90). Pero por otra parte el concilio quiso devolver a la Liturgia de las Horas su carácter de oración de toda la Iglesia, y por tanto también del pueblo. En relación con nuestro tema –los Salmos– dispusieron los Padres conciliares que el Salterio se distribuyera no en una semana, sino en un período de tiempo más largo. La reducción, fuera del coro, de las Horas menores a una sola (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 89,e) forzaría también la redistribución. También fueron los Padres conciliares del parecer que el antiguo oficio de Maitines constara de «menos salmos y lecturas más largas» (*Sacrosanctum Concilium*, núm. 89,c), y al aplicar este criterio en el nuevo Libro de la Liturgia de las Horas se dispuso de tal manera que no necesariamente tuviera carácter de oración nocturna. De hecho, salvo en algunos monasterios, el oficio de Maitines se rezaba en pleno día, tal vez por la tarde, con unos himnos y otros textos que fingían que era plena noche. Con la reforma que se redujo al mínimo el carácter de oración contemplativa o de alabanza que tradicionalmente tenía y quedó en una especie de meditación dirigida, para uso principalmente de sacerdotes atareados.

(41) **EL SALTERIO Y LOS SANTOS**

Numerosos son los santos Padres que han alabado y amado de modo muy particular el Salterio, con preferencia a otros libros de la Escritura. Cierto que basta la obra para hacer el elogio del artesano (Ben Sira 9,17), pero también nosotros tenemos que aportar nuestro elogio y agradecimiento. En los últimos tiempos se han divulgado una grandísima cantidad de leyendas y pasiones de santos, libros de ejemplos y relatos, y han llenado así el mundo de suerte que el Salterio se encuentra arrinconado en una oscuridad tan profunda que ya nadie entiende correctamente ni un solo salmo. Por lo que a mí hace, creo que no ha habido jamás, ni jamás podrá haber en la tierra, libros de ejemplos o de leyendas de santos que superen en distinción al Salterio. Y si alguien quisiera escoger, reunir y editar del mejor modo todo lo que los ejemplos, leyendas y relatos contienen de bueno, no saldría otra cosa que el actual Salterio. En este libro, en efecto, no sólo encontramos lo que uno o dos santos hicieron, sino lo que la Cabeza misma de todos los santos hizo, y lo que todos los santos siguen haciendo. Vemos en él la actitud que adoptan hacia Dios y los hombres, amigos y enemigos, y cómo se comportan en los peligros y sufrimientos. Además, el Salterio contiene toda suerte de enseñanzas divinas saludables (...). En fin, el Salterio da confianza y propone una conducta segura, de modo que podemos andar con seguridad por la ruta de todos los santos. Otros ejemplos y leyendas de santos mudos citan gran cantidad de obras que hicieron y no se pueden imitar. Más aún: cuentan obras más cuantiosas aún que son numerosas de imitar y que engendran ordinariamente sectas y partidos, desviándonos y separándonos de la comunión de los santos. En cambio el Salterio te preserva de los partidos y te conduce a la comunión de los santos, porque te enseña a pensar y a hablar con la alegría, el respeto, la esperanza y la tristeza, tal como todos los santos pensaron y hablaron. En resumen, si quieres ver a la Iglesia católica en un cuadro lleno de vida, de color y de relieve, en una pequeña miniatura, toma y estudia el Salterio. En él tienes un excelente espejo, claro y puro, que te mostrará qué es la cristiandad. Verdaderamente, te descubrirás a ti mismo; encontrarás en él el verdadero *nothi seauton* («conócete a ti mismo»), y también al mismo Dios y a todas las criaturas.

Martín Lutero, *Prefacio al Salterio* (trad. francesa, *Oeuvres*, Labor et Fides, t. III, Ginebra 1963), pp. 263-264.



F.U.

3.2. *La reforma posconciliar*

El *coetus* o comisión para la reforma de la Liturgia de las Horas se aplicó a concretar los criterios establecidos por el concilio. Se discutió si debía prevalecer la tradición del Salterio íntegro, o bien las razones pastorales que aconsejaban, de cara a participación popular, seleccionar ciertos salmos. Se discutió también la exclusión de los salmos históricos y de los imprecatorios, tal como hemos explicado al tratar de «los salmos difíciles». El criterio general para la distribución de los salmos fue un equilibrio entre la tradición del Salterio íntegro y las exigencias pastorales de privilegiar ciertos salmos para las Horas principales y de más previsible participación popular: *Laudes* y *Vísperas, domingos, viernes* y *ciertas festividades*.

(En toda esta parte dedicada a los salmos en la Liturgia de las Horas citaremos los salmos, tal como se hace en los libros litúrgicos, según la numeración griega y latina.)

Laudes.– La distribución romana, mantenida hasta 1911, fijaba siete salmos, seis repetidos todos los días y uno propio cada día de la semana. Siempre empezaba por el 50 (reemplazado sólo los domingos por el 92), el 62 y el 66 y terminaba con los *laudate* (148, 149 y 150), que habían dado nombre a esta Hora. El salmo propio de cada día era matinal: de domingo a sábado, sucesivamente, 99, 5. 42, 64. 89, 142 y 91. En la reforma de Pío X (1911) se redujeron los salmos a cuatro, pero se quiso que cada día fueran distintos, por lo que hubo que añadir otros, tanto para los matinales del comienzo (a ser posible que hablaran de mañana o de luz) como para los *laudate* del final (116, 134, 145, 146 y 147). Con la reforma del Vaticano II se estableció la distribución en cuatro semanas, por lo que hubo que añadir salmos matinales (23, 56, 118, 41, 76, 79, 83 y 86) y *laudate* (8, 18A, 32, 46, 80, 95, 97, 98 y 143).

Vísperas.– La distribución tradicional, hasta 1911, era menos específica que la de Laudes: era prácticamente la distribución continua en los días sucesivos de la semana desde el Salmo 109 (típico de las Vísperas de domingo) hasta el 143. La última reforma sólo ha mantenido de la tradición los salmos de las II Vísperas de domingo (109-113). Para las dos últimas semanas se han conservado los salmos de la distribución tradicional, aunque escogiendo los salmos que parecían más apropiados para los fieles. Pensando que es la hora en que más fácilmente podrá haber participación del pueblo, se han seleccionado los que parecieron mejores para esta destinación.

Domingos.– Para el domingo, incluso en el Oficio de lectura y en la Hora intermedia, se han seleccionado aquellos salmos que conforme a la tradición expresan de un modo más adecuado el misterio pascual. El más importante, el 109, se repite todos los domingos a Vísperas.

Viernes.– A los viernes se les han asignado algunos salmos penitenciales o referidos a la Pasión del Señor. Así se asignan al Oficio de lectura los Salmos 34, 37 y 68, y el 21 a la Hora intermedia. El 50 se repite todos los viernes al comienzo de Laudes.

Oficio de lectura y Horas menores.– Por ser éstas las Horas de carácter más monástico y menos popular, se les han asignado los salmos que quedaban después de haber seleccionado los que más interesaban para los otros momentos.

4. Los distintos modos de salmodiar

Sintetizando la tradición, OGLH, núm. 122 dice: «Los salmos se cantan o recitan bien sea en forma seguida (o *in directum*), bien sea alternando los versos o estrofas entre dos coros o dos partes de la asamblea, bien sea en forma responsorial, según las diversas modalidades que nos brinda la tradición o la experiencia».

4.1. *Salmodia responsorial*

La más antigua de estas tres formas es la responsorial. La Iglesia la heredó de la sinagoga. Aparece claramente esta forma de participación en el texto hebreo de algunos salmos; p. ej., el 135, en el que la segunda mitad de cada versículo (porque es eterna su misericordia) es la respuesta del pueblo.

La aclamación porque es bueno, porque es eterna su misericordia parece ser típica del culto postexílico (1 Crón 16,34; 2 Crón 5,13; Salmos 105,1; 106,1; 117,1.29; Dn 3,89). A veces la frase no se repetía en cada versículo, sino sólo después de cada estrofa o parte del salmo; p. ej., Salmo 106,6.13.19.28: «Pero gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación».

> **(42) SALMODIAR CON ALEGRÍA DE ESPÍRITU**
>
> La salmodia, aunque exija la reverencia debida a la majestad divina, debe realizarse con alegría de espíritu y dulzura amorosa, tal como conviene a la poesía y al canto sagrado y, sobre todo, a la libertad de los hijos de Dios.
>
> *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, núm. 104.

La Iglesia adoptó esta práctica: «El salmo que hemos escuchado, y al que habéis respondido cantando...» (Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 46,1). También la peregrina Eteria atestigua que en Jerusalén los fieles «responden» a los salmos.

La salmodia responsorial fue la única empleada hasta el s. IV. Uno de sus últimos testigos es la *Regula Benedicti* (s. VI), que establece que en el III nocturno de las vigilias de los domingos se dirán tres cánticos de los profetas, «que se cantarán con aleluya» («*quae cantica cum alleluia psallantur*»). En forma atrofiada, se hallaba aún en el misal postridentino de san Pío V, en el introito, en forma reducida: primero la antífona, después un solo verso del salmo, a continuación gloria y nuevamente la antífona. El verso utilizado solía ser el primero, que a menudo no era el que había dado lugar a que se escogiera aquel salmo.

En la celebración eucarística actual, tenemos en la liturgia de la Palabra, a continuación de la primera lectura, el «salmo responsorial».

Es frecuente entender esta denominación de «salmo responsorial» como si se tratara de una «respuesta» a la lectura anterior, pero el nombre le viene de la forma de salmodia responsorial: el salmista (que, aunque no se cante, convendría que fuera persona distinta del lector de la primera lectura) va proclamando los versículos del salmo, y la asamblea «responde» (al salmo, no a la lectura) con la antífona o «responso». Es la salmodia antifonal que a continuación veremos.

4.2. *Salmodia antifonal*

A partir del s. IV aparece la salmodia antifonal, que rápidamente desplaza a la responsorial. Pero ha habido una evolución semántica notable. *Antiphona* es originariamente un neutro plural griego, que literalmente significaba «sonidos contrarios» o contrapuestos. Designaba al principio un canto a octavas, y más tarde un canto alternado a dos coros. Los coros de las tragedias griegas lo utilizaron como uno de sus recursos dramáticos más característicos.

Algunos autores han creído poder descubrir vestigios de canto a dos coros en la Biblia; p. ej., en Éx 15,1-4, o en el antes citado Salmo 117. Su uso en la liturgia cristiana parece que empezó en la Iglesia siríaca oriental (actual Irak), y de allí se difundió rápidamente al occidente a través de Milán, donde san Ambrosio, cuando los fieles se encerraron en la basílica catedral para impedir que se apoderaran de ella los arrianos, «estableció que se cantaran himnos y salmos según la costumbre oriental, a fin de que el pueblo no se consumiera por el tedio de la tristeza» (Agustín. *Confessiones*, IX,7,5. Véase el texto más extenso en el recuadro de la página siguiente).

San Basilio describe un oficio vigiliar mixto de antifonal y responsorial en Cesarea de Capadocia, por el 375: «Hacia el final de la noche, el pueblo se dirige a la casa de oración (...) y, después de una oración en silencio, todos se ponen de pie para la oración de los salmos. Primero divididos en dos coros, salmodian alternadamente (...); después, dejando que un solo cantor entone la melodía, los otros le responden. Y así se pasa la noche en la variedad de la salmodia» (*Epist.* 207,3).

(43)

ENCIERRO CON SALMOS EN LA CATEDRAL DE MILÁN

No hacía mucho (cuando se convirtió san Agustín) que la iglesia de Milán había empezado a celebrar este género de consolación y exhortación, con gran entusiasmo de los hermanos, que cantaban con las voces y los corazones. Es a saber: dese hacía un año o poco más, cuando Justina, madre del emperador Valentiniano, todavía niño, persiguió, por causa de la herejía a la que había sido seducida por los arrianos, a tu santo varón Ambrosio. Velaba la piadosa plebe en la iglesia, dispuesta a morir por tu obispo, tu siervo. Allí se hallaba mi madre, tu sierva (santa Mónica), la primera en solicitud y en las vigilias, que no vivía sino para la oración. Yo, todavía frío, sin el calor de tu Espíritu, me sentía conmovido, sin embargo, por la ciudad, atónita y turbada. Entonces fue cuando se instituyó que se cantasen himnos y salmos según la costumbre oriental, para que el pueblo no se consumiese del tedio de la tristeza.

San Agustín, *Confesiones* IX, 7, 15. (B.A.C. 11, Editorial Católica, Madrid 1955), p. 435.

Estos testimonios son más serios que el del historiador eclesiástico Sócrates, según el cual san Ignacio de Antioquía, «habiendo oído a los ángeles que cantaban alternadamente himnos en honor de la Trinidad, estableció este modo de cantar en la Iglesia antioquena» (*Hist. Eccl.*, VI, 8).

La evolución de este estilo de salmodia hizo que se acabara prácticamente el sistema responsorial. Originariamente, el modo antifonal era la alternancia de dos coros a voces dispares, que cantaban a octavas, pero cuando se difundió en occidente significaba simplemente la alternancia de dos coros. Pero como la participación del pueblo en esta alternancia hubiera exigido o saberse el salmo de memoria o bien tener libros de coro (y saberlos leer), se tendió a hacer cantar al pueblo sólo una frase o versículo, generalmente del mismo salmo, con una melodía fácil: el solista o pequeño coro cantaba esta frase, el pueblo la repetía, y la volvía a cantar después de cada verso del salmo. «El pueblo no conoce el salmo entero; por eso se ha establecido que cante un versículo adecuado que contenga alguna verdad sublime», dice san Juan Crisóstomo en una homilía sobre el Salmo 117, al que todo el pueblo respondía con el verso «Hoy es el día en que ha obrado el Señor». Así, por una evolución puramente empírica, la palabra *antífona* acabó designando esta frase que se repetía, que era como un verso responsorial.

4.3. *Salmodia directa*

La tercera y más simple forma es la directa (*psalmus in directum*, o *tractus*). Consistía en decir el salmo seguido, sin responso ni antífona. Era y es una forma muy práctica para asambleas poco numerosas o que cuentan con pocos recursos musicales, o para cuando la fatiga u otras razones circunstanciales aconsejan simplificar la celebración.

Las *Reglas* de Cesáreo de Arles y de Aureliano hablan del *psalmus directaneus*. Benito de Nursia dispone que como introducción al *Matutinum* (Laudes) del domingo se diga el Salmo 66 «*sine antiphona, in directum*» (*Regula Benedicti*, cap. 12), y que los salmos de Tercia, Sexta y Nona «si la comunidad es numerosa se canten con antífonas, y si es poco numerosa, *in directum*» (ibíd., cap. 17). Y lo mismo en las Completas.

4.4. *Ventajas de la variedad*

Esta variedad de salmodia, que la tradición atestigua y la normativa posconciliar autoriza, denota que la Iglesia no persigue un *pensum* (cantidad fija de salmos), o la pronunciación como mágica de unas palabras, como si aquel texto fuera un fin en sí mismo, sino que la salmodia está al servicio de la celebración del misterio de Cristo, proclamado por medio de los salmos, y su objetivo es hacer crecer en la fe y la piedad a quienes los rezan. «Los salmos pueden recitarse de modos diversos, según las exigencias del género literario o la extensión que tengan, según que se proclamen en latín o en lengua vernácula, y, principalmente, según que rece uno

solo o varios, o se trate de una celebración con el pueblo. Esta variedad de recitación ayuda a percibir la fragancia espiritual y la belleza de los salmos. Porque el empleo de los salmos no se establece por una especie de criterio cuantitativo de oración, sino que se ha atendido a la variedad del Salterio y a la índole propia de cada salmo» (OGLH, núm. 268; *Sacrosanctum Concilium*, núm. 99). Aun alabando las comunidades cristianas que procuran cantarlo todo (OGLH, núm. 270), se formula el «principio de solemnidad progresiva», que «admite varios grados intermedios entre el Oficio cantado íntegramente y la simple recitación de todas las partes»; ciertas fiestas, ciertas Horas, ciertos elementos del Oficio, ciertos salmos piden mayormente el canto (OGLH, núm. 273).

(44) **EL ALMA UNIVERSAL DE DAVID**

Muchos hombres han compuesto maravillosos himnos a Dios, pero sus versos se limitan a su experiencia personal. Sus cantos se escribieron en singular, no en plural. Incluso relatan milagros y acontecimientos de alcance nacional; sus sentimientos seguían siendo esencialmente privados. David trascendió estos estrechos límites. Su alma universal se ha mezclado y se ha fundido con la de todos los hombres, presentes, pasados y futuros. Experimentaba y comprendía el vasto panorama de todos los sentimientos humanos en todas las situaciones. Cualquier ínfimo matiz, cada variación sutil de la emoción humana se han expresado en estos salmos asombrosos.

Avrohom Chaim Feuer, *Tehillim* (trad. francesa, Colbo, París 1990), t. I, p. XLV.

En cuanto a la celebración eucarística, la normativa del misal de Pablo VI dice, a propósito del salmo responsorial: «El cantor del salmo o salmista, desde el ambón o desde otro sitio oportuno, proclama los versos del salmo, mientras toda la asamblea escucha sentada y participando normalmente por medio de su respuesta, a no ser que el salmo se diga todo él seguido («modo directo»), o sea sin el responso o respuesta» (*Ordenación General del Misal Romano*, núm. 36).

5. Ayudas para comprender los salmos

«Tres cosas hay en la tradición latina que contribuyeron grandemente a la inteligencia de los salmos o a su adaptación para la oración cristiana, a saber: los títulos, las oraciones sálmicas y, sobre todo, las antífonas» (OGLH, núm. 110).

Estos tres elementos tienen por objetivo ayudar a entender el sentido literal del salmo fijándose en lo que tiene de más importante, pero también, y de modo principal, quieren orientarnos para por medio de los salmos celebrar el misterio de Cristo. Son ayudas para la salmodia de las celebraciones litúrgicas, más que para la meditación privada de los salmos.

5.1. *Títulos sálmicos*

Los títulos que en la actual Liturgia de las Horas se anteponen a cada salmo, distintos de los títulos bíblicos que se hallan en el libro de los salmos, son sobre su importancia para la vida humana del creyente (OGLH, núm. 111). El sentido cristológico se sugiere más bien por un pensamiento sacado del Nuevo Testamento o de comentarios de los Padres y que el Libro de la Liturgia de las Horas antepone a cada salmo. Pero ya desde los primeros siglos era costumbre, en los manuscritos del Salterio, dar un *argumento, rúbrica* o *título* para cada salmo, para orientar la oración cristiana. Por fuerza estos títulos habían de ser distintos de los del Salterio hebreo. Dom Pierre Salmon ha estudiado y editado seis series de títulos de los manuscritos latinos. Los cistercienses se sirvieron, en el s. XV, de un libro de Ludolfo de Sajonia para establecer una serie de títulos que pasaron a las sucesivas ediciones del breviario de la Orden, hasta las contemporáneas. También algunos redactores de breviarios particulares del s. XVIII y principios del XIX habían aprovechado obras eruditas, como la de Thomasi, para aplicar títulos a cada salmo. Más recientemente Balthasar Fischer, con sus alumnos del Instituto de Tréveris, elaboró en un seminario y publicó luego una serie de títulos cristológicos para los 150 salmos, inspirados en las series antiguas y en la tradición patrística (véase la lista de estos títulos en las páginas 53-55).

A diferencia de las colectas sálmicas y de las antífonas, los títulos no son de suyo para ser leídos en voz alta en la celebración, sino para ilustración personal de cada uno de los que salmodian. Esto no obsta a que puedan ocasionalmente ser empleados en las celebraciones comunitarias a modo de moniciones.

5.2. *Colectas sálmicas*

Las colectas sálmicas se han redactado para ser dichas a continuación de un salmo, después de un breve intervalo de silencio. Sirviéndose de expresiones, de imágenes, a veces sólo de palabras, tomadas del salmo que ha precedido, las colectas sugieren, y a veces hasta formalmente expresan, realidades cristianas.

Estas oraciones están mucho más próximas al sentido literal del texto sagrado que los títulos, pero quizá no evocan tanto el misterio cristiano; en todo caso, son menos ricas de doctrina que los comentarios. Por su necesaria brevedad, no pueden pretender dar un resumen del contenido doctrinal del salmo (como hacen los comentarios patrísticos). Generalmente tampoco se proponen subrayar la idea cristológica o eclesiológica principal. Tienen la libertad de desplegar, como un relámpago, el nuevo sentido de cualquier palabra o concepto. Por eso son posibles muchas colectas distintas sobre un mismo salmo, en función de lo que sugieren la fiesta, el tiempo litúrgico, la hora o la vivencia personal o comunitaria.

La oración con que en este libro terminamos el comentario a algunos salmos se ha redactado con gran libertad, para invitar al lector a hacer otro tanto por su cuenta.

5.3. *Antífonas*

Hemos hablado ya del origen histórico de las antífonas. Queda por decir que, según OGLH núm. 110, son el principal elemento para ayudar a la comprensión de los salmos y convertirlos en oración cristiana. Todo salmo es susceptible de múltiples aplicaciones y proyecciones; la antífona sugiere una, de acuerdo con la fiesta, hora o tiempo litúrgico. De ahí la minuciosa regulación de las antífonas que en cada caso hay que decir (OGLH, núms. 113-120). Por medio de las antífonas, el Oficio se convierte en una auténtica escuela de oración cristiana: más allá del salmo, proponen el misterio que la Iglesia nos quiere hacer contemplar y proclamar con las palabras del salmo.

En su forma más clásica, la antífona es un versículo del mismo salmo, pero el redactor litúrgico no vacilará si es preciso en modificarlo, o hasta reemplazarlo por otra frase, bíblica o extrabíblica (p. ej., tomada de actas de mártires).

La antífona puede cambiar radicalmente la orientación predominante de un salmo. Por ejemplo, el 129, que es uno de los siete salmos penitenciales, con antífonas que subrayen el v. 7 («del Señor viene la misericordia, la redención copiosa») puede celebrar la alegría y la esperanza de la Navidad, y así se usa en las segundas Vísperas de esta solemnidad.

5.4. *Gloria*

«El *Gloria* es la conclusión adecuada que recomienda la tradición y que da a la oración del Antiguo Testamento un sentido laudatorio, cristológico y trinitario» (OGLH, núm. 123).

Además de las tres ayudas que menciona la OGLH, núm. 110, recordemos el *Gloria Patri* que se añade al final de cada salmo. La forma más antigua de esta doxología trinitaria era: «*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amen*», pero ya el sínodo de Vaison, el 529, mandó insertar «*sicut erat in principio*». Las Iglesias orientales, de acuerdo con su propia teología trinitaria, dicen: «Gloria al Padre *por* el Hijo *en el* Espíritu Santo».

Bibliografía

AA. VV., *Orar los Salmos en cristiano* (Dossiers CPL, 43). Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1990.

ALONSO SCHÖKEL, Luis, *Interpretación de los Salmos desde Casiodoro hasta Gunkel. Síntesis histórica*, en *Estudios Bíblicos* XLVII/2, pp. 145-164.

—, «Los salmos, oración cristiana del hombre de hoy», en AA. VV., *El Oficio Divino y su celebración en las comunidades religiosas* (PPC, Madrid, 1969), pp. 93-120.

—, *Salmos y cánticos del breviario*. Cristiandad, Madrid [4]1977.

—, *Los Salmos*, 2 vols. Verbo Divino, Estella [2]1994-[2]1996.

—, *Salmos y cánticos del breviario*. Cristiandad, Madrid [4]1977.

—, *Treinta Salmos: Poesía y oración*. Cristiandad, Madrid 1981.

DRIJVERS, P., *Los Salmos. Introducción a su contenido espiritual y doctrinal*. Herder, Barcelona 1962.

FARNÉS SCHERER, Francisco, Pbro., *Moniciones y oraciones sálmicas para Laudes y Vísperas de las cuatro semanas del Salterio*. Regina, Barcelona 1988.

FLOR, Gonzalo, *Los Salmos*, Verbo Divino, Estella 1995.

GARCÍA MARTÍNEZ, José M. (coordinador), *Reseña bíblica*, n.° 6 (1995), número monográfico sobre los salmos.

GONZÁLEZ, A., *El libro de los salmos*. Herder, Barcelona 1966.

GOURGUES, Michel, *Los Salmos y Jesús. Jesús y los Salmos* (Cuadernos Bíblicos 25). Verbo Divino, Estella [6]1993.

GUARDINI, Romano, *Los salmos*, en *Obras*, II, Cristiandad, Madrid 1981.

GUICHOU, P., *Los salmos comentados por la Biblia*. Sígueme, Salamanca 1966.

GUNKEL, H., *Introducción a los Salmos*. Institución San Jerónimo-Edicep, Valencia 1983.

KRAUS, Hans-Joachim, *Los Salmos*. 2 vols. Sígueme, Salamanca 1993-1995.

—, *Teología de los Salmos*. Sígueme, Salamanca 1985.

MANATTI, Marina, *Orar con los salmos* (Cuadernos Bíblicos 11). Verbo Divino, Estella [9]1994.

MARTINI, cardenal Carlos María, *Orar con los Salmos*. Eds. Paulinas, Bogotá 1968.

MONJOS DE MONTSERRAT, *Els Salms. Versió del text original i notes, per -*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1976.

PIE, Salvador, *La investigación exegética sobre los salmos: un balance*, en *Phase* XXIII 1983, n.° 134, pp. 157-171.

PRÉVOST, Jean-Pierre, *Diccionario de los salmos* (Cuadernos Bíblicos 71). Verbo Divino. Estella [2]1992.

RAGUER SUÑER, Hilario, *La nueva Liturgia de las Horas. Introducción histórica, doctrinal y práctica al Oficio Divino*. Mensajero. Bilbao 1972.

—, *Curs pràctic sobre els Salms*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1993.

—, *Els Salms, presentats per -*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1976.

RIBERA-MARINÉ, Ramón, *¿Quién dice los salmos? Para una lectura mesiánica del Salterio*, en *Oración de las Horas* XXII (1991), febrero, pp. 6-9.

—, *«El llibre de les lloances». Estudi redaccional del Salteri*, en *Revista Catalana de Teología*, XVI (1991), pp. 1-19.

Índice

II
LA ORACIÓN DE LOS SALMOS

III
COMENTARIO DE SALMOS ESCOGIDOS

IV
LOS SALMOS EN LA LITURGIA DE LAS HORAS